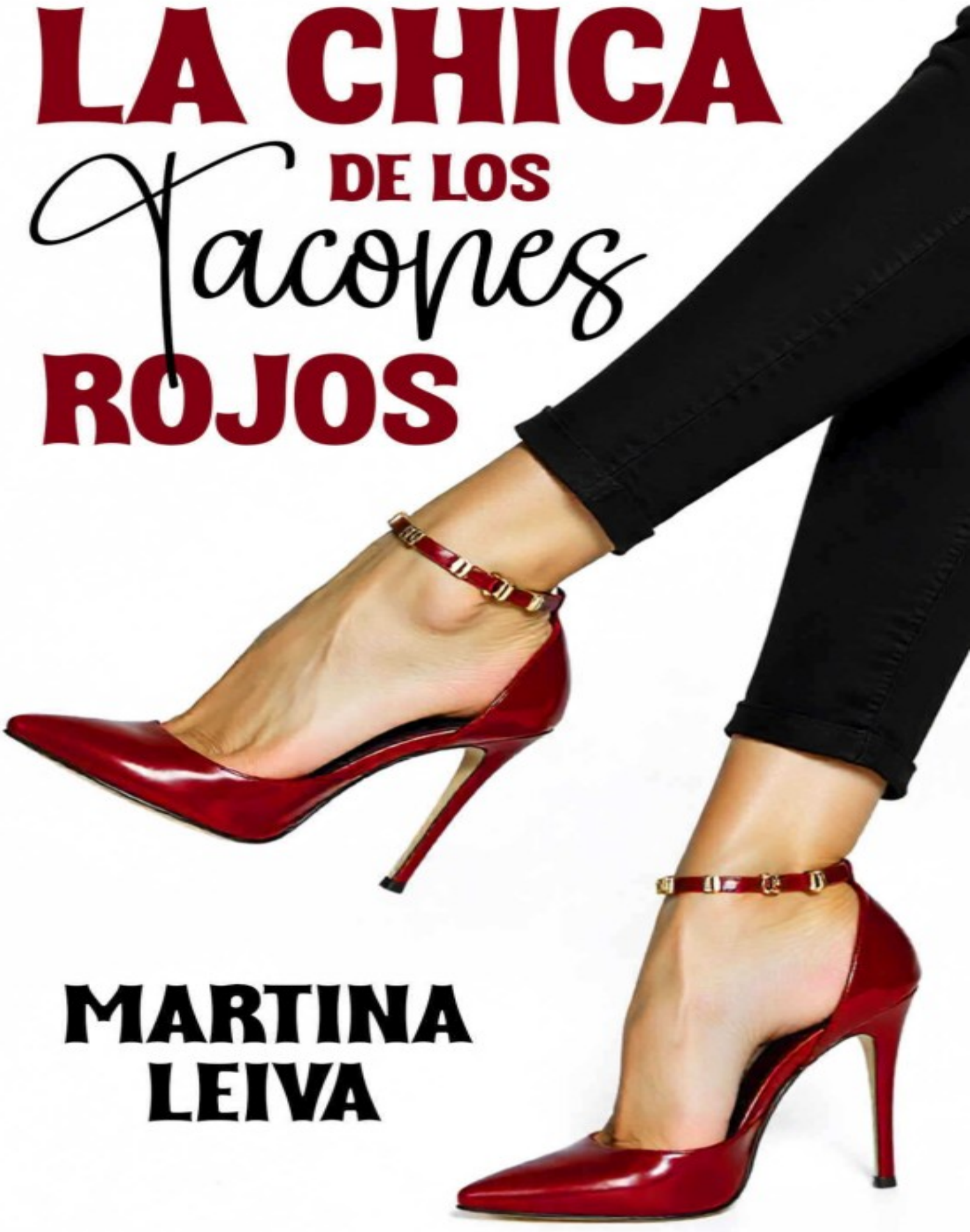
LA CHICA DE LOS Tacones ROJOS



MARTINA LEIVA

LA CHICA DE LOS Tacones ROJOS

MARTINA LEIVA

Primera edición.

La chica de los tacones rojos

©Martina Leiva

©agosto, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Muchos años antes…

—De verdad que no entiendo por qué tienes que ir con esa niña a la fiesta, con la cantidad de chicas guapas que hay en tu círculo social, Borja —me dijo mi madre, que se creía emparentada con la Preysler.

—¿Será porque me gusta? —le respondí yo, harto de la misma cantinela de todos los días.

—Deja al chico tranquilo, Aitana, él sabrá lo que hace —me defendió mi padre, una vez más.

—Ignacio Senillosa, haz el favor de no meterte. Tu hijo, con dieciséis años, no tiene criterio sobre la mujer que le conviene.

—Mamá, que voy a la fiesta de graduación del instituto, no a pedirle matrimonio.

—Dios no lo quiera… —me contestó, santiguándose como si le estuviera hablando del diablo.

Os pongo un poco en situación. Aquel día era la fiesta de graduación de mi instituto, uno donde la renta per cápita mínima de sus miembros era un uno con muchísimos ceros, bueno de casi todos, porque por cada curso había un alumno becado, que solía terminar con el mejor expediente académico del centro, y esa era Claudia.

Los padres de ella eran de clase media–baja. Paco, su padre, era un manitas, lo mismo te pintaba un piso que te arreglaba una tubería, pero eso en los ratos que tenía libre después de salir del taller, donde trabajaba de mecánico, y para sacarse un dinerillo extra. Mariángeles, limpiaba, además de su casa, seis o siete más, porque decía que en su casa siempre hacía falta dinero y que ella no podía estar de brazos cruzados.

Los míos eran todo lo contrario, hasta los apellidos indicaban el abolengo del que mi madre presumía. Mi padre, Ignacio Senillosa, al que todo el mundo llamaba Nacho, era médico, uno de los mejores cirujanos plásticos de todo el país, y tenía una clínica propia. Aitana de Pardo, mi madre, solo se dedicaba a gastar el dinero que mi padre ganaba en bolsos y *spas*, y de vez en cuando organizaba algún acto benéfico para los más necesitados. Pero, en realidad, la única necesitada era ella, no una necesidad económica, sino de alimentar su ego, ese que tenía por las nubes.

—Bueno, me voy, no me esperéis despiertos —les dije, saliendo de mi casa para coger la moto.

—No te lo crees ni tú, a la una y media te quiero de vuelta. Que esa niñata no tenga hora de entrada en su casa, no significa que tú vayas a hacer lo que te dé la gana —me respondió mi madre, alto y claro.

—Mamá, no saques conclusiones precipitadas. Claudia tiene que estar en su casa a las doce, y yo pensaba quedarme con mis amigos. —No supe lo que me contestó, porque me puse el casco y arranqué la moto.

Yo tenía que haberme graduado el año anterior, porque era un año mayor que todos los que lo harían esta noche, pero perdí el primer año de instituto. No os vayáis a pensar que yo era una bala perdida, que ni estudiaba ni hacía nada, porque no acertaríais. El motivo de por qué perdí el curso es uno muy distinto, un accidente esquiando que casi me cuesta la vida. Casi seis meses estuve postrado en una cama, recuperándome. Llegaron a decir que no volvería a ponerme en pie, mucho menos a andar, pero lo conseguí, con mucho esfuerzo y constancia, y mucho dolor también.

Cuando me recuperé, le pedí a mi padre que me comprara una moto. Total, habíamos comprobado que podía tener un accidente mortal en cualquier

circunstancia, porque el día que lo tuve no tenía ni los esquís puestos. Estaba hablando con mis amigos, cuando uno de los telesillas se volvió loco, golpeándome repetidas veces, hasta dejarme en ese estado.

—Hola, preciosa —le dije a Claudia, que me miraba recelosa, no se fiaba de mí ni de mis intenciones.

—Hola, Borja —me contestó, y me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla.

Me gustaba mucho, así que la cogí de la mano y la llevé dentro, donde se estaba celebrando la fiesta. Su mejor amiga, Nerea, era de mi círculo de toda la vida, y cuando Claudia entró en el centro, fue la primera que la acogió con los brazos abiertos. Por suerte, sus padres no eran como los míos, sino mucho más sencillos, valoraban a las personas por su interior, no por la cantidad de ceros que tuvieran en la cuenta.

—Chica, pensé que os habíais perdido —dijo en cuanto que entramos.

—Culpa mía, bueno, de mi madre, más bien. Ya sabes cómo es —le respondí a Nerea, y no hizo falta decir nada más.

—Venga, vamos a por unos refrescos, porque aquí no vamos a encontrar otra cosa que no sea eso —dijo ella, sonriendo.

—Yo traigo una petaquita con ron, por si alguien quiere aliñar el refresco —nos contó Kevin, levantando las cejas en repetidas ocasiones, causándonos una carcajada a todos.

Esa noche bebimos más de la cuenta, todos. Claudia y yo pasamos, de no darnos ni un simple beso, a terminar la jugada por completo, perdiendo ambos la virginidad, en la arena de la playa, bajo una noche estrellada.

Cuando llegué a casa, después de dejarla a ella, mis padres ya estaban durmiendo. No cogí la moto, la dejé aparcada en el instituto, ya iría por ella al día siguiente.

Al despertarme por la mañana, tenía un fuerte dolor de cabeza, fruto de la resaca, y no me acordaba de casi nada, tan solo de algunos flases que me indicaban que entre Claudia y yo había habido más que besos, pero si ella no me decía nada, yo tampoco abriría la boca.

Habíamos quedado para comer en la playa, todos juntos, así que, cuando me levanté, me di una ducha y me tomé un zumo con una pastilla, listo para todo lo que teníamos planeado. Compraríamos algunos bocadillos en el chiringuito, las bebidas las llevaban las chicas, o eso creía recordar.

—¿Otra vez a la calle? Por lo que veo, no tienes pensado pasar tiempo en casa este verano. —Otra vez mi madre dando por saco.

—La condición que tenía era que, para disfrutar del verano, tenía que sacar buenas notas. ¿Las he sacado? Pues no hay nada más que añadir, señoría —le contesté a mi madre, mientras que mi padre reía viéndonos discutir.

—Si sigues con esa actitud, no sacaremos carrera de él, nunca será un hombre de provecho —le dijo a mi padre, que en ese momento se puso serio.

—No es tiempo de que sea un hombre, es un adolescente y, como tal, tiene que disfrutar de la vida. Él ha cumplido con sus responsabilidades cuando ha tocado, ahora nos toca a nosotros cumplir como padres. —Se levantó, cogió su maletín y se marchó.

—¿Has visto lo que has conseguido? Otra bronca entre tu padre y yo, por tu culpa, como siempre. —Para ella yo tenía la culpa de todo.

—Si tengo ganas de ir a la universidad es para alejarme de aquí, y para que, cuando discutáis, no me eches a mí la culpa —le dije, saliendo de mi casa con un señor portazo.

Estaba hasta los cojones, por eso, en vez de ir hasta donde estarían mis amigos con Claudia, me fui paseando hasta el instituto, me monté en la moto, y conduje por la carretera de la playa, hasta llegar al acantilado. Sentarme allí me daba paz y en ese momento era todo lo que necesitaba.

Muchas veces había pensado en lanzarme desde ahí hasta el mar, y así acabar con todo, pero luego lo pensaba bien y no lo hacía. No había luchado tanto para salir adelante cuando tuve el accidente para que hubiera sido en vano. El problema no lo tenía yo, lo tenía ella: mi madre.

Cuando me quise dar cuenta, ya estaba anocheciendo, y llevaba todo el día sin comer, por lo que me subí a la moto e hice el camino inverso. Entré en mi casa, me preparé algo de comer, y me encerré en mi habitación. No quería ver a nadie, ni hablar tampoco, por lo que ni siquiera encendí el móvil, lo había apagado en cuanto que llegué al acantilado.

Encendí la consola, me puse los cascos, porque también le molestaba el ruido a la señora, y estuve jugando hasta que mis párpados no pudieron aguantar más, que fue cuando me acosté a dormir.

Por la mañana, al levantarme, no había ni rastro de ninguno de mis progenitores, y lo agradecí. No por mi padre, que con él me encontraba de lo más a gusto, sino por mi madre, había momentos en los que no la soportaba.

Sabía dónde estarían mis amigos, así que cogí el camino hasta allí, no me había equivocado.

—¿Dónde está Claudia? —le pregunté a Nerea.

—Como si tú no lo supieras. Se ha marchado esta mañana temprano al pueblo de sus abuelos, no volverá hasta que empiece el curso —me dijo, y me cogió totalmente de sorpresa.

—No me había comentado nada, pensaba que estaría hoy aquí.

—Pues va a ser que no, y no veas el cabreo y la decepción que tenía ayer. Me dijo que, como ya habías conseguido lo que querías, ya ni aparecías a despedirte.

—Eso no es cierto. Ayer tuve movida en casa con mi madre, otra vez, y por eso no fui. Necesitaba estar solo, no tenía humor para estar con nadie.

—Envíale un mensaje y cuéntaselo, será lo mejor si quieres que te vuelva a hablar a su regreso —me aconsejó Nerea, y eso hice.

Borja: *Claudia, tenemos que hablar a tu vuelta. Si ayer no me presenté, no fue porque no quisiera verte, todo lo contrario, sino porque tuve movida con mi madre y me aislé. Te echo de menos. Un beso.*

No quería especificar mucho, por si acaso sus padres leían el mensaje, y tampoco esperaba que me contestara al instante, pero pasaban las horas y, no es que no me contestara, sino que aparecía como si a ella no le hubiera llegado.

Nerea le envió uno desde su teléfono, y a ella sí que le contestó en cuestión de segundos, por lo que tuve claro que me había bloqueado. Cuando volviera hablaría con ella, pero ahora no quería cargarme con otro problema más, que además no podría resolver hasta que ella no estuviera aquí.

El verano fue pasando, sin pena ni gloria, por mucho que mi madre insistiera en que no paraba en casa. Si no lo hacía era para no tener que discutir con ella, para que mi padre no tuviera que enfrentarse y que se viera obligado a defenderme.

No hacía nada que no fuera propio de mi edad, no tomaba drogas, cuando me tocaba hincar los codos, lo hacía, así que no entendía el motivo de tantas quejas.

Cuando llegué a casa, me encontré a mis padres sentados en el salón, esperándome, y eso me escamó un poco, la verdad.

—Borja, ven aquí, por favor —me dijo mi padre, con mucha tristeza.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis tan serios? —pregunté.

—Nos vamos a divorciar, y como no queremos que tengas problemas en elegir con quién te vas a quedar, hemos pensado que te vamos a enviar a un internado para que termines el bachillerato —me dijo mi madre, como la que te manda a por el pan.

—¿Cómo? Buena forma de deshaceros de mí.

—No es deshacernos de ti, pero como tu padre y yo no nos ponemos de acuerdo en la manera de educarte, lo hemos puesto en manos de terceros.

—Prepara la maleta, que sales mañana para Londres, así aprovecharemos para que perfecciones el idioma —dijo mi padre, levantándose para darme la espalda.

Estaba triste, decepcionado, no me esperaba que mi padre fuera a actuar de esa manera. Me había quedado claro que era un estorbo para los dos, pero hasta aquí llegaría mi relación con ambos. En el momento en el que saliera por esa puerta, rumbo a Londres, no volvería a entrar por ella.

Capítulo 2



En la actualidad…

Después de todo este tiempo residiendo en Londres, ya que no regresé, tal y como prometí, estaba de vuelta en mi tierra.

Recuerdo que durante las vacaciones del internado solía quedarme en casa de algún compañero, o incluso dentro del propio centro, y ninguno de mis progenitores hizo nada por impedirlo. Mi padre ya se había vuelto a casar y tenía una hija de quince años, a la que malcriaba y que hacía lo que le daba la gana. Mi madre, por su parte, se había marchado fuera de España con un hombre adinerado, justo un mes después de mi entrada en el internado.

Apenas recibía una llamada al mes, eso era todo lo que recibía por su parte, junto con el dinero para que pudiera estudiar, nada más. Ya había terminado la carrera de medicina, en la especialidad de pediatría; los niños me encantaban, me hacían sentir bien. Seguía en contacto con mis amigos de siempre, que venían a visitarme de vez en cuando, sobre todo Nerea y Kevin, que, hace ya un mes, vinieron para hacerme partícipe de una gran noticia: se casaban y querían que yo fuera el padrino de su boda.

Y ahí estaba, saliendo del aeropuerto. No le había dicho a nadie en qué vuelo vendría, para que no se sintieran obligados a venir a recogerme. Sé que es injusto, porque ellos lo hacían de corazón, pero desde bien joven tenía arraigado el sentimiento de no querer necesitar a nadie, de valerme por mí mismo. Esas circunstancias me enseñaron a sacarme las castañas del fuego, yo solito.

Mis amigos pensaban que tan solo venía para la boda, y que luego regresaría a Londres, pero la verdad era que había aceptado una oferta de trabajo en una de las clínicas privadas de la ciudad. Ya empezaba a estar harto de tanta lluvia y tanto frío, necesitaba volver a ver el sol y pasear por la orilla del mar.

En cuanto le dije a mi padre que volvía, lejos de alegrarse, me preguntó el porqué, si era porque había dejado alguna chica embarazada o tenía algún problema en el trabajo. Confianza en mí al cien por cien, léase con toda la ironía del mundo. No continué hablando, corté la llamada, eso fue hace más de dos meses, y no se había vuelto a poner en contacto conmigo.

Me puse en contacto con una inmobiliaria, no quería malgastar el dinero en un alquiler, para eso había ahorrado durante todo este tiempo, doblando turnos y haciendo guardias, con la idea de que, a mi regreso, pudiera comprar una vivienda.

Para mi sorpresa, la misma que ocupábamos cuando éramos una familia estaba en venta. Podría haber llamado a mi padre y pedirle que me rebajara el precio, al fin y al cabo, sería parte de mi herencia, pero llegados a este punto, hasta dudaba de que me dejaran algo tras su muerte.

Me puse en contacto con la chica que me atendió por teléfono, después de dejar mis cosas en el hotel que tenía contratado para dos noches. Sabía que, si me hubiera puesto en contacto con Kevin, no lo hubiera consentido, por eso no lo hice.

—Señor Senillosa, si ya está usted en el país, podemos firmar esta misma tarde. Justo hace un rato he hablado con el notario para otra firma y tiene hueco —me dijo la chica, y me pareció perfecto.

—Dígame el lugar y la hora, y allí estaré —le respondí, de manera amable.

—Perfecto, en cuanto que me ponga en contacto con la otra parte y tengamos los datos exactos, le enviaré un mensaje. Muchas gracias.

—A usted, por ser tan eficiente.

Después de eso, me metí en la ducha, la necesitaba tras el viaje y por todo lo que había tenido que dejar preparado los días previos. Luke, mi compañero de piso en Londres, se ocuparía de enviármelo todo, previo pago, por supuesto, que ese no le hacía un favor ni a su padre. Cuando saliera de la notaría, le enviaría la dirección para que lo mandara al día siguiente, yo solo me había traído lo esencial.

Al salir de la ducha, escuché el teléfono sonar, pero no era una llamada, sino un mensaje de WhatsApp, así que no me di prisa en salir de ahí.

Inmobiliaria La Casita: *Señor Senillosa, le esperamos esta tarde a las cinco en la notaría de la Plaza de España número ocho. Muchas gracias.*

¡Por fin tendría mi hogar! No es que hubiera tenido que esperar mucho tiempo, pero me hacía una ilusión enorme volver a entrar en mi casa, sin tener a mi madre incordiándome todo el tiempo.

No os vayáis a creer que todo eso lo maduré yo solo, para nada. Necesité terapia durante bastante tiempo, para reconstruir mi autoestima y no creerme inferior, pero tampoco superior, a nadie. Lo único que tengo que agradecerles a esas dos personas que me engendraron, fue que eligieron para mí un centro que era una pasada, donde el personal tenía un trato amable y cercano, pero donde la disciplina estaba a la orden del día. Gracias a esos profesionales soy la persona que soy hoy en día, y eso no lo olvidaría nunca.

La distancia entre mi madre y yo se había ido forjando gradualmente, espaciando nuestras llamadas y visitas hasta que dejó de llamarme o venir a verme, y de eso hacía ya más de cinco años. Con mi padre continuaban las llamadas, era nuestra forma de contacto, como ya dije antes, una al mes, ni más ni menos. No fui invitado ni a su boda, y eso sí me dolió, ni al nacimiento de mi hermana, esa que había visto dos o tres veces en toda mi vida, por lo que no tenía ningún vínculo con ella, sobre todo emocional.

Bajé a comer al restaurante del hotel, después de ponerme unos vaqueros y una camiseta, junto con unas zapatillas de deporte. Me pedí un plato de paella, hacía mil años que no me comía uno, y me supo a gloria, y de segundo un surtido de pescado frito, que me sentó mejor que el primer plato.

Salí, y me dirigí a la notaría, que no me quedaba muy lejos. Tendría que hacerme también con un coche, porque el mío, el que usaba en Londres, lo vendí antes de venir, y hacer un esfuerzo por adaptarme a conducir por la derecha. Pensé, incluso, en sacarme un curso en alguna autoescuela, porque además no sabía si mi carné de conducir era válido en España. Ya me informaría.

—Buenas tardes, soy Borja Senillosa y tenía cita a las cinco para la firma de un contrato de compraventa —dije al hombre que estaba en la recepción de la notaría.

—Buenas tardes, sí, lo tengo agendado. La representante de la inmobiliaria está en la sala de espera, tan solo falta que llegue la otra parte. Puede usted pasar si lo desea —me respondió, señalando una puerta que había a la derecha de la recepción.

Al entrar me encontré con una mujer que me miró y se levantó para saludarme. No me la imaginaba así, y cuando saliéramos, la invitaría a cenar, y a lo que surgiera, porque estaba de muy buen ver.

—Usted debe ser Borja, ¿me equivoco? —me dijo, con una mirada muy zalamera.

—Por favor, no me hables de usted, que me haces viejo. Y sí, soy Borja.

—Andrea, mucho gusto —me respondió, y se acercó a darme dos besos, esos que yo di muy cerca de la comisura de los labios, y a los que ella no puso ninguna objeción.

Llevaba un vestido color camel, que le llegaba por debajo de la rodilla, de algodón elástico, con el que se le marcaba todo lo que se podía marcar, de escote en V que, sin ser demasiado obvio, dejaba entrever que debajo había un pecho precioso. Lo acompañaba con unas cuñas de esparto, al igual que el bolso, en marrón chocolate.

Era rubia, con los ojos negros. Cuando me fui de España no solían gustarme las rubias, prefería a las morenas, pero después de tanto tiempo allí,

encontrar a una morena era prácticamente misión imposible, así que tuve que adaptar mis gustos.

—Espero que, cuando firmemos, no tengas que volver a la oficina, y me permitas invitarte a cenar —le dije, mientras dejaba mi mano posada sobre su cintura.

—Borja, ¿cenar a las seis de la tarde? Como mucho me tomaría un café, y no es porque no me haya gustado la invitación, sino por la hora que es —me dijo, muy coqueta.

—Verdad, que ya no estoy en Londres. Tendrás que disculparme, pero tantos años fuera es lo que tiene, que uno se acostumbra a otros horarios. Tendré que ir cambiándolos poco a poco.

—Pues entonces, primero nos tomamos ese café, y ya veremos luego lo de la cena —fue su respuesta, y yo tenía claro lo que me quería comer, a ella enterita.

Tras una breve conversación, entró el notario para avisarnos de que ya estábamos todos. Respiré hondo, porque mi padre no sabía que era yo, y se llevaría una impresión al verme, o no, que nunca se sabía.

—Borja, ¿eres tú? ¿Tú eres el comprador? —preguntó mi padre, que venía como si en vez de al notario fuera a una boda, y que me miró de arriba abajo.

—Sí, soy yo —le contesté, escuetamente.

—¿Podríais dejarnos un momento a solas, por favor? —le pidió al notario y a Andrea, que salieron de la sala en la que nos encontrábamos— ¿No has podido decirme que estabas interesado en esa casa? ¿Tengo que enterarme así?

—¿Me la ofreciste cuando supiste que vendría? ¿Te has preocupado por mí, más de la llamada de rigor? No me reproches nada, que tengo mil motivos más que tú para hacerlo, y no lo he hecho nunca.

—No te la puedo vender. Hablaré con tu madre sobre esto, porque ella tampoco sabía nada.

—Esa mujer a la que tú llamas mi madre, hace más de cinco años que no sabe si estoy vivo o muerto, así que no hay nada que hablar. Y por supuesto que me la vas a vender, porque, de lo contrario, te demandaré. Tienes un contrato de preventa firmado, una señal de dinero que fue la pactada y el compromiso de hacerlo, no hay nada de fuerza mayor que te lo impida.

—Claro que sí, eres mi hijo.

—Pues, si hubieras prestado atención al nombre del comprador, te habrías dado cuenta, pero quizá pensabas que me iba a echar atrás.

—Está bien, te la venderé, pero la mitad de mi parte te la ingresaré en tu cuenta, y con la de tu madre, que sea ella la que decida.

—No quiero tu dinero, ya no me hace falta. Si lo acepté en el pasado, fue porque quería estudiar y no podía pagarlo. Una vez que cumpliste con tu obligación como padre en ese sentido, nada que venga de ti o de mi madre tiene cabida en mi vida.

—Eres muy cruel, sabes que lo hicimos por tu bien.

—¿Cruel? ¿Yo soy cruel? No, crueles fuisteis vosotros, que me hicisteis cargar con vuestro fracaso como pareja. Que me mandasteis lejos, separándome de quienes me querían, los que me sostenían al caer, dejándome allí como si fuera un trasto. Eso es ser cruel.

—Borja, yo…

—Tú, nada, papá. Vamos a firmar, que he quedado y tengo prisa.

Volvimos al despacho del notario, que nos leyó el contrato en voz alta, por si alguno tenía algún problema, y firmamos. Desde allí mismo, y una vez que se hizo efectiva la venta, le envié una transferencia a mi padre, con el dinero íntegro, no le faltó ni un céntimo, y salí sin mirar atrás, con las llaves de mi nueva casa.

Andrea salió detrás de mí, aunque yo la estaba esperando en la esquina de la notaría, quería alejarme de mi padre cuanto antes.

Capítulo 3



A las nueve de la noche salía de casa de Andrea, donde nos habíamos ido a tomar café, aunque la cafetera ni se encendió. Nos merendamos el uno al otro, varias veces y de todas las formas habidas y por haber.

Como era primavera, ya casi llegando al verano, todavía había luz, así que decidí ir hasta mi casa, para ver todo lo que tenía que hacerle, por si era necesario ampliar mi estancia en el hotel.

Al entrar, estaba todo igual, era como si me hubiera ido a la playa con mis amigos y mis padres estuvieran esperándome en el salón para cenar. Pero todo fue una ilusión, porque ni yo era ese niño ni en esa casa me esperaba nadie.

No sé por qué, pero tuve claro que me desharía de todos los muebles, así como que haría una piscina en la parte trasera. Era una casita de dos plantas, la típica con una verja blanca y un jardín al que se accedía, bien por la entrada, bien por el salón, mediante unas puertas francesas. Por ellas salí para comprobar el estado del jardín, y me encontré con que la piscina ya estaba hecha.

Revisando cajones y demás, por si había algo que se hubieran dejado, escuché como alguien abría la verja, y me extrañó, porque desde fuera solo se podía abrir con llave. No sé cómo no me di cuenta antes, porque, tanto la casa como la piscina se encontraban en estado de revista, sin una mota de polvo, así que alguien la estaba usando.

A punto de llamar a la policía estaba, cuando vi de quién se trataba, era Sofía, mi hermana, que venía con dos o tres más, y cargada de bolsas con bebidas.

—Hoy va a ser el desmadre total, el lunes le pedí a mi padre que limpiara la piscina. —Oí que les decía a sus amigos.

—Pero si no nos has dicho nada de que traigamos bañador —le contestó uno de ellos.

—Claro, porque nos vamos a bañar desnudos. Lo que pase en esta casa, se queda en esta casa.

—Vamos, que piensas tirarte a todo lo que se menea —afirmó una chica que iba con ella, riéndose.

—Por supuesto. La vida es breve, disfrútala.

En ese momento, salí de allí, de mi escondite, y me enfrenté a ellos, aún sin saber lo que podría pasar. Mi hermana no me conocía, porque en casa de mi padre no había ninguna foto mía de adulto, y de niño también dudaba que la hubiera. Me negué a enviarle ninguna conforme iba creciendo, y ella no me había visto desde que tenía tres o cuatro años.

—¿Se puede saber que hacéis en una propiedad privada? —le pregunté, saliéndoles por la espalda, por lo que todos pegaron un bote, del susto.

—¡La leche, vaya, tío! —exclamó la amiga de mi hermana.

—Esta casa es de mi padre, así que esa pregunta la tendría que hacer yo —me contestó de manera chulesca y caprichosa.

—Error, esta casa es mía, que para eso la he comprado esta misma tarde, así que ya os quiero a todos fuera de aquí.

—No te preocupes, guapo. Mira, hagamos un trato, tú nos dejas que usemos la piscina esta noche, y te dejamos que te unas a nosotros. Te aseguro que lo vamos a pasar muy bien —me dijo la descarada de mi hermana,

haciendo como que se levantaba la camiseta que llevaba, para mostrar sus pechos.

—Si subes esa camiseta un centímetro más, de la torta que te doy, tocas las palmas con las orejas —le dije, mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—No llames a la policía, por favor —me decía uno de los chicos que venía con ella—. Si me denuncian una vez más, mis padres me llevarán a un centro, interno.

—Pues entonces, no deberías hacer nada para que eso suceda, ¿no crees? Aunque te aseguro que esos sitios no están tan mal, y quizás hasta te venga bien, os venga bien, mejor.

—Te quiero en la casa en cinco minutos, tienes que ver una cosa —le dije a mi padre tras marcar su número.

—¿Qué ocurre, Borja? ¿Tienes algún problema? Porque mañana a primera hora podría estar ahí…

—¿No te enteras o no te quieres enterar? Tienes cinco minutos para estar aquí, que tampoco vives tan lejos, o llamaré a la policía y el problema lo tendrás tú —le dije, y colgué el teléfono.

Me quedé de pie, mirando a esos cinco que parecía que no habían roto un plato y se habían cargado tres o cuatro vajillas. Les dije que se sentaran en el sofá que había allí, y no los dejé ni moverse.

—Joder, tío, no seas plasta. Ya nos ha quedado claro que es tu casa, con no volver más, tenemos suficiente —me dijo mi hermana, y entonces decidí revelar mi identidad.

—No soy tu tío, soy tu hermano, y ya te quiero ver callada, o me vas a conocer bien —le espeté, y me miró con los ojos como platos.

—Joder, tía, no me habías dicho que tu hermano estaba tan bueno —le reclamó su amiga.

—Ni yo misma lo sabía, no lo he visto en mi vida.

—Vuelves a equivocarte, sí que me has visto, pero hace ya mucho tiempo, por eso no me has reconocido.

A los cinco minutos exactos, estaba mi padre llamando a la puerta, y le abrí con el mando, porque no me fiaba un pelo de ninguno de los que estaban allí, de mi hermana, la primera.

—¿Qué ha pasado, hijo? —me preguntó mi padre que, cuando vio a mi hermana allí, con esos chicos que eran bastante más mayores que ella, y las bolsas de alcohol, se puso blanco como la pared.

—Papá, esto no es lo que parece. Verás, pasábamos por aquí, y como vi a mi hermano, quisimos entrar a darle una sorpresa —empezó a decir ella, pero mi padre la calló de un grito.

—¡Ya basta, Sofía! Te estás convirtiendo en una persona caprichosa, que piensa que los demás nos chupamos el dedo. Se acabó, estás castigada y no irás al viaje de fin de curso. Ahora, a casa.

—Me alegro de que el karma haya sido justo. Cuando me reprendíais a mí sin motivo, cuando me castigabais sin razón… le pedía al cielo que os lo hiciera pagar, y se ha cumplido mi deseo.

—No seas más duro conmigo, lo hicimos lo mejor que pudimos.

—Y con ella, lo estás haciendo lo peor, ya lo veo. Déjame darte un consejo, o te hará abuelo antes de cumplir los dieciocho, que lo que yo he escuchado esta noche, era digno de una peli para adultos. Átala en corto, que se te va de las manos.

Volví a entrar en la casa, mientras ellos se marchaban. Mi padre parecía más viejo de lo que era, y estaba completamente seguro de que sería por los disgustos que le daba la princesita. Al verla, con esa altanería, me recordaba a mi madre en sus mejores tiempos, y eso que nada tenía que ver con ella.

Cerré todo, e hice una nota mental para llamar a una de esas asociaciones que se dedicaban a recoger muebles, restaurarlos y venderlos luego para ayudar a los más necesitados. Los de mi casa estaban bien, algo anticuados, pero en perfecto estado, además de ser de madera buena. Por ellos podrían sacar un buen pellizco. También me anoté llamar al cerrajero, para que cambiara todas las cerraduras, no quería más sorpresas y, al parecer, esa puerta era como la de Narnia. Todo el mundo pasaba para encontrar un mundo mejor.

De vuelta en el hotel, me di otra ducha, esta más relajante, porque de nada me había servido la buena tarde que pasé con Andrea, donde me desestresé del encontronazo con mi padre, porque la niñata consentida que tenía como hermana, me había vuelto a tensar hasta límites insospechados. Juro por lo más sagrado que, en varias ocasiones, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no darle con la mano abierta que, por otro lado, era lo que necesitaba, mano dura y disciplina.

Al salir de la ducha, me encontré con varias llamadas perdidas de un número que no tenía registrado, así que no le hice caso. Mientras pedía que me subieran la cena, ya que mi estómago me lo estaba pidiendo desde hacía rato, volvió a sonar, y entonces contesté.

—Borja Senillosa, ¿en qué puedo ayudarle? —Era la manera en la que descolgaba siempre, tal y como me había acostumbrado de la clínica de Londres. No puedo asegurar que no lo dijera ni en inglés, que todo era posible.

—¿Se puede saber quién coño te crees que eres para echar a tu hermana de esa casa? —me reclamó, y entonces supe que era la mujer de mi padre.

—En primer lugar, no voy a consentir que me hables en ese tono, yo no soy mi padre. Ahora entiendo de dónde ha sacado la princesita, esas ínfulas de grandeza. Y en segundo lugar, el dueño. ¿Necesitas más explicaciones?

—¿Cómo qué el dueño? A mí tu padre no me ha dicho nada de que te la ha dado. Y eso no puede ser, porque la mitad de la mitad es de mi hija, que tiene el mismo derecho que tú a usarla.

—Vuelves a meter la pata hasta la altura de la oreja. A mí nadie me ha dado nada, la he comprado yo con el sudor de mi frente. Además de que no te tengo que dar explicaciones, es mía y como vuelva a entrar sin mi permiso, llamo a la policía, así que tú verás.

—Hazlo y te las verás conmigo.

—Que lo haga ella, y entonces el Borja que no conoces saldrá a la luz.

Colgué el teléfono, y algo me decía que esa niñata había vuelto, que le había dado coba a mi padre para salirse con la suya, con el beneplácito de su querida y odiosa madre.

Me puse un chándal de algodón corto que tenía para estar en casa, y salí de nuevo hacia mi casa, anulando la cena que había pedido, ya comería algo cuando viniera de vuelta.

No me equivoqué, allí estaban otra vez, todos menos el chaval al que sus padres había amenazado. Y llamé a la policía, por supuesto que lo hice, sin entrar para no ponerlos sobre aviso.

Mi hermana lloraba, pero no de arrepentimiento, sino intentando ablandar mi corazón y el del policía que la había detenido. Al pasar por mi lado y ver mi sonrisa en la cara, me encaró.

—Esto no va a quedar así, mi madre dice que tengo el mismo derecho que tú a usar esta casa…

No le hice caso, sino que volví a llamar a mi padre, para decirle dónde tenía que ir a recoger a su adorada princesita.

—Tu hija va camino de la comisaría, te lo digo para que te vayas vistiendo —le dije cuando me contestó a la llamada.

—No puede ser, estaba acostada hace un momento.

—Y tanto que puede ser, y por lo visto, cuenta con la aprobación de su madre.

—¿Has sido tú el que has llamado a la policía? —me preguntó mi padre, incrédulo.

—Sí, he sido yo. Se lo advertí a tu mujer, que no jugara conmigo ni pusiera a prueba mi paciencia. Esta casa es mía, que para eso he pagado hasta el último céntimo. Si la vuelvo a ver por aquí, seré yo mismo, con mis contactos, el que proponga que se la lleven a un centro de menores, en tus manos está.

Colgué la llamada y me encaminé a un local de comida rápida, me moría de hambre y de sueño. En mi rutina en Londres, haría ya tres horas que hubiera cenado, y dos por lo menos que estaría durmiendo.

Mi acento no era el de siempre, ni tenía claramente el acento inglés ni el español, me había quedado algo así como en el limbo. Por mi aspecto físico, estaba claro que inglés no era, pero luego hablaba, y desconcertaba a todos, sobre todo a las mujeres. Una de ellas se me insinuó, pero estaba tan agotado, que decliné la invitación, no sin antes pedirle el número de teléfono para otra ocasión, porque esa mujer estaba muy pero que muy bien.

Capítulo 4



Esa mañana, bien temprano, me puse ropa cómoda y me dirigí de nuevo a mi casa. Había alargado un par de noches más mi estancia en el hotel, ya que quería mudarme cuando todo estuviera listo. Antes de salir, le envié a Luke la dirección donde tenía que enviarme mis cosas, a portes debidos, claro está. Cuando las tuviera todas en mi poder, le transferiría el resto del dinero acordado; no me fiaba de él ni un pelo, no era la primera vez que se la jugaba a alguien, pero no tenía a nadie más que me hiciera el favor.

Los primeros que llegaron, juntos además, fueron el cerrajero y los técnicos de la alarma, porque sí, había instalado una alarma, no las tenía todas conmigo de que esa niñata no intentara saltar la valla del jardín.

Mientras que ellos hacían su trabajo, me fui a revisar el vestidor, al que no había entrado todavía, y me llevé una sorpresa. Mi madre había dejado allí un montón de modelitos, así como gran parte de su colección de gafas de sol. Me puse a mirarlos detenidamente, y llegué a la conclusión de que llamaría a Nerea. A ella siempre le habían gustado mucho las prendas que usaba mi madre, y esas, en concreto, eran atemporales.

—Dime que estás en el aeropuerto cogiendo un vuelo para España, en dos días es el ensayo y quiero al padrino aquí —me dijo, nada más cogerme la llamada.

—Estoy en España desde hace días, solo que he estado resolviendo algunos asuntos. Tengo un regalito para ti, ven para mi casa —le contesté, sonriendo.

—Espera, que voy a sacar la bola de cristal para que me diga la ubicación. ¿Estás tonto? ¿Cómo voy a ir a un sitio del que desconozco las señas?

—Mi casa, la de toda la vida. Ahora es mía.

—¿No me digas que tu padre te la ha cedido? Gran gesto por su parte…

—Deja de sacar conclusiones precipitadas, que se la he comprado, y no por ello no he tenido problemas con mi hermanita, que menudo pendón está hecho.

—Uf, te lo dije, esa niña terminará con tu padre, hace lo que le da la gana, y es una caprichosa de mucho cuidado.

—Lo sé, lo he sufrido en mis propias carnes. Pero basta de cháchara, vente para acá que tengo muchas cosas que hacer.

Colgué el teléfono en el momento en el que vi la furgoneta de la asociación que venía a recoger los muebles viejos. Cuando los chavales vieron el estado y la calidad de los muebles, se quedaron alucinados, de hecho, tanto les gustaron que me dijeron que, con el dinero que sacarían de su venta, podrían hacer muchísimas cosas, por eso no me iban a cobrar la retirada. Tan solo me quedé con el despacho, porque me gustaba mucho como estaba puesto, así que, metí los libros de mi padre en varias cajas y las llevé a una especie de buhardilla que había, y que hacía las veces de trastero.

En ese momento solo me quedaba esperar a que llegaran los muebles nuevos, que lo harían esa misma tarde. Una vez que estuvieran puestos y montados, trasladaría todas mis cosas aquí; eso sería rápido, porque lo más pesado era la cocina, y en esa tan solo había cambiado la mesa y las sillas, los muebles eran preciosos y los electrodomésticos estaban sin estrenar, en acero, seguro que mi padre los cambió para hacer más rápida la venta.

Nerea entró porque la verja estaba abierta, ya que estaban instalando todo lo relacionado con la alarma, y yo, al verla desde la ventana, le dije que subiera. El dormitorio principal daba al frente de la casa, así que la vi llegar.

—A ver, ¿dónde está mi regalito? —me preguntó al subir, con las manos en la cintura.

—Pasa, coge lo que quieras, el resto lo llevaré a la parroquia —le dije, abriéndole la puerta del vestidor.

—¡Madre mía! ¿Cómo ha dejado tu madre todas estas maravillas aquí?

—Ya la conoces, seguro que los dejó pensando que eran de una temporada pasada. Como su nuevo marido es millonario, no habrá tenido problemas en reponerlo —le dije, mientras ella cogía una caja e iba depositando toda la ropa que le gustaba.

—Chico, pues todo es de mi talla, así que me lo voy a llevar. Hay de todo, desde trajes de chaqueta de pantalón, que me servirán para ir a trabajar, vestido de cóctel, y pantalones vaqueros de los que vuelven a estar de moda, así como las partes de arriba para ir combinando todo. ¡Es como si hubieran llegado los Reyes Magos! —exclamó, riendo.

—Eso no es todo, fíjate —le dije, abriendo el compartimento donde estaban los complementos.

—¿Tú sabes lo que puede costar este bolso? —me preguntaba con uno de los modelitos en la mano—. Miles de euros, te lo digo yo, y está hasta con la etiqueta. La gente del bufete va a pensar que me ha tocado la primitiva.

—Siempre puedes decir que tu mejor amigo, al volver de Londres, te ha traído unas cuantas chucherías —le contesté, mostrándole unas gafas de sol que siempre le habían encantado.

Nos tuvimos que hacer con más de una caja para guardar todo; por suerte, para ella, tenía de sobra, pues pensé que tendría que retirar más cosas de las que había quitado en general.

Se las llevé hasta el coche, y le pregunté si quería quedarse a comer, pero declinó mi oferta. Había quedado con sus damas de honor para recoger los trajes. No conseguí que me dijera quién sería la dama de honor principal, esa que me acompañaría durante toda la boda, y eso solo podía significar dos

cosas: estaba buena que te cagas y no quería que me acercara a ella, o, la conocía y no quería que me acercara a ella. Lo tenía crudo conmigo, porque me iba a acostar con la que fuera, sí o sí, ya que, entre las amigas de Nerea, no había ninguna que no estuviera para hacerle un favor, o dos si se ponía, y yo tampoco estaba mal, todo hay que decirlo.

Mientras esperaba a que llegara el camión de la empresa de los muebles, me pedí un sándwich de pollo y una ración de patatas fritas en un local que frecuentábamos cuando éramos jóvenes. Pensaba que ya estaría cerrado, pero para mi sorpresa, no era el caso. Manolo y Paqui seguían regentándolo, a pesar de que en el local ahora estaban sus hijos, que eran de mi edad y nos conocíamos de toda la vida.

Me senté en la mesa del porche trasero, a comer relajadamente. Esa mesa también era nueva, o al menos yo no recordaba que estuviera ahí, pero como hacía tantísimo tiempo que no volvía, no podía descartar nada. A mi mente acudió la imagen de Claudia, ¿qué habría sido de ella? Jamás pude hablar y contarle qué fue lo que sucedió. Por un lado, quise hacerlo, pero como no tenía pensado volver, lo dejé pasar, era una estupidez querer arreglar las cosas con alguien que, probablemente, no volviera a ver en la vida.

Sumido en mis pensamientos estaba, cuando me avisaron de que estaban en la puerta los muebles nuevos, así que me levanté para abrirles, tirando los restos de mi comida en la cocina. Puntuales, a las cuatro en punto de la tarde, tal y como acordamos. Eso era una de las pocas cosas que me gustaban de los británicos, que no te hacían perder el tiempo cuando quedaban contigo. Si decían a una hora, llegaban a esa hora, ni antes ni después, al menos la mayoría de ellos.

Terminaron pasadas las ocho de la tarde, así que decidí ir a por mis maletas y dormir esa noche ya en mi casa. El hotel había estado muy bien, pero no para vivir. Quería recuperar ese sentimiento de arraigo, sentirme parte de algo, y quedándome en el hotel no lo habría logrado.

Esa mañana, me levanté con otro ánimo, me puse un bañador y me lancé a hacer unos largos en la piscina, antes de ir al centro comercial a comprar lo que necesitaba. No había caído en que no tenía sábanas para la cama, pero me dio igual, hacía calor por lo que no las iba a necesitar. Me había

acostumbrado al clima de Londres, así que lo que antes me parecía una temperatura ideal, ahora me resultaba un calor agobiante, y seguramente me pasaría lo mismo con el frío.

Justo cuando estaba a punto de llamar a un taxi, mis amigos llamaban a mi puerta.

—Venimos a secuestrarte, porque hay que tener poca vergüenza para no decirnos que ya estabas aquí —me dijo Kevin, dándome una colleja.

—Necesito que me llevéis al centro comercial, tengo que comprar algunas cosas de menaje del hogar —les dije, sin hacer caso al reproche que me había hecho mi amigo.

—No avisa, y ahora nos quiere de *personal shopper* —dijo Nerea, a la que le lancé una mirada.

—Tú, más vale que te calles, que tendrías que besar por dónde piso, con todo lo que te llevaste ayer —le dije, en tono de broma.

—Y no sabes cómo me quedan. Aquí, mi churri, cuando me vio con uno de los vestidos que me llevé, se puso tan a tono que lo hicimos sin bajar siquiera la cremallera.

—Eh, eh, no necesito detalles, que luego esa imagen no se me borra de la cabeza —le dije entre risas.

En el centro comercial estuvimos más de dos horas, a mi querida amiga Nerea nada de lo que elegía le parecía bien, que si las sábanas tienen que ser cien por cien algodón, si no, luego le saldrán bolitas; que si las toallas míralas que no sean de tejido sintético, o te rasparán después de dos o tres lavados. En definitiva, me había estado volviendo loco. ¿Qué hice? Le dejé mi tarjeta, le dije lo que necesitaba y la dejé comprándolo a su gusto. Kevin y yo nos fuimos a una de las terracitas que había allí y nos tomamos una cerveza fresquita.

—De verdad, que tienes el cielo ganado con ella, no sé cómo la soportas en modo ama de casa —le dije a Kevin, bromeando, obviamente.

—Porque el resto de los modos lo compensa, te lo prometo. No sabes lo que es llegar a casa, exhausto de un turno imposible, y encontrarla cantándote, o ponerte enfermo y que no se mueva de tu lado, como si en vez de una gripe, estuvieras en fase terminal de una enfermedad rara.

—Pues sí, tiene que ser bonito que alguien se preocupe por ti. A mí nunca me ha pasado, pero debe serlo.

—Claro que sí te ha pasado. ¿Acaso tus amigos no contamos? Y digo yo que, allí en Londres, no habrás estado haciendo vida de monje en todos estos años.

—No, por supuesto, pero nunca he sentido esa conexión con nadie como tienes tú con Nerea.

—Te recuerdo que sí la tuviste, con Claudia, lo que pasa es que no pudisteis llegar a más. Estoy completamente seguro de que, si no llegas a marcharte, hoy en día habríais estado como nosotros.

—Si me hubiera quedado y hubiese sucedido eso que me estás contando, mi madre estaría hoy bajo tierra, y yo recogiendo cartones, porque me hubiese puesto en la puerta de la calle —le dije, y nos reímos a carcajadas.

Media hora después, vimos llegar a Nerea con un chico, que venía cargado de bolsas, y de cajas, prácticamente no se le veía ni la cara, y ella como una diva.

—Saca la cartera, *Borjita*, y dale una buena propina a este muchacho, que lleva cargando con tus cosas un buen rato —me dijo, y no me quedó más remedio que hacerlo.

Capítulo 5



Pasamos casi todo el día juntos, hasta que, pasadas las seis, los avisaron de que debían ir al local de celebración de la boda para verificar no sé qué asunto.

—Venga, vente, y así te distraes un poco —me dijo Kevin, que en realidad lo que no quería era ir solo con Nerea.

—Ni loco, estoy rendido. En cuanto llegue a mi casa, me voy a tirar en el sofá, voy a contratar una de esas plataformas de películas y me las voy a ver todas seguidas —le contesté, riendo por la cara que puso.

—Pues mañana no te puedes escaquear, que es el ensayo, te lo aseguro —me dijo Nerea, dándome un beso en la mejilla.

—Mañana será mañana, pero hoy no tengo por qué ir, así que no puedes obligarme —le contesté con cara de espanto.

Se ofrecieron a dejarme en casa con su coche, pero les dije que no, que tomaría mejor un taxi. Anoté mentalmente que tenía que ir a preguntar lo de mi carné de conducir, para hacerme con uno español lo más pronto posible, así como con un coche.

No empezaba a trabajar hasta septiembre, por lo menos eso era lo que tenía firmado en mi contrato, así que me tomé esos dos meses y medio de relax, mi colchón financiero me lo permitía.

Dicho y hecho, llegué a mi casa, me puse cómodo tras una ducha, y me senté en el sofá, ya que había contratado esa plataforma que tanto me gustaba y me dispuse a ver un maratón de series.

Ya había empezado a coger el ritmo español, por eso a esa hora no tenía hambre. También podía influir que, antes de que mis amigos se marcharan, nos habíamos metido entre pecho y espalda un cruasán relleno como una plaza de toros de grande.

Nunca había tenido problemas de sobrepeso, pero debía retomar mi rutina de ejercicio, porque de otro modo iba a terminar, que sería más fácil saltarme que darme la vuelta si seguía comiendo de esa manera.

Para cenar, opté por hacerme unas judías verdes rehogadas con unos filetes de pavo a la plancha, en vez de la *pizza* que tenía pensado meter al horno. Me fui a la cama, pero puse el despertador temprano. Antes de ir hasta el ensayo de la boda quería hacer un poco de ejercicio, así como unos largos en la piscina.

De mi hermana no volví a tener noticias; supuse que tanto ella como su adorada madre —a la que no soportaba— se habían enterado de cómo me las gastaba por las malas. No tenía nada que ver con que pensaseis que estaba celoso, sino con que me recordaban tanto a mi madre que no podía soportar a ninguna de las dos.

Una vez que terminé mis ejercicios, pensé que debía comprarme una bicicleta estática. Luego pasé por la ducha para arreglarme y pedí un taxi que me llevara hasta donde ya estarían todos esperándome. No solía ser un tardón, pero creí que me daría tiempo a todo, así que me lo tomé con más calma.

—Perdón por la tardanza, pero había un tráfico horrible —dije una media mentira, porque era cierto que nos habían cogido varios atascos, pero de los que salimos más pronto que tarde gracias a la destreza del conductor.

—Ya era hora, ve fuera, que Kevin te estaba esperando para entrar y empezar —me dijo Nerea, pero mis ojos no se dirigieron a ella, sino a una

chica que estaba de espaldas, con un vestido negro y unos zapatos de tacón rojos, y que lucía un cuerpo de escándalo.

Me dirigí al jardín, que era lo que me había indicado mi amiga, y el lugar donde me esperaba el novio, al que veía un poquito atacado de los nervios.

—¿Quién es ese monumento de los tacones rojos? ¡La Virgen, no se puede estar más buena! —pregunté, y Kevin me miró con una sonrisa.

—La dama de honor principal, pero con ella lo vas a tener… digamos que un tanto difícil. —Y empezó a reírse, me estaba retando.

—Ninguna mujer es difícil para Borja Senillosa, a no ser que esté casada. ¿Acaso lo está?

—Para nada, está soltera…

—Y entera, porque no veo que le falte de nada. Por favor, si en ese culo se pueden partir almendras. ¿Es una compañera del trabajo de Nerea? —Estaba deseoso que me dijera quién era y cuál era su nombre.

—Sí, y no. Pero vamos al ensayo, lo vas a descubrir enseguida.

—Doy por hecho que la conozco, entonces.

—Uy, mucho más de lo que ella quisiera, te lo puedo jurar —me dijo y soltó una carcajada.

¿Sería que me había acostado con ella? No podía ser, hacía años que yo no venía por aquí. A lo mejor era una de esas pocas que no me llamaban la atención cuando era adolescente y la rechacé. No le di más vueltas, en breve sabría quién era.

Nos colocamos en el altar: el novio, el padrino —o sea yo— y el resto de los amigos que nos acompañaban. Cuando me quise dar cuenta, ya venían caminando las damas de honor hasta donde estábamos nosotros, seguidas de la novia. No quería ser descarado, así que me quedé mirando sus piernas, sin querer subir hasta su rostro, pero no me quedó más remedio que alzar la

vista, y cuando nuestros ojos se encontraron, la sorpresa fue evidente en los dos.

—No me lo puedo creer —murmuró ella al verme, echándome una mirada que, si mataran, yo habría caído fulminado.

—¿Claudia? ¿Eres tú? —le pregunté, saltándome todo el ensayo y el protocolo, dicho sea de paso.

—Para mi desgracia, sí, soy yo.

—Cuánto tiempo, estás espectacular —le dije, acercándome a ella.

—No saques tu lado seductor conmigo, porque no te va a servir de nada. Ya caí una vez, pero no soy de las que tropiezan dos veces con la misma piedra, y menos si la piedra se llama Borja Senillosa.

—Vaya, qué buen recibimiento por tu parte, esperaba al menos dos besos.

—Dos patadas en los huevos es lo que te voy a dar como te acerques a mí.

—Pues a ver cómo lo hacemos, porque tenemos que salir de aquí del brazo. ¿Necesito comprarme un protector?

—Una armadura, mejor, porque no va a quedar un centímetro de tu cuerpo que no te duela.

—Espero que esa amenaza sea porque te has vuelto una fiera en la cama.

—Y fuera de ella, también. Tengamos la boda en paz, dejemos que nuestros amigos vivan el «felices para siempre» y luego cógete un avioncito a Londres, donde seguro que tendrás una legión de fans esperándote en el aeropuerto.

—Lo lamento por ti, pero me voy a quedar.

—¿Todo el verano teniendo que aguantarte? Creo que me voy a ir al pueblo, entonces.

—Pues tendrás que mudarte allí si no quieres verme, porque siento decirte que me quedo definitivamente, he vuelto a casa.

Los demás nos miraban, alternando la mirada entre uno y otro, como si estuvieran en un partido de tenis, uno que iba ganando yo por varios sets, porque con mis palabras se quedó desconcertada.

—¿Volvemos al ensayo o tengo que decirle al cura que dejemos la boda para otro día? —preguntó Nerea, con su ironía de siempre.

—No, mujer, que ya está todo encargado, y sería un trastorno tener que moverla de fecha. Ya mismo empezamos de nuevo, total, Claudia y yo tenemos todo el tiempo del mundo para ponernos al día —le contesté, sabiendo que ella no se quedaría callada.

—Sigue soñando, marqués, que tú y yo, todo lo que teníamos que hablar, ya lo hemos hablado —me soltó ella, volviendo a su posición inicial.

Me pasé todo el ensayo sin poder apartar la mirada de ella. En realidad, no había cambiado tanto, su cara seguía siendo tan preciosa como siempre; lo único que notaba distinto en ella era su madurez, bueno, y sus curvas, porque su cuerpo se había vuelto como el circuito de Le Mans. ¡Madre del amor hermoso! Estaba más atractiva que nunca, y ese carácter que había sacado, ese me estaba poniendo como una moto.

Necesitaría tiempo, pero esa mujer iba a terminar en mi cama, como que me llamaba Borja, que lo haría. Al terminar el ensayo, que no nos llevó más de media hora, Kevin dijo que nos invitaba a todos a comer en la misma finca en la que estábamos, que era donde se celebraría la boda.

—Yo mejor me marcho ya, que no he dicho en casa, que no iría a comer —dijo Claudia.

Kevin me había dicho que no estaba casada, lo que no implicaba que no tuviera pareja, que sería la que la estaría esperando en su casa.

—Venga ya, Claudia, no seas aguafiestas. Quédate, aunque te sientes en la otra punta de la mesa, lo más alejada de Borja que puedas —le dijo Nerea.

—No me hables de aguafiestas, que bien calladito te tenías quién era el padrino.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco sabía quién era la dama de honor principal.

—Lo que tú sepas o dejes de saber me trae sin cuidado. Hay tantas cosas que no sabes, que no me extraña que sigas viviendo en la inopia —me contestó Claudia, de muy malas maneras.

—Me parece justo que no me quieras ver, aunque lo que pasó no fue culpa mía, pero lo que no me parece bien es que me hables en ese tono. Madura, Claudia, que han pasado muchos años de eso para tenerme ese rencor —le contesté, con rabia, yo también podía hacer daño si me lo proponía.

—Vamos a enterrar el hacha de guerra. Tenéis una conversación pendiente, y te lo dije hace mucho tiempo, Claudia, pero nunca me has hecho caso —le dijo Nerea, con una mirada de súplica.

—No os preocupéis, que me marcho yo, además tengo cosas que hacer. Amigo, nos vemos mañana en la boda. —Me levanté y me dispuse a salir, cuando alguien me sujetó por el codo.

—Tampoco sería justo que tú te fueras. Quedémonos los dos, y hagamos como que no nos conocemos —me pidió Claudia.

—No puedo hacer eso. Sí que te conozco, y me gustaría que volviéramos a ser, por lo menos, amigos.

—Está bien, tengamos un trato cordial por ellos, hasta la boda, al menos. Después de ese momento, cuando nos encontremos, nos saludaremos y se terminó, no quiero una amistad contigo, el daño que me hiciste no se puede olvidar de un día para otro.

—Pero es que, ni yo tuve culpa, ni ha pasado un día, sino un montón de años. Es hora de que lo superes.

—No puedo superarlo, no cuando tengo un recordatorio diario.

Dicho esto, se dio media vuelta y se marchó hasta donde estaban los demás. No entendía nada. ¿Qué recordatorio tenía de ese momento? ¿Por qué todos me miraban como si yo no supiera algo?

—No entiendo nada… —murmuré por lo bajo, pero una mirada entre Kevin y Nerea me dio a entender que ellos sí que lo entendían.

Lo dejé pasar, de momento, pero en cuanto tuviera la oportunidad, pensaba sonsacarles hasta que me lo contaran. La comida transcurrió de manera tranquila, aunque las miradas entre ella y yo no eran precisamente sutiles. Yo la observaba admirado, porque se había convertido en una preciosidad, un monumento de mujer, y ella… ella me miraba con rabia, con rencor y, hasta podría decir que, con odio, aunque esperaba equivocarme en esto último, por mi salud mental.

—No sigas mirándola como si te la quisieras comer de postre —me dijo Kevin, por lo bajini.

—Es que me la quiero comer de postre, de desayuno y hasta de cena —le contesté, y le salió una carcajada.

—¿Se puede saber de qué os reís? —preguntó Nerea, que se había sentado junto a Claudia.

—Del menú que, si por mi fuera, pasaba al postre directamente —le dije, mirando a los ojos a Claudia, que cada vez estaba más enfurecida, y ante la risa de mi amigo, que no podía parar de reír.

Capítulo 6



A la hora de volver a casa, yo me fui con Kevin en su coche, aunque no íbamos los dos solos, ya que Nerea también venía, pero, aun así, no me corté a la hora de preguntar.

—¿Se puede saber a qué han venido esos comentarios con Claudia? Tengo la impresión de que vosotros sabéis algo que yo desconozco. —Fui directo a la yugular, no quería andarme por las ramas.

—No nos corresponde a nosotros decir nada, ya lo dirá ella cuando quiera o si quiere, Borja —me respondió Nerea.

—No entiendo esa inquina hacia mi persona, no después de tantos años, lo normal hubiera sido que lo comentáramos como una anécdota —respondí a ver si podía sacar algo en claro.

—¿Lo normal para quién? ¿Para ti que te has estado tirando a una cada semana? —me contestó Nerea, con cierto grado de enfado.

—Mira chica, no estamos en el siglo XVIII que se vengaba la pérdida de la honra. Si nos acostamos aquella noche fue porque quisimos los dos, no obligué a nadie. Entiendo que a lo mejor ella esperaba otra cosa para su primera vez, un príncipe azul que la llevara a su castillo, y no un vulgar chico que se moría por sus huesos.

—Poco te moriste cuando pasaste de ella al día siguiente.

—¿Otra vez con lo mismo? Ya os expliqué lo que me había pasado. Sabéis que no fue mi culpa, que te repites más que el ajo, bonita.

—Mira, no quiero entrar en detalles, así que será mejor que lo dejemos aquí.

—Sí, y que me dejéis aquí también, porque como siga en este coche, lo mismo ni me presento en la boda. Para, Kevin, haz el favor, que el resto del camino lo haré dando un paseo.

Mi amigo paró el coche, no sin antes cogerme de la mano y mirarme a los ojos. Sabía que era capaz de quedarme en mi casa, me daba igual el papel que tenía, que se lo dieran a otro.

—No me harás eso, ¿verdad? Te quiero como si fueras mi hermano, y ni Nerea ni yo volveremos a pronunciar una palabra sobre Claudia.

—Habla por ti, yo seguiré insistiéndoles a los dos hasta que hablen claro —le contestó su novia, con mucha altanería.

—Ya está todo dicho, ¿no querrás que mañana aparezca sin padrino? Porque si Borja no viene, habrá sido por tu culpa, y entonces no me casaré —le contestó Kevin, con los típicos nervios del día antes de la boda.

—A ver si la que no se presenta soy yo, y te quedas compuesto y sin novia. Chulerías a mí, vamos.

—Vamos a ver, iré, pero no quiero que nadie me diga nada sobre ella. Intentaré suavizar el asunto para que no os sintáis incómodos, pero hasta ahí. Claudia no me quiere cerca, y yo se lo voy a respetar. Hay muchas mujeres en el mundo para someterse a desprecios. Ya pasé por muchos en el pasado, y no pienso tolerar ni uno más.

Acto seguido, me bajé del coche y paré el primer taxi que pasaba, que me llevó a casa. Estaba a un par de manzanas, pero no me apetecía caminar, porque entonces le daría vueltas a todo y terminaría más cabreado de lo que ya lo estaba.

En la puerta de mi casa estaba mi padre, con un aspecto horrible, entre derrotado y deprimido, y me sorprendió, cuando él siempre había sido un hombre muy correcto, en todos los sentidos.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté a mi padre, en cuanto que me bajé del taxi.

—Tengo que hablar contigo. La venta de esta casa me está dando muchos problemas con mi mujer, que la quería para tu hermana. Te ruego, por favor, que anulemos la venta. Elige otra, la que sea, que yo me comprometo a comprarla para ti, además de devolverte el dinero.

—¿Esa es la solución? Te creía un hombre un tanto más valiente, papá, pero veo que sigues siendo el mismo mindundi de siempre, que se deja manejar por la opinión de su pareja.

—¡No sabes lo que es vivir de esta manera!

—¿Cómo, solo? ¿Sin nadie a quien pedir consejo o contarle tus problemas? Créeme que sí, has ido a decírselo a la persona menos indicada —le contesté con rabia.

—Lo siento, hijo, no me refería a eso, en lo que tienes toda la razón del mundo. Me refiero a con una mujer que quiere tener acceso a cualquier parcela de tu vida, que se cree con el derecho de decirte lo que debes o no debes hacer.

—Pues divórciate. Aprende a estar solo, es la única manera en la que elijas a la mujer adecuada. Lo malo no es que quiera tener acceso a eso, puede querer e incluso tener dicho acceso. Es lógico como tu pareja que es que resolváis los problemas juntos. Lo que no debes consentir es que no te respete, y lo utilice como arma arrojadiza.

—No me puedo separar de ella, entonces tu hermana terminaría de desmadrarse.

—Ya lo está, papá. Es una niñata malcriada y consentida que, por tener dinero, se cree por encima de todo el mundo.

—Ya no sé qué hacer con ella, te lo juro. Si la castigo, se lo pasa por el forro; si le riño, le entra por una oreja y le sale por la otra…

—Mándala a un internado. Te aseguro que allí se hará una mujer de provecho, como me decíais a mí. De lo contrario, estoy seguro de que te hará abuelo muy prontito.

—Eres muy injusto con tus comentarios, además de muy mordaz. A lo mejor, algún día, tendrás que callarte la boca.

—¿Por qué me tendré que callar? Que yo sepa, hasta ahora no tengo ningún hijo y, si lo tuviera, a mi edad, ya tendría la capacidad de cuidarlo y mantenerlo.

Mi padre me miró, y se dio la vuelta para, a un paso de salir de mi casa, volver a preguntármelo de nuevo.

—¿Vas a anular la compraventa?

—Lo siento, pero no. Esta casa estaba en venta, yo tenía el dinero, y tengo más derecho que cualquiera a estar aquí. Le dices a la reina madre y a la princesita, que vayan buscando otro palacio donde meterse, porque este ya es mío.

—No vengas a pedirme ayuda, nunca, porque no te la daré —me amenazó, y a mí me salió una carcajada de lo más irónica.

—¿Alguna vez lo has hecho? Porque yo no lo recuerdo. Y si me vas a echar en cara el dinero que me diste para mis estudios, no te preocupes que, en un par de meses, lo tendrás de nuevo en tu cuenta, así tendré menos que agradecer.

—Eso espero —me contestó, y se fue.

La sangre me hervía, así que me puse el bañador y me sumergí en la piscina. Algo de ejercicio me vendría de lujo para liberar estrés, porque vaya día que llevaba.

Al día siguiente era domingo, y era la boda, pero el lunes, a primera hora, iría a pedir una hipoteca sobre mi casa del dinero que tenía que devolverle, y para ello tenía que saber la cantidad exacta, porque no le devolvería ni un céntimo de más.

Por suerte, guardaba todas las libretas del banco, desde que me marché a Londres, algo me decía que las necesitaría. En ellas venían anotadas todas las cantidades que mi padre me ingresaba mensualmente, durante los cuatro años de la carrera, porque en cuanto la terminé, no consentí que me ingresara ni un céntimo más.

Los años del internado no me ingresaban nada, tan solo algo por mi cumpleaños o navidades, que también pensaba devolverle. Sin darme cuenta, las lágrimas corrían por mi cara, no sabía si eran de rabia, de pena, o de qué coño eran, pero ni pude ni quise reprimirlas.

Más de una hora me llevó calcular la cantidad que tendría que devolverle, que ascendía a ochenta y dos mil quinientos euros. Podría pagárselos de mis ahorros, pero entonces me quedaría sin ese colchón que me había costado toda la vida reunir, por eso opté por una hipoteca, a pagar en pocos años y que pudiera amortizar cada vez que quisiera.

Como no podía dormir, me puse a investigar si mi carné de conducir servía en España. Descubrí que sí, que era válido, aunque debido al Brexit, lo que antes era indefinido, ahora tenía una validez de seis meses, al ser residente en el país. Pasado este tiempo, tendría que canjearlo por el carné español. Pero no iba a esperar tanto, lo haría en esa misma semana, y me ocuparía de buscar un coche.

Por un momento, me vino a la cabeza mi moto, y salí de la casa para ver si todavía estaba en el garaje —que en realidad nunca se usó como tal— ahí podías encontrar de todo: desde herramientas hasta el cortacésped. Allí estaba, cubierta con una lona. Siempre me había gustado la mecánica, por lo que la arreglaba yo mismo en mi tiempo libre, la mayoría con la ayuda de Paco, el padre de Claudia.

Las llaves estaban puestas, y no estaba muy sucia, lo que significaba que alguien la había estado usando sin mi permiso, y la imagen de la niñata de mi

hermana Sofía me vino a la cabeza. La arranqué, y funcionaba; además, el depósito estaba lleno, así que no me lo pensé, me puse una camiseta y me monté en ella, saliendo de allí camino de mi refugio: el acantilado.

Estaba tal y como lo recordaba: silencioso, emitiendo una paz que era difícil encontrar en otro lugar, pero que a mí me hacía sentir la persona más especial del mundo. Si hubiera estado en Londres, el *modus operandi* hubiera sido muy diferente, me hubiera arreglado, ido al *pub* de siempre y hubieses esperado en la barra a que cualquier mujer se me acercara, para terminar follando como locos en el primer lugar que encontrara. Jamás había ido a casa de ninguna mujer ni había llevado a nadie a la mía, era un mantra que tenía.

Cuando me hube relajado lo suficiente, hice el camino de vuelta, decidido a coger las riendas de mi vida de nuevo, tal y como hice cuando estuve fuera del país. Si Claudia no quería nada conmigo, pues ella se lo perdía, teníamos la edad suficiente como para no quedarnos anclados en problemas de adolescentes, pero al parecer, ella todavía no se había enterado.

Lo que al principio eran unas vacaciones para mí, se estaba volviendo un tormento, así que tomé la determinación de que el lunes, cuando terminara de hacer los trámites necesarios, iría a hablar con el director de la clínica y me incorporaría a la semana siguiente. Estaba claro que yo no servía para estar de brazos cruzados, nunca había servido, y menos ahora de adulto.

Al llegar a casa y mirar el reloj, vi que pasaban de las cuatro de la madrugada. Al día siguiente me tenía que levantar temprano, por lo que tendría unas tres horas para dormir. Iba a salir en las fotos como un oso panda, porque yo no tenía ningún maquillaje que me disimulara las ojeras ni la mala cara.

Puse el despertador a las siete, quería llegar a tiempo y no defraudar a mi amigo, el único que había estado ahí cuando lo necesité. Cuando sonó, me quise morir, pero me levanté del tirón, no quería quedarme dormido, si no lo hacía sería lo más probable.

Me di una ducha, me afeité bien, y me puse mi chaqué, idéntico al del novio, y que ambos habíamos comprado en Londres. No era para nada

clásico, pero tampoco desentonaríamos en la ceremonia, pues era de color azul oscuro, con chaleco y corbata en azul cielo, y camisa blanca. Los complementos los llevábamos en negro. Cogí mi móvil, mi cartera y pedí un taxi, iba con tiempo suficiente.

Capítulo 7



Al llegar, las damas de honor ya estaban allí, excepto Claudia, que llegaría con la novia. Está mal que yo lo diga, pero es que es cierto, al verme llegar, el murmullo y las miradas de esas mujeres resonaron en todo el jardín.

La ceremonia la celebraría un sacerdote, pero como ellos no querían casarse en el interior de una iglesia, lo hicieron en los jardines de un hotel, el mismo lugar donde se celebraría también el convite.

—¿Nervioso, hermano? —le pregunté cuando llegué a su lado.

—Ahora ya no. Por un momento pensé que no ibas a venir.

—Por esa regla de tres, deberías continuar así, porque tu chica también amenazó con lo mismo —le dije, sonriendo.

—No seas más cabrón. Sabes, al igual que lo sé yo, que Nerea no me dejaría tirado, nos queremos demasiado.

—Y yo que me alegro de eso. Cuídala, Kevin, ya no quedan mujeres así, o si hay, yo no he tenido el gusto de cruzarme con ninguna —le dije, situándome a su lado.

Los invitados fueron llegando y ocupando sus lugares. A pesar de que los padres de Kevin eran muy amigos de mi padre, en cuanto les dijeron que yo sería el padrino, no le hicieron llegar la invitación de la boda. ¿Su argumento? Querían que yo me sintiera a gusto, porque, al fin y al cabo, la boda era de su hijo y yo, su mejor amigo, por lo que quedaban

automáticamente fuera del evento. No se pueden imaginar lo que yo agradecí ese gesto.

Y ahí llegaba ella, preciosa, con ese vestido en color champán, y esos altísimos tacones rojos, que ahora sabía por qué los llevaba el día del ensayo, para no tropezar en ese momento.

—Estás preciosa, Claudia —le dije, no me pude contener, en cuanto se puso al otro lado del altar.

—Pues tú traes una cara de muerto, que en vez de a una boda, parece que te has escapado de tu propio funeral —me contestó, con maldad, y se desató la guerra.

—Yo pretendía ser amable, pero debiste pillar una tallita más del vestido, se te marcan los michelines que pretendes esconder con la faja.

—¿Qué michelines, imbécil? Yo no he usado faja en mi vida. Más quisieras tú comprobarlo de primera mano, pero no te lo crees ni tú.

—¿Yo? Baja del pedestal, bonita, con un solo chasqueo de dedos, tengo a la mujer que quiera de rodillas, comiéndose algo más que el postre de la boda.

—No, si se habrá creído que es Chayanne, ahora. Lo que hay que oír.

—Lo que hay que oír es la marcha nupcial, que la novia lleva un rato esperando a que Pimpinela termine para acercarse al altar —nos dijo el cura, y ambos miramos sorprendidos a una Nerea que, a pesar de venir preciosa, nos miraba de una manera que daba escalofríos.

Nos callamos la boca, y dejamos que la boda empezara. El padre de Nerea había sido el encargado de llevarla hasta el altar, y la miraba emocionado, a punto de las lágrimas, al igual que mi amigo. Nunca lo había visto así, pero entendía que era lo que tocaba.

Si yo hubiera estado en su lugar y fuera Claudia la que viniera vestida de blanco, estaba seguro de que … Un momento, pero qué chorrada me había

pasado por la cabeza. ¿Yo de boda siendo el novio? ¿Claudia vestida de blanco? Estaba claro que la falta de sueño me empezaba a pasar factura.

—¡La madre que me parió! —me recriminé a mí mismo, en lo que yo creí que era un murmullo, pero que sonó más alto de lo que pretendía.

—¿Perdón? —me preguntó el cura, empezando a hartarse de mí.

—Nada, nada, lo siento, estaba pensando en alto. Continúe…

Nerea cada vez estaba más encendida. Como siguiera así, en vez de una novia iba a parecer una bombilla de infrarrojos, o un guiri después de quedarse dormido en la playa.

Tuve que aguantar la risa, no quería que me volvieran a llamar la atención, pero es que el cura se estaba alargando demasiado, se enrollaba más que las persianas.

Desde el otro lado, mientras Claudia me miraba con una mezcla de rabia e impotencia, la dama de honor que estaba detrás de ella me hacía ojitos, por lo que no dudé en sonreírle. Necesitaba echar un polvo, y esa mujer estaba muy buena, ya solo faltaba que ella también quisiera, pero tenía el leve presentimiento de que sí.

Y por fin terminó la dichosa boda, y entonces quedaba la salida de allí y las fotos. Por lo que, detrás de los novios, debíamos salir Claudia y yo, tomados del brazo. Primero se negó a hacerlo, y cuando se dio cuenta de que a mí me daba igual, se enganchó a mí.

—Eres un prepotente, veo que no has cambiado nada —me dijo entre dientes, mientras nos dirigíamos a la salida.

—Oh, ya lo creo que he cambiado, ahora follo mucho mejor —le contesté, simulando una sonrisa, igual que ella.

—Todo lo reduces a lo mismo: el sexo.

—Por lo que puedo ver, a ti no te tienen bien servida, porque si estuvieras saciada, no llevarías esa cara que me llevas.

Levantó la mano, y me soltó tal tortazo que le faltó poco para que me pusiera la cabeza al revés, como la niña del exorcista. ¿Qué hice? Soltar una carcajada, no me salió otra cosa. Que me encantaba picarla, y ella me lo estaba poniendo a huevo. Se presentaba una boda muy animada, me lo iba a pasar pipa.

—¿Qué le has dicho para que Claudia te haya soltado ese tortazo? —me preguntó Nerea, con una mezcla de rabia y simpatía.

—¿Yo? Tan solo le he contestado a lo que ella me ha dicho. Ahora, si no sabe encajar una broma, es su problema.

—Borja, que nos conocemos… —me dijo Kevin, con una sonrisa.

—Según el troglodita este, estoy mal follada y por eso llevo esta cara. No será que es por tenerlo a él cerca —dijo Claudia, rabiosa.

—Borja, tío, te has pasado —me regañó Kevin.

—Claro, porque ella no cuenta lo que me dijo antes. Que todo lo llevaba al mismo terreno: al sexo.

—¿Acaso es mentira?

—Pues sí, lista. Desde que me fui, no has sabido cómo ha sido mi vida, así que no tienes derecho a juzgarme —le solté, ya en serio, su opinión sobre mí me importaba, y no iba a permitir que me tachara de lo que no era.

—El que no sabes nada de mí eres tú. Así que no me vengas con milongas, que tú sí que no sabes los sacrificios que he tenido que hacer, como para tener tiempo para echar un polvo —me contestó, casi llorando y salió corriendo.

—¿A qué ha venido eso? —les pregunté a mis amigos, que se miraron entre ellos.

—Ve a hablar con ella, y discúlpate —me pidió Nerea.

—Ah, eso sí que no. No quiero darte la boda, amiga, pero no me voy a rebajar por algo que ella ha hecho igual que yo: prejuzgar. Si es necesario, me marcho y ya mañana comemos juntos.

—No hace falta que te vayas, tienes razón. Si ella no te cuenta, tú no eres adivino, y tengo claro que no tienes ni idea de a lo que ella se refiere. Perdóname, ¿vale? Son los nervios de la boda —me contestó Nerea, dándome un beso en la mejilla, momento que aprovechó el fotógrafo.

—Quiero esa foto en cuanto la tengas, que la pienso enmarcar y ponerla en mi despacho —le comenté, para aligerar el ambiente.

Pasamos al salón donde servían la cena, ella se sentó a la derecha de Nerea y yo a la izquierda de Kevin, así no coincidiríamos para no discutir. Cuando llegó la hora del baile, yo ya llevaba unas cuantas cervezas encima, así que, digamos que, la vergüenza había desaparecido.

—No te vayas a pasar ni un pelo durante el baile, que corra el aire entre nosotros, o la hostia de antes te va a parecer una caricia —me dijo, cuando la cogí por la cintura, y a mí me salió una sonora carcajada, que a ella le puso una sonrisa en la cara.

¿Le hice caso con sus indicaciones? Pues va a ser que no, entre otras cosas, porque noté que había un tipo que no le quitaba el ojo de encima, y no iba a consentir que me la arrebatara, así que la pegué a mí todo lo que pude.

—Borja, aléjate un poquito, por favor —me pidió, pero no cedí.

—¿Qué pasa si no lo hago? —pregunté con chulería.

—No me hagas eso, te lo suplico.

—¿Acaso es por el tipo ese que no te quita la vista de encima? ¿Tienes algo con él? Porque si es así, déjame decirte que te va a durar muy poco.

—No me harías eso, es el primer hombre con el que salgo de hace mucho tiempo.

—Pero no te gusta tanto como yo, admítelo.

—No es cuestión de que me guste más o menos, es que, con él, me siento en casa, segura, y contigo no lo he estado nunca —me dijo.

Justo en ese instante la canción que estábamos bailando terminaba. Pero no pensaba dejarlo ahí. Así que, fui al chico que estaba poniendo la música, y le pedí la canción de Sebastián Yatra, la de *Tacones Rojos.* Cogí el micrófono y me puse a cantar, no sin antes dedicarle la canción, por supuesto.

«Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos
Tiene una colección de corazones rotos
Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos
La que baila reguetón, con tacones rojos
Y me pone a volar, la que me hace llorar
La que me hace sufrir, pero no paro de amar…»

—Deja ya de hacer el ridículo, Borja —me dijo, quitándome el micro de la mano.

—¿Esto también está mal para ti? Joder, ya no sé qué más hacer para que me escuches y me dejes explicarme —dije, malhumorado.

—Claudia, ¿quieres que nos marchemos? —le preguntó ese tipo, que me miraba con mala cara.

—Si no te importa, es una conversación privada.

—Una que estás teniendo con mi chica.

—Eso de que sea tu chica, todavía está por ver. Además, que aunque lo fuera, no tienes derecho a controlar lo que ella habla ni con quién, eso es una falta de respeto.

—Una falta de respeto es dedicarle esa canción a una mujer con pareja.

—¿Tú, tú eres su pareja? —Y me salió una carcajada, producto de la borrachera que tenía a estas alturas.

—Vamos a ver. A ti, mañana te espero en la cafetería de siempre para hablar —me dijo ella, y luego se dirigió al tipo—. Y a ti, nadie te ha dicho que eras mi pareja, cuando tan solo hemos salido un par de veces.

La satisfacción que sentí por dentro, no me dejó decir nada, pero mi cara lo decía todo. Me fui a la barra y pedí otro cubata, mientras los veía discutir apoyado en un taburete.

—Veo que te has empeñado en Claudia, y no has dejado que las demás te enseñemos lo que tenemos para ofrecerte —me dijo esa dama de honor que no sabía ni cómo se llamaba.

—Lo nuestro viene de lejos, preciosa. En otro momento, o si ella no hubiera aparecido, lo habría pasado muy bien contigo, pero estando ella, no hay más mujer para mí.

Me miró sonriente, y se fue a cazar a otro con el que pasar un buen rato. Todo lo que tenía pensado se fue al garete, pero mi prioridad era conocer eso que tanto daño le había hecho a Claudia, y que, al parecer, lo conseguiría al día siguiente.

Capítulo 8



¿Pensáis que la boda terminó ahí? Pues dejadme sacaros de vuestro error, porque eso no fue más que el inicio. No iba a ser un cobarde, no iba a dejar escapar a Claudia con una promesa que no sabía si cumpliría, por eso, me fui hacia ella, donde seguía discutiendo con ese hombre, la tomé del codo, y la giré. Una vez que la tuve de frente, y por impulso, la besé.

Al principio del beso, ella se quedó inmóvil, pero luego, cuando pensé que iba a corresponderme, se zafó de mis brazos, y lo que pasó a continuación, no lo vi venir. Levantó la pierna con todas sus fuerzas, dándome un rodillazo en mis partes nobles que, si bien me dejó sin respiración, también me sacó una carcajada, por su impulsividad.

—Espero que esto te haya dado una ligera idea de que no me pienso liar contigo ni una sola vez más —me dijo, bastante enfadada.

—Algo me ha hecho sospechar, sí —le contesté, sin poder ponerme derecho.

—¿Cómo puedes ser tan imbécil? Por un momento pensé que podríamos hablar, como dos adultos civilizados, y llegar a un entendimiento, pero me olvidé de que tú solo piensas con la bragueta.

—Pues esa no está ahora para pensar mucho, cuanto menos para actuar.

No podía obviar mi lado más sarcástico e irónico, era como mi mecanismo de defensa. Cuando algo me descolocaba o se salía de mi control, actuaba de esa manera.

—Sigue actuando así, como cuando tenías dieciséis años, que lo mismo encuentras una mujer con tus mismas taras mentales. Se nota que la vida te ha tratado bien, que no has tenido que madurar a base de golpes…

—¿Tratarme bien la vida? ¿A mí? —Solté otra carcajada, pero esta vez de dolor—. No tienes ni puta idea de cómo ha sido mi vida, ni antes ni ahora. Pero no te preocupes, me ha quedado muy claro que no me quieres en tu vida, no volveré a insistir.

Me di media vuelta y me dirigí a la pista. Se acabó, ya no rogaría más; si quería contarme lo que fuera, que lo hiciera; si no, con saludarla educadamente al coincidir, bastaba.

Vi cómo mis amigos se acercaban a ella para saber lo que había pasado, y cómo Nerea insistía en algo, que ella negaba con la cabeza. No miré más, me centré en la mujer que tenía delante, que no era otra que aquella dama de honor de la que no recordaba ni su nombre.

—Borja, ¿podemos hablar un momento? —me preguntó Kevin, agarrándome del brazo.

—Si vas a recriminarme algo sobre lo que ha pasado con Claudia, la respuesta es no.

—Tío, no me lo pongas más difícil, por favor. Estáis los dos en la misma estancia y la tensión se puede cortar con un cuchillo.

—Eso tiene fácil solución, que me ignore.

—Es lo que estaba haciendo, cuando tú fuiste a interrumpir su tranquilidad.

—No volverá a pasar, y le voy a dar una prueba de que hablo en serio.

Cogí a la morena que estaba bailando conmigo, y le pegué el morreo de su vida. No era nada romántico, era meramente sexual, me quería demostrar a mí mismo que la negativa de Claudia no me iba a bajar la autoestima. Era como si mi yo más profundo, buscara con el sexo la aprobación de los demás,

y cuando tomaba alguna copa de más, solía desmadrarme, como estaba siendo el caso.

Kevin se dio la vuelta y se marchó, diciéndome algo sobre que me iba a arrepentir; no lo escuché bien, porque en ese instante solo le prestaba atención al escote de la morena, todo lo demás sobraba a mi alrededor.

No recuerdo nada más de esa noche, salvo que, al despertarme en la habitación que reservé en el mismo hotel donde fue la boda, tenía a la morena al lado, completamente desnuda. También tenía un dolor de cabeza horrible, así que, sin hacer ruido para no despertarla, me metí en la ducha, me vestí y salí de allí como un ladrón que no quiere ser atrapado.

Lo jodido de todo aquello es que, al salir, me di de bruces con Claudia en el pasillo, que me miraba como si estuviera viendo al insecto más asqueroso y grande al que había tenido que enfrentarse en la vida.

—Claudia, espera, quiero pedirte disculpas por lo de anoche, no era yo, fue el alcohol el que me incitó a actuar de esa manera —le dije, cuando ella no había tenido el detalle ni de pararse.

—Me da igual lo que fuera, Borja, no te quiero delante de mi vista, mucho menos me voy a parar a hablar contigo.

—Entonces, lo de la charla que teníamos pendiente…

—La tendremos, la tendremos. —Algo dentro de mí se alivió, hasta que terminó la frase—. Solo que ocurrirá cuando los churros se puedan hacer por ordenador.

Entró en el ascensor y se marchó, mientras yo me quedaba allí con cara de tonto y sin saber cómo reaccionar. Decidí bajar por las escaleras, sería lo mejor, así hacía algo de ejercicio.

Ni entré a desayunar al salón en el que estaban todos; simplemente pedí un taxi a través de la aplicación y, en cuanto llegó, puse rumbo a mi casa. Lo que pensaba que sería una vuelta idílica a mi ciudad y a mi círculo de amigos, se estaba convirtiendo en una puta pesadilla. Si esto seguía así, iba a tener que

tomar distancia de todos ellos, por lo menos hasta que estuviera centrado del todo.

El domingo lo pasé entre la piscina y el jardín, donde me puse a arreglar dos o tres cosas de la moto, que de momento me serviría como medio de transporte, hasta que solucionara lo del dinero de mi padre y el carné de conducir, entonces me haría con un coche. No recibí ni un mísero mensaje, ni de Nerea, ni de Kevin, y aunque no quise admitírmelo a mí mismo, me dolía, porque habían inclinado la balanza a favor de Claudia. En cierto modo lo entendía, ella había estado a su lado todos estos años, mientras que yo era el amigo que vivía en otro país, con el que hablar de vez en cuando o visitarlo, aprovechando las vacaciones.

Por fin llegó el lunes y, con unas fuerzas renovadas, me dispuse a llevar a cabo todo lo que tenía pendiente. La primera parada sería en el banco, así que, ataviado con un pantalón chino, una camiseta y unas zapatillas de esparto, me monté en la moto y me dirigí hasta mi sucursal, donde tenía cita a las nueve y cuarto con mi gestor.

—Buenos días, tengo cita con David, soy Borja Senillosa —le dije a un chico que había a la entrada del banco.

—Enseguida lo aviso, pase por aquí y siéntese, ahora mismo viene.

Ni dos minutos me hizo esperar, cuando ya estábamos sentados en su despacho. Era un chico más o menos de mi edad, y bastante agradable, con el que no había coincidido nunca.

—Cuéntame, Borja, ¿en qué puedo ayudarte? Y permíteme tutearte, ya que somos de la misma edad —me dijo, con una sonrisa.

—Por supuesto, David. Verás, me he comprado una casa, y lo he hecho al contado. Craso error por mi parte, porque ahora tengo que hacer frente a unos pagos y, si lo hago, mi colchón financiero pasará a ser una esterilla de la playa —le conté, y el soltó una carcajada.

—Te prometo que es la primera vez que escucho eso —decía sin poder parar de reír.

—Venía por si fuera posible firmar una hipoteca sobre mi propiedad. Necesito en total unos cien mil euros, más o menos.

—Dime tu dirección, por favor, así comprobamos que la vivienda esté libre de cargas.

—Calle Hibiscos, 145.

—¿Eso es una casa independiente?

—Exacto, es una especie de refugio con jardín y piscina en medio de esta jungla de asfalto.

—Me encanta, y además, vas a tener suerte. Tenemos aquí una tasación de tu casa de hace menos de seis meses, alguien intentó comprarla antes que tú, pero al final no se llevó a cabo la venta, por lo que te va a servir.

—Supongo que eso acelerará el trámite, ¿no?

—Déjame montarla en un minuto y, si quieres, vamos ya a notaría a firmar. ¿Te tomas un café y vuelves en una hora? —me preguntó, y asentí, aprovecharía para desayunar, que salí sin probar bocado.

Salí del banco con la seguridad de que volvería en una hora. Mi solvencia estaba clara para ellos, ya que, en esa cuenta, era donde recibía mis salarios, así como donde tenía mi dinero ahorrado, por ahí no habría ningún problema.

Estaba en la terraza desayunando, cuando la vi pasar con Nerea, que no se iría de luna de miel hasta el mes siguiente, cuando ella y Kevin cogieran vacaciones.

—Mira a quién tenemos aquí, al llanero solitario —me dijo, riendo, y no sabía a qué se refería.

—Solitario, va a estar toda su vida, como siga siendo tan inmaduro —soltó Claudia, con mucha maldad, pero yo no me quedé atrás.

—Vamos a ver, Claudia, ya estoy harto de ataques gratuitos, tú no sabes nada de mi vida, al igual que yo no lo sé de la tuya. No me ha dado tiempo ni de abrir la boca para saludar, cuando ya estás tirando pullitas. Te agradecería que, si no tienes nada útil que aportar, me dejaras desayunar tranquilo.

—Sin problema, ya me marcho —me respondió, sacando las conclusiones que a ella le daba la gana.

—¿Ves? Otra vez vuelves a tergiversar mis palabras, no es eso lo que he dicho, pero haz y piensa lo que te plazca, como siempre haces.

—Venga, haya paz. Es cierto que, esta vez, no ha sido él quien ha empezado, Claudia, así que, será mejor que le pidas disculpas y nos sentemos a desayunar tranquilos.

—No te preocupes, desayuna tú aquí, yo mejor me voy dentro, que hay menos bichos y estaré más a gusto.

—Lo siento, Borja, pero siempre lo hago con ella, no quiero que se sienta desplazada después de tu llegada.

—Es lo mismo, estoy acostumbrado a estar solo, no sería ninguna novedad.

—No te lo tomes así, de verdad que me siento fatal, porque estoy en medio de los dos, y no quiero que ninguno sienta que prefiero al otro.

—Eso es inevitable, Nerea, pero tampoco puedes hacer nada. Ahora, si me disculpas, me tengo que tomar esto rápido que tengo una cita en media hora y no me va a dar tiempo.

Mi amiga me miró; sabía que estaba enfadado, porque, además, no me preocupé en disimularlo. Ya estaba cansado de ponerle buena cara a todo el mundo, de preocuparme por los demás cuando ellos no lo hacían por mí. Cuando cogí mi tostada para darle un bocado, Nerea supo que no iba a decir nada más, por lo que se dio media vuelta, y se marchó con su amiga al interior del local.

Pedí la cuenta, y dije también que me cobraran los dos desayunos de ellas, no quería que, encima, me tacharan de tacaño. Pagué, y me puse de nuevo camino al banco, donde ya estaba David esperándome, con todo listo.

Me explicó que había puesto la hipoteca a diez años, y que la cuota resultante era bastante asequible y manejable. Además, podría hacer aportaciones sin penalización. Con todo aclarado, solo quedaba ir a notaría, firmarla, y esa misma tarde dispondría del dinero.

Como era muy temprano, me daba tiempo a continuar con las gestiones que tenía pendientes, de ese modo dejaría todo listo a lo largo del día.

Capítulo 9



El trámite del carné de conducir resultó algo tedioso, porque, al parecer, muy pocas personas lo canjeaban por el español, y el funcionario no tenía muy claro cuáles eran los pasos que tenía que seguir. Al final, y después de muchas vueltas, ya tenía en mi poder el documento que acreditaba que yo era el poseedor de un carné español, por lo que ya podía ir al concesionario a por un coche, pero eso lo dejaría mejor para por la tarde.

Como la clínica donde iba a ir a trabajar estaba cerca, decidí ir a hablar con el director de esta, por si había alguna posibilidad de que me pudiera incorporar antes. Resultó que era el centro donde trabajaba también Kevin, que había cambiado hacía muy poquito tiempo, por las mejoras salariales y laborales.

—Borja, ¿qué haces aquí? —me preguntó, ya que me lo encontré en la puerta.

—Venía a hablar con el señor Montemayor, por si me podía incorporar antes.

—Pues le va a venir de lujo, porque el otro pediatra, Juan Carlos Fascina, se acaba de pedir una excedencia, y ahora mismo estamos bajo mínimos en pediatría —me dijo, y es que Kevin era enfermero en esa planta.

—A ver si es verdad, porque ya estoy cansado de no hacer nada.

—Quién pudiera decir lo mismo. Te dejo, que voy a tomarme un café, que en media hora tenemos una cirugía de esas largas, y no quiero caerme

redondo en medio del quirófano —me dijo, dándome una palmada en el hombro antes de marcharse.

Subí hasta donde estaba su despacho, y le dije a su secretaria que quería hablar con él, presentándome primero, por supuesto. Lo llamó por si podía atenderme, y lo vi salir por el pasillo hasta la sala donde me encontraba.

—Señor Senillosa, qué gusto verlo en persona. Su currículo le avala, pero no pensé que sería usted tan joven.

—Muchas horas en los pasillos del hospital me tenían que servir para algo, señor Montemayor —le dije, con una sonrisa y ofreciendo mi mano para que la estrechara, como así hizo.

—Dígame, ¿para que soy bueno? No me vaya a decir que ha cambiado de opinión y decide quedarse en Londres.

—No, nada más lejos de la realidad. En realidad, venía por si, en vez de incorporarme en septiembre, lo pudiera hacer la semana próxima, no sirvo para estar en mi casa rascándome el ombligo, y empiezo a agobiarme un poco.

—¿Se puede usted imaginar la alegría que me da eso?

—Algo puedo intuir, ya que mi mejor amigo, que también trabaja aquí, me ha dicho que uno de los pediatras se ha pedido una excedencia por motivos personales.

—Llega usted en el momento justo, señor Senillosa, si hubiera sido usted más oportuno, sería mi hijo.

—Es un honor que piense así de mí, señor Montemayor.

—Mira, ya nos conocemos, así que vamos a dejar las formalidades, a partir de ahora, vamos a tutearnos y a llamarnos por nuestro nombre, que parece que estamos en una cacería del siglo XVIII.

Era un hombre no muy mayor, podría tener la edad de mi padre, más o menos, pero que, según me había dado a entender, mi progenitor no era muy de su agrado, trataba a sus empleados como si fueran máquinas, y eso no le gustaba a nadie.

Salimos de allí para tomar un café, después de acordar que empezaría en el turno de mañana del lunes próximo. En la misma puerta, nos dimos de frente con Kevin, que venía de su descanso.

—Veo que ya os habéis conocido. Borja, no encontrarás un mejor jefe que Rafael, al igual que él no encontrará mejor pediatra que tú.

—Por supuesto que no, y además de eso, es un gran hombre —le dijo, haciéndome sonrojar, ya que no estaba acostumbrado a que me halagaran.

—Al final, me vais a poner como un tomate, ya veréis.

—Yo os dejo, que voy directo a quirófano. Si salgo pronto, cosa que dudo, te llamo para ir a comer juntos —me dijo, ya casi a mitad del pasillo, y yo asentí.

Después de ese café en el que hablamos de mi trayectoria en Londres, del buen médico que le habían dicho que era, y del honor que sería para él que trabajara en su clínica, nos despedimos, y me marché a casa.

Iba en mi moto, tranquilamente, cuando de repente vi que un chico, de unos catorce años, era increpado por otros, que casualmente eran los amigos de mi hermana, que también estaba presente.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —dije, bajándome de la moto y quitándome el casco.

—No, ¿se puede saber qué haces tú cogiendo mi moto? —me contestó la niñata aquella.

—¿Tu moto? Sigue soñando, niñata. Y ahora mismo me estáis dando una explicación de por qué estabais increpando a este chaval.

—No te vamos a dar una mierda. Y dame las llaves de la moto ahora mismo, que es de mi novia.

Me salió una carcajada de lo más hondo de mi ser, «la moto de su novia», decía el muy gilipollas.

—Bueno, pues como por las buenas no consigo nada, vamos a ver por las malas —dije, dándome la vuelta para coger el móvil, cuando recibí un intento de agresión, porque lo vi por el espejo retrovisor.

Ese chaval no sabía que yo era cinturón negro de kárate, por lo que le hice una llave y lo dejé inmovilizado en menos de un segundo.

—Esta es la única llave que te vas a llevar, gilipollas. Y ya estáis hablando, o juro por mi vida que os meto en un reformatorio, y a ti la primera, por no saber aprovechar todos los recursos que te está ofreciendo la vida.

—Mira cómo tiemblo —me contestó ella, desafiándome.

—Déjelo, señor, si no ha sido nada. Tan solo me pedían el teléfono para hacer una llamada, pero no lo tengo encima, me lo dejé en casa —me dijo aquel chico, con una dulzura que indicaba el miedo que estaba sintiendo.

—No lo voy a dejar pasar. Esta idiota es mi hermana pequeña por parte de padre, y la voy a enderezar, así me deje la piel en ello.

—¡Oh, Borja Senillosa, mi salvador! —me contestó irónicamente.

—Vosotros, como me entere de que alguno sigue increpando o molestando a este chico, os vais a enterar. Sofía, ya te quiero ver en tu casa, si no quieres que llame a papá. Y tú, vente conmigo a tomar algo, anda, a ver si se te quita ese temblor —le dije al chaval, que me miraba con carita de cordero degollado.

—Mira, imbécil, si te has pensado que vas a venir a mandarme, no te lo crees ni tú. Paso que te hayas quedado con mi casa, paso que te hayas apropiado de mi moto, pero no pienso consentir que dirijas mi vida —me dijo, como si ella fuera la reina del lugar y yo solo un vulgar peón.

—¿Tu casa? ¿Tu moto? No me hagas reír, por favor.

Le puse el candado a la moto y me llevé al chico, que supe que se llamaba Adrián, a una cafetería cercana, donde le pedí un refresco y estuvimos hablando durante un rato.

—¿Has hablado de esto con tus padres, Adrián?

—No, yo no tengo padre, y a mi madre no le he contado nada. No quiero darle más carga de la que ya tiene.

—No es una carga, nada de lo que venga de un hijo puede serlo, Adrián, todo lo contrario. Ella es la que puede parar todo esto, la que cuenta con las herramientas necesarias para hacerlo, a pesar de que yo también voy a poner mi granito de arena.

—Gracias, Borja, de verdad, pero no quiero involucrar a nadie más. Es un problema mío, y yo tendré que resolverlo.

—Me recuerdas tanto a mí de pequeño… No tienes que ser un superhéroe, Adrián, los demás están en tu vida para ayudarte.

—Mi madre es madre soltera, cuando se quedó embarazada de mí, el cabrón de mi padre desapareció, y su familia le dijo que se buscara la vida. Ha sido tan fuerte como para sacarse una carrera sin renunciar a mi cuidado, y ahora se deja la piel en cada caso, en cada juicio, para que nadie la cuestione.

—Por eso mismo debes confiar en ella, porque solo te tiene a ti, y al contrario. Cuéntale que es lo que te atormenta o, si lo prefieres, cuéntamelo a mí.

—Empezó a primeros de curso, a Sofía le dio por tirarme el bocadillo todas las mañanas, a modo de gracia, mientras que los demás se reían. Después, fue hacerme caer por las escaleras, y así hasta ahora, que, cuando me ven por la calle, se dedican a perseguirme, y quitarme el dinero, el teléfono y todo lo que se les antoja.

Cuando terminó de contarme eso, las lágrimas corrían por sus mejillas, y no pude reprimir darle un abrazo. En ese momento, el llanto se volvió agudo, mucho más fuerte, y supe que no dejaría eso así, que hablaría con quien fuera necesario para que eso se frenara.

Lo acompañé hasta su casa, no quería dejarlo solo, y le dejé mi número de teléfono para que, cuando necesitara algo, lo que fuera, se pusiera en contacto conmigo. Le aconsejé que se lo contara a su madre, era una carga muy grande para que lo llevara él solo a cuestas.

En cuanto que lo dejé, me subí de nuevo en mi moto y me dispuse a enfrentar a mi padre y a su mujer. Esa niñata no podía seguir haciendo lo que le diera la gana, no cuando eso implicaba hacerle daño a los demás, a gente inocente que no tenían por qué pagar sus maldades.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Si no has recapacitado y aceptas lo que te pedí, no quiero saber nada más de ti, y espero que mi dinero esté de vuelta a lo largo de la semana.

—No vengo en calidad de hijo, yo dejé de ser eso para ti hace mucho tiempo. Avisa a tu mujer, tengo que hablar con vosotros.

—Te repito que no tengo nada que hablar contigo, y mi mujer, mucho menos.

—Tu querida hija está haciéndole daño a una pobre criatura, y no estáis haciendo nada para frenarlo.

—Otra vez con tus intensidades. Eso son cosas de niños, y no pienso interceder, que se las apañen ellos.

—¿Llamas cosas de niños a tirar a alguien por unas escaleras? ¿A qué le roben el dinero y el desayuno? ¿Qué será lo próximo, que le den una paliza?

—Estás exagerando, y no voy a permitir que insultes a mi hija en mi propia casa —dijo la madre, mirándome por encima del hombro.

—No me puedo creer que estéis defendiendo a una delincuente, porque eso es lo que es vuestra hija, y terminará muy mal como no le pongáis remedio. Lo siento por vosotros, pero yo no lo voy a dejar pasar, hablaré con la madre de ese chico y que denuncie.

—¡Mi hija no es una delincuente! —gritaba mi padre, mientras me cogía de un brazo para echarme de su casa.

—¡Lo he visto con mis propios ojos! Lo tenían arrinconado y rodeado para quitarle el móvil. Desde luego, no hay más ciego que el que no quiere ver. No por ser así de permisivos, sois mejores padres, todo lo contrario, estáis haciendo que la niña confunda la libertad con el libertinaje.

Me solté bruscamente de su agarre y salí de allí, montándome en mi moto y tomando el camino de mi casa. No tenía ni hambre, de la rabia que corría por mis venas.

En el mismo momento en el que la aplicación de banco me indicó que ya tenía el dinero, le hice la transferencia, poniendo como concepto: «Todo lo que has hecho por mí». Acto seguido, bloqueé su contacto. Para mí, era huérfano desde ese mismo instante.

Capítulo 10



Esa misma noche recibí un mensaje de Adrián, había visto en mí ese amigo en quien confiar, y no lo iba a dejar tirado. Haría todo cuanto estuviera en mi mano para ayudarlo.

Adrián: *Gracias por lo de esta mañana, hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con un adulto.*

Borja: *No tienes por qué darlas. Ten por seguro que estaré aquí para cuando lo necesites, pero haz caso a mi consejo, y habla con tu madre de todo lo que te está ocurriendo.*

Adrián: *Para mí no es fácil, sé que ella hace su mayor esfuerzo cada día para que me sienta orgulloso de ella, que lo estaría, aunque no moviera un dedo, por el simple hecho de haber decidido darme la vida cuando lo tenía todo en contra. No quiero decepcionarla.*

Borja: *No lo harás. Simplemente, con saber que has intentado enfrentarte a ellos solo, sin que el acoso al que te has visto sometido en este último curso haya influido en tus notas, ya para ella es un triunfo. Eres un buen muchacho, Adrián, no dejes que unos indeseables te arruinen el futuro.*

Adrián: *Está bien, te haré caso y hablaré con ella después de cenar. Luego te cuento cómo ha ido todo. Gracias de nuevo.*

Borja: *Estaré esperando tu mensaje. Háblale, sin miedo, como has hecho conmigo esta tarde. Un abrazo, Adrián.*

Su madre tenía que ser una gran mujer, por el modo en el que había educado a ese muchacho que, con catorce años, era tan maduro y responsable como si tuviera veinte.

Estaba en la cocina, preparándome la cena, cuando escuché un ruido en el jardín, miré mi móvil, que estaba conectado a las cámaras de la alarma, cuando los vi. No tenía que hacer absolutamente nada, porque la del jardín estaba continuamente activada, tan solo la quitaba cuando estaba en la piscina, y como no había salido, pues había saltado.

—Señor Senillosa, hemos recibido una señal de alerta del jardín de su casa. ¿Es usted? —Me indicó la chica de la central de alarmas que me había llamado al móvil.

—No, yo estoy dentro de la vivienda, que es el único dispositivo que está desconectado. Veo que también ha saltado la de la zona del garaje.

—Manténgase en el interior de la casa, que ahora mismo enviamos un dispositivo policial hacia allí. Si tiene cualquier necesidad, no dude en pulsar el botón, que le atenderemos enseguida.

Seguí las indicaciones de la chica, hasta que escuché las sirenas que paraban en mi puerta. Por mucho que quisieron correr, no les dio tiempo, puesto que, al abrir la verja desde dentro, ya estaba la policía en la puerta.

—¿Les ha dado tiempo a sustraer algo, señor Senillosa? —me preguntó uno de los agentes.

—No hay nada de valor en la zona en la que han estado, excepto mi moto, que no les ha dado tiempo de llevársela, aunque no descarto que le hayan hecho alguna jugarreta. Si me permiten, voy a comprobarlo —les dije a los agentes, dirigiéndome con uno de ellos hasta donde la tenía aparcada.

—Pues sí, veo que le han rajado el sillín, roto los espejos retrovisores, así como echado azúcar en el depósito de gasolina. Arreglarlo le va a salir por un buen pico. ¿Quiere presentar denuncia? —me dijo el agente, que había hecho un reconocimiento de la moto.

—Por supuesto, y no solo por eso que han roto, sino porque no es la primera vez que entran a mi propiedad, además de que, esta mañana, los encontré acosando e intentado robarle el móvil a otro menor —le dije, mirando de frente a mi hermana, que no dudó en insultarme.

—Eres un cabrón, Borja, pero te juro que esto no se va a quedar así. Al rarito de Adrián, tan solo por tenerte como su protector, le vamos a hundir la vida, querrá no haber nacido —dijo, con una rabia inusitada para una niña de esa edad.

—¿Ve, señor agente? Así es ella, una niñata caprichosa que se cree con el derecho de hacerle la vida imposible a cualquier persona, aunque sea su sangre.

—Señorita, yo de usted me callaría la boca, porque estas amenazas quedarán reflejadas en la denuncia, y si a ese chico le llega a pasar algo, será usted la primera sospechosa. Ahora, andando, vamos a comisaría, donde llamaremos a sus padres. Señor Senillosa, le esperamos allí para ratificar la denuncia.

—En media hora estaré allí.

Entré de nuevo en casa, me quité el pantalón corto de algodón que usaba para estar cómodo, y me vestí de nuevo. La niñata estaba consiguiendo que mi vuelta a casa fuera como una película de terror, pero conmigo no iba a poder, eso se lo garantizaba.

—¿No te parece que estás llegando demasiado lejos con tu hermana? —me preguntó mi padre, nada más que me vio aparecer por la comisaría.

—Ni tengo padre, ni tengo hermana, y menos si es una como esa. Y la respuesta es no, la que está llegando demasiado lejos es ella. Por cierto, la reparación de la moto la vais a pagar entre todos vosotros —le dije, esta última parte, dirigiéndome a los demás padres que estaban allí.

—Yo soy el padre de uno de ellos, y me avergüenzo de lo que mi hijo ha hecho. Por mi parte, le aseguro que no va a volver a ocurrir, entre otras cosas,

porque mañana mismo va de cabeza a un internado militar, donde o lo reforman o lo matan.

—Me parece una idea genial, pero que lo maten, por favor, sino que lo metan en vereda. Más vale una lágrima de él en estos momentos, que las vuestras el día de mañana, cuando no haya remedio.

—Nosotros también lo enviamos a Suiza, a otro internado. O lo quitamos de las malas compañías, o lo lamentaremos el día de mañana. Se lo advertimos muchas veces, pero hizo caso omiso, así que nuestro abogado ya ha movido los hilos, salimos esta misma noche para allá.

—Al parecer, los únicos que somos malos padres somos nosotros, que no vamos a tomar represalias por una chiquillada —dijo mi padre, y se me revolvió el estómago.

—¿Una chiquillada? Una chiquillada es tirar globos de agua desde una ventana, llamar al timbre y salir corriendo, pero acosar a un compañero y destruir una propiedad privada, eso no es una chiquilla. Además, el que tú no seas un buen padre no es nuevo, conmigo no fuiste ni padre, cuanto más para calificarte de bueno —le respondí, con mucha rabia.

En ese momento, vi entrar a Adrián, y me fui directamente hacia él, para darle un abrazo. Mi padre me miró con la cara descompuesta, pero lo ignoré, suponía que sería por el simple hecho de que ese menor venía también a denunciar al grupo por el acoso al que lo habían sometido.

—¿Te han llamado ellos o vienes a denunciarlos por iniciativa propia? —le pregunté al chico, sin fijarme ni en la mujer que lo acompañaba, que suponía era su madre.

—Te hice caso, y se lo conté a mi madre. Ella me ha traído para denunciarlo, no ha querido dejar pasar ni un minuto más —me dijo el chico, y le revolví el pelo.

—Gracias por ayudar a mi hijo. —No podía ser, esa voz era de ella, y lo descubrí en cuanto que me giré.

—Claudia, no sabía que Adrián era tu hijo. Lo hice como podría haberlo hecho con cualquier otro chaval que lo necesitara —le dije, a modo de disculpa, no quería que se pensara que lo había hecho para ganar puntos con ella.

—Lo sé, no tienes que disculparte, todo lo contrario. No sé a dónde hubieran llegado con todo esto si no hubieras intervenido ni aconsejado a Adrián que lo hablara conmigo —me contestó, hablándome muy amablemente.

Estábamos manteniendo una conversación civilizada por primera vez en mucho tiempo, y eso me daba cierta esperanza, hasta que apareció mi padre, y abrió la boquita.

—Acabáramos, ya sé por qué tanta molestia, porque es el hijo de esta fulana. Al final tu madre tenía razón, no te tenías que haber juntado nunca con esta zarrapastrosa. ¿Te ha convencido ya de que ese hijo es tuyo? Porque con nosotros lo intentó… —No lo dejé terminar, le metí tal puñetazo que lo tiré de espaldas.

—Ahora, denúnciame, que me da igual. Eres igual de hijo de puta que lo era ella, y no pienso consentir que hables así de Claudia, ¿he sido lo suficientemente claro? —le grité, mientras que él se limpiaba la sangre del labio.

—Borja, Borja, mírame, no merece la pena. Vayamos a poner la denuncia, acompáñanos, y así pones tú también la tuya, y nos vamos —me dijo Claudia, mirándome fijamente.

Adrián no era capaz de articular palabra, pero su forma de mirarme había cambiado por completo, ya no era su héroe, su amigo, ahora era el cabrón que había dejado tirada a su madre cuando se quedó embarazada.

No me había fijado, pero era igual que yo cuando tenía su edad, quizás él era un poco más alto, pero tenía mis mismos ojos, aunque la forma de ser era la de su madre, porque yo me habría lanzado hacia el que se suponía que era mi padre y le hubiera partido la cara.

Seguí a Claudia hasta el despacho que nos habían indicado, y en ese momento entró mi padre, queriéndome denunciar, pero los padres de los otros niños, a los que él había amenazado, lo dejaron por mentiroso, diciendo que lo habían visto golpearse con el pomo de la puerta al trastabillar para increparnos.

Al salir, mi hermana me miró con odio, al igual que mi padre, mientras que los demás padres me agradecían que hubiera denunciado, para poder poner pie en pared con sus hijos.

—Vamos a mi casa, tenemos mucho de lo que hablar —le dije a Claudia, que se veía agotada.

—¿Podemos dejarlo para mañana? Estoy agotada, y no tengo cabeza nada más que para cenar e irme a la cama —me preguntó ella.

—Solo si no vas a huir, si vas a contarme la verdad. Yo tampoco he cenado, vayamos a comer algo en el bar de enfrente.

Nos sentamos en el interior, ya que la terraza estaba completamente llena, y nos pedimos dos sándwiches de pollo, para Adrián y para mí, y una hamburguesa completa, sin tomate ni cebolla, para Claudia, además de dos raciones de patatas fritas con la salsa aparte y unos refrescos de cola.

—Me sorprende que todavía te acuerdes de cómo me gusta la hamburguesa y que la salsa de las patatas la pido siempre aparte —me dijo Claudia, con la primera sonrisa sincera que le había visto desde que llegué y me encontré con ella.

—Mamá, necesito que me contestes a algo, ¿es cierto que es mi padre? —preguntó Adrián, ajeno a las miradas que su madre y yo nos estábamos lanzando.

—Sí, Borja, es tu padre —dijo ella, cogiendo una bocanada de aire antes de hablar.

—Adrián, no saques conclusiones precipitadas, como tu madre ha hecho siempre, yo no tenía ni idea de tu existencia —le dije, antes de que no

quisiera tener más contacto conmigo.

—¿Lo sabías cuando me ayudaste?

—No tenía ni idea de que tenía un hijo hasta que mi padre lo ha mencionado. Y si te preguntas si sabía quién era tu madre, la respuesta también es no, como le he dicho a ella en comisaría.

No se habló nada más, cenamos en completo silencio, yo masticando que tenía un hijo, del que todos sabían su existencia, menos yo. Y ellos, supongo que intentando digerir que el secreto de su madre, sobre mi paternidad, había salido a la luz.

Los acompañé hasta la puerta de su casa, no quería que se fueran solos. ¡Vaya tontería! Hasta hace poco más de una hora, no sabía que ese chaval llevaba mi sangre, y ahora lo quería proteger como si fuera de cristal.

—Os espero mañana en mi casa a las doce de la mañana. Si tienes que pedir el día libre, llama a Nerea y se lo dices, pero como no vengáis, seré yo el que vaya a buscaros, ya está bien de secretos y mentiras —les dije, bastante serio, porque había tenido tiempo más que suficiente para decírmelo.

—Allí estaremos. Yo tengo las mismas ganas que tú de saber la verdad —respondió Adrián.

Capítulo 11



Esa noche fue un infierno para mí, no era capaz de conciliar el sueño, de tantas cosas que tenía en la cabeza. Por un lado, estaba mi padre, con su actitud y pasividad ante mi hermana, que me estaba sacando de quicio, pero también porque supo que Claudia estaba esperando un hijo mío y no abrió la boca.

Por otro lado, estaban Nerea y Kevin, que también fueron conscientes de la situación, y que podían haberme dicho algo. Eso era lo que más me dolía, que no hubieran sido capaces de contármelo, que me lo hubieran ocultado como si yo no me hubiera querido hacer responsable de nada.

En cuanto los primeros rayos de sol entraron por mi ventana, me levanté. No soportaba estar en la cama ni un minuto más. Me di una ducha, me vestí de manera cómoda, y bajé a la cocina, donde me preparé un café que me llevé al porche trasero. No me apetecía nada, pero me obligaría a tomar eso, al menos me calentaría el estómago y me ayudaría a mantenerme despierto.

Tenía un frío interior difícil de describir, era como si el mes de diciembre londinense se hubiese instalado en mi alma, a pesar de que fuera hiciera ya veintiocho grados.

Absorto en mis pensamientos estaba, cuando llamaron a la puerta. Miré el reloj, y todavía era muy temprano para que fueran Claudia y Adrián, aun así, dejé mi café sobre la mesa y fui a abrir, encontrándome a Nerea y Kevin detrás de la puerta.

¿Mi primer impulso? Cerrarles la puerta en las narices. Me habían decepcionado como nadie, y ellos lo sabían, pero algo me pedía que los escuchara, que aclarara las cosas con mis amigos, quizás porque sabía que, si los perdía, me quedaría completamente solo.

—No vayas a cerrar, y escúchanos, te lo ruego —me dijo Kevin, con los ojos vidriosos.

—¿Ahora queréis hablar? Muy oportuno, sí, señor. Habéis tenido catorce, casi quince años para hablar conmigo, y no lo habéis hecho. ¿Por qué tengo que escucharos ahora? —les reproché, y sabían que tenía razón.

—Porque estábamos atados de pies y manos. Era ella quien tenía que contártelo, y muchas veces que se lo dijimos, pero hizo caso omiso a nuestro consejo.

—Una llamada me hubiera bastado, una en la que me hubieseis dicho lo que mis padres le habían hecho, y me la hubiera llevado conmigo.

—Eso era lo que ella no quería. Tenías un futuro por delante, y no estaba dispuesta a que lo arruinaras por su culpa.

—Eso no tiene ningún sentido —les dije, y en ese momento volvió a sonar el timbre, por lo que supe que ya habían llegado.

Cuando mis amigos vieron a Claudia y a Adrián en la puerta, me miraron con una sonrisa triste, y se levantaron para marcharse.

—Lo nuestro podemos hablarlo en otra ocasión, ahora sois vosotros los protagonistas, y tenéis que aclarar muchas cosas. Nosotros nos marchamos.

—Buenos días, Borja, por decir algo, porque como sea como la noche, apañados vamos —me dijo Claudia, con tono de tristeza.

—Buenos días, pasad. ¿Os apetece un café? —pregunté, más por cortesía que por otra cosa.

—Yo sí, gracias —dijo ella, mientras que mi hijo seguía callado. Mi hijo, que raro sonaba todo.

—Pa… ¿Puedo llamarte papá? —me preguntó Adrián, a quien esa palabra se le había quedado atragantada antes de hacerme la pregunta.

—Soy tu padre, lo raro sería que me llamaras de otra forma.

—Pues entonces, ponme un zumo, papá. —Algo por dentro de mí se removió, y ese frío que tenía instalado se convirtió en calidez.

Fui hasta la cocina, mientras les decía que se sentaran en el porche. Allí estaríamos mejor que en el interior de la casa, porque todavía el calor no había apretado. Con una bandeja con dos cafés, el zumo de naranja que le había preparado a Adrián y un plato con algunas pastitas, llegué hasta donde estaban ellos.

—Cuéntamelo lo que pasó, sin omitir ningún detalle. Creo que, después de todo este tiempo, tengo derecho a saberlo, ¿no crees? —le dije a Claudia.

Mi tono era serio, pero no brusco. No era momento de reproches, no era momento de enfados, era el momento de aclarar todo y pensar juntos por el bien de nuestro hijo.

—Está bien. El día que no apareciste, algo se rompió dentro de mí. Tenía horas para verte, ya que me marchaba al pueblo de mis abuelos. Mis padres se iban a trabajar fuera todo el verano, y no me querían dejar sola en casa tanto tiempo.

—No me contaste nada de eso la noche anterior. Yo pensaba que te vería al día siguiente, por eso ni me planteé ir. Había tenido una bronca monumental con mi madre, tan grande que, al día siguiente, me enviaron al internado.

—Eso lo supe cuando volví. Esperaba una llamada, un mensaje por tu parte, pero no lo recibí, por lo que opté por bloquearte.

—Te envié un mensaje al día siguiente, incluso Nerea te llamó, pero le dijiste que no querías saber nada más de mí. Estabas muy lejos, por eso no

hice nada, preferí esperar a verte en persona para hablar contigo, pero nunca más volvimos a vernos.

—Cuando volvimos del pueblo, ya llevaba unos días que me encontraba mal, pero no quise decir nada a nadie. Nerea, que se dio cuenta de lo que me podía pasar, fue la que me acompañó a una farmacia, donde me compró una prueba de embarazo, que a juzgar por lo que tenemos ahí sentado, dio positivo.

—Gracias, mamá, es un placer que me tengas tan alta estima —dijo Adrián, y ambos soltamos una carcajada, era tan irónico como yo.

—Te quiero con toda mi alma, y daría mi vida por ti, pero eres igualito que tu puñetero padre, aquí presente, y hay veces que me sacas de quicio —le respondió ella, dándole un beso en la mejilla, de esos fuertes que solo dan las madres que quieren de verdad.

—Bueno, continúo. Ese momento fue como si me hubieran tirado un jarro de agua fría por encima. Una sola vez lo hicimos, perdí mi virginidad contigo, y habías dado en la diana.

—Papá, eso es puntería y no lo de las escopetas de la feria. —Mi hijo, cada vez que hablaba, era para soltar una de las suyas.

—¿Vas a dejar terminar de hablar a tu madre? Como sigamos interrumpiéndola, al final nos comemos las uvas y no ha terminado.

—¿Lo ves? A eso me refería en la boda cuando te dije que tenía un espejo en mi casa que me recordaba a ti todos los días. Aparte del físico, que también se parece bastante, es que tenéis la misma manera de ser. ¡Dios, que cruz!

—La verdad es que no sé cómo no me di cuenta el día que estuvimos los dos a solas. Es cierto que le dije que me recordaba a mí con su edad, en muchos aspectos, pero jamás pensé que sería mi hijo.

—En fin, vamos a lo que vamos. Cuando llegué a mi casa y lo conté, me pusieron las maletas en la puerta, era una deshonra que, con dieciséis años,

fuera a ser madre. Eso, para mí, fue un *shock*, por eso vine a esta misma casa, para que tus padres me ayudaran, la respuesta te la puede imaginar.

—No, no me la imagino, quiero oírla de tus labios, para saber a lo que tengo que enfrentarme.

—Pues yo te la cuento. Tu madre, que fue la que me recibió, me dijo que, si lo había hecho para tener la vida solucionada, que lo llevaba claro. «De mi cuenta no vas a obtener ni un céntimo», fueron sus palabras, cuando entró tu padre en escena, me dijo que había hablado contigo mientras que tu madre me atendía, que le habías dicho que el niño no era tuyo.

—¿Me estás diciendo eso en serio? Te juro por lo más sagrado que a mí nadie me dijo nada. Es más, hablábamos lo justo y necesario, por el tema de los estudios, y nada más. No los recibía ni de visita, y no volví a poner un pie en España hasta poco antes de la boda.

—Ahora lo sé, pero en ese momento, me lo creí. Durante mucho tiempo me dolieron esas palabras, ya no, los años y las circunstancias te hacen madurar.

—Me gustaría saber cómo saliste adelante.

—Gracias a los padres de Nerea, que me dieron techo y comida, y a mi abuela, cuya única condición para ayudarme fue que me labrara un futuro, que no dejara de estudiar, y eso hice.

—¿Seguiste yendo al mismo instituto?

—Sí, no iba a perder esa oportunidad. Cuando mi vientre empezó a crecer, me volví la comidilla de *pijolandia*, pero me dio exactamente igual. No iba a defraudar a Julia y a Cayetano, que habían dado todo por mí, ni tampoco a mi abuela, que había dado la espalda a su hija y a su yerno por apoyarme.

—No tuvo que ser fácil, lo reconozco. Si me lo hubieras dicho, al cumplir los dieciocho lo hubiera dejado todo, y antes, habría trabajado para que nadie tuviera que responsabilizarse de algo que solo me competía a mí.

—Me puse de parto en un examen de matemáticas, pero hasta que no lo terminé, no dije nada. Cuando llegué al hospital, ya iba completamente dilatada, si me retraso veinte minutos más, Adrián hubiera sido el primer alumno del centro sin matrícula.

—Admiro tu fortaleza, te lo juro. Yo no sé si hubiera sido capaz de hacer todo lo que me estás contando.

—Claro que hubieras podido, por un hijo se hace todo, aunque ni tú ni yo hayamos tenido un ejemplo de madre entregada.

—¿Tus padres lo conocen? ¿Tienen trato con él? —pregunté, pero por la cara de Adrián supe la respuesta de antemano.

—Vinieron el día de mi graduación de la universidad, donde recogí mi diploma con mi hijo de la mano, y no te puedes imaginar el orgullo que sentí. Lo había conseguido, con mucho esfuerzo, eso sí, muchas noches sin dormir, muchos fines de semana encerrada en la habitación, mientras que Julia se lo llevaba al parque o a cualquier otro sitio que él quisiera ir.

—No sé cómo compensar todo ese dolor y sufrimiento por el que tuvisteis que pasar.

—Con cariño. Económicamente, no necesitamos nada, los padres de Nerea hicieron que mi hijo no tuviera ninguna carencia, de ningún tipo. Es más, él los llama abuelos, y es la única referencia que tienen de ese tipo.

—No me has terminado de contar lo que pasó en la graduación con tus padres.

—Muy sencillo, me dijeron que ahora sí se sentían orgullosos de mí, que volviera a mi casa. Obviamente, les dije que, cuando más los había necesitado, me habían dado la espalda, que para mí, desde ese momento, ambos estaban muertos y enterrados, y no he vuelto a tener contacto con ellos.

—Ojalá nosotros no seamos tan malos padres como los nuestros —expresé mi deseo en voz alta.

—Mi madre no, desde luego. Y tú, lo poco que te conozco, pareces un hombre íntegro, que me ayudó sin saber que la sangre que corría por mis venas era la misma que la tuya —nos dijo Adrián, que hablaba de su madre con verdadero fervor, y es que no era para menos.

—He tardado en llegar, pero no por mi voluntad, sino porque no me han dejado ejercer de padre, Adrián. Pero te prometo que estaré aquí para ti, siempre, da igual la hora que sea, si hace frío o calor. Soy tu padre y quiero ejercer de ello.

Mi hijo se levantó y se fundió en un abrazo conmigo, que me indicó lo mucho que una figura paterna había hecho falta en su vida, y eso me emocionó, no pudiendo reprimir las lágrimas ninguno de los tres.

Capítulo 12



Le pedí a Claudia que se quedaran a comer, no recuperaría el tiempo perdido durante todos estos años con mi hijo, pero, al menos, quería empezar a conocerlo mejor. Aceptó, aunque no sin reticencias, y la entendía: hasta ese instante yo había sido el villano del cuento, y ahora era difícil de aceptar que había estado engañado por todos durante tanto tiempo.

—¿Qué piensas estudiar, Adrián? —le pregunté; quería que me viera como un amigo, pero también como el padre que estuvo ausente durante tanto tiempo.

—Pues no lo tengo claro, aunque debería, porque el curso que viene termino la secundaria y debo elegir entre ciencias y letras.

—Pero supongo que tendrás algo pensado, ¿no?

—Me debato entre, derecho, como mi madre, o medicina, que me gusta mucho.

Su madre y yo nos miramos, y soltamos una carcajada. ¡No podíamos ser más idénticos! El que hubiera dicho derecho, se debía a que no quería defraudar a su madre, que era abogada, lo teníamos claro.

—¿Se puede saber qué eso tan gracioso que he dicho? —preguntó Adrián, alternando la mirada de uno a otro.

—¿Sabes a lo que me dedico, hijo? —le respondí con otra pregunta, y él negó con la cabeza.

—Tu padre es médico, Adrián, pediatra para ser más exactos —le contestó Claudia, y él nos miró asombrado.

—¿De verdad? ¿Hasta en eso nos parecemos?

—Te lo juro. Soy licenciado en pediatría por la Imperial College London, la única universidad de Londres especializada en Medicina y Ciencias. Si te decides por esa carrera, no podrás encontrar una universidad mejor que esa para estudiarla.

—No sé si te habrás dado cuenta, Borja, pero yo soy una humilde abogada cuyo sueldo le da para comer, vivir y poco más. No nos hemos ido de vacaciones en la vida, y ahora voy a mandar a estudiar al niño al extranjero, manda huevos —me dijo su madre.

—Me parece que la que no te has dado cuenta eres tú, de que yo soy su padre, digo. Si mi hijo quiere seguir mis pasos, todo correrá de mi cuenta. Eso sí, cada mes y medio o dos meses, o viene él o vamos nosotros, no te vayas a pensar que voy a ser igual que mi padre. Y lo de las vacaciones, eso lo soluciono yo ahora mismo, pero solo podremos irnos hasta el domingo, que el lunes empiezo a trabajar.

—¿Cómo? No quiero que te sientas obligado a nada…

—Te juro que no es obligación, lo hago porque quiero, al igual que me gustaría que llevara mi apellido, que nos pusiéramos de acuerdo para empezar con los trámites.

—Adrián, ¿quieres llevar el apellido de tu padre? —le preguntó su madre, y me pareció un gesto muy loable, ya que el niño tenía edad suficiente para decidir sobre eso.

—Mamá, no quiero que te enfades, ¿vale? Sé que has sido tú la que me has sacado adelante, pero siendo justos, él no sabía nada de mi existencia. Por tanto, sí, me gustaría llevar su apellido.

—Pues no se hable más, antes de que termine el mes que solo se quede el juzgado de guardia, tramitaré todo y cambiaremos el apellido —contestó su

madre, que para nada estaba enfadada.

—Adrián, ¿te gusta la mecánica? —pregunté, y al niño se le abrieron los ojos.

—Me encanta, papá. Es mi afición, no sabes lo que disfruto arreglando esas cosas, aunque mi madre me riñe, porque me pongo perdido.

—¿Me ayudas, después de comer, a arreglar mi moto?

—¿Tienes una moto? A mí me chiflan, pero mi madre dice que no me puede comprar una. Llevo pidiéndola desde el año pasado, pero…

—Adrián González, próximo a llamarte Adrián Senillosa, no te vayas a creer que, en vez de un padre, tienes un cajero automático, porque no pienso tolerar que te vuelvas un niñato consentido como la repelente de tu tía Sofía —dijo su madre, y le salió en un tono, que no pude reprimir una carcajada.

—No lo he dicho para que mi padre me la compre, era solo a título informativo. ¡Hostias! Ahora mi acosadora es mi tía. ¡Qué fuerte me parece todo, no me había dado cuenta de ese dato!

—Voy a tratar de hacer un trato con tu madre, a ver si cuela —le dije por lo bajini a mi hijo, pero mirando a Claudia, haciendo como si no quisiera que se enterase.

—Borja Senillosa, me estoy enterando. ¿Cuál es ese trato? —me preguntó, con una mezcla de duda e incredulidad.

—No le voy a comprar una moto, hasta ahí estamos de acuerdo, ¿no? —le dije, y ella asintió con la cabeza.

—Jolín, casi cuela —me dijo mi hijo, en tono de broma, pero se llevó una mirada de su madre.

—Pero ¿qué te parece que me ayude a reparar los destrozos que esos niñatos hicieron de la mía y se la regale?

—¡Sería la leche, papá!

—Tu madre todavía no ha dicho nada, si ella no lo aprueba, por mucho que me insistas y yo quiera complacerte, no lo voy a hacer. Ahora somos dos en este barco, Adrián, y nos tendremos que poner de acuerdo siempre en todo lo referente a ti y tu educación. Al igual que no quiero que ella haga algo que no me guste, no pienso hacerlo yo.

—Me parece bien, siempre y cuando no se quite el casco ni para ir al baño —contestó Claudia, después de mirarme durante un rato.

Pedí comida al restaurante de la urbanización, no quería perder el tiempo en meterme en la cocina, prefería estar ahí, con mi hijo y con la mujer de la que llevaba enamorado toda mi vida.

Sabía que con ella me iba a costar más trabajo que me hiciera caso en el plano sentimental, pero no iba a tirar la toalla antes siquiera de haberla sacado. Estar ahí con ellos, hablando y pasando el día, me resultaba prácticamente increíble. Claudia me había creído desde el primer momento, y eso me daba cierta paz, aunque, por otro lado, me diera muchísima pena haberme perdido todos esos años de la vida de mi hijo.

Pusimos la mesa en el porche, pero, cuando nos íbamos a sentar a comer, y viendo que mi hijo no paraba de mirar la piscina, me quité la camiseta, y lo invité a darse un baño.

—Adrián, quiero que, cuando estés aquí, te sientas con la libertad de hacer y coger lo que te dé la gana. ¿Me has entendido? Llevas un rato mirando la piscina, como si estuvieras pidiendo permiso para poder bañarte, y no quiero que eso vuelva a suceder.

—Gracias, papá. No sabes lo que eso supone para mí.

—Entiendo que todavía no me veas como a un padre, que pienses que esta no es tu casa, pero de verdad te digo, que quiero que te muevas aquí, como lo haces en la de Claudia.

Su madre nos miraba con una mezcla de orgullo y nostalgia. Pensaba lo mismo que yo, la conocía de sobra para saberlo, qué hubiera sucedido, si yo me hubiera enterado, cómo estaríamos ahora. Pero era inútil, ya no se podía volver atrás y el tiempo perdido no iba a regresar, por eso teníamos que vivir el presente y mirar al futuro.

En cuanto salimos del agua, su madre ya había preparado todo, así que nos sentamos a comer. Claudia no se había traído bañador, por eso no pudo aprovechar la piscina, pero no dudó en decir que, para la próxima vez, se lo echaba en el bolso.

—Adrián, me encantaría que conocieras Londres. ¿Hablas el idioma? —le pregunté, si quería estudiar allí, debería dominarlo.

—Me defiendo, la verdad. Tendría que perfeccionarlo, pero no se me da mal.

—Claudia, ¿cómo lo tendrías para tomarte el resto de semana libre? Lo digo para buscar algo en Londres, sería irnos el miércoles y volver el sábado.

—No lo sé, Borja, pero siempre podéis iros vosotros dos, y así también pasáis tiempo solos.

—Si no vamos los tres, no vamos ninguno. —Se me adelantó mi hijo al decir eso.

—Eso mismo iba a decir yo, pero se me ha adelantado el chico. Quiero que te quede claro que ahora somos tres, ni uno ni dos. Somos una familia, algo disfuncional, sí, pero una familia, al fin y al cabo —le dije a Claudia, que en ese momento tenía las lágrimas saltadas.

—No sé, es que… tú y yo no somos pareja, y me resulta raro viajar como una familia…

—De momento.

—¿Cómo, a qué te refieres con eso?

—A que tú y yo no somos pareja de momento. En cuanto te demuestre que puedes confiar en mí, te aseguro que no te dejaré escapar —le dije, con toda la chulería del mundo, lo que hizo que ella se pusiera roja como un tomate, y nuestro hijo rompiera en una carcajada.

—Bueno, como os vais a poner a arreglar la moto, yo me marcho a mi casa, así aprovecho para terminar varias cosas que tengo pendientes del trabajo, y llamar a Nerea para pedirle los días libres —dijo Claudia, levantándose de la mesa, después de tomarse el café y de que recogiéramos todo.

Al pasar por mi lado, me dejó un beso en la mejilla, y yo la tomé por la cintura, nos miramos durante un momento a los ojos, y no pude reprimir darle ese abrazo que le habría dado desde el primer momento en el que la volví a ver.

—Gracias, Claudia, por darme a la persona más importante de mi vida, y permitir que forme parte de la suya, de la vuestra, porque a ti tampoco te pienso dejar escapar —le dije, mirándola a los ojos, y vi cómo se volvían acuosos.

—No, gracias a ti por quererlo, incluso antes de que supieras que llevaba tu sangre. Con ese gesto, ya me habías ganado.

—No podría ser de otro modo. Se parece muchísimo físicamente a mí, pero tiene el corazón noble de su madre, se hace querer desde que se cruza en tu camino.

Sacamos la moto fuera del garaje, y vimos todas las piezas que nos hacían falta, para ir a comprarlas. Pedimos un taxi, y fuimos a la tienda de recambios en la que siempre compraba cuando vivía aquí. Contra todo pronóstico, estaba abierta, y tenía todas las que necesitábamos.

Una vez de vuelta en casa, le dije a mi hijo que se quitara esa ropa, y lo llevé hasta la buhardilla, donde, en una caja, había ropa mía de cuando era adolescente. Mi hijo se quedó maravillado con alguna de esas prendas, y me preguntó si se podía quedar con ellas, cosa que, por supuesto, le dije que sí, que las bajaríamos y las pondríamos a lavar.

Para arreglar la moto, se puso unos pantalones de algodón cortos que estaban algo estropeados, y unas zapatillas de deporte, dejando su ropa en el cuarto de invitados, ese que le dije que sería el suyo cuando estuviera en mi casa, que se trajera lo que quisiera para dejarlo ahí.

Nos enredamos con ella, y en un par de horas la teníamos lista para que se la llevara, pero le dije que, antes de hacerlo, debíamos cambiar de nombre toda la documentación y el seguro, no quería que tuviera problemas con mi hermana. Tenía la certeza de que, en cuanto lo viera subido en ella, lo increparía, por lo que, si tenía que llamar a la policía, pudiera hacerlo con propiedad, y le pareció bien.

—Papá, ¿puedo quedarme aquí a dormir esta noche? Me encantaría ver una película contigo y comentarte varias cosas de la carrera —me preguntó, medio nervioso por si yo le daba una negativa.

—Adrián, no tienes que pedirme permiso, ya te he dicho que es tu casa. Tan solo, avisa a tu madre, no creo que ella te diga que no.

Esa fue la primera de las muchas noches que esperaba pasar con mi hijo.

Capítulo 13



Antes de acostarnos, estuvimos mirando vuelos y hoteles en Londres, y encontramos una oferta fantástica, con un apartamento en Notting Hill, una zona que me encantaba. Saldríamos el miércoles a las seis de la mañana y volveríamos el sábado en el vuelo de las nueve de la noche, así aprovecharíamos tanto el día de llegada como el de regreso al máximo.

Quería que mi hijo conociera la universidad donde yo había estudiado, para que viera de primera mano cómo era, por si al final se decidía por la rama de la medicina, no habría lugar mejor para formarse.

—Gracias, papá —me dijo mi hijo en un momento dado.

—¿Por qué me das las gracias, Adrián? —le pregunté, ya que no sabía a qué se refería.

—Por ser mi padre y querer ejercer como tal —me respondió, dándome un beso en la mejilla.

—Es mi deber, y lo hago con gusto, así que no me las tienes que dar, ni ahora ni nunca, que no se te olvide.

Nos fuimos a dormir, lo acompañé a su cuarto y le di las buenas noches en la puerta. Tenía toda la ropa que había decidido quedarse sobre la cama, doblada, para que fuera él quien decidiera si la dejaba allí o la llevaba a casa de su madre.

Me sentía plenamente feliz, y eso me daba miedo, siempre lo había hecho, porque sabía que, de alguna manera, vendría la caída, y sería devastadora, a tenor de la felicidad que me embargaba.

En cuanto noté que había amanecido, me levanté y me dirigí a la cocina a preparar el desayuno. Hice tostadas, huevos revueltos, beicon, y puse varias lonchas de pavo en un plato, preparé café para mí e hice zumo de naranja para Adrián, que en cuanto escuchó que estaba trasteando en la cocina, bajó a darme el encuentro.

Cuando me giré y lo vi vestido, una sonrisa se instaló en mi cara, ahora sí que era como yo a su edad. Se había puesto unos vaqueros míos, de esa firma universal, una camiseta blanca básica y sus deportivas, las que trajo el día anterior.

—¿Qué te parezco? —me preguntó, dándose una vuelta sobre sí mismo.

—Que parece que me estoy mirando en un espejo hace quince años —le respondí, sin dejar de sonreír.

Estábamos a punto de sentarnos a desayunar, cuando llamaron a la verja de fuera. Al mirar por la cámara, vi que era Claudia, así que no dudé en abrir la puerta.

—Llegas a punto para el desayuno —le dije.

—Ya lo huelo. ¿De dónde has sacado esa ropa, Adrián? —le preguntó a nuestro hijo.

—Es de papá, de cuando era joven.

—Oye, ni que fuera ahora yo Matusalén. No te jode, el niño, «de cuando era joven», dice el capullo —le contesté, y Claudia empezó a reírse con ganas.

—Mamá, hacía tiempo que no te oía reír así, en realidad, creo que nunca lo he hecho.

—Estoy feliz, mi niño. No sé cuánto me durará la felicidad, pero mientras tanto, pienso aprovecharla —le contestó ella, dándole un beso en la mejilla y un abrazo.

—Ayer, cuando subimos a la buhardilla a buscar algo de ropa vieja para que no se manchara la suya con la moto, encontramos varias cajas de ropa que no me llevé, y le gustaron. Las lavamos, y como nuevas, fíjate.

—Me alegra que la recicle. Además, son prendas atemporales, y de quién mejor que tuyas para que las pueda usar, aunque, déjame decirte que parece que te estoy viendo a ti cuando salíamos del instituto —me dijo, con un deje de nostalgia.

—Mamá, ya tenemos todo lo del viaje. Salimos el miércoles temprano y volvemos el sábado. Mi padre ha alquilado un apartamento en Notting Hill que es una pasada. ¡Nuestro primer viaje en familia! —exclamó y ya no hizo falta decir nada más.

—Borja, venía a pedirte un favor. ¿Puedes ocuparte de Adrián el resto del día? La condición para poder ir mañana con vosotros es dejar todo listo y no me alcanzará el tiempo en la mañana.

—No lo sé, porque yo sobre la una había quedado con una muchacha, ya sabes, para hacer deporte —le dije, levantando las cejas varias veces.

Le había guiñado el ojo a mi hijo, para que me siguiera el juego, y lo hizo a la perfección, incluso su madre pensó que era verdad.

—Papá, ¿con la morena del supermercado que tenía ese culazo? —preguntó el niño, y a su madre se le cambió la cara, sobre todo cuando yo continué con la broma.

—Esa misma, pero no te preocupes, que tiene una hija de tu edad, que está igual de buena que la madre, así estarás entretenido —dije, y le guiñé un ojo.

—No he dicho nada, déjalo, que se quede solo en casa y se caliente una *pizza* en el horno —dijo, bastante enfadada. Entonces, el niño y yo, estallamos en una carcajada.

—Mamá, mira que eres inocente. ¿No te has dado cuenta de que estábamos gastándote una broma? —le preguntó Adrián, porque yo me tuve hasta que sentar, doblado de la risa.

—Desde luego, si es que yo no sé para que os digo nada. Si es que sois los dos iguales. Mira, me voy, antes de que saque la mano a pasear, porque hay un guantazo volando, y vosotros dos tenéis cara de aeropuerto.

Cogió su bolso y salió de la cocina, para acto seguido volver a entrar, tomar la taza de café que había en la mesa —que era la mía— y bebérsela de un trago, así como una tostada ya untada de mermelada de fresa, y le pegó un mordisco.

—Esa era mi tostada —dijo Adrián.

—Y ese es mi café —respondí yo.

—Pues nada, ahí tienes una cafetera y tú, justo al lado, está el tostador. Que ustedes lo pasen bien.

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, la detuve por el brazo. Necesitaba decirle algo, y ese era el mejor momento.

—Claudia, ¿por qué no te traes la maleta y pasas la noche aquí, con nosotros? Así podríamos salir todos juntos hacia el aeropuerto y no tendríamos que hacer ninguna parada.

—No sé… Mira, me lo pienso y te digo algo luego, ¿vale?

—Perfecto, pero no me hagas esperar mucho, sabes que soy impaciente por naturaleza.

Que no me hubiera dicho que no de primeras, para mí suponía un triunfo, porque en otras circunstancias, eso sería lo que hubiera soltado. Adrián, al verme la cara, sonrió y, antes de meterse una tostada en la boca, me habló.

—No había visto a mi madre así en la vida, ni siquiera cuando se echó ese novio tan estirado —me contó mi hijo, y los celos hicieron acto de presencia.

—¿Tu madre ha tenido novio formal en estos años? Pensaba que no, que había salido con algún chico de forma esporádica, y ya.

—Solo uno, Rubén, se llama, y es el tío más soso, antisocial y estirado que he visto en mi vida. Es compañero de trabajo suyo, y estuvieron a punto de irse a vivir juntos, pero en cuanto que le dijo que me iba a educar, e intentó levantarme la mano, mi madre lo plantó en la calle en menos que canta un gallo.

—Explícame eso ahora mismo. ¿Cómo que te levantó la mano?

—Fue un día poco antes de unas navidades, yo tenía unos siete años. Habíamos ido a pasear y al centro comercial, y a mí se me había antojado un muñeco que estaba de moda, y que todos mis amigos tenían.

—¿No te lo compró? ¿Acaso no tenía dinero?

—Claro que tenía, cómo no iba a tener, si el tío, por no gastar, no gastaba ni bromas, pero jamás me regaló nada, ni en mi cumpleaños. Como te iba diciendo, mi madre me dijo que no me lo podía comprar, que todavía no había recibido su salario, y me puse a llorar.

—¡Vaya tío más impresentable!

—Ni que lo digas, cuando llegamos a casa, como seguía llorando, mi madre se sentó conmigo en el sofá, y me dijo que se lo pidiera a Papá Noel, que estaba cerca. Le dijo a mi madre que se apartara, que él me iba a educar, quisiera ella o no, y levantó la mano para darme una torta.

—Conociendo a tu madre, no se quedaría quieta.

—Para nada —me dijo riendo—. Le dio un rodillazo en los huevos, lo cogió por la solapa de la chaqueta, y lo lanzó a la calle.

—Uf, sé de lo que hablas, a mí me dio uno en la boda de Kevin y Nerea que, cada vez que me acuerdo, me entra hasta fatiga.

Le expliqué lo de la boda, y me contó que él también estaba invitado, pero que no pudo ir porque se levantó ese día con fiebre, y tuvo que quedarse metido en la cama, al cuidado de una vecina.

Terminamos de desayunar y salimos hacia la oficina de tráfico, donde llevaríamos a cabo el cambio de titular de la moto. Tal y como llegamos, nos atendieron, y en menos de media hora, ya lo teníamos todo listo. Por la tarde, culminaríamos el arreglo de la moto, y ya se la podría llevar a la vuelta del viaje.

—¿Me acompañas al concesionario de coches? Tengo que hacerme con uno rápidamente, o se me pondrán las piernas de Indurain.

—Venga, pero tiene que ser uno chulo, no de esos que se ven por ahí que parecen de juguete.

—A sus órdenes —le dije, haciéndolo reír.

En un momento dado, me salió ponerle el brazo por los hombros, y él no me rechazó. A pesar de la edad que tenía, que era una en la que la rebeldía solía hacer acto de presencia, su corazón era tan noble que no tenía cabida un acto así.

Elegimos el coche a su gusto, aunque me daba a mí que era más al gusto de su madre, sobre todo por el color que pidió, que no fue otro que rojo. Me dijeron que tardarían aproximadamente un mes en tenerlo listo, pero no me preocupaba en exceso, el caso era tenerlo. Pagué la mitad para encargarlo, y la otra mitad la pagaría en el momento de su recogida.

—¿Qué te parece si nos vamos al centro comercial de compras? —le pregunté al salir del concesionario.

—Perfecto, ¿qué me va a parecer? Compras y adolescencia van de la mano.

—Eres un pillo de cuidado, ¿lo sabías?

—Mi madre siempre me dice que me parezco a ti, así que…

—Ya, ya, para lo malo te pareces a mí y para lo bueno a ella, ¿no?

—Eso es. Como me dice mi abuela Julia, siempre es bueno que haya niños en casa.

Entre carcajadas, llegamos al centro comercial. Lo primero que hicimos fue entrar en una tienda que me dijo que le encantaba, y que era donde su madre le compraba la ropa que le traían los Reyes.

Jamás había tenido la oportunidad de regalarle nada, así que no me lo pensé.

—Adrián, ¿cuántas navidades nos hemos perdido juntos?

—Catorce —me respondió extrañado.

—Más los quince cumpleaños que tampoco he estado. Bien, elige veintinueve prendas, serán una por cada cosa que me he perdido. ¿Es justo?

—Mi madre te va a matar, que lo sepas —me contestó entre risas.

—Ya sabré yo como calmarla, por eso no te preocupes.

Mientras él iba con una cesta eligiendo prendas, yo me dediqué, por otro lado, a mirar cosas para su madre y para mí. Entonces, me acordé de que a ella siempre le había hecho ilusión hacer una pijamada, pero todos con el mismo pijama, y al final nunca lo llevamos a cabo, o al menos yo no estuve presente. Esa sería nuestra siguiente parada.

Capítulo 14



Claudia

Todo aquello me había cogido por sorpresa. Cuando me enteré de que fue Borja el que estuvo aquella mañana con mi hijo, el que le había aconsejado que me lo contara, me quedé a cuadros.

Su padre, con toda la maldad del mundo, sabiendo que su hijo no tenía constancia ni conocimiento de que había sido padre, se lo soltó, y temí que rechazara a mi hijo, nuestro hijo, pero nada más lejos de la realidad.

—Te lo dije —me decía Nerea mientras que nos dirigíamos hacia la cafetería—. Si se lo hubieras contado antes, te habrías ahorrado muchos años de sufrimiento.

—Claro, a toro pasado todo se ve muy bien. Pero ¿y si hubiera reaccionado de otro modo?

—¿Borja, rechazar a su hijo? No me hagas reír, por favor. El último hombre en la tierra que haría algo así sería él, que lo sufrió en sus carnes.

—La niñata de su hermana se ha colado en su casa varias veces, y su padre le ha dicho que, si quería seguir teniendo contacto con él, tendría que anular la compra de la casa, que la mamá de la criatura la quería para la niña.

—¿No habrá caído en la trampa? Porque sería para matarlo.

—Para nada, todo lo contrario. Es más, incluso la ha denunciado, junto al resto de amiguitos, cuyos padres han tomado medidas drásticas, enviándolos a varios internados.

—Esa niña terminará buscando un disgusto gordo.

—Ellos eran los que han estado acosando a Adrián durante todo el curso. Te dije que a mi hijo le pasaba algo, y ahora ha salido a la luz.

Le conté cómo Borja, aún sin saber que era su hijo, lo había defendido y había hablado con él para que me hiciera partícipe de lo que le ocurría, y como la noche anterior se había quedado a dormir con él en su casa.

—Ay, Claudia, Claudia, que estás enamorada de ese hombre como el primer día.

—No es eso, pero esta mañana, cuando he ido a preguntarle si se podía quedar con Adrián todo el día, por el tema del viaje, y he visto a mi hijo vestido con los vaqueros y la camiseta que llevaba Borja el día que nos liamos, casi me da un infarto.

—Cuéntame eso. ¿De dónde ha sacado el niño esa ropa? —me preguntaba Nerea, riendo.

—Al parecer, ayer, subieron a la buhardilla…

Me puse a contarle a mi amiga todo lo que habían hecho la tarde anterior, así como la conversación que tuvimos y el viaje del día siguiente. Estaba confusa e ilusionada a partes iguales, pero eso me lo reservé para mí.

Hablando de eso estábamos, cuando escuché a Rubén hablar detrás de mí, y se me revolvió el estómago, no por lo que dijo, sino por el tono en el que lo hizo.

—No me podía imaginar que volverías con ese tipo, pero, por lo que se ve, el dinero obra milagros —soltó, con mucho asco al hablar.

—¿Estás insinuando que dejo que Borja se acerque a mi hijo por dinero? —le pregunté, aunque sabía la respuesta, necesitaba corroborarla.

—No estoy insinuando nada, lo estoy afirmando. Ahora, por fin, el caprichoso ese que tienes por hijo ha encontrado a quién llorarle para que financie sus caprichos. Como yo no caí en tu trampa, me echaste de tu vida.

—Desde luego, que no eres más cabrón, porque no eres más grande, Rubencito —le dijo Nerea, en un tono que no daba opción a dudas.

—Mira, gilipollas, primero, para hablar de mi hijo, te lavas la boca antes, cuando eso ocurrió, era un niño de siete años, que no entendía si su madre podía o no comprarle el muñeco que todos sus amigos tenían. Al Adrián de ahora no lo conoces, ni quiero que lo hagas, Dios nos libre.

—Siete o diecisiete, lo mismo es.

—Déjalo, no merece la pena discutir con un necio como tú. Si te eché de mi vida, no fue por no comprarle nada al niño, sino por querer levantarle la mano a mi hijo.

—Si me hubieras dejado darle un tortazo a tiempo, ahora no te tendrías que lamentar por el hijo que tienes.

—Mi hijo es una de las mejores personas que existen. Aquí la única que se tiene que lamentar de algo es tu madre, que ya quisiera que te parecieras a mi hijo y que tuvieras la mitad del buen corazón que tiene él, imbécil.

—Amiga, vámonos, o al final, uno de los dos va a terminar en la cárcel y el otro en el hospital —me dijo Nerea.

El bufete donde trabajábamos era de sus padres, por eso ambas estudiamos derecho, para tener el trabajo asegurado, y tenía una guerra constante con ellos a cuenta de mantener a Rubén en su puesto de trabajo.

—A pesar de que sea gilipollas, como tú dices, como abogado es muy bueno, y eso no se puede discutir —le decía su madre, cada vez que sacaba el tema.

—Mamá, pero es insufrible. Cada caso que gana se lo tiene más subidito, y no puedo con él.

—Pues vas a tener que poder, porque ni tu padre ni yo vamos a ceder en esto. Si la relación de Claudia con él no ha salido bien, es algo privado, y no influirá para nada en su vida laboral, lo siento.

Subimos de nuevo al despacho, cuando nos encontramos con Cayetano de frente al salir del ascensor.

—¿Cómo lleva mi nieto eso de tener padre? —me preguntó, con una sonrisa.

—¿Cómo lo va a llevar? Encantado, que ya tiene quien le compre los caprichos —dijo Rubén, que salía del otro ascensor.

—¿No te han enseñado que es de mala educación meterse en conversaciones ajenas? —le respondió Cayetano, y no tuvo más remedio que agachar la cabeza y marcharse.

—No puedo con él, papá, te lo juro. Desde que se ha enterado que Borja quiere ponerle los apellidos al niño, es como si se lo llevaran los demonios.

—Eso es lo que tiene que te quiten a tu chica en tus narices.

—Por favor, Caye, sabes que lo nuestro terminó casi antes de empezar, y eso fue ya hace mucho tiempo.

—Más tiempo hace de lo de Borja, y sigues enamorada como si fueras aquella quinceañera a la que dejó embarazada. Pero dejemos eso, y respóndeme a lo que te he preguntado.

—Encantado de la vida. Anoche se quedó a dormir allí, y hoy lleva todo el día con él. Mañana nos marchamos de viaje, y Nerea me ha dicho que, para coger esos días, tengo que dejar todo el trabajo listo, así que me quedaré un buen rato luego, fuera del horario.

—¿Has sido capaz de decirle eso a tu mejor amiga? —le preguntó Cayetano, asombrado.

—¿Qué quieres? Así, por lo menos hoy la tengo conmigo, que ya mañana me dejará sola.

—Desde luego, eres una… una… —Os juro que no encontraba la palabra para definirla.

—Una magnífica amiga que te da muy buenos consejos, aunque tú no los lleves a la práctica —me contestó, guiñándome un ojo.

—Claudia, suelta todo lo que sea de trabajo, y lárgate ya. No te quiero ver aquí hasta el lunes —me dijo el padre de Nerea, que reprendía a su hija con la mirada.

—Joder, papá, ahora me voy a quedar con la mitad de la historia sin contar, y todo por tu culpa.

Como no llevaba nada que fuera del trabajo, cerré mi despacho y me di la vuelta. Llamaría a Borja para ver dónde estaban y, así, unirme a ellos. A la vuelta, pasaría por mi casa a recoger las maletas, esa noche la pasaríamos en familia.

—¿Por dónde andáis? —le pregunté en cuanto contestó a mi llamada.

—Por el suelo, como todo el mundo. Cuando encuentre a alguien que ande por las nubes, te lo diré y lo intentaremos —me contestó, provocándome una carcajada.

—No me seas más imbécil, me refiero al lugar donde estáis, que me acoplo a vosotros ya, que estoy libre.

—Ah, vale, eso es otra cosa. Entonces es que no has formulado bien la pregunta. Estamos en el centro comercial, haciendo algunas compras. Ahora íbamos a entrar a tomar algo en esa cafetería que a tu hijo le gusta tanto —me contestó Borja riendo.

—Pues no hagáis el pedido, que voy para allá. Dadme diez minutos.

— Digo yo que, mientras llegas, podremos tomarnos un refresco, ¿verdad? No creo que esté prohibido. Ahora, si tú dices que no podemos beber nada sin tu bendita presencia, pues entonces bebemos agua de la fuente y te esperamos.

—Idiota, ahora mismo voy.

Colgué el teléfono con una sonrisa. Dios, qué bien me sentía ahora, sin ese rencor que llevaba albergado en mi corazón durante todos estos años. Tenía que decir que Borja también me lo había puesto muy fácil, sobre todo con Adrián, y eso era de agradecer.

Cogí mi coche y me fui hasta el centro comercial, donde lo dejé aparcado. Sabía que habían llegado en taxi o paseando, porque la moto no estaba terminada y coche no tenía, así sería más fácil volver a casa.

—«Volver a casa»… será a su casa, imbécil, que la tuya cabe en la parte de la piscina que tiene en el jardín —me dije a mí misma antes de bajar del coche.

—¿Ahora hablas sola? Estás empezando a darme miedo, que lo sepas —me dijo Borja, que estaba esperando, junto a nuestro hijo, al lado de donde había aparcado.

—Joder, qué susto. ¿Qué son todas esas bolsas? —pregunté, con una mezcla de asombro y enfado, y mi hijo miró a su padre.

—A mí no me mires, que ha sido cosa suya —se defendió el muy bribón.

—Antes que nada, Adrián no ha pedido ni unos calcetines. Pero haciendo cuentas, le debía veintinueve regalos: catorce por Navidad y quince de cumpleaños, así que le he dicho que cogiera una prenda por cada ocasión.

—Vamos, que como sigas así, me vas a decir que te ha costado hasta trabajo convencerlo para que lo comprara.

—No, no, mamá, eso sí que no. Que me lo dijo y me faltó tiempo para coger una cesta.

—Hijo mío, si es que, al final, eres tonto. Yo que le iba a decir a tu madre que tú no querías, que te pusiste a decir que eran muchas, y va el niño y lo suelta. ¡Qué poquita maldad, alma de cántaro! —le dijo su padre, dándole una colleja y metiendo todo en el maletero.

—Venga, anda, vamos a tomar algo que voy a desfallecer con el calor que hace. Luego seguimos, que tu madre no se ha comprado nada.

—¿Y para qué me voy a comprar yo algo? Con toda la ropa que tengo, más la que me ha dado Nerea, voy más que servida.

—No, tú te callas, que hoy, el que manda, es mi padre —dijo mi hijo, haciendo la señal de la cremallera en la boca.

Fuimos los tres riendo y nos sentamos en una de las terrazas del centro comercial, donde se estaba de maravilla gracias a una brisa marina que llegaba desde la playa, que teníamos casi enfrente.

Justo estábamos terminando cuando mi móvil empezó a vibrar. Tenía un mensaje, y lo saqué para ver quién era. Y claro, quién si no: Nerea.

Nerea: *Qué sepas que te odio, ¡eres una suertuda! Yo, que me casé el fin de semana pasado, aquí trabajando, sin poder disfrutar siquiera de mi luna de miel. Y tú, que ni te has casado ni nada, te vas de viaje con un pedazo de maromo y, encima, a gastos pagados. Si vuelves y no me cuentas que te lo has zumbado, te va a faltar calle para correr. Pásalo bien, ¡un beso!*

Me salió una carcajada, y no pude reprimir el impulso de enseñárselo a Borja, que reía al igual que yo.

—Si yo fuera tú, le haría caso —me dijo, con toda la cara del mundo y sin poder parar de reír.

Capítulo 15



Al final, pasamos una tarde estupenda, hasta que, al salir del centro comercial, nos dimos de bruces con mi padre, la bruja de su mujer y la marquesa malcriada de mi hermana. Juro por lo más sagrado que intenté ignorarlos, pero no pude reprimirme ante sus comentarios, por mucho que Claudia tiraba de mi brazo.

—Actuando como la familia feliz, cuando cualquiera sabe quién es el padre de ese niño —dijo ella, con mucha maldad en sus palabras.

—La identidad del padre de ese bastardo no lo sabe ni ella, pero siempre es bueno acoplarse a alguien que le solucione la vida —contestó mi padre, con el mismo tono de odio que su mujer.

—A lo mejor es lo que te pasó a ti, que como tu mujer no sabía quién era el padre, se agarró al primer gilipollas que se le cruzó en el camino y, *voilà*, papá para la marquesita —le contesté.

—¿Qué estás diciendo? Repítelo otra vez si tienes lo que hay que tener. —Me retó mi padre.

—Decía, que se cree el ladrón, que son todos de su condición. Vamos, que como a ti te encasquetaron una hija, piensas que a todos nos va a pasar lo mismo —le dije, con saña; si él iba a hacer daño, pues yo también.

Mi padre vino hacia mí, intentando darme un puñetazo, pero no lo logró; mi hijo le sujetó la mano, hasta que lo miré y lo soltó, no quería que se

ensuciara con las maldades de ese señor.

—Adrián, suéltalo, no ves que no merece la pena, nunca la ha merecido —le dije a mi hijo, que me obedeció de inmediato.

—Eres un malnacido, un desagradecido. Si hoy en día tienes lo que tienes y eres lo que eres, es gracias a mí…

—No te equivoques, si tengo lo que tengo y soy lo que soy no es gracias a ti, es gracias a mi esfuerzo y a mi trabajo. Por no agradecerte, no tengo que hacerlo ni por haberme pagado la universidad, porque ese dinero ya te lo he devuelto. Tú sí que eres un malnacido, que nunca has sabido ser padre —le repliqué.

—Como vuelvas a decir algo más así a mi padre, mi queridísimo sobrino lo va a pasar muy mal en el instituto —me amenazó la marquesita, mientras que su madre sonreía de medio lado, aprobando eso que estaba diciendo su hija.

—Si mi hijo me llega a decir un solo día que le habéis hecho algo, la que vas a terminar lamentándolo serás tú, porque no voy a parar hasta hundirte en lo más profundo de la miseria. ¿He sido suficientemente claro? —le dije a la niñata, que me miraba de forma altiva y chulesca.

—¡Qué amor de padre tan repentino, cuando no quisiste saber nada de él cuando tu madre te llamó! —exclamó mi padre, sabiendo que eso no era cierto.

—Eres un hijo de puta, y sabes que lo que acabas de decir es mentira. A mí nadie me avisó de que Claudia estaba embarazada. Pero ya sé lo que ocurre: como tú eres un desgraciado infeliz, pretendes que yo también lo sea. La diferencia es que yo sé ser feliz estando solo, porque lo he estado toda mi puta vida; tú, en cambio, necesitas un perrito faldero a tu lado, aunque solo te sirva para echar un polvo de vez en cuando y sacarte los cuartos.

—Vámonos, ya está bien, no le sigas el juego —me dijo Claudia, y le pasé un brazo por encima de los hombros a ella y otro a mi hijo, y nos encaminamos a su coche.

La actitud de Claudia había cambiado, no era la misma que cuando llegó, y eso me preocupaba. De nuevo, el muro que había levantado entre los dos, y que me había costado media vida empezar a derrumbarlo, se había alzado con más fuerza, con mayor consistencia, por eso no me pude quedar callado.

—Claudia, te juro por lo que yo más quiero, que es nuestro hijo, que a mí nadie me comentó nada de tu embarazo. Lo ha dicho para joderme, por si hay algo entre nosotros que la duda lo ensombrezca —le dije, tomando sus manos.

—Lo pasé muy mal en aquel entonces, ellos se dedicaron a esparcir rumores falsos sobre mí, y fui la comidilla de la zona durante mucho tiempo, y no quiero volver a serlo. Tengo una reputación como abogada, y la pienso mantener —me contestó ella, muy seria.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que, el viaje lo haréis vosotros dos, como padre e hijo, al igual que vuestra relación, yo me mantendré al margen. Entre nosotros no hay nada ni puede haberlo, ese tiempo ya pasó.

—¿Vas a consentir que consiga su objetivo? ¿No te das cuenta de que lo único que pretende es separarnos? —le dije, bastante desesperado, la verdad.

—Mi padre tiene razón. Independientemente de que quieras o no tener una relación sentimental con él, podéis ser amigos, viajar juntos toda la familia. Es más, si tú no vienes, yo no voy —le dijo mi hijo, muy serio, aunque yo sabía que era una maniobra de persuasión.

—¿Te parece bien privar a nuestro hijo de un viaje por tu cabezonería? —le pregunté yo, intentando tocar la vena sensible.

—No vais a hacerme chantaje emocional. Ya he dicho mi última palabra. Ahora, sube a casa y coge tu maleta, que os llevo a casa de tu padre —le dijo ella, sin ceder lo más mínimo.

—¿Sabes qué? Aparca el coche, que nosotros nos vamos en un taxi, no vaya a ser que te vean con mi padre y empiecen los rumores. Por cierto,

cuando volvamos del viaje, me quedaré una temporadita viviendo con él, se lo merece.

—¿Intentas castigarme por tomar una decisión? Pues te ha salido el tiro por la culata, porque me encanta esa idea, así yo también tendré algo de tiempo para mí —le contestó su madre, y ambos nos quedamos completamente asombrados.

Adrián subió a casa de su madre para coger la maleta, el portátil y varias cosas que decía que le harían falta, mientras que su madre y yo nos quedamos en el portal.

—Te estás equivocando, Claudia. Como dice el niño, si no quieres tener nada conmigo, te lo voy a respetar, pero no conviertas la vida de Adrián en un infierno por tu cabezonería —le dije, intentando que entrara en razón.

—¿Cabezonería? ¿Crees que puedo competir contigo? Su amado padre, ese que tiene el dinero suficiente para complacerlo en todo, mientras que yo, con suerte, lo puedo llevar un día a comer a la hamburguesería —me dijo, con lágrimas en los ojos.

—Haré como que no he escuchado nada, porque si insinúas que mi hijo se quiere venir conmigo por el dinero, y no porque quiera conocerme de verdad, me haría mucho daño.

—No seas iluso, Borja, no digo que no quiera conocerte, porque es obvio que lo está deseando, pero es un adolescente, y por regla general todos son unos interesados, que van al mejor postor.

—Será mejor que no sigas hablando, porque no lo hace la madre, lo hace la persona celosa que piensa que le van a quitar lo que más quiere, y eso no sucederá nunca, no al menos por mi parte. Si quieres, el avión sale a la seis de la mañana, y estaremos allí esperando hasta el último minuto. Si no vienes, nos comunicaremos para las cosas del niño a través de mi abogado.

En ese preciso momento, bajaba mi hijo, que le dio un beso a su madre en la mejilla y, sin hablar, paró un taxi que pasaba libre por allí, donde guardó la maleta y se sentó a esperarme.

—De ti depende —le dije, mirándola a los ojos, y subiendo al taxi.

Durante todo el trayecto, mi hijo se mantuvo en silencio, pero en su cara se podía ver que la situación no le gustaba un pelo. Esperé hasta que estuvimos en casa, donde subió a cambiarse y, mientras que nos pusimos a terminar de reparar la moto, le hablé.

—Adrián, no quiero que seas injusto con tu madre, ella ha sacrificado mucho por ti, por sacarte adelante… —empecé a decirle a mi hijo.

—¿Injusto? Injusta es ella, que solo mira por el qué dirán en vez de luchar por lo que quiere.

—Ya me ha dejado claro que no soy yo la persona a la que quiere, y eso tenemos que respetárselo, por mucho que nos duela.

—No digas tonterías, papá. Mi madre lleva toda la vida enamorada de ti. Tú no estabas todas las veces que la escuchaba hablar con la tía Nerea de ti. Si hasta el día de la boda llegó llorando, y le dijo a mi vecina que el amor de su vida había vuelto, pero que le traería muchos problemas.

—A veces, el amor no es suficiente, Adrián, y eso lo aprenderás con los años.

Ahí dejamos la conversación. Por supuesto que estaba contento de que mi hijo se viniera una temporada a vivir conmigo, quería conocerlo bien y que él lo hiciera conmigo, pero no a costa del sufrimiento de su madre, por ahí no iba a pasar.

Preparé una tortilla de patatas y una ensalada para cenar, que nos tomamos en el salón, viendo una película que estaban echando y que nos gustaba a los dos. Cuando recogimos todo, nos fuimos a la cama, nos teníamos que levantar a las cuatro de la mañana, ya que teníamos que estar una hora antes en el aeropuerto.

—Buenas noches, papá, que descanses —me dijo mi hijo en la puerta de la habitación, dándome un beso en la mejilla.

—Igualmente, hijo.

Cuando entré en mi cuarto, me puse a pensar en todo lo que me había dicho Adrián sobre su madre. Entendía que tuviera miedo, que no quisiera que nadie la dañara más, pero dejar atrás tu felicidad por el qué dirán de la gente, es algo que nunca entenderé.

Sin pensarlo dos veces, me levanté, y cogí mi móvil que había dejado encima de la cómoda del dormitorio, no me gustaba dormir con el móvil cerca, y le envié un mensaje a Claudia.

Borja: *No seas tonta y deja de pensar en lo que dirán los demás. Te mereces ser feliz, y yo prometo que me dejaré la piel, si es necesario, para que lo seáis, Adrián y tú. Te esperamos en el aeropuerto, no nos decepciones, eres más fuerte de lo que te puedas llegar a imaginar.*

Como no esperaba que me contestara, lo dejé en la mesilla de noche y entré en el baño de mi habitación. Necesitaba una ducha para relajarme, porque la tensión que acumulaba en mis hombros iba a terminar por pasarme factura.

Antes de meterme en la cama, revisé el móvil de nuevo, efectivamente, tal y como yo había pensado, me había dejado en visto, pero no me contestó. Esperaba que al día siguiente estuviera en el aeropuerto, no por mí, bueno también, porque me encantaría disfrutar con ella de la ciudad que, durante tanto tiempo, fue mi casa, pero, sobre todo, por mi hijo, que no lo decepcionara.

Cuando el despertador sonó, ya estaba despierto, como buena parte de la noche. Si acaso, había pegado un par de cabezadas, mis pensamientos no me dejaban dormir, pero aproveché para hacer una lista de todos los lugares que visitar con mi hijo, empezando por la universidad.

—Venga, vamos, o perderemos el avión —le dije a mi hijo, que se volvió a tapar la cabeza con la almohada.

—La próxima vez que viajemos, recuérdame que te pida que busques los vuelos a partir de las doce de la mañana, porque tan temprano, es inhumano,

chaval —me dijo mi hijo, y rompí en una carcajada, no se podía ser más dormilón que él.

Capítulo 16



Estuvimos esperando hasta el último momento para embarcar, por si venía y no sabía cuál era la puerta de embarque. En realidad, era una excusa, ambos queríamos que se presentara, que nos demostrara de qué estaba hecha, pero no apareció.

—Vamos, hijo, no podemos esperar más, ella ya ha decidido el tipo de relación que quiere que tengamos, y lo tenemos que respetar —le dije a Adrián, que me miraba decepcionado.

—¿Sabes? Siempre creí que tenía una madre valiente, que no se echaba atrás por nada, que no había dudado en enfrentarse al mundo por mí. Pero ahora veo que no fue así, jamás lo fue. Ahora comprendo que me tuvo porque no estaba bien visto abortar, toda su vida ha actuado según la opinión de los demás, y eso me deja un vacío. Es como si fuera una desconocida.

—No digas eso, tu madre te tuvo porque fue valiente. Para ella no tuvo que ser nada fácil salir adelante con diecisiete años, un hijo y completamente sola, además de seguir estudiando y labrarse un futuro para que tú no tuvieras carencias. —La defendí, aunque estaba de acuerdo con la visión que tenía mi hijo, jamás lo admitiría delante de ella.

Ocupamos nuestros asientos, y apagamos los móviles. Antes de eso, le envié un mensaje a Cayetano, el padre de Nerea, que era una persona de confianza para ambos, y deseaba que fuera el responsable de redactar el acuerdo de custodia y conciliación de Adrián. Si ella no quería mi amistad, todo lo de nuestro hijo lo trataríamos a través de él.

Borja: *Hola, Cayetano, buenos días. Ahora mismo estoy viajando dirección a Londres con mi hijo, pero me gustaría que te encargaras tú de redactar el acuerdo de custodia y las medidas legales oportunas. Estoy seguro de que, por el cariño que le tienes, eres el más indicado para ello, y sé de buena tinta que harás lo mejor para su bienestar. En cuanto pueda, te llamo. Un abrazo.*

Apagué el móvil, al igual que mi hijo, y nos dispusimos a disfrutar de unos días fantásticos. Me daba pena que su madre no hubiera querido unirse a nosotros, no por el dinero del vuelo, que era una minucia, sino porque estaba anteponiendo todo a la felicidad, suya y de nuestro hijo, pero ella sabría.

—Acabo de enviarle un mensaje a tu abuelo Cayetano, para que sea él quien ejerza de mediador entre tu madre y yo en todo lo referente a ti —le conté a mi hijo, que me miró sorprendido.

—¿En serio? Esto es el colmo, te lo juro.

—¿Qué querías que hiciera? Tu madre es una cabezona, que se niega a ser una amiga, y no pienso dejar tu educación solo a su criterio. Creo que he sido demasiado razonable con lo que me ha hecho. Negarme tu existencia fue una gran putada para mí.

—Y no te lo niego, pero os estáis comportando como dos niños en el patio de un recreo, los dos. Ella por pensar primero en la opinión de la gente y tú, en vez de intentar hablar con ella y arreglar las cosas, le envías a un abogado. Vamos, como no quieres jugar conmigo, pues ahora me chivo a la seño. Viéndoos a vosotros dos, se le quitan a uno las ganas de crecer y ser un adulto.

Se colocó los auriculares y pasó de mí durante todo el vuelo. Si me ponía a pensarlo, tenía toda la razón del mundo, nos estábamos comportando como dos críos que se pelean por el mismo juguete, que así era como se estaría sintiendo mi hijo, y eso me dolió.

—Adrián. —Le di un golpecito en el hombro para que se quitara los cascos y me escuchara.

—¿Qué? —me contestó, bastante enfadado, y lo entendía.

—Tienes razón, no podemos actuar así. En cuanto bajemos del avión, voy a llamar al abuelo Cayetano y le diré que se olvide del mensaje, que hablaré antes con tu madre.

—Gracias, por lo menos, uno de los dos, ha apelado al sentido común.

La madurez que tenía mi hijo con tan solo quince años era alucinante. Si yo hubiera pensado como él a su edad, tal vez la relación con mis padres no sería como era en estos momentos, o sí, eso ya no lo podríamos saber en la vida.

El resto del vuelo lo pasamos hablando de todo, de lo que tenía pensado hacer el resto del verano, de que quería apuntarse a una academia de inglés para poder presentarse al examen del B1, y por supuesto que se lo iba a pagar. Según me había contado, no había podido hacerlo por falta de dinero porque, aunque Cayetano y Julia se lo habían querido pagar, su madre no había aceptado.

Eso era lo que más coraje me daba, que anteponía el orgullo al bienestar del niño, porque eso era un bien para el niño, y ella tenía que saber ceder en según qué cosas. Estaba de acuerdo que, en cosas banales, que no le sirvieran para un futuro, dijera que no, pero en eso, que lo iba a ayudar a prosperar, no lo veía bien. Esa era otra de las cosas que tendría que hablar con ella.

Como llevábamos equipaje de mano, no tuvimos que esperar a que salieran las maletas, así que nos fuimos directamente a la cola de los taxis. Encendí el teléfono y marqué el número de Cayetano.

—Acabo de leer tu mensaje. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —me preguntó el padre de Nerea.

—Para eso te llamaba, olvídalo, intentaré hablar con ella.

—Me sorprendió mucho, la verdad. Sobre todo, cuando tenéis unos días por delante en lo que hablar de todo ello.

—No ha venido al viaje. Ayer tuvimos un enfrentamiento con mi padre y la familia feliz, y como supondrás, soltó por esa boca sapos y culebras, que ella creyó. He intentado hacerle ver que no tenemos por qué tener una relación sentimental, si ella no quiere y aunque me duela, pero podemos ser amigos y compartir momentos los tres, pero ella hace oídos sordos.

—Déjamela a mí, que se va a enterar. No entiendo la manía que tiene esta criatura de sabotearse ella misma.

Colgamos la llamada y tomamos el taxi, ya nos había llegado nuestro turno, y le di la dirección del apartamento en el que nos íbamos a alojar. Cuando llegamos y mi hijo vio la zona, se quedó alucinado. La verdad que la casita era una preciosidad, pintada en tonos azules, y con unas vistas inmejorables.

—Venga, deja la maleta en tu habitación, que nos vamos de cabeza a que conozcas Londres —le dije a mi hijo, que me miraba entusiasmado.

—Lo primero que quiero conocer es la universidad, papá. Casi tengo claro que quiero seguir tus pasos, pero no en pediatría, a mí me gusta cardiología u obstetricia, me fascinaría traer un niño al mundo.

—Pues eso será lo que haremos, no te preocupes.

Tomamos otro taxi y nos dispusimos a llegar a la universidad. A pesar de que tenía varios campus repartidos por toda la ciudad, nos dirigimos al de medicina. Una vez allí, le hice un recorrido por toda la zona, e incluso conoció a algunos de los profesores que impartían las asignaturas, y de los cuales yo había sido alumno.

—Papá, para mí sería un sueño poder estudiar aquí, pero sé que mi madre no va a estar de acuerdo —me dijo Adrián con cierto tono de pena.

—Te aseguro que, ante eso, no voy a ceder. Lo primero es tu futuro, Adrián, y para eso, el orgullo habrá que dejarlo guardado en un cajón.

De ahí, fuimos a comer a la cafetería del campus, donde hacía mil años que yo no entraba, y cuando lo hice, Norma, la camarera de toda la vida, me

recibió con un abrazo. Que mi hijo viera la alta estima que me tenían, para mí fue todo un orgullo.

—Si quieres entrar aquí, hijo, tendrás que dejarte las pestañas estudiando durante los años que te quedan —le dije a mi hijo.

—Mi madre me comentó que quería cambiarme de instituto, por los problemas de acoso que tuve con Sofía, tenía pensado cambiarme a uno público —me contó, y la sangre me hirvió en ese momento.

—De ese instituto no te vas a mover, si alguien tiene que irse, será mi hermana, que para eso es la acosadora, pero eso lo hablaré con tu madre en cuanto estemos de vuelta. Adrián, solo te voy a pedir una cosa, y es algo tan sencillo como, a la primera que te haga tu tía, me lo digas, para que yo pueda tomar las medidas oportunas.

—Te lo prometo, papá. Hablaré contigo en cuanto que me diga o me haga algo.

Después de eso, seguimos disfrutando del resto del día, y nos trasladamos hasta nuestro barrio. Una vez allí, nos fuimos a comer a la bohemia Portobello Road, donde pudimos degustar del típico *fish and chips* que mi hijo tenía ganas de probar.

De ahí, nos fuimos al mercadillo de antigüedades, que era algo que siempre me había fascinado, y donde compramos alguna que otra prenda de ropa *vintage* que a mi hijo le gustó.

—Imagínate a mi madre con este abrigo —me dijo, señalando uno de piel de tres cuartos en marrón chocolate, y que combinaba perfectamente con el estilo de Claudia.

—Llévaselo, pero no le digas que lo he pagado yo, o no se lo pondrá en la vida.

—A ver si te piensas que mi madre es tonta ahora. No se va a tragar que lo he pagado yo, entre otras cosas, porque con una paga de cinco euros a la semana, lo que se dice ahorrar, puedo ahorrar poco, la verdad.

Me lo dijo tan serio, y en un tono tan gracioso, que no pude reprimir una carcajada. Saqué la cartera, y le di cien euros, para que le comprara a ella todo lo que viera, y me miró como si estuviera viendo a un extraterrestre.

El resto del viaje lo disfrutamos muchísimo, pero estaba claro que echábamos de menos a Claudia, quien se lo hubiera pasado de lujo. Visitamos Canden Town, la abadía de Westminster, el Big Ben, vimos el cambio de guardia, y nos subimos a la noria.

También aproveché para quedar con mis antiguos compañeros de trabajo, con los que nos tomamos unas cervezas y cenamos una noche, y les presenté a mi hijo, sin entrar en detalles que pertenecían a mi vida privada.

—La morena esa, Karen, te estaba comiendo con los ojos, papá. Si quieres pasar la noche con ella, por mí no lo hagas, yo te espero en casa para ir al aeropuerto —me dijo mi hijo, que me sacó una sonrisa.

—Si hubiera querido irme con ella, te hubiera dejado al cuidado de mis compañeros durante un rato, pero te aseguro que no es el caso. No te voy a decir que, en el pasado, no me haya acostado con ella, porque sería mentira, pero también te diré que, desde que apareció tu madre de nuevo en mi vida, no he sido capaz de desear a otra mujer que no sea ella.

—Pues siento comunicarte que, con mi madre, lo llevas claro. O te cambias el chip y empiezas a conocer a otra mujer, o me parece que te veo más de una noche en la piscina, y no precisamente por el clima.

Era único, mi hijo era un ser tan especial y empático, que me sorprendía la mayoría de las veces con sus comentarios.

Acabábamos de aterrizar de nuevo en nuestra ciudad, y Adrián me pidió ir a casa de su madre. Quería llevarle los regalos antes de que nos fuéramos a mi casa, donde había decidido que permanecería durante unos días, y accedí, como no podía ser de otro modo.

Pero, al llegar allí, nos llevamos una sorpresa, al menos yo.

Capítulo 17



Cuando Adrián metió la llave en la cerradura y la puerta se abrió, nos encontramos a Claudia con un tipo, estaban bailando y riendo, al parecer, ella no nos había echado tanto de menos como nosotros a ella.

—Adrián, te espero abajo. Si decides quedarte, me das un toque en el móvil —le dije a mi hijo, sin pasar del umbral de la puerta.

—¿Yo, quedarme aquí? Pues va a ser que no, no quiero estropearle el plan a mi madre —me contestó mi hijo, quien entró, le entregó la bolsa a su madre y salió tras de mí.

—Borja, Adrián, no os marchéis, esto no es lo que parece —gritaba ella desde el salón.

—Te espero mañana en mi casa a las nueve de la mañana, si no vienes, entenderé que quieres que entre nosotros medie un abogado —le dije, y salí de allí.

Claudia cogió a nuestro hijo por el brazo, pero yo no me paré, no podía. Un nudo se instaló en mi garganta y me impedía hasta respirar. Necesitaba tomar aire o me terminaría ahogando.

Cuando mi hijo bajó, se le veía contrariado, pero no pregunté nada, nos montamos en el taxi de nuevo, que nos estaba esperando, y nos marchamos a casa.

—Papá, dice que es un amigo del bufete, que ha entrado nuevo y que…

—Adrián, me da igual quién coño sea ese hombre. Lo único que me importa es que no soy yo. Que preparé este viaje con todo el cariño del mundo, para demostrarle que podía confiar en mí, y a ella le dio igual tirarlo por la borda. Ahora soy yo quien ha perdido la confianza.

—¿Me estás diciendo que no confías en que yo sea tu hijo? —me dijo, con mucho dolor en sus palabras.

—De eso no tengo ni la menor duda. Lo que me preocupa es el daño que pueda recibir. Por eso, seguiré tu consejo, cambiaré el enfoque y conoceré a alguien nuevo.

Mi hijo me miró con ternura, con afecto, y esa mirada me desarmó. Lo dejé en el salón y me fui a mi habitación, donde me encerré en el baño para llorar como un niño. Quien alguna vez dijo que los hombres no lloran, ni era hombre, ni tenía sentimientos, porque yo ya lo había hecho antes y no sería la última vez, aunque nunca había sido por una mujer; en eso, ella tenía el privilegio.

Al salir, me encontré a Adrián sentado en mi cama, llevaba un buen rato esperando a que yo me desahogara, que sacase todo mi dolor a través de las lágrimas. Cuando me vio, no dijo nada, tan solo se levantó y me abrazó. Y no os podéis imaginar cuánto me reconfortó ese gesto.

—¿Puedo dormir esta noche contigo? —me preguntó, y aunque necesitaba estar solo, no me pude negar.

Durante casi toda la noche, estuvimos haciendo planes de futuro. En agosto, que yo tenía quince días libres, viajaríamos a la Toscana, ya que era una zona que él quería conocer. También pasaríamos unos días en el barco de unos amigos míos, que venían a Ibiza de vacaciones, hasta allí volaríamos desde Italia.

Además, me comentó que no quería cambiar de centro, que allí estaban sus amigos, y lo animé para que los invitara el sábado siguiente a que vinieran a disfrutar de la piscina y de una barbacoa.

Quedamos que, durante la semana, él estaría en casa de su madre, y los fines los pasaría conmigo, haciendo todas esas cosas que le gustaban: surf, cine y más.

Amanecía un nuevo día y con él, esperaba poder aclarar lo de Adrián con Claudia. Me levanté a las siete y media, mi hijo seguía durmiendo. Lo dejé en la cama y fui a la cocina.

Me preparé un café y una tostada, y le eché un vistazo a las redes sociales. No era yo muy dado a mostrar nada de mi vida privada en ellas, pero no dudé en subir una foto de los dos en nuestro viaje a Londres, y tenía varios *likes*. Me di cuenta de que uno de mis compañeros, Thomas, había subido una foto de cuando estuvimos en el *pub*, etiquetándome en ella. Estábamos todo el grupo, incluido mi hijo, pero a mi derecha estaba Karen, que me miraba como si yo fuera un escaparate de bolsos de firma, y me salió una carcajada.

—¿De qué te ríes, papá? —me preguntó Adrián entrando por la cocina.

—De que tenías razón, Adrián. Karen me miraba como si me quisiera comer, y en la foto que ha subido Thomas se aprecia claramente —le dije, tendiéndole el teléfono para que la viera.

De reojo, observaba el reloj. Faltaba poco para las nueve y Claudia no había aparecido. Tenía esa corazonada de que nada saldría como se había previsto.

—¿A qué hora quedaste con mamá? —me preguntó mi hijo, viendo que eran pasadas las diez de la mañana y ella no había dado señales de vida.

—Hace una hora. Espero que no me eches de nuevo la culpa sobre que estamos actuando como dos niños en el patio de un recreo. Como has comprobado, es tu madre la que no se quiere sentar conmigo.

— Quizá se quedó dormida, la llamaré —dijo Adrián, queriendo suavizar el asunto.

Estaba seguro de que esa llamada no la hacía con esa intención, sino con la de convencer a su madre de que viniera a hablar conmigo, cosa harto

complicada, tal y como se había puesto de cabezona.

Me dolía, no voy a negarlo, pero ya no pensaba mover más un dedo por hacer las cosas bien con ella. No quería hablar, no quería que tomáramos las decisiones en conjunto, pues peor para ella, porque lo haríamos a través de un abogado y, llegado el caso, no dudaría en llevar el tema a los juzgados.

—No me contesta, seguro que está en la ducha, lo intentaré más tarde —me dijo, pero en su cara se veía que estaba mintiendo.

—No me mientas, Adrián, es una cosa que no soporto. Tu misión no es protegerme de nada, ni a tu madre, mucho menos. Aquí los adultos somos nosotros, no tú, que lo que tienes que hacer es vivir acorde a tu edad.

—Papá, pero es que anoche, cuando te vi, se me partió el corazón…

—No te preocupes por mí, de verdad, hijo. De cosas peores he salido, y aquí sigo, de pie. Fue un momento de bajón que no se repetirá.

—¿Quería preguntarte algo? ¿Puedo invitar a Samuel, mi mejor amigo, a pasar el día en la piscina?

—No tienes que preguntar nada. Como si quieres coger la moto para ir a recogerlo, y así el chaval no tiene que venir andando.

—Gracias, papá, eres el mejor. Va a alucinar cuando me vea aparecer en moto.

—Ponte el casco y no corras, solo eso.

Me dejó un beso en la mejilla y sacó la moto del garaje, llevándola hasta la verja de salida, esa que yo le abrí desde la puerta de la casa, viéndolo salir de allí en busca de su mejor amigo.

La salida de mi hijo me vino de lujo para hacer esas dos llamadas que tenía que hacer. La primera, a la madre de mi hijo, sería la última vez que insistiera, y lo hacía, porque me daba una pena inmensa tener que terminar de esa manera, cuando la cosa podía ser completamente diferente.

Como era de esperar, no me contestó, así que le envié un mensaje de WhatsApp, esperando que me respondiera pronto, como así se lo haría saber.

Borja: *No me estás dejando otra opción que recurrir a un abogado. Empieza a pensar que no se trata de ti ni de mí, sino del bienestar de nuestro hijo, por el que tendremos que ponernos de acuerdo en muchas cosas; todo sería mucho más sencillo y directo si tú y yo nos enfrentáramos al asunto como adultos. Si en media hora no recibo respuesta, contactaré con Cayetano para que sea él quien medie entre nosotros.*

Esa sensatez que yo pensaba que tenía Claudia, se quedó en eso, en un pensamiento, porque no me respondió. Os juro que me entraron ganas de ir a buscarla y amarrarla al asiento de una cafetería, de donde no la movería hasta que hablara conmigo, pero me daba cuenta de que todo esfuerzo sería inútil. Ella ya había tomado una decisión, y por lo visto era inamovible, así que, mientras mi hijo y sus amigos se bañaban en la piscina, yo marqué el número de Cayetano.

—Dime, Borja, aunque ya sé lo que me vas a pedir —me dijo, en cuanto descolgó la llamada.

—Seguimos adelante con el plan inicial. Te juro que lo he intentado de todas las maneras habidas y por haber, pero no hay manera de que entre en razón, y yo me rindo.

—Te entiendo perfectamente. Nerea y yo estuvimos intentando convencerla de que tener un trato cordial con el padre de su hijo no era nada malo, que muchas parejas lo hacían, pero no se bajaba del burro. He preparado un borrador con las medidas cautelares.

»Ahora te lo envío por correo, al igual que se lo enviaré a ella, si quieres modificar algo, me lo dices. A ver si, entre todos, podemos tenerlo listo en esta semana y ratificarlo en el juzgado junto con el cambio de apellidos.

—Gracias, Cayetano. Una cosa, quiero que se especifique en ese acuerdo que, de lunes a viernes a mediodía, Adrián vivirá con su madre, y los fines de semana conmigo, y que las vacaciones nos las repartiremos mitad y mitad.

—Desde ya te digo que lo de los fines de semana para ti no lo va a permitir. Podemos establecer quince días con cada uno, alternando fines. ¿Te parece?

—Está bien, intentaré doblar turno o cambiarlos para que, cuando Adrián esté conmigo, poder estar pendiente de él. Otra cosa: el tema de la educación. Me ha dicho mi hijo que Claudia quiere cambiarlo de centro, y eso no lo voy a permitir. Todo lo relacionado con su educación lo decidiremos en conjunto, si uno no está de acuerdo, el otro no podrá hacer nada.

—De acuerdo, tomo nota. Lo agrego al documento y te lo envío, voy a hablar con ella para ver si quiere incluir algo.

Mi hijo, que acabó invitando a toda su pandilla, se acercó en ese momento a mí, que me había sentado en el porche trasero con una cerveza y el libro que estaba leyendo. No era para controlarlos, ni mucho menos, sino porque, de siempre, ese había sido mi lugar preferido para desconectar, y en ese instante era lo que necesitaba.

—Papá, ¿estás bien? Si estamos formando mucho jaleo, le digo a mis amigos que bajen el volumen un poco —me dijo, y me salió una sonrisa.

—Estoy perfectamente, un poco cansado de todo, pero nada importante. No hace falta que le digas nada a tus amigos, tan solo que, en un ratito, pediremos la comida, que avisen en casa si se pueden quedar.

—Eres el mejor, papá —me dijo, tirándose en bomba a la piscina y hablando con sus amigos, que salieron para hacer lo que les había dicho.

Al final, les dieron permiso a todos para quedarse, eso sí, a las nueve tenían que estar en casa. Para ello, tuve que hablar con sus padres. Me gustaba esa forma de actuar de ellos, porque me indicaban que eran personas responsables, que se preocupaban por el bienestar de sus hijos, no dejando que hicieran lo que les pareciera en cada momento.

Capítulo 18



Claudia

Cuando recibí el supuesto acuerdo de custodia que me había enviado Cayetano, me invadió la rabia, y me planté en su casa.

—¿Se puede saber por qué coño te pones de su parte? —le espeté, nada más entrar.

—Buenas tardes para ti también, Claudia —me respondió, con una media sonrisa.

—Déjate de ironías, que vengo muy calentita. A ese niño lo he sacado yo sola adelante, para que este señor se crea ahora el amo del mundo con respecto a Adrián.

—Sola, no estuviste en ningún momento, porque nosotros te ayudamos en todo lo que nos permitiste hacerlo. Y que conste que no te lo estoy echando en cara, tan solo te respondo a lo que has dicho antes —me contestó Cayetano, que con su tranquilidad ponía el punto opuesto a mi nerviosismo.

—Además, si lo hiciste de esa forma fue porque te dio la gana. Muchas veces te dijimos que hablaras con Borja. —Esa fue Nerea, que salía de la cocina con su madre.

—A veces, pienso que para ti era mejor así, de ese modo podías hacer y deshacer con el niño lo que te diera la gana, sin tener que darle explicaciones a nadie. Ahora, tienes que entender que eso se terminó, que su padre tiene el

mismo derecho que tú a decidir sobre su vida —dijo Julia, que apareció igual de enfadada que yo.

—Esto es la leche. Entonces, para vosotros, lo hice por conveniencia, o mejor aún, por mandona, para evitar que alguien me llevara la contraria. Gran concepto el que tenéis de mí, sí, señor.

—Claudia, tranquilízate, haz el favor. Eres una excelente persona y la mejor madre que conozco, te has enfrentado a todo y a todos por ese niño, pero ahora también tiene a su padre. Si no fueras tan testaruda, dejarías el orgullo y los prejuicios a un lado, y te sentarías con él, pero ahí yo no puedo entrar.

—¿Es que no os dais cuenta de que, si me siento con él, terminaré de nuevo entre sus brazos? ¿Que no puedo ser su amiga? —les dije, y rompí a llorar. Por fin lo había reconocido, y me había quitado un gran peso de encima.

—¿Y si él quiere formar una familia de verdad? ¿Has considerado esa posibilidad alguna vez?

—Claro que lo he hecho, y soñado, durante mucho tiempo, hasta que nos dimos de bruces con su padre. ¡Le aseguró, en mis narices, que él sabía que estaba embarazada!

—¿Y lo creíste?

—¿Por qué no debía hacerlo? Él no saca ningún beneficio por decir eso, mientras que Borja sí. Se libró de pañales, biberones, noches sin dormir, eso que he vivido yo mientras él iba de cama en cama. Ahora, con sus manos limpias, se ha encontrado con un hijo que ya va encaminado, tan solo tiene que cogerlo de la mano y seguirlo, y eso es muy fácil.

—Para nada es fácil, ahora vienen los peores años. Los que, o lo guías bien, o se te va de las manos, se junta con malas compañías, y se convierte en un adulto desgraciado, sin oficio ni beneficio —me contestó Julia, que tenía claro por quién había tomado partido.

—Ese acuerdo me parece una locura, y no pienso firmarlo. Una cosa es que él quiera que el niño lleve sus apellidos y que pase con él algún tiempo, y otra muy distinta lo que propone.

—¿Sabes que está dispuesto a llegar a los tribunales? —dijo Cayetano, y el alma se me cayó a los pies, porque si lo hiciera, podría obtener hasta la custodia completa del niño, tan solo por habérselo negado todos estos años.

—Eso mismo que estás pensando, amiga —me dijo Nerea, que me conocía como si fuera ella misma.

—No puede ser. ¡Maldigo la hora en la que Borja Senillosa volvió de Londres! —grité, desesperada.

—Eso tendrías que bendecirlo, no maldecirlo. Eres una egoísta, que antepone sus problemas a la felicidad de su hijo, porque déjame decirte que hacía mucho tiempo que no veía a mi niño así de feliz —habló Julia, llevándose una reprimenda de su marido.

—Claro que está feliz, él puede darle todo lo que yo no puedo. Tiene una casa con piscina, le ha dado su antigua moto, que han restaurado los dos en el jardín, y le ha dicho que, si quiere estudiar medicina, tiene que hacerlo en la misma universidad que él, sin contar si yo puedo pagarla o no.

—Claudia, cariño. Sigues enamorada de ese hombre, como él lo está de ti. Date una oportunidad, si no resulta, al menos no te quedarás con la duda de lo que pudo haber sido —Julia suavizó el tono, comprendiendo que, hablando así, no lograría nada.

—No, me quedaría con el corazón hecho añicos y la reputación por los suelos, y no me puedo permitir ninguna de las dos cosas.

—Eres una cabezona insufrible, y te aseguro que te vas a arrepentir. Borja me ha dicho que se rinde, que si lo deseas, seas tú quien lo busques. Adrián le aconsejó cambiar el chip y empezar a conocer a alguien, y eso es lo que tiene pensado hacer. Cuando eso ocurra, no quiero llantos ni lamentaciones —me dijo Nerea, que había hablado con su padre del tema un rato antes.

—Pues que lo haga, a ver si así se olvida de su hijo un poquito.

—Cuántas mujeres darían todo por estar en tu lugar. Yo no te voy a decir nada más, es tu vida y tú sabrás lo que quieres hacer con ella. Pero una cosa te voy a decir, en relación con el niño, si no firmas ese acuerdo y llega a los tribunales, yo seré su abogada, porque no tiene ninguna razón de ser esto que estás haciendo. Advertida, quedas —me dijo Nerea, y algo se me murió por dentro, no me esperaba algo así de ella.

Salí de esa casa igual o peor que había entrado, y con el corazón hecho pedazos por lo que me había dicho mi amiga. Necesitaba a mi hijo conmigo, ahora, en este momento, por eso lo llamé, pero no contestó mi llamada. Era la primera vez que hacía eso, siempre había estado ten pendiente de mí como yo de él. Estaba clarísimo que continuaba enfadado conmigo por la llamada de esa mañana, en la que le colgué, no sin antes decirle que no se metiera en mi vida ni en mis decisiones, que él no era nadie.

Podría dirigirme a casa de Borja, pero tan solo con pensar en que lo tendría que ver, me entraban ganas de vomitar, de los mismos nervios. Tomé el rumbo de mi casa e intentaría llamar a mi hijo de nuevo, esperaba que esta vez me contestara.

Leí y releí en infinidad de veces el dichoso acuerdo. Siendo objetiva, y si lo miraba como abogada que aconsejaba a un cliente, le diría que lo firmara, porque era un muy buen acuerdo. Si lo miraba siendo la madre de ese menor, nada me parecía bien.

¿Quince días viendo a mi hijo solo los fines de semana? Para él, que estuvo quince años sin verlo, era muy fácil, para mí, una locura. ¿Vacaciones repartidas? Claro, para que él se lo pudiera llevar a conocer mundo, mientras que yo, lo máximo que podría hacer sería sacarle un bono de la piscina municipal o compartir con mi hijo un día de playa y bocatas de tortilla.

Estaba siendo egoísta, pero creo que cualquier madre, en mi situación, estaría igual que yo, intentando encontrar el más mínimo resquicio para rebatirlo. Cerré los ojos, lo pensé, y lo firmé digitalmente, enviándoselo a Cayetano. Con lágrimas en los ojos y la cabeza fría, si yo no podía darle

determinadas cosas y su padre sí, ¿con qué derecho le quitaba la oportunidad a mi hijo? No sería justo para él.

—Ya tienes el acuerdo firmado en el correo —le dije a Cayetano, al que había llamado para avisarlo.

—Has hecho lo mejor que podías hacer por tu hijo, Claudia, no lo dudes. Ahora, date una oportunidad para que seas feliz tú, si ves que Borja no es el adecuado, pues con otro hombre, pero quiero verte con la misma sonrisa que lucías el día que viniste a pedirme esos días libres.

—Ese es el problema, Cayetano, que no es que Borja no sea el adecuado, es que es el hombre de mi vida, pero no me lo puedo permitir. Nuestro tiempo ya pasó, y no sé si voy a ser capaz de sentir por otro hombre lo mismo que siento por él.

—El tiempo no pasa para una pareja si ellos no lo dejan pasar, y en este caso, eres tú la que has levantado un muro inquebrantable para Borja, y él se está cansando de picar esas rocas con las que lo has construido.

Colgué la llamada, mientras lloraba como si estuviera en un entierro, y en realidad lo era, había muerto mi corazón, en todos los sentidos.

—Adrián, ¿esta noche duermes con tu padre? —le dije, no quería decirle que lo necesitaba a mi lado, no era justo que a su corta edad tuviera que sostenerme a mí, cuando tenía que ser todo lo contrario.

—¿Te ocurre algo, mamá?

—Nada cielo, un día un poco agotador adelantando trabajo. Por cierto, dile a tu padre que el acuerdo ya está firmado, que me parece bien todo lo que propone.

—¿Por qué no se lo dices tú? Si quieres, lo llamo y le paso el teléfono…

—¡No! —exclamé, demasiado fuerte, para mi gusto— Quiero decir que no hace falta, ya se lo dirá el abuelo Cayetano en cuanto hable con él, no te preocupes. Pero no me has contestado, ¿te espero para cenar?

—Sí, mis amigos ya se marchan y yo con ellos. Papá entra mañana a trabajar temprano y quiero que descanse, anoche no durmió nada.

—¿Está enfermo? —Me preocupé, una cosa es que no quisiera verlo, y otra muy distinta que deseara que le pasara algo malo.

—Cuando llegue a casa hablamos, tenemos muchas cosas que aclarar —me dijo, y me dejó un tanto preocupada.

Media hora después, escuché el sonido característico de la moto de Borja, y me asomé para ver que era mi hijo quien la conducía. Con ese casco puesto, mi cabeza remontó a aquellos años en los que venía a buscarme para salir, ahora sí que era una fotocopia de su padre.

—Ya estás aquí, mi amor, cuánto te he echado de menos —le dije, dándole un abrazo, que él no correspondió.

—No me habrás echado mucho de menos, cuando ni has querido venir de viaje con nosotros, ni has aceptado la invitación de mi padre para hablar.

—No mezcles las cosas, Adrián, no tienen nada que ver. Tu padre y yo no tenemos futuro, ni como pareja ni como amigos, no sabríamos serlo. Él lleva una vida que yo no puedo llevar, además de que nunca se ha tomado a una mujer en serio, siempre ha ido de cama en cama…

—¡Te estás equivocando! Mucho, además. Mi padre te valora más que ningún hombre jamás lo ha hecho. Tú no lo viste llorar como yo cuando vio a ese tipo aquí bailando y riendo contigo, tú no lo viste rechazar a una mujer impresionante que se le sirvió en bandeja de plata, porque no eras tú. Así que, no me vengas con excusas culpándolo a él.

—Eso precisamente es lo que buscaba con todo esto, que, entre tú y yo, que siempre fuimos una piña, todo se rompiera.

—No mamá, si alguien ha resquebrajado nuestra unión, esa has sido tú. Mi padre te ha ofrecido todo, y has sido tú la que lo has rechazado. No quieres ser su pareja, pero tampoco su amiga, pretendes que vaya detrás de ti como

un perrito faldero, y eso no lo va a hacer más, porque yo me voy a encargar de ello.

Capítulo 19



Me enfrentaba a mi primer día de trabajo en el nuevo hospital, e iba con una ilusión enorme. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, de este modo. En la puerta, me topé con Kevin, que tenía el mismo turno que yo, solo que él estaba en el quirófano y yo en la consulta.

—Vamos a comernos el día, amigo —me dijo, esperándome en la entrada, ya que me había visto llegar.

—Yo preferiría comerme una buena tostada, aunque creo que no nos dará tiempo.

—¿Cómo que no? Venga, que yo tampoco he desayunado nada hoy, porque Nerea no cuenta como alimento —me contestó, guiñándome un ojo con mucha picardía, provocándome una carcajada.

—Anda, vamos, que todavía tenemos media hora, pensaba que era más tarde.

—Te voy a advertir algo, te ha tocado como enfermera a Valentina, que está buenísima, pero que no le tira los tejos a nadie en el trabajo. Lo han intentado casi todos, incluso yo en una fiesta de Navidad y con un pedo de cuidado, pero lo negaré hasta la saciedad, o Nerea me cortará los huevos.

—Muy bien, ¿hay que darle una medalla o algo a la muchacha?

—No, te lo digo porque, si te dice algo o se insinúa, aproveches, y te convertirás en el amo de la clínica; todos caeremos rendidos a tus pies, y

seremos tus esclavos a cambio de que nos reveles tu secreto —me dijo, de la manera más teatral, mientras estábamos desayunando.

—¿Por qué eres tan payaso? Seguro que es justo lo opuesto, y se tira a todo lo que se menea, y por eso me estás diciendo eso.

—Te lo juro por lo más sagrado. Espera, que Antón no sabe de qué estamos hablando, lo voy a llamar. ¡Antón!, ¿puedes venir un momento?

—Dime, Kevin, ¿en qué puedo ayudarte?

—Te presento a Borja Senillosa, el nuevo pediatra, y tiene a Valentina con él de enfermera.

—Pues te compadezco, amigo, porque te llevarás todo el día con un dolor de huevos horrible. Está buena que te cagas, es de las que, sin pretenderlo, se lleva a todos los hombres de calle, pero no ha caído con ninguno, y mira que lo hemos intentado todo.

Terminamos el desayuno y nos fuimos cada uno para su lugar de trabajo. Antón era fisioterapeuta, y era un hombre bastante atractivo. Con el pelo castaño y esa barbita de varios días, no entendía cómo la tal Valentina no había caído a sus pies, porque las demás enfermeras no paraban de cuchichear al pasar por su lado.

Entré en la consulta, y me puse la bata, donde enganché la chapa que me habían dado con el logo del hospital y mi nombre, y encendí el ordenador. Estaba mirando la lista de pacientes, así como el historial de los dos primeros, cuando abrió la puerta una mujer increíblemente guapa, con unos rasgos muy dulces.

Era morena, y llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Sus ojos eran color miel, enmarcados en unas pestañas largas y rizadas, y sus labios tenían un tono rojo cereza natural, que te incitaban a morderlos. No me pude fijar en nada más.

—Perdón por el retraso, doctor Senillosa, pero el coche no me arrancaba —me dijo, y su tono indicaba lo que me había dicho Antón: que no pretendía

gustar, pero con solo hablar lo conseguía.

—No te preocupes, tú debes ser Valentina. A mí dirígete como Borja, por favor —le respondí, levantándome para saludarla. Al darle dos besos, se puso roja como un tomate.

—Voy a pasar al primer paciente, que ya está en la sala de espera con sus padres. Es un niño encantador, ya verás.

Efectivamente, el primer paciente era un niño de dos añitos, que se llamaba Hugo, y que era encantador. Llevaba varios días con algo de fiebre, pero ese día, además, se había levantado con unas pupitas rojas en su barriguita y en los pliegues de su cuerpo.

—Campeón, tienes varicela —le dije, y sus padres me miraron algo extrañados.

—¿Eso todavía existe? —me preguntó su padre, y a mí me salió una carcajada.

—Claro que sí, aunque cada vez se ve menos. ¿Está vacunado?

—Contra la varicela no, pensábamos que ya no existía esa enfermedad.

—Todas existen, en mayor o en menor medida. ¿Acaso no le habéis puesto la triple vírica? Porque esa es contra el sarampión, y alguna que otra enfermedad similar, y seguro que hace muchísimo que no veis a ningún niño con sarampión.

—Joder, tendríamos que haberlo vacunado. Pobrecito mi niño —dijo la madre, preocupada.

—No os angustiéis, lo bueno es que lo ha pillado siendo aún pequeño, y no le dará mucha guerra. ¿Vosotros la habéis pasado?

—Yo sí, pero mi mujer no —dijo el padre.

—Bueno, pues entonces, ahora te receto la vacuna y te aconsejo que te la pongas lo antes posible, todavía estás a tiempo, no ha pasado a la fase seca, que es cuando se contagia. Ah, y si está en la guardería, sería conveniente que también aviséis, por si hay alguno más.

Le receté una crema para las pupas del niño, así como antitérmicos y antibióticos. Era muy pequeño y se podía rascar, infectando la herida, y continué con la consulta.

Durante toda la mañana fue un ir y venir de pacientes, parecía que se habían puesto todos de acuerdo para acudir ese día, no me dio tiempo ni de bajar a desayunar.

—¿Esto es siempre así? Porque creo que voy a necesitar un complejo vitamínico o algo —le dije a Valentina, a quien ya se le había ido pasando la timidez de no conocerme.

—No, es que los lunes son un no parar. Los mejores días son los miércoles, suelen ser los más tranquilos. En cambio, los lunes y viernes te aconsejo que comas algo antes de entrar en la consulta, porque no podrás tomar ni agua, como has comprobado.

Me quité la bata y la colgué en el armario que había dentro de la consulta, mientras ella se cambiaba en el vestuario, que estaba a dos puertas de allí, y bajamos juntos en el ascensor.

—Ha sido un placer trabajar hoy contigo, Valentina, eres muy eficiente.

—Muchas gracias, Borja. Espero que sigamos así todos los días, porque a veces todo empieza muy bien, pero con el tiempo las cosas se complican.

—Si te refieres a que te lance alguna indirecta o te invite a salir, puedes estar tranquila. Tengo demasiados frentes abiertos como para eso —le contesté, pues no quería que surgieran malentendidos entre nosotros.

—Pues entonces, estamos igual. Hasta mañana, Borja.

—Hasta mañana, Valentina. —Nos despedimos en la entrada del hospital.

Cuando iba hacia la plaza para tomar un taxi, Kevin, me dio un golpe en el hombro.

—Nerea viene para acá, vamos a comer juntos, ¿te apuntas?

—Estoy agotado. He pasado una noche terrible que, sumada a esta mañana llena de pacientes, me ha dejado sin energía, te lo juro.

—Sí, y el culo de Valentina, que también agota —me respondió Kevin, y me sacó una carcajada.

—No te voy a negar que está buena, porque está buenísima, pero no pretendo tener nada ni con ella ni con nadie.

—Ya me lo dirás dentro de unos meses… eso si no cae antes.

En ese momento llegó Nerea, que me escuchó reír, y me miró con mala cara, sin que yo entendiera el motivo.

—¿Por qué me miras así, Nerea?

—Hombre, porque no me parece que estés llorando mucho, tal y como le ha insinuado tu hijo a Claudia.

—Si lloro o no lloro es cosa mía. No creo que esperes que me pase la vida llorando, encima por una mujer que no merece la pena. Porque me digas lo que me digas, no la merece.

—Te estás equivocando, y esa es mi mejor amiga, por si no lo recuerdas.

—Pues eso, te quedas con ella, y a mí me dejas en paz.

Los dejé en la entrada y me monté en un taxi que justo se había quedado libre, tras dejar a un cliente frente al hospital.

Al entrar en mi casa, todo me pareció vacío. Echaba de menos la risa de mi hijo, su voz, su manera de ver la vida, por eso no dudé en invitarlo a comer.

Hasta el mes siguiente no empezaríamos a cumplir el acuerdo, por eso seguía con la madre en su casa.

—¿Qué te pasa, papá? Te noto extraño, como ausente —me preguntó Adrián al rato de estar en casa.

—Son muchas cosas las que tengo en la cabeza, hijo, y ando un poco agobiado. Además, me he acostumbrado a ti durante estos días, y ahora la casa se me hace un mundo de grande cuando vuelvo del trabajo. —Me sinceré con él.

—Vamos a hacer una cosa. A partir de ahora, los quince días que me toqué estar con mamá, me vendré un ratito por las tardes, y así me ayudas con los deberes.

—Por supuesto, para todo lo que necesites, aquí estaré. ¿Has mirado lo de la academia de inglés que hablamos? ¿Se lo has dicho ya a tu madre?

—No, todavía no. Estos días está insoportable, no sé qué le pasa.

—Le pasa que estaba acostumbrada a hacer y deshacer en tu vida lo que ha querido, y ahora estoy yo para contradecirla en lo que no vea justo.

—Mamá no es mala, no tiene mal corazón, pero sí es cierto que un poquito dominante sí que es.

—Tu madre no tiene corazón, directamente. Ni bueno ni malo… Pero ya está, no quiero hablar de ella. Mejor te cuento de la enfermera que tengo en la consulta: es un bombón, aunque ya hemos dejado claro que solo seremos amigos.

—De momento, porque no creo que pueda evitar caer rendida a tus pies, papá.

—Me da la impresión de que me ves como un *sex symbol*, cuando soy un hombre de lo más normal, te lo aseguro.

—Mira, papá, tú y yo somos iguales, físicamente me refiero. Si yo ligo lo que no está escrito a mi edad, no me quiero imaginar lo que lo haces tú a la tuya —me dijo, muy serio, y me provocó una carcajada.

—Así que ligas mucho… eso me lo tienes que contar con detalle. Voy por un par de refrescos más y nos metemos en la piscina —le contesté a mi hijo, que me miraba con una sonrisa ladeada, igual de pícara que la que yo ponía a su edad.

Estuvimos toda la tarde juntos, alternando la piscina con las hamacas, hasta que llegó la hora de marcharse. Ese rato me supo a poco, la verdad.

—Mañana me paso a la misma hora y comemos juntos, ¿te parece bien? —me preguntó mi hijo.

—Mejor, ven después de comer, no quiero echar más leña al fuego y que tu madre se enfade todavía más.

—Sí, será lo mejor, porque lo único que me falta es que se enfade más y me deje las instrucciones en un *post-it* en la nevera.

Era igual de irónico que yo, y eso me gustaba y me aterraba a partes iguales, porque enmascaramos el dolor y la tristeza con esa ironía. Me iba a resultar muy difícil leerlo, sobre todo cuando tuviera algún problema.

Dejé preparada la comida para el día siguiente, me di una ducha y me senté a ver la televisión. En realidad, no estaba viendo nada, puesto que cambiaba de canal a cada dos minutos, intentando encontrar algo que me enganchara, sin conseguirlo.

A las nueve de la noche, me preparé un sándwich, que me comí en la misma cocina, de pie, y acto seguido, me metí en la cama. Necesitaba descansar, mi cuerpo me estaba pidiendo a gritos desconectar, y lo escuché.

Capítulo 20



Los días fueron pasando, y con ellos el verano estaba llegando a su fin. Faltaba poco para que comenzara el curso escolar, y eso me tenía un poco inquieto, aunque tengo que decir que Sofía no había vuelto a dar señales de vida.

Los viajes que teníamos planeados mi hijo y yo los tuvimos que aplazar para cuando tuviéramos unos días libres, porque no me pude coger las vacaciones tal y como tenía pensado. Mi compañero no se pudo incorporar cuando tenía previsto y estábamos bajo mínimos.

No por eso dejamos de pasar un verano estupendo. La mayoría de los días, la casa se me llenaba de adolescentes, que le aportaban el toque de alegría que nos hacía falta. Pasé de ser el padre de Adrián a una especie de confesor, todos venían a contarme sus cosas, a pedirme consejo con cualquier tema, y eso me dio cierta tranquilidad, puesto que, en caso de que a mi hijo le ocurriera algo, sabía que me lo contarían.

Otros días nos íbamos a la playa, y pasábamos el día los dos juntos, comiendo en el chiringuito y disfrutando de un deporte que a los dos nos encantaba: el surf.

La amistad entre Valentina y yo se fue consolidando, muchos en el hospital pensaban que éramos pareja, pero nada más lejos de la realidad. Ella rechazaba a todos los hombres porque era lesbiana, y su pareja la había dejado por una niña de diecinueve años, sumiéndola en una depresión, que pudo superar gracias al trabajo.

Nos contábamos nuestros problemas el uno al otro, compartíamos tardes de café, en mi casa o en el trabajo, según estuviéramos, y era normal que yo llevara el brazo por sus hombros cuando salíamos a tomar algo.

Esa noche habíamos quedado para ir al cine, ponían una película que ambos queríamos ver, y como estábamos libres, nos decidimos a que fuera ese día. Mi hijo había quedado con los amigos para salir, así que podíamos ir con tranquilidad, porque quedé con él, que lo recogería en el paseo marítimo a las doce de la noche.

—Espero que no se me haga larga, porque me encanta, pero es que son dos horas y media de película —me dijo ella, un tanto preocupada.

—Cuando algo te gusta, por muy larga que sea, siempre se hace demasiado corto, te lo digo por experiencia. Cada vez me cuesta más trabajo separarme de ti, cualquier día te digo que te vengas a vivir a mi casa —le dije, con chufla.

—Y yo encantada. Vamos, que si quieres, me esperas en el coche a la salida del cine, que un minuto bajo con mis cosas, si hasta las tengo empaquetadas esperando a que me lo pidas —me contestó ella, con guiño de ojo incluido.

Mi respuesta fue abrazarla y darle un beso en la mejilla, pero desde otro ángulo, parecería que se lo estaba dando en la boca. Cuando la incorporé, porque lo hacíamos todo de lo más teatral, y la había tirado hacia detrás para darle ese beso, escuché un carraspeo.

—Buenas noches, te veo muy bien acompañado, ¿no nos vas a presentar? —me dijo Nerea, a la que no había visto en todo el verano, con un tono que no me gustó nada.

—Buenas noches, ella es Valentina, una de mis mejores amigas —le dije señalándola, para dirigirme luego a mi enfermera—. Y ella, es Nerea, la mujer de Kevin.

—Ah, qué bien, ahora soy la mujer de Kevin, no tu amiga. Me parece perfecto todos los cambios que estás haciendo en tu vida desde que has

llegado.

—Los que me habéis obligado a hacer, ni uno más ni uno menos. Yo tan solo me estoy adaptando a las circunstancias.

—Claro, la circunstancia de que Claudia no te lo haya puesto fácil te ha venido de perlas para rendirte y buscarle sustituta.

—En primer lugar, no he tenido que buscar ninguna sustituta porque entre tu amiga y yo no hubo nada, solo una noche, hace dieciséis años, de la que nació nuestro hijo. En segundo lugar, ¿qué esperabas, que fuera tras ella como un perrito faldero? Le di todas las facilidades, mi confianza y la oportunidad de conocerme de nuevo. Fue ella quien no quiso formar una familia.

Estaba muy enfadado, esos comentarios de Nerea estaban fuera de lugar. Ella, mejor que nadie, sabía que había puesto toda la carne en el asador, y que más no podía hacer. En ese momento, llegó Kevin, que saludó a Valentina con dos besos y a mí con un abrazo, pero al ver nuestras caras, arqueó una ceja.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —preguntó, alternando la mirada entre Nerea y yo.

—¿También tú conoces a la «amiga» de Borja? —contestó, haciendo hincapié en la palabra amiga, con muy mala leche.

—Claro, es compañera nuestra. Y no sé por qué pronuncias esa palabra con ese tono, es cierto, solo son amigos.

—Mira, vale, lo que vosotros queráis, yo me voy, se me han quitado las ganas de entrar al cine.

—No, al cine vamos a entrar, porque ya tenemos las entradas y acabo de comprar las palomitas. Deja tus pataletas de niña pequeña para otro momento —le dijo Kevin, bastante enfadado.

—Pues entra tú solo, y si quieres, puedes invitar también a una «amiga».

Se marchó, dejando a su marido allí, con cara de no entender nada. Pero no se fue, se quedó en la cola para entrar con nosotros, y eso me escamó un poco.

—¿Estáis bien? ¿Cómo pareja, me refiero? —le pregunté a Kevin, la verdad es que hacía mucho tiempo que no hablábamos, por lo menos, ninguna conversación en serio.

—Si te soy sincero, no. Desde el principio de verano no estamos bien, tenemos muchos puntos de vista diferentes, y ya sabes cómo es ella, que es conmigo o contra mí.

—No te preocupes, verás como lo solucionáis.

—Lo dudo. Ella siempre debe tener la verdad suprema, en todos los aspectos, no solo con tu tema, en el que ella defiende a Claudia a capa y espada, y repite una y otra vez que tendrías que haber insistido más, y yo le digo que eso es cosa tuya, que yo no voy a tomar partido por ninguno de los dos.

—Joder, me siento mal porque discutáis por mi culpa.

—No es solo eso, Borja, hay muchas cosas más. No entiende que, aunque mi trabajo termine a una hora, si estoy en un quirófano, atendiendo a una operación, no puedo quitarme el pijama, la mascarilla y decir hasta mañana.

—A ella también le ocurre cuando tiene un juicio. ¿Cuántas veces la has tenido que esperar tú para comer, por ejemplo?

—Ya, pero es ella y su trabajo, no yo. El otro día le insinué que me gustaría ser padre, y para qué. No te puedes imaginar la que me montó, que ella era muy joven, que tenía una brillante carrera por delante, que no iba a tirar a la basura por un bebé… Y como eso, todo.

—No me lo esperaba, te lo juro, pensé que erais el uno para el otro, dos almas gemelas. Por favor, ¡si lleváis juntos toda la vida! —exclamé, porque no entendía cómo podían haber llegado a ese punto.

—Quizás sea ese el problema, que llevamos juntos mucho tiempo, que no hemos conocido a otras personas y ahora nada nos sienta bien del comportamiento del otro.

—Creo que será mejor que nos vayamos a cenar algo en vez del cine. Devuelve las entradas, que se puede hacer, y las palomitas nos las comemos en la playa. Necesitas hablar y desahogarte —nos dijo Valentina, y tenía razón.

Fuimos a la taquilla del cine, donde una chica muy amable nos hizo la devolución. En vez de irnos a un restaurante a comer, compramos tres *pizzas*, una ración de patatas fritas y dos litros de cerveza, y nos sentamos en la arena.

—Eh, amigo, ¿qué ocurre? —le dije a Kevin, en cuanto lo vi llorar.

—Que ya no puedo más, todo lo que hago le parece mal. Si le llevo flores, dice que no está muerta; si le propongo salir, para ella es que me aburro en casa. Creo que le voy a pedir un tiempo, además hay algo que aún no os he contado.

—Haz lo que creas necesario, y si no lo quieres contar, no tienes por qué hacerlo —le dijo Valentina, tomando sus manos.

—Ha entrado un abogado nuevo en el bufete, y se mensajea con él a las tantas de la noche, ha cambiado la contraseña del móvil, que no es que yo lo fuera a mirar ni mucho menos, pero eso me ha inquietado un poco… bueno, mucho, en realidad. Y para colmo, hace más de un mes que me rehúye en la cama, cuando antes éramos todo fuego.

—¿Piensas que te engaña con ese abogado? —pregunté, preocupado.

—No lo sé, pero todo indica que sí. Quiero a Nerea con locura, pero ya no aguanto más, esto es un sinvivir, te lo prometo. —Lloraba mi amigo con el corazón encogido.

—Háblalo con ella, claramente, y tomad una decisión entre los dos. No puedes vivir de esta manera.

Llamé a Adrián para decirle dónde estábamos, y al final, decidió que esa noche se iría a dormir con su madre, a la que le envié un mensaje para informarla, ese del que no tuve contestación, por supuesto.

Estuvimos allí hasta que amaneció, hablando de todo, contándonos los problemas. En ningún momento, Nerea se preocupó por si a Kevin le había pasado algo, ni un simple mensaje, y eso me inquietó. Mi amiga no era así, nunca lo había sido. Si alguna vez cualquiera de nosotros tardaba más de diez minutos de la hora en la que habíamos quedado, lo freía a llamadas hasta que lo veía aparecer.

Acompañamos a Valentina a su casa, nos fuimos dando un paseo, porque habíamos bebido algo y no me gustaba coger el coche; ya esa tarde o al día siguiente iría a por él, y después lo hice también con Kevin, que compró esos dulces que tanto le gustaban a su mujer antes de subir.

—Gracias por todo, hermano, no sé qué habría hecho hoy sin ti —me dijo, dándome un abrazo.

—No dilates en el tiempo esa conversación, cuanto más tiempo dejes pasar, será peor la cosa —le dije, correspondiendo a ese abrazo.

Por el camino hasta mi casa me puse a pensar en lo jodida que era la vida, siempre fastidiando, de una manera o de otra. En mi caso, cuando ya parecía que tenía mi futuro medio resuelto, me encontré con el amor de mi vida, que me había ocultado que teníamos un hijo y, encima, me rompió el corazón. En el de mi amigo, exactamente igual. ¿Cuándo los caminos de dos personas, que siempre habían ido de la mano, empezaron a separarse?

Cuando entré en mi casa, decidí darme una ducha y desayunar algo, no me iba a acostar, o esa noche sería muy larga, tan solo descansaría un rato después de comer.

Salí de la ducha, me vestí con ropa cómoda y, al bajar a la cocina, sonó el timbre de la verja exterior. Pensé que era mi hijo, pero me equivoqué por completo: era el coche de Kevin, y por el tiempo que había transcurrido desde que lo dejé en su casa, no le había dado tiempo de tener esa conversación con Nerea.

—Estaba allí, en mi casa, con mi albornoz y desayunando, como si fuera el dueño de la casa —me dijo, rompiendo a llorar, y no supe a quién se estaba refiriendo.

—¿Quién estaba allí? Tranquilízate y vamos dentro, te prepararé una infusión de tila, que te vendrá bien para aplacar los nervios —le dije, cogiéndolo por el codo y llevándolo al salón.

Le llevé la taza, y parecía más tranquilo, suspiró hondo y se dispuso a hablar.

Capítulo 21



—Se llama Fernando, es abogado y tiene la misma edad que nosotros. Empezó en el bufete a principios de julio, y por lo visto es el *latin lover* de los abogados.

—¿Estaba en tu casa? ¿Ha pasado la noche allí? ¿En calidad de qué? —Sabía que lo estaba bombardeando a preguntas, pero no me cuadraba nada.

—Sí, al parecer, y según mi mujer, cuando se fue del cine lo llamó, porque se ha convertido en su mejor amigo, hasta en eso me ha reemplazado. Él la recogió con el coche y, como estaba nerviosa y llorando, la llevó a casa. Sé que no estábamos bien, pero no me esperaba que me fuera a poner los cuernos.

—¿Se han acostado? ¿Te lo ha confirmado ella? —No me podía creer lo que me estaba contando.

—Sí, Nerea dice que, una cosa llevó a la otra y han pasado la noche juntos. Dice que no significó nada, que me quiere y está enamorada de mí, pero que no había vivido y necesitaba sentirse amada y deseada por otro hombre.

—Si estuviera enamorada de ti no hubiera tenido necesidad de hacer nada de eso —le respondí, con rabia.

—Eso mismo le dije yo. La muy cínica fue capaz de decirme que, si quería, que me acostara yo con otra y así estaríamos en paz.

—¿Y qué le contestaste? Porque conociéndote, no creo que te hayas quedado callado.

—Por supuesto que no, le dije que, si se sentía mejor, podríamos abrir la pareja, incluso hacer un trío o acudir a un local de esos para practicar sexo en grupo. Notó mi ironía, como no podía ser de otro modo. He cogido mi ropa y he salido de allí, ahora llamaré a mi suegro para que me prepare los papeles del divorcio.

—Aquí puedes quedarte el tiempo que quieras, sabes que tengo sitio de sobra.

—No me gustaría invadir tu intimidad, serán solo un par de semanas, hasta que encuentre algo que me guste. He visto que la casa de aquí al lado está en venta, mañana me acercaré para ver cuánto piden por ella. Ahora, voy a llamar a Cayetano, tengo que contarle todo.

Dejé a Kevin hablando en el salón y fui a la cocina, no sin antes haber sacado las cosas de su coche y haberlas llevado a una de las habitaciones libres, en realidad a la única que quedaba, porque la otra era de Adrián, y en la de abajo tenía puesto el despacho.

—Borja, me voy a acercar a casa de Cayetano, me ha dicho que esto no es algo para hablar por teléfono, y yo también lo creo. Si no vengo a almorzar, te llamo o te envío un mensaje.

—¿No sería mejor que hablarais aquí? Allí puedes encontrarte con ella, porque no creo que deje a su padre sin su versión —le dije a mi amigo.

—¡Ostras! En eso no había caído. Sí, será lo mejor, lo llamaré ahora mismo.

Media hora había pasado desde que Kevin llamó a su suegro cuando lo vimos por la cámara de la entrada, así que, le abrí la verja sin que tuviera la necesidad de llamar.

—¿Qué coño os pasa a la juventud de hoy en día? Cuarenta años llevo yo con mi mujer, y nunca hemos pensado en divorciarnos —dijo, al bajarse del

coche, estaba claro que no sabía lo que su hija había hecho.

—¿Tú mujer se ha acostado con otro en tu casa, en tu propia cama? —le preguntó Kevin, dando pie a que intuyera el motivo que lo había llevado hasta ese extremo.

—¿Qué estás insinuando, Kevin?

—No estoy insinuando nada, te estoy diciendo que tu hija me ha puesto los cuernos en mi cama, con ese tal Fernando, al que me he encontrado esta mañana en mi casa con mi albornoz, después de haber estado toda la noche follando con mi mujer —gritó Kevin, que rompió a llorar de nuevo.

En nosotros, eso de que los hombres no lloran no se cumplía, porque tanto mi amigo como yo lo habíamos hecho, por culpa del amor, para más señas.

Cayetano se tuvo que sentar, era lo último que esperaba escuchar de la boca de su yerno, y llamó a su mujer para que viniera. Cuando llegó ella, Kevin le contó todo lo que había ocurrido al llegar a su casa, la conversación que había tenido con Nerea y lo que quería.

—Cómo comprenderéis, no voy a seguir casado con ella, entre otras cosas porque, a la mínima discusión, pensaría que me estaba corneando de nuevo, más cuando tiene al amante en la oficina todos los días.

—Por supuesto que no. Te mereces una mujer que te quiera sin condiciones, y mi hija no lo es. Yo me encargo de todo, no te preocupes —le dijo Cayetano, mientras Julia seguía en *shock*.

—Kevin, te quiero como a un hijo, y lo que menos esperaba es que, a los pocos meses de casados, tuvieras que vivir un divorcio. Te entiendo perfectamente, aunque eso me disguste profundamente —le dijo Julia, después de escuchar todo en silencio.

—Ya sabéis que le dije de irnos de luna de miel cuando cogí vacaciones, y me dijo que no, que siguiera trabajando, que ya hacía dos meses de nuestra boda y ahora no pegaba. Aunque lo niegue, creo que lleva liada con él desde entonces.

—Mi hija no sabe lo que ha hecho. Ese hombre es un picaflor, lo intentó con Claudia, pero cuando se dio cuenta de que con ella no conseguiría nada, se tiró al cuello a por mi hija. Le advertí muchas veces que dejara ese jueguecito que se traía con él, pero ella juraba y perjuraba que solo eran amigos.

—¿Lo sabías? ¿Eras consciente de ello y no me avisaste? —preguntó Kevin, muy dolido.

—Sabía que tonteaban, pero creía que mi hija estaba profundamente enamorada de ti.

—Pues se ve que, en esta relación, el único que estaba enamorado era yo.

Cayetano sacó su portátil del coche, y redactó, junto a Kevin, el acuerdo de divorcio. En él, mi amigo renunciaba a la casa, que había sido un regalo de los padres de ella, pero a cambio, se quedaba con el coche y con la mitad del dinero que había en la cuenta conjunta.

—Sigo pensando que ese dinero deberías quedártelo tú entero, Kevin —le dijo su suegro, pero él se negó.

—No, esa cuenta de ahorros era de los dos, no quiero que me acuse de querer quedarme con nada que no sea mío. Ya conoces a tu hija, ahora se las apañará para darle la vuelta a la tortilla y que parezca que yo soy el malo.

—La acabo de llamar y viene para acá. Siento no haber preguntado nada, Borja, pero quiero que esto se termine cuanto antes, Kevin no se merece pasar por este calvario todo el tiempo que se alargue.

—No te preocupes, que por mí no hay ningún problema. Si necesitas imprimir algo, en mi despacho tienes una impresora.

—No va a hacer falta, lo he preparado todo para que sirva la firma digital de cada uno de ellos.

Mientras Nerea no llegaba, nos fuimos al porche trasero, y preparé un picoteo y unas cervezas. Julia no se quiso marchar, alegando que le tenía que

decir unas cuantas cositas a su hija cuando todo estuviera listo, no antes, para no estropearlo.

Fue Cayetano quien le abrió la puerta a su hija, al igual que la dirigió hasta el jardín, donde nos encontrábamos todos.

—Si queréis hablar a solas, usad el despacho o el salón —les dije, cuando llegó ella.

—Lo que vamos a hablar lo haremos delante de todos, no tengo nada que esconder —respondió Kevin, muy serio.

—¿Estás insinuando que yo sí tengo que esconderme? Porque ya estoy harta de tus suposiciones, de tus malas caras y de que tu trabajo sea lo primero, no me lo merecía —dijo, haciéndose la víctima.

—¿Te lo dije? Ya está intentando parecer ella la víctima y yo el verdugo, cuando ha sido todo lo contrario.

—Nerea, haz el favor de no decir más sandeces. Sabes que, desde que llegó Fernando al bufete, te lo estoy advirtiendo, y quien juega con fuego, termina quemándose.

—Claro, claro, ahora soy yo la mala de la película. ¿Cuántas noches he dormido sola porque tenías guardia? ¿Cuántos planes se han ido al garete por una operación que se ha alargado?

—Las mismas veces que yo te he pedido salir y me has dicho que no porque tenías que preparar un juicio importante, las mismas que me he quedado con la mesa puesta porque, al salir del juzgado, estabas hambrienta y te has ido con tus compañeros a comer. ¿Acaso tu trabajo es más importante que el mío?

—No quiero más reproches, solo quiero terminar con esto de una vez y seguir con mi vida. Ahora entiendo que esa boda fue un error, al menos por mi parte.

—Pues por la mía no, porque te he querido y te quiero en lo más profundo de mi alma, he intentado que funcionara por todos los medios, pero cada uno de mis intentos se ha visto frustrado por tus boicots, y ya no puedo más, esto ha sido la gota que ha colmado el vaso —le contestó Kevin, intentando aguantar las lágrimas en sus ojos.

Cayetano le expuso a su hija el acuerdo de divorcio, y le hizo cambiar el tema del dinero, porque ella en esa cuenta no había ingresado nunca nada, todo era fruto del trabajo y del esfuerzo de mi amigo, que había ahorrado como una hormiguita.

Lo dejaron firmado en ese mismo momento, en el que Cayetano lo envió al juzgado para que lo revisaran, quedando en ratificarlo en el juzgado el miércoles de la siguiente semana.

—Pasa el dinero a tu cuenta y cancela esa. Sé feliz —le dijo Nerea, con una altivez que no conocía en ella. ¿Qué la había hecho cambiar tanto?

—Ojalá nunca nadie te haga el daño que tú me has hecho a mí —le respondió Kevin, enviándole por correo una copia de la cancelación de la cuenta y del traspaso, tal y como se había indicado en el acuerdo que habían firmado.

—Ya podéis seguir celebrándolo, porque mucha pena no es que os haya dado a ninguno —dijo Nerea, y su madre le cruzó la cara de un tortazo.

—Entiendo que puedas dejar de querer a una persona, entiendo que te enamores de otra, pero lo que no entiendo ni comparto, es que no hayas sido clara con tu marido, que hayas tenido que esperar hasta que te cogiera infraganti con ese tipo, al que, por supuesto, en cuanto que se le termine el contrato, estará fuera de la empresa.

—Me parece muy injusto eso, con Rubén no habéis hecho nada, dando más motivos que Fernando.

—Lo de Rubén no es cuestionable, porque Claudia está soltera y no tiene pareja, mientras que Fernando es consciente de que tú estás casada. Sabes de sobra que se ha acercado a ti para escalar en la empresa, pero no le voy a dar

la oportunidad de que lo haga. Si, después de echarlo, sigue contigo, entonces me lo pensaré, pero no creo que se vuelva a acercar a ti ni ahora, fíjate lo que te digo.

—¿Qué pasa, que yo no tengo la categoría ni soy lo suficientemente buena para que un hombre se acerque a mí por cómo soy? Porque, por esa regla de tres, Kevin también lo habrá hecho.

—No metas a tu marido en esto, él es el único que te ha querido de verdad, desde que erais unos niños.

—Te recuerdo que no es mi marido, es mi exmarido. Además, que no tengo nada más que hablar con vosotros, abrid esa botella de champán para celebrar mi nueva soltería, porque yo pienso beberme una en cuanto salga de aquí.

Estaba demostrando la maldad que tenía, y en esta vida el karma se lo iba a cobrar, lo tenía clarísimo.

Capítulo 22



El colegio había comenzado ya, y Kevin se había repuesto un poco del palo tan duro que le había asestado Nerea, a la que ni sus padres reconocían, de cómo se había vuelto. Mi hijo no presentaba ningún síntoma de que estuviera sufriendo acoso, es más, sus amigos me habían comentado que Sofía intentaba pasar desapercibida, sería porque no tenía a sus secuaces con ella.

Fuera como fuese, estaba tranquilo con que mi hermana se comportara así, cuanto menos se acercara a Adrián, mucho mejor, a pesar de que estaban incluso en la misma clase.

Mi «relación» con Valentina seguía viento en popa, quedábamos para salir a tomar algo fuera del trabajo algunos fines de semana, como los dos buenos amigos que éramos. Justo en aquel momento, intentaba convencer a Kevin de que viniera esa noche con nosotros.

—Venga, amigo, no puedes quedarte encerrado para siempre. Tendrás que conocer a alguien, que eres muy joven —le decía mientras almorzábamos.

—¿No viene Adrián este fin de semana? —me preguntó él, intentando cambiar de tema.

—No, estos quince días está conmigo, así que los fines de semana los pasa con su madre. Pero no es eso de lo que estamos hablando.

—De verdad que no me apetece nada, Borja, salid vosotros y pasadlo bien.

—Te necesito, hace mucho que no echo un polvo y, con ella a mi lado, si vamos los dos solos, no se me acerca ninguna mujer, y no puedo acercarme yo, para no dejarla sola —le dije, con carita de perro abandonado, haciéndolo reír.

—Mira, algo bueno tiene salir con ella, buscad una que os guste a los dos, y la compartís —me contestó, por supuesto que estábamos bromeando. A Valentina le tenía un gran cariño y no me apartaría de ella por acostarme con otra, jamás en la vida. Todo era para que mi amigo decidiera salir de su encierro.

—Está bien, pero cenamos, una copa y para casa, que estoy cansado y mañana tengo guardia.

—Y yo también, pero no por ello me voy a quedar aquí encerrado.

Terminamos de comer y nos fuimos a echarnos un rato, queríamos estar frescos para la noche, a pesar de que no fuéramos a trasnochar mucho. Cuando nos despertamos eran más de las ocho de la noche, así que nos dispusimos a ducharnos y vestirnos. Habíamos quedado con Valentina a las nueve y media en la puerta de su casa, de allí iríamos al restaurante al que íbamos siempre, y que estaba en plena playa.

El tiempo todavía era muy bueno, a pesar de que algunas noches podía refrescar algo, no hacía falta chaqueta ni nada por el estilo.

—Esta noche voy a ser la envidia de todas las mujeres —nos dijo Valentina cuando nos vio bajar del taxi. Habíamos decidido no coger el coche por si nos tomábamos más de una copa.

—A lo mejor somos nosotros la envidia de todos los hombres. ¡Madre del Amor Hermoso! Como te vistes así, Valentina de mi vida, que a este y a mí nos va a dar un infarto, con lo necesitados que estamos —le contestó Kevin, haciendo como el que se quitaba las gotas de sudor de la frente.

Lo cierto es que nuestra amiga iba arrebatadora. Se había puesto un mono de una tela con una caída increíble, y con un escote en V que dejaba ver la entrada de un pecho que tenía que ser precioso. Por la parte trasera, lucía toda

la espalda al aire, era entallado hasta la cadera, de donde caía la tela hasta el tobillo, y lo había conjuntado con unas cuñas de esparto doradas, al igual que el tirante trenzado que llevaba el mono.

Su pelo lo había recogido en una coleta alta, para que se viera toda su espalda, y como maquillaje tan solo llevaba máscara de pestañas y brillo labial. Cuando se dio una vuelta para que la viéramos bien, tanto Kevin como yo nos miramos, era inevitable sentir atracción por ella, por mucho que supiéramos que no nos iba a corresponder nunca.

Entramos en el local, y la primera en la frente, escuché una risa, pero no una cualquiera, su risa, la de Claudia, y no pude reprimir el impulso de buscarla con la mirada, hasta que di con ella.

Estaba sentada junto a Nerea y dos tipos en el lateral del restaurante. Cuando vi que aquel hombre le estaba acariciando la cara y que ella le sonreía, fue como si alguien hubiera cogido mi corazón y lo hubiera estrujado entre sus dedos. Os prometo que me entró de todo por el cuerpo.

—Vamos, amigo, no te hagas mala sangre —me dijo Kevin, pero no podía apartar la mirada de ella, hasta que me vio, y en sus ojos noté algo de tristeza, por mucho que se estuviese riendo.

—Sí, tú lo tienes peor que yo, al fin y al cabo, yo no sé lo que es tener una relación con Claudia, mientras que tú has compartido media vida con ella.

—Lo sé, y no te puedes imaginar las ganas que me dan de ir hasta allí y partirle la cara a ese tío, decirle que quite las manos de encima de mi mujer, hasta que me acuerdo de que ya no lo es, que me dejó por él, precisamente.

—Venga, dejemos los dramas, que lo mismo esta noche me animo y comparto cama con los dos. Para dormir, no penséis lo que no es, que yo tengo mis gustos muy definidos —dijo Valentina, y nos provocó una carcajada, a la que ellas reaccionaron girando la cabeza.

Era la primera vez que coincidía con Claudia desde que decidió no venir con nosotros de viaje, y de eso hacía ya más de tres meses. El hombre que la

acompañaba era el mismo que estaba en su casa el día de nuestro regreso, ese en el que me propuse volver a conquistarla.

¿Y si lo intentaba de nuevo? ¿Y si ella sentía lo mismo que yo? Tenía que comprobarlo, y ese era el momento exacto, en el que se levantó para ir al servicio.

—Ahora vuelvo —dije, tirando mi servilleta encima de la mesa y saliendo en dirección donde estaban los baños.

—No vayas a hacer una locura, Borja, que nos conocemos —me advirtió Kevin, que se había percatado de mis intenciones.

No escuché a nadie, salí escopeteado hasta allí, y esperé a que saliera, en el pasillo, justo detrás de la puerta, para que no me viera. Cuando lo hizo, la cogí por el brazo y la volví a meter dentro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó, completamente desconcertada.

—Comprobar una cosa —le dije, para a continuación, tirarme a su boca, literalmente.

No quería que fuera un beso dulce, quería que fuera pasional, era la única manera de comprobar lo que ella sentía. No se resistió en ningún momento, por lo que profundicé más y la pegué más a mí. Era primordial que notara el efecto que me provocaba.

—Borja… —dijo mi nombre con deseo, cuando abandoné su boca para besar su cuello.

—Claudia… —le respondí de la misma manera.

No me preguntéis cómo, pero cuando me di cuenta, la estaba empotrando contra la puerta del baño. La cogí en brazos, sin salir de ella, y la llevé hasta la zona del lavabo, donde la bajé y la puse de cara al espejo, de espaldas a mí, y seguí penetrándola con ganas.

—No me digas que la imagen que ves ahí reflejada no es perfecta —le susurré al oído, mientras lamía el lóbulo de su oreja.

—No me hagas esto, no me lo pongas más difícil —me decía, entre gemido y gemido.

—Es todo lo difícil que tú quieres que sea, pero no voy a desistir hasta que no formemos la familia que somos, te quiero demasiado para dejarte escapar.

Como estaba a punto de correrme, llevé mi mano hasta su clítoris, y con mis dedos empecé a hacer círculos. Ver esa cara, mientras que ambos alcanzábamos el clímax, reflejada en el espejo, era lo más bonito que había visto en mi vida.

—Joder, Claudia, ha sido espectacular. ¿Por qué nos niegas esto que sentimos? Porque déjame decirte que no me creo que no lo sientas igual que yo —le dije, recomponiendo su vestido, que estaba algo arrugado de haberlo arremolinado en su cintura.

—Porque no puede ser, porque no pienso estar en boca de la gente de nuevo, no ahora que ya ha pasado todo. No pienso arrastrar mi reputación por el fango de nuevo —me contestó, bastante seria.

—¿Puedes dejar de pensar en algo que no sea lo que dirá la gente? ¿Te dan ellos de comer? —le medio grité, porque cuando decía esas cosas me sacaba de quicio.

—Creo que he sido lo suficientemente clara, así que, te ruego que solo te acerques a mí si tienes que comentarme algo de nuestro hijo.

—Ese tío que está sentado ahí fuera no te va a hacer ni la mitad de feliz que te puedo hacer yo. Y si tú has sido lo suficientemente clara, yo también, y no pienso renunciar a esto, tendría que estar muerto para eso.

—Ese hombre, como tú dices, tiene un nombre, se llama Álvaro y me da paz y estabilidad, cosa que contigo no tendré nunca, aunque solo seamos amigos.

—¿Cómo lo sabes, si no me has dado la oportunidad de demostrártelo?

—Vuelve con tu amiguita, que estará deseosa de recibir atenciones, las mismas que me prestas a mí sin que yo te las pida.

Salió del baño, intentando guardar la compostura, pero yo sabía que se encontraba tan descolocada como yo, le había afectado de la misma manera que a mí.

—Veo que tu acercamiento ha tenido resultados, ¿no? —me preguntó Kevin, pero no quería hablarlo delante de Valentina.

—Algo así, pero ya te contaré luego, ahora mismo no puedo ni hablar.

Nuestras miradas se cruzaron durante todo el tiempo que duró la cena, apenas le hizo caso a su acompañante. Sabía que ella, al igual que yo, no podía dejar de pensar en lo que había pasado ahí dentro. La química que sentíamos cuando estábamos juntos era difícil de ignorar, era como si nuestras almas y nuestros cuerpos, se reconocieran antes de que lo pudiéramos hacer nosotros mismos. Esperaba que eso le sirviera para reflexionar sobre su decisión.

—La tierra llamando a Borja. Tío, ¿a qué planeta te has ido? —me dijo Kevin, ante la risa de los dos, porque Valentina no podía parar de reír.

—Planeta, no, me he ido al universo Claudia —le contesté con una sonrisa.

—Anda, vámonos a casa que mañana nos toca guardia, la copita nos la tomamos en el jardín, mejor —habló Kevin, levantándose para pagar la cuenta.

—Valentina, si te apetece, vente a casa con nosotros y salimos los tres juntos por la mañana para el hospital —le comenté a nuestra amiga. No sería la primera vez que durmiera en casa.

—Te agradezco la oferta, Borja, pero prefiero salir de mi casa, porque he quedado con una amiga después de la guardia para irnos a su chalé a pasar el domingo, y tengo cosas que preparar —me contestó ella, con una sonrisa.

—Uh, eso huele a próxima conquista —bromeó Kevin, provocándonos una carcajada.

Una vez que dejamos a Valentina en su casa, tomamos un taxi. Ambos íbamos en completo silencio, aunque teníamos una conversación pendiente. Para mi amigo no había tenido que ser fácil ver a Nerea haciéndose arrumacos con ese hombre, cuando hacía días que habían firmado el divorcio. Me constaba que seguía enamorado de ella, y su gesto serio me lo estaba confirmando.

—Vamos a ponernos cómodos y nos vemos en el porche, yo me encargo de preparar todo. Ahora hablamos, ambos lo necesitamos —le dije a mi amigo, que subía las escaleras de mi casa, al igual que yo.

Capítulo 23



Nos sentamos ambos en el porche trasero; previamente había dejado allí dos vasos, la cubitera con hielo, las bebidas y un platito con frutos secos.

—Cuéntame que ha pasado en el baño, porque saliste con una cara, que no sabía si felicitarte o darte el pésame —me comentó Kevin.

—Ambas cosas habrían servido. Cuando la vi levantarse, y tras haber notado cómo nuestras miradas se cruzaban, tenía que comprobar si ella seguía sintiendo lo mismo por mí.

—No me jodas, ¿cómo lo hiciste?

—La esperé a que terminara en el baño, escondido, de manera que, al abrir la puerta, ella no me viera, pero yo a ella sí. La tomé del brazo y la metí dentro del baño de nuevo… —le expliqué todo lo que había sucedido dentro, sin guardarme nada.

—¿En serio? Tío, esa mujer sigue colgada por ti, no te rindas —me aconsejó.

—El problema no reside en que yo me rinda o no, sino en que ella me permita no desistir. No sé si me explico. Me ha dejado más que claro que no quiere una relación conmigo, que no tiene nada que ver con sus sentimientos, sino con su reputación y con la opinión de los demás.

—¡Mira que es cabezona!

—Ni que lo digas. Y ahora, encima, tiene a su amiga del alma diciéndole que tiene que pasar página, pues peor todavía.

—Claro, como ha hecho ella. Aunque Nerea no es que haya pasado página, es que ha cambiado hasta de libro —dijo Kevin, bastante apenado.

—¿Cómo te has sentido? Porque la cosa no debe haberte sentado bien.

—Crees bien. Me he sentido como una puta mierda. ¿En qué momento llegamos a esto? Es que no lo entiendo, te lo prometo. He hecho todo lo humanamente posible para que mi matrimonio no se fuera al garete, pero de nada ha servido, al parecer.

—Ahora soy yo quien te aconsejo que pases página. Intenta conocer a alguien. Sé que es muy jodido, te lo digo por experiencia, pero podrás conseguirlo.

—La amo demasiado todavía, Borja. El simple hecho de mirar a otra mujer que no sea ella me resulta muy doloroso. Veo a alguien que me llama la atención, y el primer pensamiento que acude a mi mente es del tipo «tiene el cabello como Nerea» o «Nerea no se vestiría de esa manera».

—Es inevitable que la compares, son muchos los años que habéis estado juntos, Kevin. Tendrás interiorizado cualquier hábito que compartieras con ella.

—Me siento en un pozo del que, me temo, voy a tardar en salir.

—Brindemos por nosotros, porque seamos capaces de seguir adelante.

Permanecimos un buen rato más allí, charlando de todo, hasta que decidimos retirarnos a dormir. El sábado teníamos guardia de doce horas y, si seguíamos allí, nos iba a costar media vida poder dar el cien por cien en nuestro trabajo.

Cuando el despertador sonó a las siete y media, me quería morir. No era capaz de levantar la cabeza, pero tenía que hacerlo o llegaría tarde. Me di una

ducha rápida, más que nada para despejarme y terminar de aterrizar, me vestí y bajé a la cocina, donde Kevin tenía ya preparado el desayuno.

—Café en vena, hermano —le dije, provocándole una sonrisa.

—Ni que lo digas. Me voy a tener que sostener las pestañas con celo al párpado superior para que no se me cierren los ojos.

—Si es que, solo a nosotros se nos puede ocurrir estar despiertos hasta las dos de la madrugada.

—Sobre todo, teniendo hoy una guardia de doce horas. Todavía no hemos entrado y ya estoy deseando que sean las nueve de la noche para salir.

Nos montamos en mi coche, y pusimos rumbo al hospital. Como íbamos los dos para el mismo sitio, era una tontería llevar dos coches, procurábamos tener siempre el mismo turno, y solo lo llevábamos cuando no coincidíamos en el horario.

—Ya me han contestado del banco, me conceden la hipoteca. El lunes tengo que ir a firmarla, y entonces, ya no seré tu compañero, seré tu vecino —me dijo, bastante contento por ello.

—Joder, por fin, una buena noticia. Me alegro por ti un montón, aunque te echaré de menos.

—No lo harás, porque me tendrás en tu casa la mayor parte del tiempo. Te recuerdo que la mía no tiene piscina, y que no me gusta cocinar, cosa que a ti te encanta.

—Vamos, que me vas a tratar como si fuera tu madre. Compra un buen surtido de táperes, para llevarte la comida, porque de mi casa no sale ni uno mío, que nos conocemos y eres capaz de tirarlos por no fregarlos.

—Me estás pintando como si fuera un vago, compañero.

—¿Acaso no lo eres? Dime, en el tiempo que llevas viviendo conmigo, un solo momento en el que hayas dicho que friegas tú.

—¿Para qué voy a fregar? Teniendo un lavavajillas, créeme que es una soberana tontería. Eso será lo primero que compre en mi casa nueva, y un buen surtido de táperes, para que me envíes la comida —me dijo, y estallamos en una carcajada.

Aparcamos en la zona habilitada para el personal de la clínica. Eso era una de las mejores cosas que tenía ese trabajo, que no tenías que ponerte a dar vueltas como un loco buscando aparcamiento, que en esa zona brillaban por su ausencia.

Nos despedimos en la puerta del hospital, yéndonos cada uno a su lugar de trabajo, y quedamos en avisarnos para comer juntos en la cafetería. Normalmente, cuando tenía guardia, solía llevarme la comida de casa y la calentaba en el microondas de la sala de descanso, pero hoy ni me había acordado de cogerla de la nevera, así que no tenía otra opción.

—Buenos días, Valentina. ¿Alguna novedad? —le pregunté a mi enfermera, después de darle un beso en la mejilla.

—Nos han llamado que traen a un bebé de cinco meses, al parecer ha amanecido con mucha fiebre y dificultad para respirar, debe estar al llegar.

—Me lo pasas en cuanto entre, por favor. Es demasiado pequeño y me gustaría examinarlo cuanto antes.

—No te preocupes que así lo haré.

Me puse la bata y encendí el ordenador. Mi compañero de la guardia anterior no había pasado consulta en la mía, por lo que todo estaba igual que lo había dejado el día anterior cuando terminó mi turno.

—Ya está aquí el pequeño Bruno, Borja —dijo Valentino, dándole paso a esa mamá con su bebé.

—Vamos a ver a este pequeño campeón —le dije a su madre, tomando al bebé en brazos.

En cuanto lo vi, me alarmé bastante, porque empezaba a tener los labios amoratados, y eso no me gustaba, a ese niño le faltaba oxígeno. Le hice un gesto a Valentina, que me acercó una mascarilla y se la puso al bebé al instante.

Después de algunas pruebas que le realizamos, tuvimos la certeza de lo que tenía el bebé, que además era algo muy común en niños pequeños. Padecía una bronquiolitis aguda, por lo que lo dejamos ingresado.

Para la madre fue un trauma, porque era demasiado pequeño, pero entendía que era donde mejor podía estar, ya que, en el rato que llevaba con el oxígeno puesto, había cambiado el color de su cara, luciendo más tranquilo y respirando algo mejor.

Uno detrás de otro, así fueron sucediendo mis pequeños pacientes durante toda la mañana, casi sin darnos ni un respiro. Cuando quise darme cuenta, era la hora de comer, así que le envié un mensaje a Kevin.

Borja: *Me muero de hambre, me voy bajando a la cafetería. No tardes que tengo el tiempo justo. Parece que todos los niños se han puesto de acuerdo para ponerse malitos esta mañana.*

Kevin: *Tenía el teléfono en la mano para avisarte. Estoy en la puerta, voy pidiendo por los dos, que yo también tengo prisa. El quirófano hoy parece el metro en hora punta.*

Efectivamente, allí estaba mi amigo, en la puerta, charlando con una de las ginecólogas, que le estaba haciendo ojitos, mientras que él la miraba como si fuera el escaparate de una pastelería. Ahora hablaría con él.

—Buenas tardes —les dije.

—Buenas tardes, Borja. Nos vemos ahora, Kevin —dijo ella, guiñándole un ojo.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Una compañera despidiéndose?

—Venga ya, Kevin, que nos conocemos de sobra. ¡A la cárcel vas a venir a robar!

—Bueno, vale, sí, Carolina, me gusta un poco. —Dio por fin su brazo a torcer mi amigo.

—¿Un poco solo? Te gusta mucho, y yo que me alegro por ti, porque se ve a leguas que a ella no le eres indiferente.

—Anoche estuve pensando lo que me dijiste, y tenías razón, ya es hora de que deje a Nerea atrás. Y Carol me gusta. He estado hablando con ella un momento, y ahora tenemos una operación juntos. Voy a invitarla a tomar una copa.

—Así me gusta, que seas valiente. Lo mismo tenéis más cosas en común de lo que te imaginas y lo vuestro sale adelante.

—He dicho que la voy a invitar a tomar una copa, no que le vaya a pedir matrimonio, capullo.

—Dios te libre de pasar otra vez por ahí. Tú, tómate las cosas con calma, relajadamente, y conócela bien, que no vaya a ser que te salga rana.

—¿Con más tiempo que me tomé con Nerea? Eso no sirve de nada, fíjate cómo me la ha jugado.

—Es cierto, el tiempo no tiene nada que ver.

—Efectivamente. Te juro que hubiera puesto mi mano en el fuego por ella, pero está claro que me hubiera quemado.

Nos trajeron la comida, y seguimos hablando un rato más sobre el tema de su casa. Estaba completamente amueblada, y con bastante gusto por las fotos que me había enseñado. Tan solo quería cambiar el colchón de la habitación principal, porque hasta los de las habitaciones restantes se veían con el plástico y todo.

Terminábamos de comer cuando recibí una llamada de Valentina, que también había salido, pero con su amiga, que vino de sorpresa para comer con ella.

—Dime, Valentina —le respondí a la llamada.

—Jefe, ven corriendo, que tenemos un aviso. Una ambulancia viene para acá con un menor herido por una reyerta —me dijo ella.

—Voy corriendo, tardo un minuto y medio —le dije, dejando a Kevin con la palabra en la boca, porque estaba escuchando la sirena de la ambulancia.

—No te preocupes, que yo pago —me gritó él, que también se levantaba, pero con más tranquilidad que yo.

En ese momento, estaba llegando la ambulancia, pero lo que no me esperaba era que fuera mi hijo el que viniera en ella, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Adrián Senillosa González, dieciséis años, herida de arma blanca en el abdomen. Hemos conseguido estabilizarlo, pero ha perdido mucha sangre —dijo el sanitario, mientras lo bajaban en la camilla.

—Yo me encargo, es mi hijo —le dije, para luego dirigirme a mi hijo—. Adrián, no te preocupes, cariño, que ya estás en el hospital, ahora mismo te metemos en el quirófano.

—Avisa a mamá. Sofía… —me susurró, casi sin aliento.

—Shhh, no hables. Por favor, guarda las fuerzas para cuando las necesitemos.

No me preguntéis de dónde saqué las fuerzas, porque en un primer momento creía que me iba a caer en redondo al escuchar su nombre. La policía estaba allí también, pero lo primero era mi hijo.

Había susurrado el nombre de su tía, y como ella hubiera tenido algo que ver en todo esto que había sucedido, yo mismo me encargaría de que pagara

por ello, metiéndola en un centro de menores, eso lo primero.

Esperaba que mi padre y su mujer no fueran capaces de decirme que esto era una chiquillada, porque como lo dijeran, a ellos también los iba a denunciar, por ser cómplices de mi hermana, por consentir que la cosa hubiera llegado tan lejos, por no poner remedio antes.

Capítulo 24



Sofía

Había quedado para ir a la playa con algunos amigos, había tenido que buscarme unos nuevos porque los míos estaban todos repartidos en varios internados.

No los había elegido entre los compañeros del instituto, allí todo el mundo me conocía a mí y a mis fechorías, y tras la reprimenda de mi padre por lo que le había hecho al hijo de mi medio hermano, decidí mantener un perfil bajo en el centro.

Nadie de mi entorno los conocía, y eso me parecía lo mejor, no quería que estuvieran encima criticando a mis nuevos amigos. Nuestro punto de encuentro estaba cerca de la casa de uno de ellos. La verdad es que la zona donde vivía no me gustaba mucho, pero no iba a ser yo la que pusiera pegas. No es que fuera un mal barrio y, además, pasaban muchísimas personas por sus calles, que quedaban a pocos minutos de la playa, pero algo me inquietaba.

—Ya estoy aquí, chicos —les dije nada más llegar. Se miraron entre ellos, y me extrañó que las chicas no estuvieran, por eso pregunté— ¿Dónde están Alba y Jessica?

—Con ellas hemos quedado directamente en la playa.

—¿Por qué conmigo no? Sabéis que me venía mejor ir hasta allí, le podría haber dicho a mi padre que me acercara con el coche, no que me he tenido

que venir andando.

—Porque hemos pensado en tomarnos algo antes de ir, y como tú nunca dices que no a una cervecita…

—Tenéis razón, venga, dadme un trago.

Llevaba un buen rato ya con ellos, pero la única que bebía era yo. Después de varios tragos, al empezar a marearme, fue cuando me di cuenta de que algo pasaba.

—La princesita, creo que ya está lista para jugar un ratito —dijo uno de ellos, mirándome de una manera que me puso los vellos de punta.

—Creo que… mejor me voy a ir —contesté, pero no me salían ni las palabras.

—De eso nada, de aquí no te vas a mover. ¿No decías que te gustaba la marcha? Pues ahora te vamos a dar un poquito entre todos.

—Dejadme, por favor. No le diré nada a nadie —les decía entre lágrimas, cuando me aprisionaron contra la pared, mientras que uno intentaba abrir un portal.

Si conseguían meterme en el interior, harían conmigo lo que les viniera en gana, porque cada vez me encontraba peor. Gritaba, pero parecía como si la calle estuviera desierta, y eso que eran poco más de las dos de la tarde.

—¡¡Socorro!! —grité en una de las veces en la que me liberaron la boca.

—Cállate, zorrita. Eres la típica niña pija que se acerca a la gente como nosotros para chulear de dinero. ¿Buscabas adrenalina? Pues la vas a tener, y en grandes dosis, además. ¿Quién va a ser el primero? —dijo el más mayor de todos, después de darme un tortazo del revés que me reventó el labio.

—Hemos dicho que no la marcaríamos, por lo menos hasta el final. Ahora, cuando le coma la boca, tendré el sabor a sangre por vuestra culpa —habló el que, se suponía, que iba a ser el primero.

—Déjame, os prometo que no voy a decir nada —suplicaba entre lágrimas, cuando de pronto lo escuché.

—Os ha dicho que la dejéis. ¿Qué parte es la que no habéis entendido? —Era Adrián, que a pesar de las veces en que se las hice pasar canutas, estaba ahí para defenderme.

—Hombre, otro pijo al que partirle la cara. O te largas de aquí, o vas a salir de este barrio hasta sin dientes, en tus manos está —le dijo uno de ellos, como si fuera el amo y señor del reino.

—No me pienso ir de aquí sin ella. Sofía, sube a la moto.

—¿Qué suba a la moto? Me temo que no, *pijín*, porque esa moto nos la vamos a quedar nosotros, igual que a la chica. ¿Es tu novia? Porque entonces, sabrás decirnos cuál es su postura favorita, a lo mejor la dejamos que la practique con el último, porque ya no tendrá fuerzas para resistirse.

—Si es mi novia o no, eso no te importa. Sofía, te he dicho que subas a la moto.

No me dio tiempo de nada, lo rodearon entre los cinco, y la emprendieron a golpes con él, quise llamar a la policía, pero no me había dado cuenta de que tenían mi bolso, me lo había quitado. En él tenía el dinero y el móvil, con lo cual no podía hacer nada, y tampoco me quería marchar dejando a Adrián en manos de esos brutos.

—¡Sofía, corre! ¡Lárgate de aquí y busca ayuda! —me gritó en un momento en el que pudo fijar la vista en mí.

Salí corriendo, intenté llamar a varias puertas para que me ayudaran, pero nadie me abrió. Ninguno de los vecinos quiso llamar a la policía, que era lo único que estaba pidiendo a gritos. Se limitaban a mirar por detrás de la cortina o de la persiana. Ahora entendía lo que me decía mi padre y lo que me había repetido mi hermano desde que llegó de Londres, pero le juré al cielo que, si salíamos de esta, iba a cambiar y me iba a convertir en todo un orgullo para ellos.

Como pude, que tampoco sé cómo lo hice, llegué hasta una carretera, y me planté en medio, donde un señor mayor, al ver mi desesperación, paró. Le conté lo que había pasado, y llamó rápidamente a la policía y a una ambulancia, que llegaron muy rápido.

—Señorita, tiene que acompañarnos a comisaría, desde donde llamaremos a sus padres para que presenten la correspondiente denuncia —me dijo una chica policía con mucha amabilidad.

—No me encuentro bien, creo que me han drogado —le respondí como pude.

—Un momento, dígame su DNI, buscaremos sus datos en la base y avisaremos a sus padres mientras la llevamos al hospital.

Se lo di, y me senté en el bordillo de la acera, porque ya no tenía fuerzas para mantenerme de pie. Hasta que la vi venir, por su cara, tenía claro que había visto mis antecedentes en su base de datos.

—¿Qué te has metido, Sofía? —me preguntó muy seria.

—Le juro que no me he metido nada, no conscientemente, al menos. Ya he cambiado y no me meto en líos.

—Permíteme dudarlo, porque en este barrio y con esta gente, es muy raro que hayas cambiado. El 99.9% de los chavales de esta zona tienen antecedentes, y tú me vienes a decir que te has hecho amiga de ese cero con uno…

—Por favor, avisen a mis padres. Al que le han dado la paliza es el hijo de mi hermano mayor. Tienen que llevarlo a un hospital.

—El chico ya va camino del hospital más cercano, en su cartera tenía una tarjeta de un seguro privado, y lo hemos llevado allí. Con respecto a tus padres, ya están avisados. Desde ya te advierto que tu padre no viene con muy buen humor, para que te vayas preparando.

Se fue y me dejó allí sentada, aunque el coche de policía no estaba muy lejos, o sí, porque en estos momentos la visión la tenía nublada y no distinguía muy bien las distancias.

—¡¿Qué te has tomado?! —Escuché a mi padre gritar, pero no podía ni hablar.

—No he tomado más que un par de tragos de cerveza —dije, o al menos intenté decir, porque en mi estado no sabía si se me entendía o no.

—Tu hermano tenía razón. En cuanto te vea un médico, buscaré un internado, el más duro que haya, y te juro que vas a salir de allí más tiesa que un palo. Se acabaron las salidas, las borracheras, las drogas y todo lo que tenga que ver con tu estilo de vida. No recibirás ni un céntimo…

Mi padre seguía con su retahíla, pero lo cierto era que yo no escuchaba nada, no podía, y lo único que tenía en mente era saber cómo estaba Adrián, por lo demás, como si me querían meter en un convento, que a todo iba a decir que sí.

Me metieron en el asiento trasero de un coche, supuse que era el de mi padre, y eso es todo lo que recuerdo, hasta que me desperté en la cama de un hospital.

—¿Dónde estoy? —pregunté, a mis padres, que estaban a mi lado.

—En el hospital, y da gracias que estás aquí y no en una caja de pino, que es lo que podría haber pasado de la cantidad de droga que tenías en la sangre —me contestó, sin mirarme siquiera.

—Papá, sé que hasta ahora no he sido una hija modelo, pero te juro que yo no tomé nada. Había quedado para ir a la playa y me dieron una cerveza para esperar a los que faltaban. Intentaron agredirme sexualmente, si no llega a ser por Adrián, Dios sabe lo que hubieran hecho conmigo —le dije, llorando.

—Para tu desgracia, mi nieto está ahora mismo en un quirófano, debatiéndose entre la vida y la muerte. Tu hermano está con él, pero me ha

advertido que, en el caso de que a su hijo le pase algo y tú tengas algo que ver, no va a parar hasta que des con tus huesos en un centro de menores.

—Yo lo único que tengo que ver es que ha sido por salvarme, nada más —sollozaba al hablar.

—¿Sabes que ha dicho tu nombre cuando su padre se ha acercado?

—De verdad te juro que yo no he tenido nada que ver. Que haga lo que tenga que hacer, metedme donde creáis conveniente, estoy dispuesta a acatar todo lo que hagáis…

—No te creo, Sofía, y tu hermano tampoco. Con él me pasé por estricto, y lo perdí, y contigo ha sido todo lo contrario. Al menos, con tu hermano me queda el consuelo de que se ha hecho un hombre de provecho, pero a ti, al paso que vas, te veo ejerciendo la prostitución para pagar tus vicios, y todavía estoy a tiempo de enmendarte.

Mi madre permanecía callada, no había abierto la boca, ni para defenderme, ni para darle la razón a mi padre, y eso sí que me sorprendió. En cualquier otro momento, se hubiera lanzado a la yugular de mi padre por el simple hecho de haber mencionado esas palabras. Algo había ocurrido entre ellos, una buena bronca, e incluso, apostaría que mi padre la había amenazado con el divorcio, puesto que no sería la primera vez.

—Señor Senillosa, venía a informarle de que su nieto ya ha salido de quirófano, si quiere hablar con su hijo está en la sala de espera, hablando con la madre de su hijo —le dijo una de las enfermeras a mi padre.

Sin decir una palabra, se fue de la habitación, no sin antes echarle a mi madre una mirada que lo revelaba todo, se nos habían terminado las concesiones por su parte, ahora era él quién iba a llevar las riendas de la casa, por lo menos en lo que a mí respectaba.

—Mamá, te prometo que…

—¡Cállate! Te hemos dado toda la libertad del mundo, tu padre ha financiado todos y cada uno de tus caprichos, y cada vez te metes en mayores

líos. Reza porque a tu sobrino no le haya pasado nada y salga de esta, porque podrías enfrentarte a muchos años de cárcel.

—Me da igual lo que me pase a mí, solo quiero que Adrián esté bien. Me ha salvado la vida, y eso es lo único que me importa. A pesar de todo lo que lo acosé, de todas las veces que le hice la vida imposible, él no dudó en pararse a defenderme —le dije, llorando.

Mi madre no me creyó, se dio media vuelta y se puso a mirar por la ventana, llorando, mitad de ira y mitad de pena de ver en lo que me había convertido.

Capítulo 25



No me dio tiempo de ver a Claudia cuando llegó, Valentina se hizo cargo de ella, porque yo solo tuve ocasión de ponerme el pijama y la mascarilla, y de entrar con mi hijo en el quirófano.

Fue una operación larga, en la que le tuvimos que poner sangre varias veces. Juro por lo más sagrado que pensé que lo perdíamos, porque la trayectoria del arma blanca había afectado a varios órganos, por varios milímetros no le atravesó el pulmón, y eso fue un gran alivio.

—Se terminó, todo ha salido bien, Borja. La recuperación será lenta, pero no dudes que ya está fuera de peligro —me dijo mi compañero, que fue el encargado de llevar a cabo la intervención. Yo solo estaba como apoyo, y porque era mi hijo y estar fuera me iba a matar.

—Gracias, Saúl, no sabes cuánto te agradezco que me hayas permitido estar presente.

—Al fin y al cabo, eres médico, al igual que yo, y podría haberte necesitado en cualquier momento.

Mi hijo pasaría esa noche en la unidad de cuidados intensivos, no porque se esperara ninguna complicación, sino más bien como medida preventiva. A primera hora de la mañana lo subirían a planta. Por suerte, él siempre llevaba consigo la tarjeta del seguro privado de salud que le había contratado y que tenía como hospital de referencia el mío, de otro modo, ni me habría enterado hasta que no hubiese terminado mi guardia.

—Claudia…

—¿Claudia? ¿Claudia? Una cosa te voy a decir, no quiero a nadie de tu familia cerca de mi hijo, y lo pienso cambiar de centro, te pongas como te pongas. Y ruega al cielo para que no encuentre cualquier resquicio legal que me permita alejarlo de ti también, porque como lo haya, no dudaré en utilizarlo —me gritaba, llorando.

—No es el momento de hablar de eso. Tan solo quería decirte que la operación ha salido bien, pero hasta mañana por la mañana permanecerá en la unidad de cuidados intensivos, por prevención. Luego, lo pasarán a planta. Acompaña a Kevin, que te llevará a verlo —le dije.

Entendía su enfado y su frustración, pero volvía a pagar conmigo lo que hacía mi familia, y eso no era justo. Estaba conforme en que presentáramos una denuncia conjunta, y en que, si mi hermana era la responsable, le pidiera la máxima pena que se pudiera pedir, pero que no lo alejara de mí, porque yo también iba a luchar por mi hijo, y alegaría cualquier cosa para tenerlo conmigo.

Volvía a la consulta, todavía tenía por delante tres horas más de guardia, que se me iban a hacer eternas, por la presión a la que había estado sometido y porque me encontré de frente con la persona a la que menos quería ver en estos momentos, a mi padre.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí? —le pregunté, con mucha rabia.

—Preguntar por el estado de mi nieto y pediros disculpas, a los tres. Tu hermana también está ingresada, casi a punto de morir, a causa de las drogas que ha tomado. Tenías razón, y por eso no dudaré en apoyarte cuando decidas presentar la denuncia, que vaya donde tenga que ir, porque yo ya no puedo con ella.

—Fue su nombre el que dijo mi hijo en cuanto que se bajó de la ambulancia, como si quisiera dejar claro que había sido ella, por si no salía de esta. Sofía ha estado a punto de morir por algo que ella ha elegido, mi hijo no.

—¿Qué hace este hombre aquí? Te he dicho que no quiero a nadie de tu familia a menos de un kilómetro de Adrián —gritaba Claudia en cuanto que vio a mi padre.

—Tan solo quería saber cómo está, y disculparme con vosotros. Os apoyaré en todo lo que decidáis hacer, no lo dudes, esa niña se ha pasado de la raya, por mucho que ella diga que Adrián la ha salvado. Le haré una prueba toxicológica más a fondo en cuanto que se encuentre algo mejor, para saber a lo que tengo que enfrentarme.

—Esto es alucinante. Ahora vas a apoyarnos, cuando tu nieto te ha importado entre menos y nada desde que nació, no vengas de hombre cabal, que no cuela —le espetó Claudia a mi padre.

—Te vuelvo a dar la razón. Sé que ninguno me permitirá acercarme a él, y lo aceptaré, pero no voy a dejar que mi hija salga impune. Como le he dicho a ella, a mi hijo lo perdí por ser demasiado estricto, pero al menos me consuela ver en qué hombre se ha convertido. Pero a ella… a Sofía la voy a perder, por lo contrario, y lo único que lograré es que sea una desgraciada toda su vida.

Mi padre se dio media vuelta y se fue, cabizbajo y avergonzado. No había sido buen padre, ni conmigo ni con Sofía; él solo sabía dejarse influir por la persona que tenía al lado en cada momento, sin criterio ni autoridad, y eso le estaba pasando factura.

Le dije a Claudia que se marchara a casa, que en la sala de espera no iba a solucionar nada, y que nos esperaba una buena temporada en el hospital, porque la recuperación iba a ser lenta y, hasta que no estuviera completamente bien, no le daría el alta mi compañero Saúl.

—Te he dicho que no me pienso mover de aquí, vete tú si quieres —me dijo, con rabia contenida, como si a mí mi hijo no me importara lo mismo que a ella.

—Yo sí que no me voy a ir, acabo de llamar a mi compañero, y voy a hacer su turno de noche. A cambio, él pasará mi consulta durante varios días, hasta que podamos organizarnos para que Adrián no esté solo en el hospital.

—Ya he hablado con Cayetano, y yo me quedaré con él. Tú puedes seguir con tu vida normal.

—¿Por qué eres así, Claudia? Me hablas como si mi hijo fuera un estorbo para mi vida, cuando sabes que no es cierto.

—Mira, Borja, no tengo ganas de discutir, me duele muchísimo la cabeza para andar con tonterías.

—Para mí no son tonterías, pero me da igual lo que pienses, yo sé lo que siento por mi hijo y nadie me va a convencer de lo contrario. Venía a decirte que voy a entrar a verlo, que ya se ha despertado, por si quieres acompañarme.

—Preferiría hacerlo luego, cuando tú no estuvieras.

—Pues entonces, tendrás que esperar hasta mañana, porque la hora de visita ya ha terminado. Ahora te diré cómo se encuentra —le dije, encaminándome al pasillo donde estaba la sala en la que se encontraba mi hijo.

—¡Borja! Espera, por favor, entro contigo —me llamó Claudia, que, al parecer, se lo había pensado mejor.

Entramos en la habitación de Adrián y lo encontramos despierto, muy dolorido, pero con buen aspecto. Ya no tenía la mascarilla de oxígeno, porque, al no tener afectados los pulmones, no era necesaria.

—Papá, ¿cómo se encuentra Sofía? —me preguntó mi hijo, y me sorprendió que se interesara por eso.

—No me lo puedo creer, Adrián. Esa niñata te hace esto y tú te preocupas por su salud —le dijo Claudia a nuestro hijo, y la miré, porque pensaba igual que ella.

—¿Quién os ha dicho que ella me ha hecho esto? Porque os han informado mal. Desde el último incidente que tuvimos, Sofía se ha comportado conmigo

de una forma correcta. No es que seamos amigos, pero tampoco me incordia ni me lo hace pasar mal.

—Entonces, ¿lo qué ella ha contado, es cierto? —le pregunté, deseoso de esperar una respuesta.

—Borja, tenéis que salir ya. Adrián tiene que descansar y se está esforzando mucho. Mañana tendréis tiempo de hablar tranquilamente —me dijo una de las enfermeras, a modo de regañina.

—Dame un minuto, Sarah, ahora mismo nos marchamos —le dije a mi compañera.

—Cinco minutos exactos u os saco yo misma, aunque tenga que hacerlo a rastras —bromeó mi compañera.

—Adrián, ¿qué pasó? —le preguntó su madre.

—Versión reducida, la extendida os la doy mañana. Varios tíos intentaban violarla, la habían drogado y ella casi no se tenía en pie. La vi, me enfrenté a ellos para que la dejaran tranquila, y me llevé esta paliza de regalo. Ah, y me robaron la moto.

Dejamos a mi hijo que descansara, demasiado esfuerzo había hecho ya para mantener esa pequeña conversación, y salimos de nuevo a la sala de espera, donde Claudia y yo nos miramos.

—Creo que deberíamos ir a hablar con tu padre —me dijo ella, agachando la cabeza.

—No te avergüences, es lógico que nadie la creyera, después de todo lo que ha hecho. Y sí, vayamos a su habitación, ella sabrá decirnos quiénes fueron los que hicieron esto.

Miré en la centralita la habitación en la que estaba ingresada mi hermana, y nos dispusimos a llegar hasta ella. Cuando entramos, nos encontramos con ella dormida y sus padres sentados en el sofá de la habitación.

—Papá, ¿podemos hablar con vosotros un momento? —le dije, y tanto él como su mujer, saltaron como un resorte.

—Borja, me gustaría pedirte perdón. Pensé que era la mejor madre por consentirla, pero me he dado cuenta de que es todo lo contrario.

—Esta vez no ha hecho nada, y queríamos que lo supierais —dijo Claudia.

—¿Cómo? No sé si os he entendido bien. ¿Me estáis diciendo que ella no ha tenido nada que ver en lo que le ha pasado a mi nieto? —preguntó mi padre, a punto de llorar.

—No, al menos no directamente. Hablamos con Adrián y nos contó que… —le narré a mi padre todo lo que mi hijo había dicho, palabra por palabra.

—Estaba diciendo la verdad, y no la hemos creído…

—Nacho, es normal que no lo hiciéramos, nos ha mentido en demasiadas ocasiones. A pesar de que no haya tenido nada que ver en esta ocasión, no podemos confiar en ella al cien por cien, y tenemos que poner remedio para que no suceda eso que has mencionado antes —dijo su mujer.

—Necesitamos hablar con ella, es la única que puede poner nombre y cara a los que le han hecho esto a Adrián, además de denunciar el intento de violación, en el que mi hijo irá como testigo.

—Sería aconsejable que presentemos la denuncia de manera conjunta, yo no puedo representarlos, por un conflicto de intereses, al ser mi hijo, pero cualquiera de mis compañeros estará encantado de hacerlo —dijo Claudia, quien parecía que había dejado a un lado todos sus reproches.

—Le ha salvado la vida. Mi nieto le ha salvado la vida a su tía, y no sé cómo compensarlo. Has educado a un niño noble, Claudia, que se preocupa por los demás, y con un gran corazón —decía mi padre, entre lágrimas.

—A pesar de todo lo que mi hija lo hizo sufrir, él no ha dudado en echarle una mano, y eso dice mucho de la persona en la que se está convirtiendo —habló la madre de mi hermana.

—Estoy de acuerdo con Claudia. Mañana deberíamos reunirnos en mi despacho con el abogado que tome el caso. Avisaré a la policía para que vengan a tomarles declaración a ambos, como me encargaron cuando Adrián pudiera hablar —les dije, y ambos asintieron.

—¿Papá? ¿Mamá? ¿Se sabe algo de Adrián? Me quedé dormida antes de que mi padre subiera —dijo mi hermana desde la cama, ya que nosotros nos habíamos trasladado al pasillo.

—Está en la unidad de cuidados intensivos, pero todo ha salido bien y está fuera de peligro —le informé, y comenzó a llorar, desconsoladamente. Creo que fue un gran alivio para ella.

Capítulo 26



Aquella mañana trasladaron a Adrián a planta, y en la habitación lo esperábamos su madre y yo. Kevin fue el responsable de acompañarlo, pese a que no era parte de sus funciones profesionales.

Cuando llegó, lo vimos con muchísima mejor cara que la noche anterior, incluso entró riendo por algo que le había dicho nuestro amigo, y para nosotros fue una tranquilidad enorme.

—¿Cómo te encuentras, Adrián? —le pregunté a mi hijo en cuanto que lo estabilizaron en la habitación.

—Estoy dolorido, pero la verdad es que, aparte de eso, me encuentro bien.

—En un ratito, vendrá la policía para tomarte declaración. ¿Crees que podrás? ¿Tendrás fuerzas para enfrentarte a ello?

—Por supuesto que sí. Cuanto antes detengan a esos cabrones, mejor, así ya no se lo harán a ninguna chica más, porque dudo que Sofía haya sido la primera.

—Tienes un corazón enorme, hijo, y estoy muy orgullosa de ti, de cómo has actuado y te has comportado —le dijo su madre, con lágrimas en los ojos.

En esos momentos estaban tomando declaración a mi hermana en su habitación, y a continuación, vendrían a la de mi hijo para hacer lo mismo. Sofía había contado todo desde el principio, adelantando las veces que había estado denunciada por acoso, no se dejó nada en el tintero.

Y le tocó el turno a Adrián, la policía nos pidió que nos quedáramos mientras le hacían las preguntas pertinentes a mi hijo.

—Cuéntanos, Adrián, ¿qué pasó en la tarde de ayer? —le preguntó uno de los policías.

—Había quedado con unos amigos para ir a la playa y cogí mi moto. Cuando iba de camino, vi que Sofía iba sola y directa a una zona de bastante delincuencia, fue como si algo me dijera: ve tras ella, que le puede pasar algo.

—Deduzco que la seguiste, ¿verdad? —dijo el otro policía que estaba en esa habitación.

—Lo intenté, pero no es igual ir a pie que en moto, así que la perdí de vista. Pero lejos de desistir, me dediqué a moverme por las calles del barrio. En algún sitio tenía que estar, no se podía haber evaporado. Y la encontré.

—¿Cómo la encontraste? Cuéntanos todo: cuántos eran, qué estaban haciendo, cualquier mínimo detalle nos puede servir para esclarecer todo.

—Pues la encontré pidiendo socorro, mientras los vecinos miraban por las ventanas, ocultos tras las cortinas, porque se veían las siluetas. No se podía sostener en pie, había cuatro tipos intentando meterla en un portal.

—¿Cómo reaccionaste?

—Le grité que subiera a la moto, pero notaba que no podría, sobre todo porque la estaban sujetando. Me dijeron que me marchara o lo lamentaría, pero me quedé. Intenté desviar la atención sobre ella, para que pudiera escapar y pedir ayuda, y lo logré.

—Fue entonces cuando empezaron a pegarte, ¿verdad?

—Sí, el primero que se lanzó a darme un puñetazo fue uno que tenía un tatuaje en los dedos, y entonces, los demás fueron tras él, pero Sofía pudo escapar sin que le hicieran nada.

—¿Sabes quién fue el que te hirió con el arma blanca?

—La verdad es que no, porque en ese momento tenía a todos encima de mí, podría haber sido cualquiera.

—Muy bien Adrián, quiero que sepas que tu testimonio coincide totalmente con el de la chica, y que ella se ha encargado de identificar a todos los que intervinieron, con nombres y apellidos. Vamos a proceder a sus detenciones, en cuanto lo hagamos, pasaremos por aquí para que hagas una rueda de reconocimiento en las fotos, tenemos que estar seguros de todo.

Salieron de la habitación, justo a tiempo para que entrara mi hermana, a la que le habían dado el alta y quería ver a mi hijo antes de marcharse a casa. Miré a Claudia, puesto que no sabía si la iba a dejar pasar, pero asintió con la cabeza.

—¡Adrián! Gracias, gracias y mil gracias, me has salvado de sufrir un episodio horrible, el peor que me podía suceder en la vida —le dijo Sofía, agarrada a su cuello y llorando a mares.

—Lo habría hecho por cualquiera, no tienes que agradecerme nada —le respondió mi hijo, acariciando su espalda.

—Pero yo no soy cualquiera. Yo soy la que te ha estado amargando la existencia durante mucho tiempo y, aun así, viniste a mi rescate, no te lo pensaste. Tienes un corazón enorme, ojalá no cambies nunca.

—No iba a permitir que esos individuos te hicieran nada. Ahora, intenta ser un poquito más selectiva con tus amistades, tía, que no veas, cada vez las eliges peor —le contestó mi hijo, en un intento de suavizar el asunto, y sacándole una sonrisa.

—He hecho una promesa y la pienso cumplir. Me prometí a mí misma que, si no te pasaba nada grave y salías de esta, me iba a convertir en la persona que debí ser desde el principio. Me voy a centrar en mis estudios, y voy a dejar toda esa movida que he llevado siempre atrás, muy atrás. Tengo dos claros ejemplos a seguir, y están en esta habitación.

—No sabes cuánto me alegra eso, Sofía. Cruzaré los dedos para que no te aburras a mitad del camino —le dije a mi hermana, en un tono al que no estaba acostumbrado a hablarle, y ella lo notó.

—Adrián, quiero ser una mujer de provecho, fuerte, como lo es tu madre, que fue tan valiente de seguir adelante con tu embarazo aun cuando todo el mundo le dio la espalda. Pero también quiero tener el tesón y la constancia de mi hermano, que no dudó en sacrificar muchas cosas para llegar donde está hoy. Ahora entiendo que todo lo que me han dicho siempre ha sido por mi bien.

—Sofía, si eso es cierto, estaré encantada de recibirte en mi casa cuando quieras. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamar a mi puerta —le dijo Claudia, ante una visiblemente emocionada Sofía.

—Yo también te abriré las puertas de mi casa cuando quieras, siempre y cuando cumplas con eso que has prometido. Al más mínimo detalle de que no lo estás cumpliendo, seré yo quién te lleve a un centro de menores. ¿Entendido? —Esta vez fui yo el que hablé.

—Adrián, he pensado que, al estar en las mismas clases, podría traerte los deberes mientras te recuperas, así no perderás el curso y estarás al día. ¿Te parece bien? —le preguntó Sofía a mi hijo.

—Me parece perfecto, así, si no entiendo algo, mis padres me lo podrán explicar, o tú misma, si no te importa hacerlo.

—Estaré encantada, no lo dudes.

Mi hermana y sus padres se despidieron de todos, incluso nos dio un abrazo a los tres, y por primera vez en mi vida, sentí los brazos de mi hermana alrededor de mi cintura, al igual que ella los míos.

—Siento haber sido tan duro contigo, Sofía, pero no podía ver ni permitir en lo que te estabas convirtiendo —le susurré al oído.

—Pues yo te lo agradezco, si no hubiera sido así, a lo mejor no hubiera reflexionado ni me hubiera arrepentido de tantas cosas. Ya sabes que para

papá soy su princesita y se limita a darme todo lo que quiero, sin pararse a pensar si eso es lo que necesito o no.

Con esa reflexión me estaba dejando claro por qué había hecho esas cosas tan horribles, y sentí pena de ella. Tan solo estaba reclamando un poquito de atención, nada más. Cada uno gestiona la sensación de abandono de una forma, en mi caso, lo hice centrándome en mis estudios, para conseguir un buen futuro y no tener que depender de su dinero nunca más. No tenía su cariño, pero tampoco iba a permitir que lo suplieran con lo económico.

Sofía lo gestionó de otro modo, llamando la atención y haciendo que sus padres tuvieran que estar pendientes de ella por sus fechorías, hasta que se dio cuenta de que eso era perjudicarse a sí misma.

—Claudia —dijo mi padre.

—Dime, Nacho.

—Me gustaría seguir viendo a mi nieto, al igual que a ti, hijo mío. Sé que no tengo derecho a pedir nada, que me porté como un criminal con los dos, pero no os podéis imaginar lo arrepentido que estoy —expresó mi padre, con lágrimas en los ojos.

—Te digo lo mismo que le dije a tu hijo en su momento. No soy yo quien tiene que decidir si tienes trato con Adrián o no. Él ya tiene suficiente edad y criterio para saber de qué personas quiere rodearse, así que no me lo tienes que preguntar a mí —le contestó Claudia, señalando la cama de nuestro hijo.

—Adrián, ¿me permites que pueda seguir visitándote? Me encantaría que lleváramos un trato más cercano, si no quieres verme como un abuelo, al menos hazlo como el padre de Sofía —solicitó mi padre.

—No tengo ningún inconveniente en que me visites y tengas trato conmigo, pero no me pidas más. No puedo verte como un abuelo, no al menos de momento, porque el trato que has tenido conmigo no ha sido el adecuado, y no hablo de cuando era pequeño, sino de pocos meses atrás. Quiero que sepas que, debido a tus comentarios en el centro comercial, mi

madre no vino de viaje con nosotros, y esa familia que podríamos haber sido, se fue al traste.

—¿Es cierto eso? Si es así, os pido mil disculpas. No hablaba Nacho, hablaba el rencor y la rabia, el dolor que llevaba dentro por no saber ser un buen padre, con ninguno de los dos.

—Eso ya quedó atrás, ahora lo más importante es la salud de Adrián y que Sofía cumpla con su promesa, nada más —le contestó Claudia, que no sabía cómo mirarme, por mi cara de sorpresa.

Se marcharon, quedando en que Sofía le traería todas las tardes los deberes a Adrián, al que le quedaba por delante una buena temporada de recuperación. Si bien no en el hospital, en el que estaría dos o tres días más, sí en reposo en casa.

—Tenemos que organizarnos para que no esté solo, ni aquí ni en casa —le dije a Claudia, cuando salimos al pasillo mientras curaban a nuestro hijo.

—Yo había pensado, si te parece bien, que como yo trabajo por la mañana, tú podías coger el turno de tarde, y así estaríamos con él todo el día, las noches nos las podemos turnar —me respondió ella.

—Me parece perfecto, mi compañero estará encantado de hacerme ese favor. Pero ¿qué haremos cuando salga? ¿Con quién se irá de los dos? —pregunté, porque no me gustaba dejar nada al azar.

—No sé si será lo más adecuado, pero… uf, déjalo, no creo que pueda…

—Habla de una vez y deja los titubeos, Claudia.

—Quería decirte que había pensado que nos trasladáramos todos a tu casa, así sería más fácil. Es mucho más grande que la mía y tiene más comodidades, tanto para él como para nosotros, pero que, si lo ves mal o precipitado o algo, que no tienes más que decirlo.

—Sería perfecto, así podría demostrarte la persona que soy en realidad, no ese ogro que te has creado en tu mente —le contesté.

Por suerte para mí, una grandísima, Kevin se marchaba en unos días para su casa nueva, y podía contar con la casa para los tres. No iba a desaprovechar esta oportunidad, ni mucho menos, haría todo lo posible para que cayera rendida a mis pies, como yo lo estaba a los de ella.

La dejé en la habitación con Adrián y me fui a pasar consulta, que tenía que haber empezado hacía una hora, menos mal que no había nadie citado en ese tiempo ni había entrado ninguna urgencia, por lo que me despedí de mi hijo y subí a mi consulta.

Capítulo 27



Cinco días habían transcurrido desde el suceso que llevó a mi hijo al hospital, y en los que, tanto mi padre como Sofía, habían pasado cada tarde por su habitación.

Tal y como había dicho mi hermana, ella habló con los profesores, les contó lo que había sucedido y cómo Adrián había actuado con ella, y estos le facilitaban a diario los deberes.

Algunos, incluso, como el de matemáticas, permitió que Sofía hiciera videollamada con su tío durante las explicaciones, para que lo entendiera y preguntara si tenía alguna duda al respecto. He de decir que todos se portaron estupendamente, y que nos pusieron las cosas muy fáciles.

—¡Nos vamos para casa! —exclamé al entrar en la habitación, con el alta en la mano.

—No encontraba el momento de salir de estas cuatro paredes —dijo mi hijo, con una evidente alegría.

—Adrián Senillosa, no te vayas a pensar que, porque salgas de aquí, vas a andar de arriba abajo, que deberás hacer reposo —le dijo su madre, bastante seria.

—Ya lo sé, mamá, pero no es lo mismo, guardar reposo en mi casa, donde puedo escuchar música, jugar a la consola, sentarme en el jardín o ver en la televisión una de las plataformas que tiene contratada mi padre, donde puedo ver una maratón de series, por ejemplo.

—En eso tiene razón el niño —dijo Kevin, que venía con una silla de ruedas para sacarlo del hospital.

—¿Es estrictamente necesario que use eso? ¡Si las piernas las tengo estupendamente! —exclamó mi hijo, haciendo un gesto de desesperación.

—Política expresa del hospital, chaval. Ahora, venga a vestirte, o le digo al médico que te quieres quedar unos cuantos días más, que estás aquí muy a gusto —le contestó Kevin, riendo, y a mi hijo le faltó tiempo para ponerse la camiseta y un pantalón de algodón.

Días después de que, tanto mi hijo como mi hermana, prestaran declaración, detuvieron a esos cuatro delincuentes, que tenían antecedentes para pasarse varios años en la cárcel. Dos de ellos eran mayores de edad, a los otros dos les quedaba poco para cumplirlos, con lo cual, cumplirían parte de la condena en un centro de menores y el resto en la cárcel.

Claudia solicitó una orden de alejamiento de los dos, para cuando salieran de la cárcel, y se le concedió de manera inmediata. De la moto no pudimos salvar nada, la habían desarmado y vendido por piezas, con lo cual, nos tuvimos que despedir de ella, pero eso era lo de menos, ya compraríamos otra.

Mi hijo no sabía que, en mi casa, se encontraban todos sus amigos, así como mi padre y mi hermana, quien también había pedido disculpas a la pandilla de mi hijo, y parecía que se estaba integrando en ella. Quisieron prepararle una fiesta de bienvenida, y tanto su madre como yo lo vimos perfecto.

Nos montamos en el coche y pusimos rumbo a mi casa. Kevin se había marchado a la suya el día anterior, pero seguía viniendo a comer y a cenar los días que estábamos allí. Antes de irse, me hizo una compra y me llenó la nevera absolutamente de todo, su argumento fue que, ya que yo era el cocinero, él ponía la materia prima.

Cuando llegamos, al abrir la verja, no se veía a nadie, y era porque estaban todos en la parte trasera del jardín, tal y como habíamos acordado.

—Adrián, creo que lo mejor será que te quedes fuera un ratito, hace muchos días que no te da el sol —le dijo su madre, y yo asentí.

—Sí, te dejaremos sentado en el sofá y te traeremos algo de picar, si quieres algún libro, te lo llevamos —hablé yo, guiñándole un ojo a Claudia.

—Prefiero el móvil, aunque el mío está para el arrastre. Menos mal que en el hospital tenía la Tablet para las videollamadas del instituto, que, si no, no hubiera podido ver nada en la pantalla.

—Ya están cerca los Reyes, y como de momento no puedes salir, ponlo en la carta —le contestó su madre, con una sonrisa muy pícara.

—No serás capaz de hacerme eso…

Lo que mi hijo no se esperaba era que, detrás de aquella puerta, tenía una serie de regalos a modo de agradecimiento por lo que había hecho. Mi padre me preguntó, días antes, qué era lo que necesitaba, y tanto su madre como yo, decidimos que le comprara un móvil, dejándole claro que no fuera de gama alta, que no tenía edad para eso. Esperaba que nos hubiera respetado, porque de otro modo, lo tendría que cambiar.

No le dimos la vuelta a la casa, sino que entramos por la puerta del salón. A Adrián le dijimos que teníamos que dejar antes, dentro, todas las cosas que llevábamos.

—Ve saliendo, si quieres, mientras nosotros llevamos esto a la habitación —le dijo Claudia a nuestro hijo, e hicimos como que subíamos las escaleras.

—Sí, mejor, y traedme un refresco de cola bien frío y con hielo, por favor. Parece mentira que estemos a finales de septiembre, hace un calor de muerte —nos contestó, yendo hasta la puerta francesa que separaba las dos estancias.

—¡¡Sorpresa!! —Se escuchó.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, con lágrimas de emoción, en cuanto abrió la puerta y los vio a todos. A su madre y a mí nos dio tiempo de dar la vuelta por la puerta principal de la casa.

—¡Bienvenido a casa, Adrián! —gritaron todos, levantando una pancarta que decía lo mismo.

Mi hijo se sentó en el sofá, todavía le costaba estar mucho tiempo de pie, las heridas estaban muy recientes y los puntos le tiraban, lo que para alguien era normal, para él suponía un gran esfuerzo.

—Gracias, chicos, no sabéis las ganas que tenía de estar aquí. Espero que ahora vengáis a jugar conmigo a la Play, o me moriré de aburrimiento —les decía a sus amigos.

—Claro que sí, pero sobre todo los fines de semana, que entre semana tenemos que hacer los deberes y estudiar —le contestó mi hermana, que parecía tomarse en serio lo que había prometido—. Por cierto, he hablado con el director del centro, y ha accedido a que los profesores te evalúen por Internet. El día que tengamos un examen, ellos te lo enviarán por la plataforma, y tendrás que hacerlo a la vez que nosotros, enviándoselo por correo.

—Pues eso es un alivio, porque ya me veía teniendo que hacer todos los del primer trimestre. Me han dicho que la recuperación será lenta, muy lenta, y que tendré para un par de meses, por lo menos.

—Bueno, dejemos las cosas de trabajo para después, que ahora tenemos que celebrar que estás bien y en casa. Sofía y yo te hemos traído un regalito. Toma, ábrelo —le dijo mi padre, dándole un paquete.

—No me lo puedo creer, ¡un móvil nuevo! —dijo mi hijo, sin fijarse siquiera en el modelo del teléfono.

—Yo quería comprarte otro, uno de los de la «manzanita», pero mi padre no me ha dejado. Me ha dicho que tenía que seguir las indicaciones de mi hermano. Pero, al final, yo me he pillado el mismo que tú, el mío se lo llevaron los salvajes esos, como todo lo que había en el bolso —explicaba mi hermana Sofía.

—Papá, habrás cambiado las cerraduras y anulado todo lo que llevaba en el bolso, ¿no? —le pregunté a mi padre, que capaz era de no haberlo hecho.

—Sí, hijo, fue lo primero que nos aconsejó la policía. A tu hermana le hemos cambiado hasta el número de teléfono, no queríamos que la estuvieran molestando y amenazando, porque teníamos claro que eso era lo que iba a suceder.

Permanecimos en el jardín hasta bien entrada la noche. Al ser viernes, nadie tenía prisa por marcharse, y mi padre habló con los padres de los chicos para decirles que, entre él y yo, los acercaríamos con el coche, por lo que no pusieron ninguna pega para que se quedaran.

Compramos *pizza* para cenar, y helado de pistacho —uno de los preferidos de Claudia—; en la nevera teníamos otros sabores, además de refrescos y patatas chips, que también habíamos sacado.

Veía a mi hijo contento y, solo por eso, merecía la pena cualquier cosa que hiciéramos. Me senté junto a Claudia, que parecía más receptiva, y yo aproveché el momento.

—Me encanta tenerte aquí, en casa, sentada a mi lado —le susurré al oído, pasando mi brazo por encima de sus hombros.

—Yo tengo tanta ilusión como miedo, si te soy sincera —me contestó, mirándome a los ojos.

—No tienes por qué tenerlo, te lo prometo. Me voy a dejar la piel en demostrártelo.

No sé por qué motivo lo hice, pero me dio el impulso y no lo pude reprimir. Le di un beso de pico en los labios, fue suave, pero también lento, y ella no se apartó, todo lo contrario, me dejó una sonrisa de regalo.

Desde el otro lado de la mesa, mi padre y mi hijo nos miraban, uno con cara de sorpresa y el otro con nostalgia, como con pena. Ese era mi padre, que estaría pensando qué hubiera pasado si me hubieran dicho que Claudia estaba embarazada. Eso mismo me preguntaba yo, si estaríamos casados, si nos habríamos separado, pero, por desgracia, eso ya no se podría saber nunca, tocaba mirar hacia delante.

—Bueno, hijo, nosotros nos vamos. No hace falta que vengas, creo que, unos en las faldas de los otros, pueden caber en mi coche. Total, son solo unos metros.

—Papá, puedes quitar la bandeja del maletero y meternos allí a unos cuantos —dijo Sofía, y en ese momento caí en la cuenta de que su madre no había venido.

—¿Dónde está tu madre, Sofía? Me acabo de dar cuenta de que no ha venido —le pregunté a mi hermana.

—Mi madre se ha largado, nos ha dejado. Dijo que necesitaba un tiempo para ella, como si eso no fuera lo que lleva haciendo toda la vida.

—Papá, ¿es eso cierto? ¿Cómo estás? —le pregunté, porque también era mala suerte que le pasara lo mismo en los dos matrimonios.

—En la gloria, así estoy. Le dije que, si salía por la puerta, no volviera a entrar jamás, que le enviaría los papeles del divorcio por correo, y que la custodia de Sofía sería para mí.

—Y ella encantada, oye. Pero que me da igual… bueno, no me da igual, porque hubiera preferido tener una madre como la de mi sobrino, pero a mi hermano y a mí nos han tocado unas que no sirven para ser madre, qué le vamos a hacer. Con mi padre sé que voy a estar bien, porque además tengo la certeza de que, si en algún momento me desvío de mi camino, él se encargará de reconducirme.

—De eso puedes estar seguro, Sofía. Tu madre lo único que ha hecho siempre ha sido consentirte, sustituía con cosas materiales el cariño que no era capaz de darte.

—Cosas materiales que pagabas tú, papi, que no se te olvide.

—Sí, porque tu madre no ha dado un golpe ni en una pelea. Su única misión era tener la manicura y la melena impecables, nada más —dijo mi padre, y todos estallamos en una carcajada.

—Pues a ver cómo se las va a apañar ahora con la miseria que le vas a pasar. No la veo yo limpiando escaleras ni nada por el estilo. Lo mismo y hace como la tuya, hermano, que se busca a otro millonario que la mantenga —dijo mi hermana.

—Eso, si no lo tiene ya, que últimamente estaba muy rara. Pero que para mí ha sido un alivio, por primera vez en mi vida necesito estar solo, sin pareja, y decidir por mí mismo. Tenías razón, Borja, no sabía estar sin una mujer a mi lado, y a veces es necesario aprender a estarlo.

Se marcharon todos, no sin antes ayudarnos a recoger lo que habíamos ensuciado, y nuestro hijo se había marchado a la cama, estaba agotado, por lo que solo quedábamos Claudia y yo despiertos.

Capítulo 28



Claudia

Se marcharon todos, y nos quedamos los dos a solas, ya que Adrián se había acostado y dormía desde hacía tiempo. El beso que me había dado durante la fiesta de bienvenida, y al que yo no le había hecho ningún desprecio, me indicó que nada iba a ser fácil para mí, y eso empezaba a ponerme algo nerviosa.

—¿Nos tomamos algo aquí, a solas? —le pregunté, en un tono dulce y con una sonrisa.

—Me encantaría, pero he quedado con Kevin para salir. De hecho, iba a mi habitación a ducharme y vestirme. Lo dejamos para mañana, mejor —me dijo, y me dejó a cuadros. Era lo que menos me esperaba, la verdad.

—Claro, lo siento, pensé que no tenías planes —le dije, avergonzada, con la cabeza agachada.

—¡Es broma! ¿Dónde voy a ir a estas horas y con lo cansado que estoy? —me contestó, después de romper en carcajadas.

—Desde luego… eres de lo peor, y yo muerta de vergüenza por la negativa tan rotunda que me habías dado —le dije, dándole un manotazo en el hombro.

—Mañana sí vamos a salir, si te apetece venirte con nosotros, no hay ningún problema.

—No lo sé, porque los sábados son los días en los que quedo con Nerea y Fernando…

—Y con ese tipo, ¿no?

—Sí, también quedo con él, pero ya te he dicho que solo es un amigo, como tú.

—Pues si es como yo, no es un amigo, y no me gusta nada.

—Tú también tienes una amiga íntima, Valentina se llamaba, ¿no? —le dije, sacando mi lado celoso, sin poderlo evitar.

—No me seas ilusa, no es lo mismo. Valentina no tiene ningún interés en mí, y eso es lo contrario a lo que siente tu amiguito — me contestó, dejando asomar sus celos, tal como hice yo anteriormente.

—No estaría yo tan segura si fuera tú, porque te mira como si fueras un bombón y ella tuviera una hipoglucemia.

—¿Quieres que lo comprobemos? Te lo demostraré ahora mismo, pero quiero la misma prueba por tu parte.

—Perfecto, si logras convencerme de que Valentina no quiere nada contigo, nada sentimental, me refiero, haré lo mismo con Santiago.

Borja se levantó y fue hacia donde tenía su teléfono, cogiéndolo y marcando el número de Valentina, quién tardó un poco en cogerlo.

—Dime que es algo importante, porque acabas de fastidiarme un momento romántico con mi chica —dijo al contestar, la primera me la había dado en la frente.

—Por supuesto, para mí es importantísimo. Si yo te dijera que me quiero acostar contigo, ¿qué me contestarías? —le preguntó Borja, y ella soltó una carcajada.

—Que cambies de camello, porque te la está dando adulterada. Sabes que soy lesbiana desde que entraste en el hospital a trabajar, así que no sé a qué viene esto. Y más vale que lo aclares, porque tengo a mi chica mirándome con una cara que da miedo verla, y no quiero que se ponga celosa cada vez que tenga una guardia contigo en el hospital.

—Claudia, que dice que me miras como a un bombón con una bajada de azúcar —le contestó él, y le di un manotazo en el brazo, que sonó y provocó la carcajada de Valentina.

—Claudia, cariño, es que es un bombón, pero créeme cuando te digo que preferiría que la propuesta me la hubieras hecho tú. Será que como yo siempre tengo el azúcar alto, no me llama la atención.

—Yo… lo siento, Valentina, siento haber interpretado mal tu manera de mirarlo y la complicidad que hay entre vosotros —me disculpé, porque no podía hacer otra cosa.

—No lo sientas, si fuera hetero, haría mucho tiempo que hubiera intentado quitártelo, pero no es el caso. Ahora, si me perdonáis, mi chica me está esperando y se enfría la cena. Disfrutad, no seáis más necios ni perdáis el tiempo.

Colgó la llamada, y entonces, Borja cogió mi móvil de encima de la mesa y me lo tendió. Yo no estaba tan segura como él, por eso titubeé un poco.

—Vale, tenías razón, y ya me he disculpado. ¿Es necesario que haga esa llamada?

—Por supuesto que es necesario, es más, si este individuo…

—Se llama Santi, o Santiago, como más te guste —lo interrumpí, porque el que lo llamara individuo me sonaba muy mal.

—¿Como prefiera? Pues me gustaría más tenerlo bien lejos de ti.

—No seas injusto, no voy a alejarme de él.

—Si ese individuo, perdón Santiago, te dice que sí quiere algo contigo, dejarás de verlo inmediatamente.

—No puedo porque es mi compañero de trabajo, además de que tú no eres nadie para decirme que no vea a un hombre, encima cuando únicamente es mi amigo —le dije, comenzando a enfadarme.

—Haz la prueba, como yo. Si tan segura estás de que solo es un amigo, que no tiene ningún interés en ti, pues llámalo.

No tenía ninguna certeza, aunque nunca me había insinuado nada; simplemente hablábamos y nos reíamos cuando coincidíamos. Aun así, tomé el móvil y marqué su número. La condición era repetirle la misma pregunta que Borja le había hecho a Valentina. Rogaba a todos los santos, conocidos y desconocidos, que no atendiera, pero debían estar de vacaciones, porque respondió al segundo timbre.

—¿Claudia, sucede algo? —me preguntó, bastante amable, a pesar de la hora que era.

—No, no pasa nada. Te llamaba para… si te dijera que quiero acostarme contigo, ¿qué dirías? —pregunté, esperando a que me dijera algo así como que no quería herir mis sentimientos, pero que tan solo era mi amigo, pero me equivoqué de cabo a rabo.

—Que, al fin, Dios había escuchado mis plegarias. Sé que soy el hombre con el que podrías olvidar al idiota ese de Borja, que tan solo es un engreído que se piensa que te tiene en la palma de su mano…

—Santi, no te voy a consentir que hables así del padre de mi hijo, ya te lo he dicho muchas veces. Y la pregunta de antes, era una broma, y pensaba que me ibas a contestar que solo somos amigos.

—Somos amigos porque tú quieres, porque no me trago que seas tan ingenua como para no darte cuenta de que estoy colado por ti desde que entré en el bufete. Así que, como broma, me parece algo muy cruel —me dijo, mientras la cara de Borja iba poniéndose cada vez más roja.

—Mira, gilipollas, si hay algún idiota en esta historia, ese eres tú. Como te vea cerca de mi mujer y no sea para algo laboral, de la hostia que te voy a meter, vas a tocar las palmas con las orejas. ¿He sido lo suficientemente claro? —le dijo Borja, mientras yo abría la boca, completamente sorprendida por su reacción.

—Va a ser que contigo no tengo nada que hablar. Y esto, lo aclararemos mañana en la cena de los sábados. O mejor aún, después, en la copa que nos tomamos en tu casa siempre, aunque desde ya te digo que no me voy a controlar. Con un solo beso te voy a demostrar de lo que soy capaz de provocar en ti —le contestó el otro.

—No sé qué coño os habéis pensado que soy yo, ¿un trofeo? ¿Estáis viendo quién de los dos la tiene más larga? A ti, Santi, no pienso cenar más contigo, y a ti, Borja, ni soy tu mujer, ni eres nadie para amenazar a ningún amigo mío. Dicho esto, que os jodan a los dos.

Colgué la llamada y dejé a Borja abajo, sentado en el sofá. Había destruido, con sus celos, todo el ambiente encantador que habíamos generado entre nosotros, esa atmósfera tan tierna, que será difícil reconstruir, al menos de mi parte, ya que había bajado un poco la defensa que protegía mi corazón.

Escuché la puerta de la calle, pero no el arranque del coche, por lo que supuse que había salido a dar un paseo, porque no creía que fuera a casa de Kevin cuando eran más de las doce de la noche.

No lo oí llegar, no sé si fue porque me dormí o porque no había vuelto, pero, al levantarme, tampoco estaba en casa. ¿Dónde se habría metido? ¿Le sentaría mal que lo llamara por teléfono? Mejor le enviaba un mensaje.

Claudia: *No sé dónde te has metido, y me tienes preocupada. Si estás bien, llámame, por favor.*

Escuché el sonido de su móvil en la parte trasera de la casa. Mierda, se lo había dejado allí, y ahora no sabría si estaba bien o no. A lo mejor podía llamar a Kevin, porque seguro que estaba con él en su casa, o desayunando en alguna cafetería. Estaba empezando a buscar su contacto, cuando lo noté en mi espalda, abrazándome por detrás.

—Estoy estupendamente, y ahora mejor, qué sé que todavía te importo algo. Estaba en la piscina, necesitaba aclarar mis ideas, y lo mejor es un buen baño frío a primera hora de la mañana —me dijo, dejando un beso en la base de mi cuello.

—Claro que me importas, imbécil, pero no me gusta que me controlen.

—No es control, y quiero pedirte disculpas si te molesté ayer con mis palabras. No sé lo que me entró por el cuerpo cuando escuché a ese individuo decir que te iba a besar.

—¿Acaso tú no has besado a nadie desde que has vuelto?

—Sí —cuando dijo eso, las tripas se me revolvieron en mi interior—. A ti, que es a la única persona a la que quiero besar.

Acto seguido, me dio la vuelta y enmarcó sus manos en mi cara, besándome, lento y dulce al principio, pero, poco a poco, se fue transformando en algo más pasional, como más necesitado.

Me agarró por las nalgas, y me sentó encima de la mesa de la cocina, encajándose entre mis piernas, por lo que pude notar el grosor de su miembro, rozándome en mi centro del placer. Sin poder evitarlo, empecé a moverme, y él lo notó, así que bajó con sus besos a la zona del cuello, del pecho, hasta llegar a mi sexo.

—Borja, no podemos… Adrián está arriba… —le dije entre jadeos.

—Tú lo has dicho, está arriba y sigue durmiendo, y no pienso dejarte así.

Era cierto que no se escuchaba ningún ruido, y que tenía lógica lo que decía de que estaría durmiendo, pero tampoco tenía yo los sentidos como para estar pendiente de si mi hijo bajaba o no.

Me levantó el vestido hasta la cintura —parecía ser ya su costumbre cada vez que nos entregábamos— y apartó mi ropa interior a un lado, mientras acariciaba mi sexo de arriba abajo. Se arrodilló y me dio una lamida que casi me hace gritar de placer, para, a continuación, seguir lamiendo y

penetrándome con la lengua, hasta que un orgasmo arrollador me invadió por completo.

—Dios, qué ganas tenía de hacer esto. La próxima vez, te quiero completamente desnuda, y a ser posible, en mi cama —me dijo, retirándose y limpiándose la boca con una servilleta de papel.

—¿Y tú? —le pregunté, porque yo también me moría de ganas de saborearlo.

—Yo me voy de nuevo a la piscina, nuestro hijo se acaba de levantar, debe estar a punto de llegar al pie de la escalera. —Me guiñó un ojo y salió, dejándome justo el tiempo para que pudiera recomponerme.

—Joder —mascullé al escuchar a mi hijo hablando con su padre.

Gracias a Dios que Borja llevaba una toalla anudada a la cintura, se la había puesto para secarse antes de entrar en la cocina, o Adrián se habría dado cuenta del estado en el que se encontraba su padre.

Capítulo 29



Maldije el don de la oportunidad que había tenido mi hijo, cuando por fin la tenía a mi merced, le dio al niño por despertarse.

—¿Vuelves a la piscina, papá? —Me preguntó al final de la escalera.

—Sí, solo he entrado porque tu madre necesitaba que le diera algo, voy a hacer los largos que me quedan y ya me sentaré con vosotros a desayunar —Le dije, y sonreí.

Mientras que pensaba en las palabras que le había dicho a mi hijo, no había mentido, su madre necesitaba un orgasmo y yo se lo había dado, y le habría dado dos o tres más si él hubiera dormido un ratito más.

Me lancé al agua de cabeza, a pesar de que el día hoy empezaba a refrescar, pero era eso o encerrarme en el baño a hacer trabajos manuales, y prefería guardar mis fuerzas para más tarde. Lo mismo tenía suerte y venían los amigos de mi hijo para entretenerlo, y entonces yo aprovecharía para entretener a su madre.

En cuanto que noté que mi miembro había vuelto a su posición inicial, salí de la piscina, me sequé un poco y me puse una camiseta. Cuando entré, estaban los dos riendo en torno al desayuno.

—¿De qué os reís? Yo también quiero… —Puse cara de gato abandonado, a ver si así me contaban algo.

—De mi madre, que tiene un poco de despiste esta mañana. Le he pedido la mantequilla para las tostadas, y me ha dado el bote de mayonesa. Tiene que ser algún plato de esos modernos que ha visto en el programa ese de cocina que ve.

Una carcajada brotó desde lo más profundo de mi interior, que me hizo hasta llorar de la risa. Sabía que había sido bueno con mi lengua, pero estaba claro que ella no podía quitárselo de la cabeza.

—Cuando quieras, repetimos —Le susurré en el oído en cuanto que pasé por su lado para servirme un café.

—Calla, o no ves como estoy todavía. Mira que darle mayonesa para las tostadas… —Me respondió, y esa complicidad que se estaba formando de nuevo entre nosotros, me hinchó de orgullo.

Si no se torcían las cosas, estaba claro que esta noche la podría tener como yo quería, y darle todo el placer del mundo. Acababa de amanecer y ya estaba deseando que fuera de noche. Ese pensamiento hizo que aflorara una sonrisa en mi boca.

Adrián estaba liado con el móvil, y sabía que eso no me gustaba, así que se lo dije.

—Adrián, estamos en la mesa, y sabes que, en mi casa, las horas de la comida son sagradas, así que suelta ese móvil. ¿Nos ves a tu madre o a mí con uno en la mano? —Le dije, para ciertas cosas me gustaba ser estricto.

—Yo siempre le digo lo mismo, y generalmente no suele hacerlo —Me contestó su madre.

—Lo he cogido porque lo he notado vibrar. Es el abuelo, que me pregunta si quiere que venga a por mí y pasar el día en su casa, con mi tía, que van a pedir comida china para comer —Nos dijo, y di las gracias al cielo mentalmente.

—¿Te apetece ir? —Pregunté, cruzando los dedos para que dijera que sí.

—¿No será demasiado pronto? Recuerda que tiene que guardar reposo relativo.

—Tú lo has dicho, relativo. Que va a casa de su abuelo y su tía a comer, no va a jugar un partido de rugby, mujer.

—A mí me apetece mucho, la verdad. Así por lo menos puedo cambiar de localización.

—Pues dile que sí, pero que te recoja él, que no me apetece vestirme ahora para salir. Así tu madre y yo aprovechamos para arreglar unas cuantas cosas que tengo en el dormitorio y en la buhardilla que quiero que vea.

—Si sale más ropa tuya como la que encontramos la otra vez, me las lavas y me las guardas, que saben que me quedan como un guante y me encantan.

—No te preocupes que yo te las preparo —Le contesté, mientras que él llamaba al abuelo, que dijo que estuviera listo en quince minutos, que sería lo que iba a tardar en llegar hasta aquí.

Subió a recoger varias cosas, entre ellas su mochila del colegio, porque tenía deberes y había quedado en hacerlos con su tía. Me acerqué a Claudia, como un lobo hambriento, y le dije en el oído, después de cogerla por la cintura.

—Ni se te ocurra ofrecerle ni agua. Estos van a ser los quince minutos más largos de mi vida, te lo aseguro.

—Pues le iba a decir si querían un refresco.

—Si quieren uno, le haces un Bizum y que se lo tomen en la cafetería.

Claudia soltó una carcajada, que yo acallé con un beso, hasta que escuchamos a Adrián que nos llamaba por si podíamos ayudarlo. No quería contarle nada hasta que no fuera formal. Él sabía de mis sentimientos por su madre, y tenía las mismas ganas que yo de formar esa familia que tanto deseábamos, por eso no quería crearle falsas ilusiones.

—El abuelo dice que está en la verja, pero que no la abras, que no va a entrar, que salga yo —Me dijo mi hijo, y fue lo primero que agradecí a mi padre.

—Pues venga, te acompaño, no lo hagas esperar —Le dije a mi hijo, cogiéndole la mochila y llevándolo hasta la puerta.

Me resultó extraño que mi padre no entrara, pero no dije nada, lo saludé con una mano y él me correspondió con un guiño de ojo, que me sorprendió en la misma medida.

Cuando entré en la casa, no había ni rastro de Claudia, ni en la cocina, ni en el salón, así que subí a la primera planta. Esperaba que no se hubiera largado con cualquier excusa… ¡Qué idiota! Si se hubiera largado tendría que haber pasado por mi lado, no había otra salida.

Sin palabras me quedé, me estaba esperando en mi cama, con un conjunto de lencería que no había visto en mi vida, y los labios pintados de un rojo cereza que daban ganas de morder.

—¡La madre que te parió! Y yo pensando en que te habías ido —Le dije, levantándola de la cama, y comiéndole la boca de una manera poco racional.

Me quitó la camiseta por la cabeza, y bajó mi bañador, dejando mi miembro a la altura de su cara. Levantó la cabeza, lo cogió con su mano, y, sin dejar de mirarme, me dijo:

—Yo también me moría de ganas por saborearte —Y me dio un lametazo desde la base a la punta, sacándome un jadeo que ni yo mismo me di cuenta de que estaba soltando.

Cuando le pareció que ya había dado suficientes lametones, lo acogió en su boca, y se dedicó a succionar mientras que pasaba su lengua por todo mi glande, haciendo círculos.

—Para, o esto terminará antes de que empiece, y no es en tu boca donde quiero terminar, al menos no en esta ocasión —Le dije, y la levanté del suelo.

Era mi turno, pero lo quería hacer despacio, tomarme mi tiempo en recorrer su cuerpo. Lo quería hacer con mis manos, con mi lengua, para luego terminar penetrándola, y lo hice.

Me deshice de su sujetador, dejando sus maravillosos pechos al aire. Con ella tumbada en la cama, y yo entre sus piernas, me los metí en la boca, primero uno y luego el otro, alternando mi lengua con mis dedos, que apresaban su pezón y lo retorcía, doblándola de placer. Cuando me cansé de saborear esa parte de su cuerpo, bajé a su ombligo, donde me recreé un rato, para terminar de nuevo en su sexo, donde me volví a dar un festín.

Hice que se corriera con mi lengua, mientras que la penetraba con dos dedos. Esa vez pudo gritar a placer, porque estábamos los dos solos, y me encantó escucharla, me puse como una moto.

Recorrí el camino inverso y, mientras que ponía sus piernas en mis hombros, la penetré, pero no como cuando estuvimos en el baño de ese restaurante, sino que entré en ella despacio, y me quedé dentro de ella, notando su calor y suavidad.

—Por favor, Borja…

—Dime lo que quieres, hasta que no lo escuche no me pienso mover —Le dije, y es que estaba deseoso de que me lo pidiera, era como si necesitara oírlo para saber que ambos estábamos en el mismo punto.

—Fóllame, fuerte y flojo, quiero sentirte en todo tu esplendor —Y esas palabras me volvieron loco.

No dije nada más, sino que empecé a moverme sintiendo un placer inaudito. Había estado con muchas mujeres, pero con ninguna había sentido lo que estaba sintiendo con Claudia.

Se volvió a correr, esta vez mordiendo mi hombro, pero me daba igual. Cuando terminaron sus últimos coletazos de placer, me senté en la cama, haciendo que ella lo hiciera también, pero a horcajadas sobre mi regazo.

Sentirla de esa manera, me puso los vellos de punta. Sabía que no iba a tardar mucho en llegar yo también, pero esta vez quería que lo hiciéramos los dos a la vez. Por ello, me llevé sus pechos a la boca y, con mis dedos, atrapé su clítoris haciendo que se volviera loca de placer. Empezó a saltar encima de mi miembro como si estuviera cabalgando en una carrera y tuviera que adelantar al que tenía delante. De ese modo, ambos llegamos a nuestro punto máximo de placer, estallando los dos juntos en un orgasmo que fue demoledor.

Casi sin resuello, me dejé caer hacia detrás, llevándomela conmigo, por lo que quedó recostada encima de mí, conmigo aún dentro.

—Dios… ha sido… brutal —Dijo, recomponiéndose como podía, retirándose de mí y dejándose caer al lado mío.

—Ni que lo digas, pero esto no ha hecho nada más que empezar.

—¿Por qué nunca te pones preservativo? Dos veces que lo hemos hecho y ninguna lo has utilizado.

—Porque ya te considero mi mujer, y me da igual aumentar la familia. Es más, creo que eso me haría muy feliz —Le dije, y me miró sonriente.

—Menos mal que tomo la píldora, porque si no, tendríamos familia numerosa en menos que canta un gallo.

—¿No te gusta esa idea?

—Si te soy sincera, no lo sé. Todavía tengo miedo, y no me gustaría tener que empezar de nuevo, ese episodio de mi vida me marcó, aunque nunca me he arrepentido de tener a Adrián.

—El tiempo te demostrará que te digo la verdad.

La besé de nuevo, y la llevé en brazos hasta la ducha, donde volvimos a la carga. Esta vez fue ella la que me provocaba, enjabonándose su cuerpo de la manera más sensual que había visto en mi vida, recreándose en sus pechos y

llevando sus dedos hasta su sexo, donde no dudó en acariciarse e incluso penetrarse con dos de ellos, mientras que yo me masturbaba viéndola.

—Será mejor que siga yo —Le dije, con una voz ronca, preso del deseo.

—No sin que antes yo haga una cosa, o me quedaré con el antojo —Me contestó.

Se arrodilló delante de mí, y se metió mi miembro en la boca. Esa imagen se me quedaría grabada para siempre, el agua cayendo por su espalda, mientras que ella me daba placer. Tan estimulante me resultó, que no aguanté mucho más, y me corrí en su boca. El grito que salió de mi boca fue ronco, casi sin fuerzas, del placer que me recorrió desde la base de la columna hacia arriba.

—Ahora, ya puedes coger el testigo —Me dijo, y no me resistí.

Por suerte para mí, no tardaba más que un par de minutos en recuperarme, por lo que la ayudé a subir, me lancé a su boca, mientras que, con mis manos le provocaba un orgasmo. Tampoco a mí me hizo falta mucho para que ella lo alcanzara. Le di la vuelta, apoyando sus manos en la pared, le levanté las caderas, y la penetré, de un fuerte empellón, y estuvimos así hasta que el placer nos invadió a los dos, primero a ella y, acto seguido, a mí.

Capítulo 30



Mi padre acababa de traer a mi hijo. Fue él quien avisó a su abuelo para que viniera a recogerlo.

—Os vio en actitud muy cariñosa cuando bajó a desayunar, y entendió que necesitabais estar solos, por eso me llamó, para que le enviara un mensaje ofreciéndole venirse a mi casa —me dijo mi padre.

—No me lo puedo creer, este hijo mío nos da mil vueltas a su madre y a mí —le respondí, riendo.

Eran las nueve de la noche, pasadas, y Adrián ya venía cenado. Mi padre los había llevado a los dos a comer a un local de comida rápida, por lo que subió rápido a su cuarto, para ducharse y acostarse. Ese pequeño esfuerzo le supuso un agotamiento extremo, así que no tardaría en quedarse completamente dormido.

Claudia estaba arriba, y a mí se me ocurrió algo. Puse una dorada que tenía en la nevera al horno, con verduras, y preparé una ensalada para los dos. Salí al jardín y corté una rosa, la misma que puse en la mesa del salón, que preparé para que cenáramos los dos solos.

Me senté en el sofá a esperar a que se terminara de hacer el pescado, y encendí la televisión. Claudia tardaba un poco, pero supuse que se estaría dando un baño de espuma, de esos que le gustaba a ella, pero nada más lejos de la realidad.

—Me marcho —me dijo desde la puerta del salón, y los ojos se me abrieron como platos.

—¿Que te marchas? ¿Adónde? —le pregunté.

Se había arreglado muchísimo, llevaba puesto un pantalón *palazzo*, de talle alto, con una blusa sin mangas y un blazer, completando el atuendo con unos altísimos zapatos de tacón.

—Te dije que los sábados salía a cenar con Nerea y Fernando.

—Y con el individuo ese. Pensé que no irías después de todo lo que dijo por teléfono…

—Ese individuo, te recuerdo que tiene nombre: Santi. Y es mi amigo, por lo que no voy a dejar de verlo ni cenar con él, por mucho que tú me digas —me interrumpió.

—Al parecer, que te dijera que está enamorado de ti, te lo has tomado a broma.

—No, me lo he tomado muy en serio, por eso voy. Tenemos muchas cosas que aclarar, no quiero que nuestra amistad se vaya a la mierda por una tontería.

—Ah, claro, prefieres que lo que se vaya a la mierda sea lo nuestro, ¿no?

—Tampoco tiene por qué suceder, Borja, no me seas troglodita.

—Él amenaza con que te va a besar en cuanto te vea, y tú, lejos de dejarlo pasar, te vas a cenar con él y, encima, ¿el troglodita soy yo? —le dije, bastante enfadado.

—Eso son cosas que se dicen, no creo que lo haga.

—¿Y si lo hace? No me puedo quedar de brazos cruzados mientras pienso si te vas a besar con él o no.

—Pues no lo pienses —me dijo, como si me estuviera diciendo que, si no me apetecían las pipas, que no me las comiera.

—Mira, de verdad, desisto. Me he dejado la piel en demostrarte que te quiero, que estoy enamorado de ti, pero nada es suficiente. Ya no sé cómo hacerlo, te lo juro.

—No voy a dejar de salir a cenar con mis amigos por un arrebato de celos tuyos, lo siento, pero no —me contestó, y ya no pude más.

—No puedo más, juro por mi vida que no. Jamás te diría que no salgas a cenar o a tomar una copa, o a lo que te dé la gana, con tus amigos, pero ese hombre ya te ha dicho muy clarito lo que piensa y las intenciones que tiene, y parece ser que a ti te gusta.

—Pues sí, me gusta sentirme deseada, como a cualquier mujer. Pero lo que quiero es aclarar las cosas con Santi, ya te lo he dicho.

—Pero ¿qué más quieres que te aclare? Esto no tiene ni pies ni cabeza, y no pienso aguantarlo más.

—¿Qué me estás queriendo decir, Borja? —me preguntó, como si no fuera obvio.

—Si sales por esa puerta, lo nuestro se acabó, te trataré como la madre de mi hijo, nada más. Aunque me cueste la vida olvidarte, lo voy a conseguir. Está claro que tú no sientes lo mismo por mí que yo por ti —le dije, con mucho dolor en mis palabras.

—Te dije que no saldría bien, pero no me has querido hacer caso.

—No saldrá bien porque tú no quieres. Intentas boicotear cada cosa que hago, cada palabra o gesto que te dedico, y me estoy consumiendo en el intento. Si me quisieras, aunque fuera tan solo un poco, evitarías todo lo que pudiera hacerme daño, y esto que vas a hacer me lo hace, y mucho.

—¿Tendría que cambiar mi manera de ser por ti? ¿Me tendría que volver una monja de clausura por no herir tus sentimientos? —me contestó, sin

hacer caso a mi dolor.

—Nadie te está pidiendo eso, tan solo te digo que esa conversación la podrías tener el lunes en la oficina, tampoco es que no os vayáis a volver a ver.

—Mira, me voy, que está Santi en la puerta para recogerme con el coche, luego hablamos —me dijo, una vez que recibió el mensaje de él.

—Te lo repito, si sales por esa puerta, lo único que tú y yo vamos a hablar es referente a nuestro hijo, nada más. No pienso convertirme en el hazmerreír de nadie, creo que ya he aguantado demasiado.

Se puso bien el bolso y salió por la puerta, como si nada, como si mi dolor le importara una mierda. Quiero que quede claro que me daba igual si salía con sus amigas o con sus amigos, pero ese hombre había demostrado que no quería ser su amigo, sino su amante, y que ella quisiera salir con él no lo iba a permitir, no siendo mi pareja, al menos.

Fui hasta la cocina y apagué el horno, igual que recogí todo lo que había puesto en la mesa, tirándolo a la basura. Yo no paraba de esforzarme para que creyera en mí, pero ella no le daba valor a nada.

Mi primera intención fue llamar a Andrea, sabía que si la invitaba a cenar no me diría que no, e ir al restaurante al que ellos iban siempre, y donde coincidimos aquel día, pero entonces me pondría a su altura, y yo no era así. Por ello, subí a darme una ducha caliente, que me apetecía muchísimo, donde dejé que saliera mi dolor y me puse el pijama.

Se me había quitado el hambre, así que me senté a tomarme una copa en el sofá del salón. Esperaba que tan solo fuera una cena y que volviera a casa rápido, que me pidiera perdón y que me dijera que había aclarado las cosas con el tal Santiago ese, así que me dije que la esperaría allí.

No sé en qué momento me quedé dormido, pero cuando me desperté, algo sobresaltado, el reloj marcaba más de las cinco, y ella no había llegado. No me fui a la cama porque sabía que, a la hora que era, ya no volvería a coger el sueño. Me puse el bañador y me lancé a la piscina. Ya empezaba a hacer frío,

pero me daba igual, era lo que necesitaba para soltar todo lo que llevaba dentro. Nadé hasta que me quedé sin fuerzas, entonces salí de la piscina, me sequé y me fui de nuevo a la ducha, para quitarme el cloro.

Estaba preparando el desayuno cuando mi hijo bajó, ya se encontraba muchísimo mejor, tan solo estaba esperando a que le quitaran los puntos para poder volver al instituto.

—Papá, ¿me haces la cura, por favor? —me preguntó, y al ver mi cara, supo que algo había sucedido.

—Dame un minuto, apago la tostadora y ahora mismo voy. Ve sentándote en el sofá, que cojo el material de cura y ya mismo estoy contigo —le respondí.

Fui hasta el botiquín que tenía en mi casa, de donde cogí todo lo necesario para curar a mi hijo. Al ser yo médico, no tenía que ir todos los días hasta el hospital o centro de salud para hacerse las curas, y eso estaba acelerando su recuperación, ya que yo se lo hacía a diario, varias veces si era necesario.

—Esto está muy, pero que muy bien. Los puntos están muy secos, creo que, en un par de días o tres, podríamos quitarlos ya. Si no todos, la mayoría, pero lo veremos en un par de días.

—Anoche os escuché, y estoy de tu parte. Mi madre no debería haber hecho eso, y se va a terminar arrepintiendo, ya lo verás —me dijo mi hijo, con una pena horrible en su tono.

—No quiero involucrarte en nuestros problemas, Adrián, pero sí quiero que sepas, que se acabó, que no pienso hacer ni un intento más. Es muy duro hacer todos los esfuerzos que puedo para que la otra persona no lo valore.

—Yo haría lo mismo, papá, no te culpo. Ni siquiera ha venido a dormir a casa esta noche.

—¿Qué te pareces si tú y yo nos vamos a comer al paseo marítimo? El día está perfecto y todavía no hace demasiado frío.

—Venga, ve a vestirte, que yo voy a hacer lo mismo, y llama al tío Kevin, que seguro que se apunta también —me contestó mi hijo, intentando animarme.

No eran más que las diez de la mañana, pero salir de ahí nos vendría bien a los dos. Llamé a Kevin, que no dudó en apuntarse, tal y como había dicho mi hijo, y quedamos en una hora en mi casa, iríamos todos en mi coche.

Kevin no había llegado todavía, pero nosotros ya estábamos listos, cuando escuchamos la llave de la puerta; sabíamos quién era, así que no miré, no me apetecía verla, porque en su cara vería que había practicado sexo, y eso me mataría. No tenía otra explicación a por qué no había dormido en casa, habría pasado la noche con él.

—¿Vais a salir? —preguntó nada más entrar.

—Sí, vamos a pasar un día de chicos, estamos esperando al tío Kevin —le contestó mi hijo, mientras yo cogía las llaves del coche que estaban en la entrada.

—Pensé que hablaríamos de lo de anoche. Si no vine a dormir fue porque se me hizo tarde; como no quería despertaros, me quedé en mi piso —me dijo, pero a mí todo eso, ya, me daba igual.

—Te lo dejé muy claro, y no pienso cambiar mis planes por un arrebato tuyo —le contesté con las mismas palabras que ella me había dicho—. Adrián, te espero fuera.

Salí de la casa y los dejé allí hablando. No quise retirarme mucho, porque, en cierto modo, quería escuchar las excusas que le daría a nuestro hijo.

—Mamá, lo has hecho muy mal, y terminarás arrepintiéndote —le dijo mi hijo, en un tono con el que nunca lo había escuchado hablar con su madre; parecía que el adulto era él.

—Tenía que ir a hablar con Santi. Ni siquiera cené con ellos, te lo prometo. Hablé en la entrada del restaurante, cuando nos vimos, y los dejé allí. Supe que me había equivocado en el mismo momento en el que salí por esa puerta,

por eso no volví anoche, me fui a mi casa y me puse a ver la televisión. Te juro que es verdad.

—¿Por qué dices que lo viste en la puerta si te recogió aquí? Mamá, estaba despierto, y por la ventana pude ver cómo te montabas en un coche que no era un taxi.

—Era el coche de Fernando, el novio de la tía Nerea. Le dije a tu padre que era él para que se pusiera celoso, y la cagué.

Capítulo 31



Claudia

Era cierto que tenía que hablar con Santi, y que quería hacerlo a la mayor brevedad posible, pero no por los motivos que Borja pensaba, sino porque era mi compañero de trabajo y deseaba que supiera que solo podríamos ser amigos, que mi corazón ya tenía dueño.

¿Por qué dije esa sarta de tonterías? Pues si os soy sincera, no tengo ni puñetera idea de por qué lo hice. Fue como un mecanismo de defensa, quería demostrarle a Borja que era una mujer fuerte, que no iba a consentir que me manejara ni dominara a su antojo, aunque sabía de sobra que él no era así y que llevaba razón en muchas cosas de las que me estaba diciendo.

Supe que era un error en cuanto le vi la cara cuando le dije que Santi me estaba esperando fuera, pero no pude dar marcha atrás, era como si mi orgullo no me lo permitiera, más cuando era mentira. Quienes me esperaban eran Nerea y Fernando, y hubiera sido tan fácil como enviarle un mensaje poniendo cualquier excusa para quedarme.

—¿Y esa cara? —me preguntó Nerea en cuanto que me subí al coche.

—Acabo de tener una bronca monumental con Borja, y creo que tiene razón.

—¿Por qué dices que tiene razón? No quiero que vuelvas a actuar como cuando estuviste saliendo con Rubén, que te anuló como persona —me recriminó Nerea, pero no era el mismo caso, y yo lo sabía.

—No es igual, la situación no se parece ni por asomo —le dije, y le conté todo, desde la llamada a Santi hasta la tarde que habíamos pasado juntos.

—¿Y has tenido los santos ovarios de salir de esa casa? Todos conocemos a Borja, y cuando dice hasta aquí, no da su brazo a torcer. Demasiadas veces lo ha hecho contigo —me dijo Nerea.

—¿Quieres que demos la vuelta, Claudia? Entiendo a ese hombre, y yo haría lo mismo. No es normal que, después de lo que has contado, hayas decidido irte, la verdad. —Esta vez fue Fernando el que habló.

—Tengo que aclarar las cosas con Santi, eso es primordial. No quiero que esto influya en nuestro trabajo, sabes que hay muchos casos que llevamos en conjunto.

—Mira Claudia, no soy la persona idónea para darte consejos, porque yo fui la primera que no actuó como debería haberlo hecho, pero permítame que lo haga. Yo dudaba de mis sentimientos hacia Kevin, mucho antes de la boda, y sé que no debí casarme, pero era lo que tocaba.

—Actuaste según te dictó tu corazón —le respondí.

—No, fui una cobarde, porque cuando Fernando entró en el bufete, supe que no quería a mi marido, no como debía, al menos. Había confundido el amor con el apego, y en vez de cortar por lo sano, seguí jugando con fuego, hasta que me quemé. No me arrepiento de lo que hice, pero sí de como lo hice. Pero tú estás enamorada de Borja desde que lo viste por primera vez, al igual que él.

—Lo sé, lo que siento por él es tan fuerte que no creo que nadie pueda hacerme sentir lo mismo.

—Entonces, ¿por qué estás empeñada en alejarlo de tu vida? —me preguntó Fernando, con toda la razón del mundo.

—¿Por miedo a sufrir?

—Ya estás sufriendo, al igual que él. No lo conozco en persona, y no sé si querrá conocerme algún día, pero tengo claro que yo no haría tanto por una mujer que no me interesara, de la que no estuviera enamorado.

—Te aconsejo que, en cuanto hables con Santi, vuelvas a casa, y hables con él.

—No, cuando hable con Santi, me voy a ir a mi casa. Necesito estar sola y pensar lo que le voy a decir y cómo se lo voy a decir. Mañana, cuando me levante, iré y hablaré con Borja —le dije, porque era lo que necesitaba.

Nos bajamos del coche, y allí estaba él que, al verme, puso una sonrisa de oreja a oreja, como si él hubiera sido en vencedor de esa batalla. ¡Qué equivocado estaba!

—Sabía que vendrías, ese hombre ya es pasado en tu vida, y yo seré tu futuro —me dijo, y se acercó para besarme.

—No te confundas. Ese hombre es mi pasado, mi presente y, espero, que mi futuro. Tan solo he venido para hablar contigo, tienes que frenar esto, o al final no podremos ser ni amigos —le dije, esquivando ese beso.

—Es que yo no quiero ser tu amigo, Claudia. Quiero ser la primera persona que veas al levantarte, la que te haga arder en la cama y la que comparta contigo sus problemas —me dijo, bastante enfadado.

—Estás hablando como si yo te hubiera dado alguna esperanza, cuando sabes que no es así, siempre te he dicho que solo podría ofrecerte mi amistad.

—¿Amistad? Me invitabas a tu casa cuando querías, hemos reído juntos, me has contado tus problemas, y pretendes que crea que no querías nada más que una amistad, permíteme que lo dude.

—Eso, exactamente, es lo que hacen los amigos. Una amistad no es solo salir de fiesta.

—Pues no quiero ser tu amigo, lo quiero todo. ¿Lo tomas o lo dejas? —Me puso el ultimátum.

—Vete a la mierda. A partir de ahora, solo quiero que te dirijas a mí por temas profesionales, para lo demás, olvídate de mí —le dije, dando media vuelta para dirigirme a mi casa.

Al entrar en mi casa pensé en hacerle una videollamada a Borja, o en mandarle un mensaje, pero preferí hacerlo en persona, al día siguiente. No me metí en la cama, me quedé en el sofá, dándole vueltas a todo hasta que me venció el sueño.

A la mañana siguiente, en cuanto me desperté, me metí en la ducha y me cambié de ropa —por suerte no me había llevado toda a casa de Borja— y me dispuse a salir hacia su casa, tomando un taxi, ya que la noche anterior no había cogido mi coche.

Me bajé del taxi y entré en la parcela a través de la puerta de la verja exterior, y me dirigí hacia la casa, donde, nada más abrir la puerta, me encontré con mi hijo y su padre, arreglados y dispuestos para salir.

—Pensé que hablaríamos de lo de anoche. Si no vine a dormir fue porque se me hizo tarde, como no quería despertaros, me quedé en mi piso —le dije, intentando justificarme, pero no me sirvió para nada.

—Te lo dejé muy claro, y no pienso cambiar mis planes por un arrebato tuyo. Adrián, te espero fuera. —Salió de la casa, dando un portazo, que evidenciaba el cabreo que tenía. No me iba a resultar fácil que me perdonara.

Cuando su padre salió, mi hijo me habló, en un tono de decepción que no había empleado nunca conmigo. Intenté explicarle que no había pasado nada, que tan solo hablé con él y me fui para mi casa, pero entrando a esa hora, era difícil de creer.

Si yo estuviera en su lugar, y después de todo lo que le había dicho anoche, tampoco lo creería, y sería incluso más dura que él. Tan solo me quedaba esperar a que volviera y hablar con él, abrirle mi corazón, como no lo había hecho antes.

Subí a ponerme cómoda, y me di cuenta de que había trasladado todas las cosas que estaban en su habitación, y que eran mías, a la que había estado utilizando Kevin cuando vivía con él. Con ese simple gesto, me quería decir que intentaría pasar página, pero esperaba que me diera tiempo a frenarlo y que eso no sucediera.

Bajé de nuevo a la cocina, con la intención de prepararme algo de comer. Mi hijo me había dicho que no vendrían en todo el día, por lo que tendría que comer sola.

Lo que encontré terminó por derrumbarme. En el horno había una dorada casi hecha y, en la basura, una ensalada y una rosa. Estaba claro que era la cena que Borja había preparado para los dos, y que yo, con mi cabezonería, le había dejado plantado.

Me odié por ello. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas? Fernando tenía razón, me había empeñado en apartarlo de vida cuando no tenía razón de ser, y eso me dolía como el demonio. Porque, no solo es que nos estuviéramos haciendo daño nosotros, sino que, de manera indirecta, mi hijo también lo estaba sufriendo, y mucho, además.

Se me quitó el hambre, me preparé un sándwich con lo que encontré en la nevera y me senté en el salón a leer un rato. No sé cuándo me venció el sueño, pero el caso es que estaba anocheciendo y ni mi hijo ni Borja habían vuelto todavía.

Justo en ese momento, escuché cómo la verja se abría y entraba un coche. Al mirar por la ventana, vi cómo se bajaba mi hijo, pero Borja continuaba sentado en el asiento del conductor. Cuando vio que Adrián abría la puerta de casa, tomó el rumbo hacia fuera de nuevo.

Estaba claro que no quería hablar conmigo, por mucho que yo lo intentara, y tal y como había dicho Nerea anoche, no iba a dar su brazo a torcer, mucho menos tan fácilmente. Demasiadas veces lo había hecho ya con respecto a mí, así que, ahora, me tocaba a mí insistir, porque él no lo iba a hacer de nuevo.

—¿Ya estás aquí? ¿Dónde está tu padre? —le pregunté, intentando aparentar una tranquilidad que no tenía.

—La primera respuesta, es obvia, si no, no estarías hablando conmigo. Con respecto a la segunda, mientras estábamos tomando algo después de comer, se han encontrado con unas amigas, y han quedado para cenar. Quería venirme en un taxi, pero mi padre no me ha dejado, me ha traído un momento. Mientras, el tío Kevin y esas dos amigas, lo esperan en el restaurante de la playa.

Estaba claro, ¿no? Me estaba pagando con la misma moneda y no lo culpaba, me lo merecía de sobra. A pesar de las inmensas ganas de llorar que tenía, hice de tripas corazón y no volví a mencionar el tema. Mientras Adrián subía a ducharse y ponerse cómodo, yo me dediqué a preparar una tortilla de patatas para cenar los dos.

—¿Sabes? Me ha dicho papá que en unos dos o tres días podrá quitarme los puntos de la herida. Estoy como loco, para poder volver a mi vida de antes —me dijo, y otra vez el padre en una conversación, con lo poco que yo quería que saliera.

—Estarás contento, ¿no? —le pregunté, simulando una sonrisa.

—No lo sabes tú bien, aunque sé que, de momento, no podré hacer grandes esfuerzos, pero con el simple hecho de poder asistir a clase o de ir al cine o a pasear con mis amigos, me sobra.

—Está bien que sepas tus limitaciones, Adrián. A pesar de que, por fuera, esté ya medio curado, las heridas internas no lo están al cien por cien, y no lo estarán hasta pasados unos meses.

—Lo sé, mamá, no te preocupes. Otra cosa, ¿no me vas a preguntar cómo es la amiga con la que va a cenar mi padre? —me dijo, con toda la maldad del mundo.

—Pues no. Es su amiga y no la mía, por lo que no me interesa cómo sea físicamente, que lo pase bien, y listo —le respondí, un poco a la defensiva.

—Tú sabrás, pero yo no me dormiría en los laureles. Sabes que te has portado mal con él, y deberías arreglarlo, porque su «amiga» está cañón —me contestó, entrecomillando la palabra amiga con los dedos, como si supiera que había habido algo más entre ellos.

No le hice caso, me limité a terminar de cenar y ambos nos fuimos a la cama. Daba por hecho que no volvería en toda la noche, tal y como hice yo.

Capítulo 32



—Has escuchado todo lo que me ha dicho mi madre, ¿verdad? —me preguntó mi hijo en cuanto nos alejamos de la puerta de la casa.

—Sí, lo he hecho.

—¿La crees? —me preguntó, y no supe qué contestar en ese momento.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Una parte de mí quiere creerla, pero otra me dice que, si hubiera sido cierto lo que ha contado, habría vuelto a casa para hablar conmigo.

—¿Y si le pagas con la misma moneda? —me preguntó, de pronto, y no supe a qué se refería.

—¿Perdona? No sé lo que quieres decir.

—Pues muy fácil, *bro*, que le digas que te vas a cenar con una amiga y no vuelvas en toda la noche. Que provoques en ella la misma duda que ha creado en ti, así de simple —me dijo Kevin, al que acabábamos de recoger e iba sentado en el asiento trasero.

—Papá, mi madre actúa así por miedo, pero también porque tú le has demostrado que, haga lo que haga, siempre la perdonarás y justificarás sus actos.

—Adrián, a veces me da miedo como hablas, es como si el padre fueras tú en vez de yo —le dije a mi hijo, mirándolo a la cara.

—El niño tiene razón, y tenemos que urdir un plan, uno que no tenga fisuras, que no nos pueda coger por ninguna parte. Bueno, a ti, que a mí no me tiene que coger nada —dijo Kevin, bromeando.

—Ni que yo me entere, o serás *Kevina* a partir de entonces —contesté, inventándome su nombre en femenino, como si le fuera a cortar sus partes nobles.

Mi hijo soltó una carcajada, y estuvo llamándolo así durante todo el trayecto hasta llegar al restaurante. A pesar de las risas, en mi cabeza no dejaba de dar vueltas la idea que me había dado mi hijo, y no la veía tan descabellada. Tenía que preparar un plan, estaba seguro de que no me delataría, porque su interés era el mismo que el mío: que su madre se diera cuenta de que seguía enamorada, y no pusiera más trabas a nuestra relación.

Al bajarnos del coche en el aparcamiento del restaurante, nos dimos de frente con Nerea y Fernando. A mi amigo parecía que ya no le dolía tanto, y no dudó en acercarse a ellos.

—Buenas tardes, Nerea. Hola, yo soy Kevin, su exmarido —les dijo, dándole un beso en la mejilla a su ex y tendiéndole la mano al hombre que lo compartía todo con ella.

—Encantado, yo soy Fernando —le contestó, educadamente, estrechando su mano.

—Yo soy Borja, y él es mi hijo Adrián —nos presenté yo también, haciendo el mismo gesto, que por supuesto, correspondió.

—¿El Borja de Claudia? —me preguntó él, con una sonrisa.

—Bueno, el padre de su hijo, porque suyo no creo que ella quiera, o actuaría de otra manera.

—Nosotros íbamos a comer, ¿por qué no lo hacemos juntos y hablamos tranquilamente? —dijo Nerea.

Miré a Kevin, que asintió con la cabeza. No sabía si era porque quería estar cerca de ella, aunque fuera un rato, o si verdaderamente estaba empezando a superar todo lo que había sucedido con Nerea. De corazón, esperaba que fuera esto último, se merecía encontrar a una mujer que lo amara con el alma.

—Kevin, en primer lugar, me gustaría disculparme contigo. No actué bien, y debí contarte que no te quería como una pareja, que había confundido el amor con el apego, pero me di cuenta demasiado tarde —le dijo Nerea, con total sinceridad.

—Ahora me he dado cuenta de que yo también lo confundí, Nerea. Pensaba que te echaba de menos porque te seguía amando, pero después de estos días, me he dado cuenta de que lo que me faltaba era mi amiga, no mi mujer —le contestó él, y supe entonces por qué lo había hecho, porque dijo que sí a ese almuerzo.

—Podemos seguir siendo amigos, sabes que estaré aquí siempre, para todo lo que necesites. Me gustaría que encontraras a una buena mujer que supiera quererte como yo no supe. Ahora sé lo que es estar enamorada, de verdad, no ese amor de niños que el tiempo había desgastado.

—Y yo te lo agradezco, porque me encantaría que pudiéramos salir todos a cenar o a tomar algo, incluido Fernando, por supuesto. Amigo, no pienses que quiero reconquistarla, nada más lejos.

—Siempre y cuando dejéis fuera al individuo ese, al tal Santiago, yo me apunto —les dije, y todos estallaron en una carcajada.

—Papá, cuéntale a la tía Nerea mi idea, a ver ella qué piensa sobre eso —dijo mi hijo, invitándome a que lo compartiera con ella.

—Sí, pero antes necesito saber qué es lo que pasó anoche con tu madre y el individuo. —Así lo había bautizado y me negaba a llamarlo por su nombre.

—¿No has hablado con Claudia?

—No, me niego. Quiero que ella sufra en sus carnes lo mismo que yo he sufrido durante toda la noche.

Nerea y Fernando se miraron, y estallaron en risas. No sabía qué era eso tan gracioso que yo acababa de decir, porque a mí no me hacía ni puta gracia, la verdad.

—Anoche, cuando llegamos, porque fuimos nosotros los que recogimos a Claudia y no Santi, él ya estaba esperando en la puerta del restaurante. Le habló en un tono chulesco, ella le paró los pies y se marchó a su casa. Fin del asunto. —Me resumió Nerea.

—Él también se marchó al rato, pero con otra mujer a la que conoció mientras estábamos en la barra esperando a que nos dieran mesa. Muy afectado no estaba, la verdad. Por mucho que dijera que estaba enamorado de ella, me da la impresión de que lo único que quería era llevársela a la cama, nada más —me explicaba Fernando, que resultó ser un buen tío. La verdad es que hacía buena pareja con Nerea, se la veía como más centrada.

—Ahora que ya sabes todo, cuéntame la idea de mi sobrino, a ver si, entre todos, podemos darle forma —me pidió Nerea.

Adrián se puso a explicárselo, con todos los pormenores, los pros y los contras que veía en la situación, y ella tuvo una idea magnífica.

—Tracemos un plan, aunque desde ya te digo que lo tengo todo en mi mente, tan solo hay que darle forma.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Kevin, para luego especificar y que no hubiera malentendidos—. Lo digo como amiga, Fernando. Me vas a tener que perdonar, pero son muchos años a su lado, y hay veces, que me sale solo.

—No te justifiques más, Kevin. Aquí todos somos adultos y nadie es propiedad de nadie. Si ella decidiera darse otra oportunidad contigo, sería porque no me quisiera demasiado, y eso no lo pongo en duda, porque me lo demuestra a diario. Así que, actúa con normalidad, por favor te lo pido.

—Gracias, tío. Ahora me arrepiento de todas las veces que deseé que te cayeras por las escaleras —respondió Kevin, y todos rompimos a carcajadas.

—Dejémonos de tonterías, y vayamos al grano. Ahora, cuando terminemos de comer… no, mejor cuando esté anocheciendo, vas a ir a llevar al niño a tu casa, y saldrás de ella con tu coche. Nosotros te estaremos esperando fuera, y me lo llevaré para dejarlo aparcado en tu plaza del hospital.

—¿Y qué tiene que ver eso con Claudia? —pregunté, porque no sabía a donde quería llegar.

—Déjame terminar, hombre. Ahí es donde entra Adrián, que le dirá a su madre que Kevin y tú habéis coincidido con unas amigas y habéis quedado para cenar, que él pretendía volver en taxi, pero que su padre no lo ha dejado.

—Puedo decirle también que la tía estaba cañón y que lo estaba esperando, junto al tío Kevin y su amiga en el restaurante donde iban a cenar.

—Eres un crac, chaval. Si el niño estuviera delante, ella pensaría que solo es una cena, pero como lo has devuelto a casa, ya empezará a darle vueltas a todo, que la conocemos.

—Vale, hasta ahí muy bien, ¿pero para qué te vas a llevar mi coche? —Seguía sin entender esa parte.

—Porque no vas a aparecer en toda la noche, ni en toda la mañana, porque estarás en el hospital. Te vas a dormir a casa de Kevin y, cuando salgáis para el trabajo, procurad hacerlo un poco antes, así ella no se dará cuenta de que vais los dos en su coche.

—¡Qué bien pensado, tía Nerea! Pero podemos añadirle algo más. Cuando mañana os encontréis las dos en la oficina, como ella no sabe que habéis hecho las paces, puedes decirle que viste a mi padre con una mujer cañón, mientras cenabas con Fernando, y él puede corroborarlo.

—Este niño sale a mí, es de mente retorcida —dijo Nerea, y todos reímos por sus palabras.

—Cuando volváis los dos del trabajo no tendréis más remedio que sentaros a hablar —dijo Kevin, que miraba asombrado a mi hijo.

—¿Y si se lo traga todo y no vuelve a casa? ¿Y si decide que prefiere estar alejada de mí? —Ahora todo eran dudas en mi cabeza.

—No te preocupes por eso, déjalo en mis manos, que va a volver incluso antes. No te extrañes de que te llame para comer contigo, los dos a solas. Si eso pasa, yo te aviso, Adrián, y te recojo para que comas con nosotros —dijo Fernando, que cada vez me caía mejor.

—Yo también puedo hacerme cargo de él, por eso no hay problema —contestó Kevin, que vivía al lado de mi casa.

—¿Os habéis parado a pensar en que tengo dieciséis años y sé valerme por mí mismo? Ni que fuera la primera vez que tengo que comer solo. A modo de recordatorio y sin ofender a nadie, vivo con mi madre en un piso desde que tenía doce años, y fueron muchos los días que, al volver del colegio, mi madre no estaba y me tenía que calentar la comida —dijo mi hijo, al que estábamos tratando como si tuviera dos años.

—Tienes razón, Adrián, y te pedimos disculpas, pero es que ahora estás convaleciente de varias operaciones y no queremos que te ocurra nada que te vuelva a llevar a pasar por quirófano —le dije, y él lo entendió, o disimuló para que lo dejáramos en paz, que también podía ser.

Con todo el plan trazado, fuimos a tomar una copa para hacer tiempo, y pudimos conocer un poco más a Fernando. Era todo lo contrario a como lo había pintado Cayetano; estaba enamorado de Nerea desde que la vio, fue un flechazo, tal y como nos estaba contando. Sabía que estaba casada, pero también era consciente de que no era feliz, por las innumerables veces que ella se lo había comentado.

Kevin se vino abajo, pero Nerea le hizo saber que nada tenía que ver con como la trataba él, sino que era cosa de ella, a la que el amor se le había ido casi sin darse cuenta.

Esa copa sirvió para que ellos dos aclarasen todo, y Kevin le prometió que hablaría con Cayetano para que conociera bien a Fernando, quien tampoco se merecía los desplantes que él y Julia le hacían a diario.

Fernando decía que no le importaba, pero siempre queda la espina de qué pasaría si los padres de tu pareja te trataran distinto. Lo sabía por experiencia, y no porque los padres de Claudia me tratasen mal en su día, pero sí me recordaban cada dos por tres que su hija y yo no teníamos nada en común, y que les daba la impresión de que yo jugaría con ella. Por desgracia, o más bien por culpa de mis padres, vieron confirmada su teoría.

Capítulo 33



Había llegado la hora de empezar la mayor actuación de mi vida. Nos subimos al coche y emprendimos rumbo a mi casa. No puedo negar que estaba nervioso, y mi hijo se dio cuenta de ello, por lo que empezó a reír a carcajadas.

—¿Me puedes explicar qué es eso tan gracioso que hace que te rías a carcajadas limpias? Lo digo porque así nos podríamos reír los dos.

—Ay, papá. Es que resulta muy gracioso verte como un adolescente de quince años en su primera cita, con ese cuerpo y esa edad que tienes —me respondió, y la verdad es que tenía razón.

—No te lo puedo negar, pero es que me juego mucho.

—Eso no es cierto, no te juegas nada. ¿Sabes por qué? Porque ahora mismo, entre mi madre y tú, hay menos que nada, así que esto lo hacemos para ganar, no para perder. —Sus palabras me hicieron reflexionar.

—Ojalá no tengamos que arrepentirnos de nada.

—No seas tan negativo, papá. Hagamos una cosa: en cuanto entre a mi cuarto, te envío un mensaje y te cuento la reacción de mi madre cuando se entere. ¿Te parece bien?

—Sería una buena forma de tranquilizarme, sí, señor —le dije, sonriendo.

Tal y como llegamos y él se bajó del coche, di media vuelta, saliendo nuevamente de mi propiedad, donde me estaban esperando los demás. No sé cómo no se dio cuenta de que había otro coche fuera, porque la vi mirando a través de la cortina del salón.

—Venga, dame las llaves, yo me llevaré tu coche, mañana te escribo cuando hable con ella —me dijo Nerea, dándome un beso.

—Parece que estamos planeando un robo, solo nos falta decir: «sincronicemos los relojes» —dijo Kevin, como si estuviera en una película, haciendo que todos riéramos.

Por suerte, Fernando había llevado su coche hasta la puerta de la de Kevin, desde donde no nos oiría nadie reírnos, porque teníamos formado un buen escándalo.

Mi amigo volvía a ser el que era, y eso me hacía muy feliz. Entramos a su casa, donde tenía algunas prendas mías para poder vestirme al día siguiente. Siempre habíamos hecho eso, dejar algo de ropa en la casa del otro para cualquier imprevisto, y me iba a venir de lujo.

Entramos y nos pusimos cómodos, a continuación, Kevin metió una *pizza* en el horno y sacamos unas cervezas. Nos sentaríamos en la parte del salón que no daba a mi casa, para que no se viera la luz encendida, no al menos tan pronto, y nos dispusimos a cenar tranquilamente.

—Ayer invité a Carolina a un café, me armé de valor, y la llamé —empezó a contarme.

—Dime que aceptó y pasasteis la tarde juntos —le incité a que siguiera contando.

—Pues sí, estuvimos toda la tarde en una cafetería cerca de su casa. Congeniamos muy bien, y la química que está surgiendo entre nosotros es brutal.

—¿Le confesaste que estás interesado en ella?

—Tanto como confesarme, no, pero sí que le dije que me gusta, y que me gustaría que nos conociéramos mejor.

—Habla, tío, que me cuentas las cosas por episodios, como las series turcas, cuando llega lo mejor, te callas y hay que esperar a otro capítulo —le reproché, y estalló en carcajadas.

—Solo te voy a decir que, al dejarla en su casa, la besé, y que no me rechazó. Hemos quedado el viernes para cenar, y lo que surja.

—No sabes cuánto me alegro por ti, hermano.

En ese momento, me entró un mensaje de mi hijo, y giré el móvil para que mi amigo lo leyera al mismo tiempo que yo.

Adrián: *Todo va viento en popa. No veas la cara que ha puesto cuando le he dicho que tu «amiga» era un bombón de mucho cuidado.*

Borja: *¿Te ha preguntado ella?*

Adrián: *No, ella tan solo me ha preguntado dónde estabas tú. Cuando se lo he contado, su rostro ha cambiado, por mucho que ha intentado disimular. Le he dicho que se ponga las pilas, que luego se va a arrepentir.*

Borja: *Ja, ja, ja. Eres único, hijo mío. Ahora, deja el móvil, y borra los mensajes, no vaya a ser que le dé por mirar y nos joda el invento. Buenas noches, te quiero.*

Adrián: *Eso no lo haría nunca, pero los borro, por si acaso. Yo también te quiero, que descanses.*

—Te prometo que, si alguna vez tengo un hijo, quiero que sea así —me dijo Kevin, y un globo de orgullo se infló dentro de mí.

—Es increíble, y tiene una madurez que muy pocos niños de su edad poseen. Cada vez estoy más orgulloso de él, y no es pasión de padre.

—Para nada, es para estarlo. ¿Te apetece una copa?

—Pues sí, pero solo una y porque todavía es temprano, que mañana no quiero estar en la consulta con ojos de vampiro próximo a la jubilación.

Estuvimos un rato más compartiendo esa copa y una buena conversación. Hablamos de lo bien que se había sentido con Carolina, del tercer grado al que someteríamos al día siguiente a Valentina, que nos había mantenido oculta a su nueva conquista.

—Si no llega a ser por la llamada de ayer, ni me entero yo tampoco —le contaba a Kevin.

—Será desgraciada la tía, ocultarnos algo así. Mañana se va a enterar —decía Kevin, en tono de broma.

Subimos hasta las habitaciones, despidiéndonos en la puerta de cada uno, y poniendo el despertador a las seis, para salir a las seis y media y que Claudia no nos viera. Ella salía de casa a las siete y media, por lo que no nos daría tiempo ni a desayunar, ya lo haríamos tranquilamente en la cafetería del hospital, antes de incorporarnos a nuestro puesto de trabajo.

Si os digo que esa noche cogí el sueño del tirón, os estaría mintiendo. Casi no pegué ojo; no sabía si era por los nervios ante la reacción de Claudia o porque tenía el estómago demasiado lleno y la pesadez no me dejaba alcanzar ese ansiado placer que es dormir.

Llegó la hora y, cuando sonó el despertador, salté de la cama como un resorte, no me costó ni trabajo, mientras que a Kevin parecía que lo había atropellado un camión después de que lo tiraran desde lo alto de una azotea.

—He visto zombis en *The Walking Dead*, con mejor cara que tú —le dije, riendo al borde de la escalera.

—Muy gracioso; a ti quería verte yo en mi situación. Como alguna vez tengas los santos cojones de decirme que no soy buen amigo, te cuelgo de los huevos —me dijo.

Mi amigo tenía un problema con el sueño, era la persona más dormilona que había conocido en mi vida, por eso no llevaba bien el tener que

madrugar, y encima hoy, por mi culpa, se había levantado una hora antes.

—No te digo que conduzcas tú porque podría verte Claudia, pero solo haré el trayecto hasta la esquina, que ya estarás fuera de su vista. A partir de ahí, me pongo en el asiento del copiloto y lo llevas tú, porque de lo contrario, nos pegaremos una leche de cuidado —me dijo Kevin, entrando en el vehículo.

—Venga, en cuanto dobles la esquina hacemos el cambio. Yo no he dormido nada, pero la adrenalina que corre por mis venas en este momento no me va a hacer decaer, te lo puedo asegurar —le contesté.

Eso hicimos, mientras salíamos de su casa. Yo iba en el asiento trasero, tumbado, por si a Claudia le daba por asomarse al ver el coche de Kevin. Al doblar la esquina de nuestra calle, paró el coche y se bajó. Fue todo el trayecto durmiendo, y eso que no eran mucho más de quince minutos en coche.

Entramos en la cafetería y él pidió dos cafés: negros, sin leche ni azúcar. No sé cómo podía beberse eso, y encima dos. Yo, con tan solo darle un sorbo a uno, tendría que salir disparado al baño, me iría por la patilla.

Estábamos desayunando cuando vimos aparecer a Valentina, con una sonrisa de oreja a oreja, y no dejamos pasar la oportunidad. Especialmente Kevin, que se lanzó a la yugular.

—Tú, asquerosa, ya nos puedes ir contando quién es esa novia tuya que te has echado y que no has tenido los ovarios de decirnos nada —le dijo, sin dejarla ni que se sentara.

—Buenos días para ti también, amigo del alma —contestó ella, con mucha ironía.

—Sí, sí, todo el amigo del alma que tú quieras, pero no has abierto la boca para nada.

—Si no te llego a llamar el otro día, yo también viviría en la inopia, y eso que yo te lo cuento todo. Me he sentido traicionado y ninguneado, que lo sepas —le dije, haciendo como el que estaba ofendido.

—Vaya dos dramas que estáis hechos. Si no os he contado nada, ha sido porque no ha surgido, no porque quisiera ocultarlo.

—Eso no te exime de tu culpa. Además, sigues sin decirnos quién es, si la conocemos o no, qué edad tiene. ¿No te has enterado todavía de que lo queremos saber todo? —Continuaba Kevin en sus trece.

—Se llama Lucía, tiene veintiocho años y es matrona. Sí, la conocéis, porque trabaja con nosotros, más concretamente con Carolina.

—¿Qué Carolina? ¿Mi Carolina? —preguntó Kevin, dándole un dato que ella no sabía.

—¿No era yo la que no había contado nada de una conquista? Por lo que veo, más de uno se está callando cosas aquí.

—No, no, lo que quería decir es…

—No lo niegues, lo que querías decir es lo que has dicho. ¿Desde cuándo estáis juntos? —preguntó Valentina.

—Estamos conociéndonos, pero todavía no hay nada serio. Se lo dije el otro día, que la invité a tomar café. Entre nosotros tan solo ha habido un beso.

—Chico, que atrasado vas. Porque entre mi Lu y yo ha pasado de todo, pero eso os lo contaré otro día, que ahora ya vamos tarde y todavía no he desayunado.

Pidió un desayuno completo que devoró en un pispás, y salió disparada para la planta, a preparar la consulta para cuando yo llegara. Ese día teníamos citas desde las ocho y media hasta las dos menos cuarto, con un descanso de media hora entre las once y las once y media, para tomar algo.

Tenía la esperanza de que fuera en ese horario cuando contactara conmigo Nerea, para poder contestar a sus mensajes de inmediato, y no tener que quedarme con la duda de lo que había pasado si tenía que comentarle algo.

Tal y como esperábamos, la mañana fue frenética. Al parecer, había un brote de varicela, y varios niños de una misma guardería se habían ido contagiando unos a otros, por lo que acudieron incluso fuera de agenda. No era algo muy complicado, pero sí bastante fastidioso, por lo que la medicación era para todos la misma.

No pudimos ni hacer ese descanso, en el que estuvimos atendiendo a un par de pequeños más, que habían llegado de urgencia con erupción y fiebre muy alta. Mi teléfono no paraba de vibrar, y me moría por mirarlo, pero antes que nada estaba mi deber como pediatra, ya lo miraría cuando tuviera un rato libre.

Cuando al fin tuve un momento, me lancé de cabeza al móvil. Había dos mensajes; el resto era publicidad y algunos correos de la revista médica londinense con la que colaboraba de vez en cuando.

Nerea: *Le he contado lo que hablamos, tenías que haber visto su cara. Ja, ja, ja. Me ha dicho que te iba a enviar un mensaje para quedar contigo; luego me llamas y me cuentas a la salida. Un beso.*

Claudia: *Tenemos que hablar. ¿Te parece si comemos juntos? Espero tu respuesta. Un beso.*

Nunca le había gustado hablar por mensaje; decía que no sabías el tono en el que te hablaba la otra persona, por eso era tan escueta siempre que enviaba uno.

Capítulo 34



Claudia

¡Vaya noche más mala la que había pasado! Me imaginé a Borja en todo tipo de situaciones, y me estaba volviendo loca. ¿Por qué coño no me volvería yo a casa la noche anterior? O, mejor aún, ¿cómo se me ocurrió salir y no hacerle caso?

Media barra de antiojeras me tuve que poner esa mañana, porque parecía el oso de *Kung Fu Panda*. No podía ni con mi alma, pero tenía que ir a trabajar sí o sí. Me vestí casi por inercia, por suerte había dejado todo preparado el día anterior. Esa fue una de las múltiples cosas que hice para entretenerme, además de limpiar la casa a fondo y hacer un poco de deporte.

Cuando llegué a la oficina, al primero que vi fue a Santi, que ni se dignó a mirarme. ¿Pensaba que iba a llorar por eso? Pues anda que no estaba equivocado ni nada. Nerea me contó que, nada más yo irme, conoció a una en la barra y que se marchó con ella. El que decía que estaba tan enamorado de mí, y lo único que pretendía era llevarme a la cama.

—Claudia, no sabes lo que me pasó ayer —me dijo Nerea, entrando en mi despacho como si fuera el suyo.

—No tengo la cabeza para muchas tonterías, la verdad —le contesté, pero es que estaba de un mal humor increíble.

—Pues me vas a escuchar, quieras o no, que para eso eres mi amiga.

—Venga, vale. ¿Qué te pasó ayer? —dije, deseando que se marchara y me dejara en paz. Quería sumergirme en el trabajo a ver si, de ese modo, me quitaba a Borja de la cabeza.

—Salí a cenar con Fernando y, ¿a quién me encontré? A Kevin y a Borja, e iban muy bien acompañados los dos. Me alegro por Kevin, a lo mejor, si encuentra a alguien del que se enamore, podemos ser amigos. —Desde lo de bien acompañados ya no había escuchado nada más.

—Mira que bien. —Fue lo único que pude articular.

—Chica, si yo fuera tú, intentaría arreglar lo tuyo con Borja, ahora que todavía es posible, porque esa mujer se veía muy interesada en él. —Ahí, metiendo el dedito en la llaga, hasta el fondo.

—¿Y tú cómo sabes eso? Mira que lo mismo le dije yo de Valentina, y resulta que de verdad son buenos amigos, además de que ella es lesbiana, que me lo dijo muy clarito. —Yo intentaba darle la vuelta al asunto, por mi salud mental, más que nada.

—Vi la cantidad de carantoñas que le hizo y a las que Borja no hizo ascos, te lo digo yo. ¿A qué hora volvió a casa? Porque cuando nosotros nos fuimos, todavía estaban allí los cuatro.

—No volvió, es más, todavía no ha vuelto, debe estar en el hospital. O entre las piernas de esa mujer, que igual hoy tenía el día libre y yo no lo sé.

—¿Ya estás contándole el chisme de ese chico que vimos anoche? —le preguntó Fernando, abrazándola por la espalda.

—Dile, tú que eres hombre, cómo era esa mujer que estaba con Borja. Te prometo que no me voy a enfadar, al fin y al cabo, yo también miro cuando veo a un hombre guapo que me llame la atención.

—Claudia, yo no quiero preocuparte, pero esa mujer era un cañonazo. Tenía un cuerpo espectacular, y unas piernas infinitas. Además, se veía muy interesada en Borja, no paraba de hacerle carantoñas, y él no parecía muy incómodo recibiéndolas, también te lo digo.

—¿Y si es demasiado tarde y lo he perdido para siempre? —pregunté, más para mí que para ellos, la verdad.

—Cariño, el amor no se va de un día para otro. Tal vez eso solo era un intento de olvidarte, de pasar página, así que no seas tonta y llámalo. Te dejamos sola, que tenemos un juicio que preparar.

Se marcharon de mi despacho, y me quedé con el móvil en la mano. Nunca me había gustado hablar por mensaje, por eso era tan escueta cuando lo hacía, pero no lo iba a llamar. Estaría trabajando y sabía que, cuando pasaba consulta, a no ser que fuera alguna llamada urgente, no solía atender el teléfono.

Claudia: *Tenemos que hablar. ¿Te parece si comemos juntos? Espero tu respuesta. Un beso.*

Sabía que no me contestaría de inmediato, así que dejé el móvil a un lado y me dispuse a empezar a trabajar. Tenía varios casos pendientes de juicio, y todos serían en fechas muy cercanas, así que se me acumulaba el trabajo.

Tanto me sumí en el trabajo, que ni cuenta me di de la hora que era, hasta que entró Nerea para llevarme a rastras a tomar un café.

—Amiga, son las doce, creo que nos merecemos un pequeño descanso —me dijo, al abrir la puerta, sin llamar, como siempre.

—¿Ya es esa hora? No me lo puedo creer, se me ha ido el santo al cielo.

—Venga, vamos, te iba a decir que te invitaba a un café, pero cambio a un refresco, que nos vendrá bien.

—Sí, será lo mejor, porque entre los nervios y el trabajo, voy a terminar tirada por los suelos.

—¿Lo has llamado?

—No, le he enviado un mensaje, pero todavía no lo ha leído, estará liado en la consulta. —O al menos, eso quería pensar, porque lo había enviado a

las nueve y media.

—Seguro que es eso, ya te contestará más tarde.

No sé por qué, pero tenía la impresión de que Nerea sabía algo que yo no, pero no tenía la cabeza en esos momentos para más intrigas, ya me enteraría más tarde, porque ella no era de guardar los secretos mucho tiempo, los suyos, me refiero.

Nos tomamos ese refresco con algo para picar, que tampoco había comido nada en toda la mañana y empezaba a notar cómo me flaqueaban las piernas.

En cuanto subimos de nuestro pequeño piscolabis, me volví a encerrar en el despacho, sumida en esa montaña de papeles que adornaban mi mesa, hasta que noté cómo el teléfono vibraba.

Borja: *Nos vemos a las tres en el restaurante de la playa, al que vamos siempre que pone ese arroz tan bueno.*

Cuando vi que el mensaje era de Borja, me apresuré a leerlo. No había sido un derroche de cariño, ni mucho menos, pero algo me decía que no estaba todo perdido, que todavía quedaba por lo que luchar.

Miré el reloj y vi que eran las dos y cuarto, por lo que me di prisa en recoger todo lo que tenía encima de la mesa, apagar el ordenador y salir pitando. Encontrar aparcamiento por esa zona era casi misión imposible y no quería llegar tarde y que se pensara que no iba a acudir.

De camino al coche, llamé a Adrián, para que se calentara algo o se pidiera un menú en alguno de esos locales de comida rápida.

—Adrián, voy a comer con tu padre, a ver si puedo arreglar algo. En la cajita del dormitorio donde duermo tienes dinero, pídete algo de comer —le dije, mientras que me montaba.

—No te preocupes, mamá, te iba a llamar ahora para decirte que me había llamado la tía Nerea, que venía a recogerme para que comiera con ella y con su novio, quiere que lo conozca.

—Pues no me ha dicho nada y hemos estado juntas hace solo unos minutos.

—Se le habrá pasado, o como yo le he comentado que te llamaba, por eso no te ha dicho nada. No lo sé, el caso es que me ha dicho que me recogería en media hora.

—Vale, vale, será eso. Pásatelo de lujo y no seas muy cerrado con Fernando, es un gran hombre. Un beso, si quieres algo, me das un toque al móvil. —Me despedí de mi hijo con las mismas palabras que le decía siempre.

Ese día la suerte me sonrió porque nada más llegar a la zona, encontré un aparcamiento casi en la misma puerta del restaurante. Todavía faltaba media hora para la cita, pero decidí entrar y pedirme una cerveza. Me iba a hacer falta para afrontar todo lo que se me venía encima.

—Buenas tardes, ¿me pone una cerveza, por favor? —le pedí al camarero, cuando lo escuché detrás de mí.

—Que sean dos, y una mesita para comer, si eres tan amable —le dijo al mismo chico que me había atendido.

—Borja… —Os juro que no sabía por dónde empezar.

—El mismo que viste y calza. ¿Por qué me has llamado, Claudia? —me preguntó, con un tono de tristeza que me encogió el corazón.

—Yo… —No puede decirle nada más, preferí hacérselo saber con hechos.

Me puse de puntillas, porque hasta con tacones me sacaba una cabeza, y le di un beso en los labios, que él no dudó en corresponderme, agarrándome de la cintura.

—Te quiero. —Me atreví a decir, por fin.

—Me moría por escucharlo de tus labios —contestó él, besándome de nuevo.

—Quiero que sepas que tenías razón, Santi quería lo que quería, y yo fui una ilusa pensando que podíamos ser amigos. Me da igual si anoche te acostaste con tu amiga, no quiero pensar en eso, pero yo no lo hice con él, ni siquiera…

No me dejó continuar, me calló con otro beso, pero ese fue más profundo, más necesitado, por parte de ambos, la verdad.

—No me acosté con nadie, dormí en casa de Kevin.

—Pero… no vi tu coche, ni esta mañana tampoco.

—Es una larga historia que te contaré luego en casa, ahora vamos a disfrutar del almuerzo, y de nuestra compañía. Adrián come con Nerea y duerme con Kevin. Tenemos todo el día para nosotros solos.

Cuando me dijo eso, supe que esto era algo que habían urdido entre todos, pero lo que no encontraba era el momento en el que lo habían hecho, y eso me tenía de lo más intrigada, pero no preguntaría nada, ya me lo contaría Borja luego.

Comimos entre risas y caricias, esas que me hacía mi chico por encima de la mesa. Era cierto que tendríamos que hablar largo y tendido, porque no pensaba separarme ni un segundo más de él, de mi familia, porque eso era lo que representaban él y mi hijo.

Ahora me tocaba a mí demostrarle todo lo que lo quería, y no iba a dudar en hacerlo. Me dejaría la piel si era necesario. Le conté lo que me había pasado con Santi, cómo volví a mi casa sola y sin cenar con ellos, y cómo me había tratado durante el encuentro en el bufete esa mañana.

—No me gusta decir «te lo dije» pero en esta ocasión, no puedo evitarlo —me respondió.

—Ahora, ¿me vas a decir quién es esa amiga tan cañón con la que cenaste anoche? Por lo que me han contado, ella también está muy interesada en ti —le dije, y estalló en una carcajada.

—No existe. ¿Quieres saber con quién cené anoche? Pues con Kevin, una *pizza* congelada en el salón de su casa.

—¿Cómo? Quiero saber todo con pelos y señales —le dije, bastante asombrada, por todo lo que me había dicho, alguien tenía que ser.

Cuando me explicó que todo había sido idea de nuestro hijo, y que contó con la ayuda de Nerea, Fernando y Kevin para llevarlo a cabo, casi me caigo de la impresión.

Pero, si eso me dejó anonadada, más lo hizo el hecho de que comieran todos juntos en ese restaurante, que mi amiga y su exmarido había hablado como personas civilizadas, quedando en ser los mismos buenos amigos que habían sido siempre y como Kevin parecía que había encontrado de nuevo el amor en una ginecóloga del hospital.

—Así que, Adrián ha sido la cabeza pensante de todo esto…

—Sí, y tendremos que darle las gracias, porque sin su idea no estaríamos ahora aquí sentados.

Capítulo 35



Dudé si contestar al mensaje o no, pero al final, dejé mi orgullo de lado y quedé con ella para comer en el mismo restaurante de siempre. Antes, llamé a mi padre, y le conté por encima.

—Dime, Borja, ¿sucede algo?

— Sí, y no.

—Tan ambiguo como siempre, hijo. Especifica un poco más, o no me enteraré de nada.

—Verás, el sábado, Claudia y yo discutimos, y estamos en vías de solucionarlo, que tampoco es seguro, también te lo digo, pero me gustaría tener la casa para nosotros solos durante la tarde…

—Quieres que me lleve a Adrián a comer a mi casa, ¿no es así? —me dijo mi padre, tan astuto como siempre.

—Pues precisamente, eso es lo que te iba a pedir.

—No te preocupes, que yo me encargo. Pero no solo la tarde, le diré que se quede en mi casa a dormir. Sofía estará encantada, te lo aseguro. Mi nieto es lo mejor que le podía haber pasado a mi hija y, por ende, a toda mi familia.

—Gracias, papá. Adrián estará ahora mismo en clase, ayer le quité los puntos y hoy no ha querido esperar para volver, así que no puedo localizarlo,

y supongo que Sofía estará en la misma situación. ¿Cómo lo hacemos? —le pregunté a mi padre, a ver si él tenía alguna idea.

—Estoy cerca del instituto, por temas laborales, así que, yo los recojo en la puerta a los dos y le explico a mi nieto. Vete tranquilo, en cuanto esté con ellos, le diré a Adrián que te envíe un mensaje.

—Te vuelvo a dar las gracias, papá. Tengo que solucionar el tema con Claudia, y no nos va a llevar poco tiempo. Tenemos muchas cosas que decirnos y quiero que, de una vez por todas, esté todo claro.

Colgué la llamada y me dirigí hacia el restaurante. Llegaba un poco antes de la hora en la que habíamos quedado, pero prefería esperar a que me esperaran. Eso no era algo nuevo en mí, así que, no podría achacarlo a las ganas que tenía de verla.

La vi entrar, tan guapa como siempre, aunque se notaba que estaba cansada, quizás no había podido dormir bien, como me ocurrió a mí la noche en la que ella salió. Pidió una cerveza en la barra, y aproveché para ponerme detrás de ella y que notara mi presencia.

—Borja… —me dijo, y en sus ojos pude notar cómo no sabía por dónde empezar.

—El mismo que viste y calza. ¿Por qué me has llamado, Claudia? —le pregunté, con tristeza, porque no sabía por dónde podía salir la cosa.

—Yo… —No habló nada más, me besó, y no pude rechazar ese beso que tanto había ansiado.

Cuando escuché de su boca las palabras «te quiero», me sentí rebosante de satisfacción. Por fin había derribado el maldito muro que nos separaba, aunque todavía nos quedaban muchísimas cosas que aclarar y mucho que hablar. No quería que se me quedara nada en el tintero, porque no soportaría otra vez ningún gesto de rechazo por su parte; mi corazón no lo soportaría.

Íbamos hacia la mesa que nos habían preparado, cuando mi teléfono empezó a vibrar, sabía que era mi hijo, así que lo saqué del bolsillo.

Adrián: *El abuelo me ha contado todo, espero que ya estés con mamá y aclaréis todo. A por ella, campeón, que tú puedes.*

No pude más que sonreír ante las palabras de mi hijo. Sabía que adoraba a su madre, y que jamás le haría daño, y eso era lo que lo empujaba a darme ánimos para conseguir formar esa familia que tanto deseábamos.

Me explicó lo que había pasado la noche anterior, y todo fue tal y como me dijeron Nerea y Fernando que había sucedido. A eso añadió cómo Santi —o «el individuo», como yo llamaba a ese hombre— la había tratado cuando habían coincidido en la oficina.

Por otro lado, yo también le conté que no había ninguna amiga con la que cenara esa noche, y la puse al tanto de la idea de mi hijo, y de cómo Nerea y Fernando nos habían ayudado a poner en marcha el plan.

—Estoy seguro de que Nerea, esta mañana te ha dicho que me vio, y te ha expuesto, con todo lujo de detalles, la situación. ¿Me equivoco? —le pregunté mientras estábamos comiendo.

—Para nada, incluso Fernando. Él se encargó de detallarme el aspecto de esa mujer, que, según su opinión, era un cañonazo de mujer.

—Era la mujer ideal, ni creada a mi medida, vamos —le dije, riendo, y me llevé un manotazo por su parte.

—Pues lo tienes fácil, quedas con ella otra vez y listo —me contestó, fingiendo enfado e indignación, y eso me provocó una carcajada.

Terminamos de comer y decidimos dar un paseo por la playa, que estaba de lo más tranquila, con tan solo dos o tres personas tomando el sol y otras tantas paseando.

En un determinado momento, y en una zona bastante apartada y solitaria, nos sentamos en la arena, para ver el atardecer, que nos estaba regalando una maravilla de luz y color. Se situó entre mis piernas, apoyando su espalda en mi pecho y sentí que, por primera vez en mi vida, estaba completo. Tenía

todo lo que siempre había soñado, y no pensaba perderlo de nuevo, nunca más.

Empezamos a besarnos, bueno, en realidad, empecé a besarla yo, por el cuello, el lóbulo de la oreja, hasta que ella giró la cabeza, dándome pleno acceso a su boca. Lo que empezó como algo simple y dulce, se transformó en algo profundo y necesitado, tanto para ella como para mí.

—Creo que deberíamos irnos a casa, o terminaremos detenidos por escándalo público —le dije una vez pudimos parar el beso.

—Sí, porque no sé si seré capaz de contenerme después de dos o tres besos como este —me dijo, levantándose de la arena y ofreciéndome su mano para ayudar a que me levantara.

El trayecto hasta donde teníamos aparcados los coches lo hicimos abrazados, comiéndonos a besos como si fuéramos dos quinceañeros, pero había llegado el momento de separarnos.

—Te veo en casa, no te entretengas —me dijo, dándome un breve beso en los labios antes de entrar en su coche.

—Tengo el mío ahí mismo. Espera a que pase por tu lado y sígueme, que no quiero perderte de vista —le contesté, y era cierto, aunque fuera a través del espejo retrovisor, quería tenerla controlada.

Eso hicimos, yo pasé por su lado y ella arrancó su coche para seguirme, hasta que entramos en nuestra parcela. Todo fue aparcar los dos coches, y lanzarnos el uno al otro. No nos dio tiempo ni de entrar en la casa, allí mismo, apoyados en la puerta del copiloto de mi coche, la aprisioné, dejando su cuerpo entre el coche y el mío.

Afortunadamente, para mí, llevaba un vestido y medias de liga, por lo que no me fue muy complicado llegar hasta su zona sensible, esa que me dediqué a acariciar en toda su longitud, de arriba abajo, penetrándola con dos dedos mientras mi pulgar se centraba en su zona de placer.

—No aguanto más, Borja. Te necesito dentro… —Jadeaba, presa del placer, mientras mi pene daba un bote de júbilo al escucharla.

Abrí mis pantalones lo justo para poder sacar mi miembro, y la penetré fuertemente, a la vez que la cogía por su trasero y la levantaba, haciendo que me rodeara la cintura con sus piernas. Si alguien hubiera abierto la verja y entrado en mi parcela en ese momento, hubiera sido testigo del espectáculo que estábamos dando.

No sé cómo pude, pero abrí los botones de su camisa, y saqué sus pechos del sujetador que llevaba, del que ni me fijé, todo sea dicho, y me los llevé a la boca, mordiendo y lamiendo su pezón; primero uno, luego otro, y así sucesivamente, hasta que no pudimos más, y estallamos en un fuerte orgasmo, que gritamos hasta desgañitarnos la garganta.

—Si llega a entrar alguien…

—Si eso hubiera pasado, la culpa la tendría esa persona, por entrar, sin que lo hubiéramos invitado y, encima, sin llamar —le contesté, bajándola al suelo.

—¿Y si hubiera sido Adrián?

—Adrián no va a venir en toda la noche. Como te he dicho antes, estaremos completamente solos hoy. Nuestro hijo dormirá en casa de mi padre, ya están los dos avisados de que no quiero aquí a nadie hasta mañana al mediodía.

—¿Te has dado cuenta de que, de nuevo, no te has puesto preservativo? —me preguntó mientras entrábamos en casa.

—¿Te has dado cuenta de que me importa un carajo que te quedes de nuevo embarazada? Es más, para mí sería algo precioso, vivir contigo, a tu lado, todo aquello que no pude experimentar con Adrián.

Con aquellas palabras le dije todo lo que guardaba en mi corazón. Quería un futuro con ella, formar una familia y, si podíamos, añadir un miembro más, pues mejor que mejor. Tenía claro que Adrián no se quedaría siendo hijo

único. Me gustaría que tuviera alguien por el que mirar en un futuro, que sintiera lo que era querer a esa persona que, a pesar de los años que los separaban, supiera que podría contar con ella. Eso era exactamente lo que sentía yo por Sofía, y eso que no me lo había puesto fácil.

Nos fuimos directamente a la ducha, como era lógico y normal, y en ese habitáculo volvimos a dar rienda suelta a la pasión. Empezamos a enjabonarnos suavemente, casi acariciando nuestros cuerpos, pero recreándonos en las zonas que nos daban más placer.

—Sé que nos queda mucho por hablar, pero eso será después. Hazme sentir que soy tan importante para ti como tú lo eres para mí —le dije. Era algo que necesitaba tanto como el aire para respirar.

No os puedo decir quién se lanzó a la boca de quién, o si nos encontramos a mitad de camino, lo único que puedo asegurar es que ambos nos estábamos devorando, aumentando nuestra excitación hasta límites insospechados.

Claudia se puso de rodillas, delante de mí, tomando mi miembro con su mano, mientras que, con la otra, se tocaba a sí misma. La escena no me podía resultar más erótica, os lo prometo.

Mirándome a los ojos, se metió mi miembro en su boca, no sin antes lamerlo de la base a la punta, con una lujuria en su mirada que me lo decía todo. La engulló sin miedo, consiguiendo que, de lo más profundo de mi ser, saliera un gruñido que no pude ni quise reprimir.

Siguió aguantando mi miembro, haciendo que fuera entrando y saliendo de su boca, y provocando que casi pudiera tocar el cielo con mis manos. No era la primera felación que me hacían en mi vida, pero sin ninguna duda, se trataba de la que más estaba disfrutando.

—No te toques más, que quiero saborearte —le dije, casi sin poder hablar de lo mucho que me estaba gustando lo que hacía.

Ella no dijo nada, no quería parar de hacer lo que estaba haciendo, tan solo retiró sus manos. Aproveché y llevé esa mano a mi boca, para lamer los dedos que habían estado en su sexo. Eso, sumado a lo que me estaba

haciendo con la lengua, hizo que me corriera a gritos, mientras ella tenía una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Es mi turno —le dije, levantándola del suelo y pegándola a la pared.

Elevé una de sus piernas, hasta situarla encima de mi hombro. Con mis dedos, aparté sus labios mayores e hice una pasada con mi lengua desde detrás hacia delante, que le arrancó un gemido.

Esa fue la parte suave, porque, acto seguido, atrapé su clítoris con mis dientes, mientras que con mi lengua lo degustaba, haciendo círculos, y penetrándola con dos dedos.

No tardó ni cinco segundos en correrse, y no me moví de ahí hasta que terminaron los últimos coletazos de placer.

Capítulo 36



Nos pasamos toda la noche haciendo el amor, no nos dimos tregua, hasta acabar agotados. No tenía ni idea de cómo haríamos para ir a trabajar, porque eran más de las cinco y media de la mañana cuando nos quedamos dormidos y a las siete y media sonaba el despertador.

—No puedo con mi cuerpo y, encima, hoy no puedo decir que no trabajo en la oficina, porque tengo una cita con un cliente para preparar el juicio que tenemos mañana —me decía, en el momento en el que fuimos conscientes de que nos teníamos que levantar de la cama.

—Dímelo a mí, que tengo la primera consulta a las ocho y media y, una vez que terminemos, me toca hacer la ronda de los niños que tengo ingresados.

—¿Te parece que nos vayamos juntos en un solo coche? Es que, te prometo que, como tenga que conducir, me pego un porrazo seguro, porque me voy a quedar dormida al volante.

—No te preocupes, te dejo en el bufete y luego te recojo cuando salga. Avisaré ahora a Adrián de que nos espere en la puerta del instituto, y nos vamos a comer a cualquier sitio, porque ni tiempo he tenido de preparar nada para el almuerzo.

—En ese caso, yo tampoco he contribuido a nada —me contestó con una sonrisa mientras nos tomábamos el café en la cocina.

—Tú has contribuido a darme la noche más especial de mi vida. Bueno, no, la segunda más especial, que la primera, fue la noche que perdí la virginidad con la chica de mis sueños.

—Eres un pelota de cuidado, ¿lo sabías? —me dijo, riendo, a la vez que se terminaba lo que le quedaba de café.

—¿Pelota, yo? Que ataque más gratuito, chavala.

Salimos de la casa y nos dirigimos a mi coche. Hicimos todo el camino riendo, tanto por sus ocurrencias como por las mías. Al llegar al edificio donde se encontraba el despacho de abogados en el que trabajaba, y que era propiedad de Cayetano, el padre de Nerea, noté cómo mi chica se tensaba.

—¿Ocurre algo, Claudia? —le pregunté, algo inquieto.

—Mira quién está apoyada en el lateral de ese coche —me dijo, y dirigí mi mirada hasta donde ella me señalaba.

—¡No me lo puedo creer! ¿A estas alturas va a interferir de nuevo en mi vida? Pues me niego a hacerle ni puñetero caso.

—Me parece que no te has dado cuenta. Si quisiera hablar contigo, habría ido a buscarte al hospital. Es a mí a la que está esperando —me dijo, y noté cómo sus manos temblaban.

—Dame un minuto que voy a avisar a Valentina de mi retraso, por si mi compañero puede atender a mis primeras citas.

Saqué mi móvil del bolsillo del pantalón vaquero que me había puesto esta mañana, y marqué su número sin dilación.

—Dime, jefe, ¿qué te ocurre? —me contestó, ella sabía que no la llamaba a no ser que me pasara algo.

—Valentina, te llamo porque me ha surgido un problema y llegaré una hora tarde, más o menos. ¿Sigue Álvaro por ahí? Para que le digas que me cubra, que el próximo día le hago yo la hora a él.

—No hace falta que digas nada a nadie. La primera cita que tienes programada es para las diez, porque las que tenías antes las han anulado, al parecer habían desaparecido los síntomas —me contestó ella, y sentí un gran alivio, la verdad.

—Perfecto, entonces llegaré un poco antes de esa hora. Si surge alguna urgencia, no dudes en llamarme, tendré el teléfono a mano y operativo.

—Lo sé, soluciona lo que tengas que solucionar y, si ves que necesitas más tiempo, me avisas que yo se lo digo al señor Montemayor, ya sabes que con él no hay ningún problema.

Me despedí de Valentina y me bajé del coche, tomé a Claudia de la mano, y me dispuse a llegar hasta donde estaba mi madre, que cuando me vio, se quedó totalmente sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó, como con rabia, porque no le habían salido sus planes como ella quería.

—Esa no es la pregunta, madre. Eso es lo que yo te tendría que decir a ti. ¿Qué quieres a estas alturas de mi vida? —le dije, y yo sí que no oculté mi rechazo hacia ella.

—Venía a hablar con ella, pero ya que estás aquí, os lo diré a los dos. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo?

—No pienso ir contigo, ni a la esquina, ni dedicarte más de dos minutos.

—Está bien. Quiero que le hagáis al niño una prueba de ADN —dijo, y me faltó tiempo para saltar a su cuello.

—Yo no necesito ninguna prueba para saber que es mi hijo. Así que, estás perdiendo el tiempo —le dije, con mucha rabia y dolor.

—Pero yo, sí. No me queda mucho tiempo, y quiero saberlo antes de irme. Si es así, le dejaré todo mi legado, de lo contrario, lo dejaré a beneficencia.

Con esa confesión, nos dejó helados. No es que le tuviera un gran cariño y apego a mi madre, como ella tampoco me lo tenía a mí, y lo estaba demostrando, pero eso no significaba que quisiera que le pasara algo malo.

—Mi hijo no necesita nada tuyo, y no voy a hacerle pasar por eso —le dije, mientras ella no dejaba de mirar a Claudia.

—¿Tú no vas a decir nada? Claro, es que a lo mejor no te conviene que mi hijo se haga esas pruebas. Con lo casquivana que has sido siempre, a saber, quién es el padre de ese niño…

—No te voy a consentir que hables así de mi mujer…

—¿Quieres una prueba de ADN? Se la haré, pero desde ya te digo que puedes hacer con tu dinero lo que te salga de la punta de la nariz, por no decir una ordinariez, que es lo que te mereces —le contestó Claudia, apretando mi mano para que la apoyara en eso.

—Está bien, mañana mismo iremos a un laboratorio para llevar a cabo esas pruebas, pero será el del hospital donde yo trabajo. Ahora hablaré con mis compañeros y tendremos el resultado en un par de horas. Después de eso, quiero que vuelvas a desaparecer de mi vida, tal y como has estado todos estos años. —Claudiqué porque mi chica me lo pedía con los ojos.

—¿Ni siquiera te vas a conmover por lo de mi enfermedad? —me preguntó, haciéndose la víctima, como no podía ser de otra forma.

—No quiero que te pase nada malo, como tampoco se lo deseo a cualquier otra persona, pero dejaste de ser mi madre hace mucho, incluso antes de que me enviarais a ese internado.

—Lo hicimos por tu bien, necesitábamos alejarte de todo lo que te rodeaba, aunque veo que no ha servido para nada. Sigues eligiendo muy mal tu círculo social, querido.

—Mi círculo social, como tú lo llamas, ha sido el que me ha mantenido en pie todos estos años. Y si lo dices por Claudia, ojalá hubiera vuelto antes y no me hubiera perdido tanto de la infancia de mi hijo.

—Hablas de ese niño como si lo tuvieras certificado, cuando tan solo te has fiado de la palabra de esta mujerzuela…

—Otro insulto más hacia mi mujer, y te juro que no respondo. —Ni la proximidad de su muerte la hacía bajar esa altanería que tenía.

—Que yo sepa, no hay ningún papel firmado que así lo demuestre. Sigo pensando que es una aprovechada que solo va detrás de tu dinero…

—¡Me importa un carajo lo que tú pienses! Si crees que por decirme esas palabras me voy a alejar de mi familia, estás muy equivocada. Lo hice una vez, pero no volveré a hacerlo nunca más —le gritó Claudia, y tengo que reconocer que no me esperaba esa reacción por su parte.

—Sigues siendo la niñata que has sido siempre…

—Se terminó, madre. Hasta aquí hemos llegado. Voy a hacerme esa prueba de ADN porque Claudia así me lo ha pedido, no porque tú exijas nada. Te espero mañana a las ocho de la mañana en la puerta del hospital, si te retrasas o no vienes, no habrá otra oportunidad para ti.

Subí con Claudia hasta su despacho, donde nos esperaba otra desagradable sorpresa, la presencia del «individuo», que no dudó en mirarnos con asco. Huelga decir que yo ya venía calentito de lo sucedido con mi madre, por lo que no dudé en decirle cuatro cositas.

—¿Sabías que tu jefe, el dueño de todo esto, es como un padre para mí? Me haría falta un chasquido de dedos para ponerte de patitas en la calle, así que ten cuidado con la forma en la que miras a mi mujer —le dije, sin una pizca de compasión.

—¿Tu mujer? Está contigo porque yo la rechacé el otro día. Me di cuenta de que nunca iba a poder olvidarte, así que le dije que no, eso sí, después de acostarme con ella, que no me iba a perder disfrutar de ese cuerpo y de la manera en la que folla…

No lo dejé que terminara de hablar, le di tal puñetazo que le rompí la nariz, por lo menos eso parecía, tanto por la forma de sangrar como por el crujido

que se escuchó.

—Santiago, recoge tus cosas, estás despedido —le dijo Cayetano, que estaba justo detrás cuando soltó esas palabras.

—No serás capaz, si no quieres que le diga más de cuatro cosas a tu mujer.

—Dile lo que quieras, mi mujer me conoce y sabe que no son ciertas. Invéntate lo que te dé la gana, al igual que lo has hecho con lo que acabas de decir, porque no tengo ninguna duda de que es mentira.

—Os voy a arruinar a todos, lo juro por la tumba de mi padre. A ti, ahora mismo voy al hospital a por un parte de lesiones, y te denunciaré por agresión. Y en cuanto a ti —le dirigió la mirada a Cayetano—, espera una demanda por despido improcedente, porque es tu palabra contra la mía.

—De eso nada, que yo estaba aquí y lo he visto y escuchado todo —dijo Fernando, que acababa de llegar.

—¡Eso es mentira! No has visto nada y no sabrás qué es lo que ha ocurrido —le contestó con mucha altivez.

—Pero seguro que mi suegro y mis amigos me lo cuentan en cuanto nos quedemos solos. Así que, irás a juicio y, encima, tendrás que pagarles a ellos una indemnización.

Salió de allí echando chispas, mientras nosotros le dábamos las gracias a Fernando, ante la sorpresa del resto de los compañeros, que sabían de la mala relación del abogado con su jefe a raíz de lo sucedido con su hija.

—Será mejor no confiarnos. Contadme todo lo que ha pasado —dijo Fernando que, al igual que yo, no se fiaba de ese tipo.

—Vayamos a mi despacho —dijo Cayetano, invitándonos a pasar.

Allí, Cayetano y yo le contamos a Fernando todo lo que había sucedido, Claudia continuaba en *shock*, sin saber ni qué decir, hasta que salimos de allí

y dejamos a nuestro amigo a solas con su suegro. Tenían que hablar largo y tendido sobre su hija, y eso era solo cosa de ellos.

—Espero que no te hayas creído una sola palabra de lo que ha dicho Santiago, porque te puedo jurar que…

La silencié con un beso. En ningún momento había dudado de que lo que me había contado era cierto, y no quería que se pensara nada de lo que no era.

—¿Te ha quedado clara mi postura? Si necesitas que te lo repita varias veces, por mí no hay ningún inconveniente —le dije, sacándole una sonrisa.

—Por un momento, entre tu madre y Santiago, pensé que lo nuestro se iba de nuevo a la mierda, y me ha dado miedo.

—Nada ni nadie va a volver a separarnos, te lo juro por mi vida.

Nos dimos un beso y nos despedimos. Tenía el tiempo justo de llegar al trabajo. Ni siquiera le había enviado el mensaje a mi hijo, así que, le dije que lo hiciera ella.

Capítulo 37



A las ocho en punto estaba, junto a mi hijo Adrián, en la entrada del hospital. Había hablado con mis compañeros, les expliqué el tema, y no dudaron en que, en un par de horas, a lo sumo, tendríamos los resultados.

—Buenos días. Así que este es el pequeño bastardo…

—Empiezas muy mal, madre. Si sigues insistiendo en los insultos y los malos modales, no dudaré un instante en terminar con todo con la misma facilidad con lo que ha empezado —la interrumpí, porque eso sí que no lo iba a consentir.

—Déjalo, papá. No hiere quien quiere, sino quien puede. Y créeme, las palabras de una persona que abandonó a su hijo a su suerte, portándose como una víbora, no me afectan en nada.

—Eres igualito a la zorra de tu madre.

—Si alguien en esta sala es una zorra y una hija de puta, esa eres tú, «abuelita» —le respondió mi hijo, con toda la templanza del mundo.

—Desde luego que…

—No sigas, madre, o te encontrarás con la versión más mala de Borja Senillosa, te lo aseguro. Mi hijo solo ha actuado en consecuencia a tus palabras. Te ruego que terminemos con esto, pero sin escuchar un solo sonido más de tu boca.

Mi madre no volvió a articular una sola palabra, me parecía mentira que ni en los últimos momentos de su vida, fuera capaz de disculparse y redimirse de todo el daño que había infligido a todo el mundo a lo largo de los años que había vivido.

Mi compañero Antonio fue el encargado de tomarnos las muestras, quedando en avisarme nada más que los resultados estuvieran listos. Cuando salíamos del laboratorio, me di de frente con mi padre y con Sofía, que venían a darnos su apoyo y a llevar a Adrián al instituto, ya se había perdido la primera hora y, si seguíamos allí, lo haría también con la segunda.

—Vaya, vaya, veo que papá ha hecho las paces con su hijito del alma. —No paraba de escupir veneno por esa boca.

—A diferencia de ti, yo sí he sabido compensar mis errores pidiendo disculpas y demostrándole a Borja que estaba muy arrepentido. No es que tengamos una relación como la de antes, pero sabe que puede contar conmigo para lo que sea.

—¡Oh! No había oído nada tan tierno y bonito desde que te declaraste, donde lo único que valía la pena fue el anillo de pedida. Como siempre, antepones tu corazón a la dura realidad de la vida.

—Eres una víbora sin sentimientos, a la que lo único que le importa es el maldito dinero.

—Por eso estoy aquí, me estoy muriendo y quiero irme con la tranquilidad de que mi nieto, en el caso de que lo sea, no tenga que preocuparse de eso en un futuro.

—Ya te he dicho que no quiero nada de ti. Si estoy aquí, haciéndome esta prueba, es para que el nombre de mi madre quede limpio de una vez por todas.

—Te aseguro, querido, que cuando veas la suma de la que estamos hablando cambiarás de opinión…

—Ni aunque fuera todo el oro del mundo, cambiaría de opinión. Eres la persona que más daño nos hizo en la vida y, solo por eso, no te mereces ni que te mire a la cara —le respondió mi hijo, que se marchó con su abuelo y su tía, sin permitirle que dijera una palabra más.

—Yo tengo que volver a la consulta, tengo niños esperándome que merecen más atención que tú. En cuanto tenga los resultados, te avisaré. Déjame un número en el que pueda localizarte. —Me dirigí a mi madre.

—No me pienso mover de aquí, estaré en la cafetería. En un par de horas nos vemos en tu despacho, y de ahí, iremos a consultarlo juntos, no me fio de que quieras cambiar los resultados para que el hijo de esa mujer no pierda su herencia.

La dejé allí, y me largué a mi despacho, donde, entre llantos y mocos, estaba seguro de que me olvidaría de mi madre, aunque fuera solo durante ese par de horas en las que no la vería.

—Jefe, traes una cara de mosqueo que no veas —me dijo Valentina, entre risas.

—Si yo te contara… pero, ahora, no tengo tiempo, ya te lo contaré después.

—En el ratito del desayuno, Borja, que me muero de curiosidad.

—Ese ratito, como tú lo llamas, lo tengo ocupado, aunque espero que, lo que tengo que hacer, no me dure todo el descanso. Luego te lo cuento a la salida, y te invito a comer, si quieres. Claudia tiene hoy un juicio largo, así que no vendrá hasta bien entrada la tarde, y mi hijo se ha ido con su abuelo y su tía.

—Vamos, que me invitas a comer porque estás solo como un perro abandonado.

—Más o menos. Tu curiosidad te va a costar acompañarme a comer, eso si quieres enterarte, que a mí me da igual, eh.

—Eres malo, jefe, y el karma te lo cobrará —me dijo, poniendo voz de mafiosa, y ambos estallamos en carcajadas.

Si Valentina hubiera sido heterosexual, tengo claro que hubiese sido la mejor candidata para haberme hecho olvidar a Claudia, pero afortunadamente para mí no lo era, por lo que nos convertimos en grandes amigos. Tenía con ella la misma confianza que podía tener con Kevin, por ejemplo, por lo que no teníamos temas tabúes entre nosotros, y eso la hacía la amiga perfecta.

La consulta se me hizo lenta y tediosa; tan solo quería que pasara el tiempo para ver esos resultados. Si pensáis que era porque tenía alguna duda, os equivocáis de cabo a raro. Si tenía esa necesidad, era para quitarme a mi madre de encima.

Sé que puede resultar chocante escuchar que un hijo no quería a su madre cerca, pero es que no todas las madres son buenas. Las hay que lo único que quieren de sus hijos es que sigan sus pasos, como si ellas fueran un espejo en el que mirarse, pero no se dan cuenta de que la imagen que proyectan está distorsionada.

Así era mi madre, una controladora nata que se atrevió a controlar mi vida, a llevarla por el camino que ella quiso, sin importarle el daño que podría causarme. Era mi vida, no la suya, y eso ella no lo había entendido nunca. Casi me alegraba que se hubiera separado de mí, porque de no ser así, a saber en la persona en la que me habría convertido.

Con esos pensamientos en la cabeza, fui subiendo hasta el laboratorio. Tal y como había dicho, cuando salí en mi descanso, estaba esperándome en la sala de espera, como si fuera una paciente más.

No nos hablamos; tan solo bastó una mirada para que ella me siguiera hasta donde mis compañeros tenían el resultado.

—Hola, Borja. Dame un minuto y voy a por el sobre —me dijo Antonio, en cuanto me vio aparecer por la puerta.

—Lo que necesites, compañero, no tenemos prisa —le dije, pero mi madre me interrumpió.

—No la tendrás tú, yo tengo muchas cosas que hacer y que arreglar, así que, si en vez de un minuto es medio, sería una señal de que haces bien tu trabajo.

Mi amigo y compañero me miró, y le hice un gesto con la cara de que no le hiciera caso y se tomara el tiempo que necesitara. Esta mujer era capaz de crispar los nervios de cualquiera, los míos los primeros.

Antonio nos tendió un sobre a cada uno, pero mientras ella lo abría, ansiosa, a mí no me hacía falta leer nada para saber que Adrián era mi hijo. En primer lugar, porque nunca, jamás en la vida, se me hubiera cruzado por la cabeza la idea de desconfiar de Claudia. En segundo, porque tan solo había que mirarnos a mi hijo y a mí; éramos dos gotas de agua, y no solo en lo físico. Como decía mi chica, era igualito a mí; ella tan solo había sido la incubadora durante el tiempo de gestación.

—Es tu hijo, lo siento —me dijo ella, claramente disgustada por el resultado.

—Pues yo no, porque es lo mejor que me ha regalado la vida.

—Hay que ser imbécil para pensar eso, pero allá tú. Yo, lo que quería saber, ya lo sé, ahora tan solo me falta acudir a notaría para cambiar mi testamento. Buenas tardes, Borja, ha sido un placer volver a verte.

Me dijo eso y se marchó, y me dejó completamente sorprendido. Se había dirigido a mí como quien se dirige al dependiente de una tienda a la que hace mucho tiempo que no acude, pero que la ha ayudado a conseguir el vestido de sus sueños. Ojalá no me pareciera a ella nunca.

Estaba bajando por las escaleras para tomarme un café, cuando vi llegar a una ambulancia. Por deformación profesional, me detuve, por si era algún niño que requiriera de mis servicios, pero no, era a Claudia a quién traían.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté al sanitario que la bajaba de la ambulancia.

—Como puedes ver, no es una niña, así que no es de tu incumbencia. No me estorbes, Senillosa, que pienso quedarme aquí hasta que me dé su número de teléfono —me contestó, con todo el descaro del mundo.

—Si quieres, te lo doy yo.

—¿La conoces? Dime que sí, y te saco a hombros de aquí, como los toreros, porque tiene pinta de que es dura de ligar, no me daría su número así porque sí.

—Por suerte para mí, así es. ¿Sabes por qué? Porque es mi mujer, imbécil. Aparta y quítate de delante de mi vista, antes de que te tengas que quedar a causa de la paliza que te daré.

Le dije al tipo aquel, que al parecer me conocía, pero yo no tenía ni idea de quién coño era él, y me acerqué a la camilla.

—¿Otra vez en modo cromañón, doctor Senillosa? —me preguntó ella, con una sonrisa.

—Uy, eso no es nada. Se acerca a ti un centímetro más cerca de lo políticamente correcto, y pierde los dientes —le contesté, y ambos reímos—. ¿Qué es lo que te ha pasado?

—Me desmayé en medio del juicio. Tiene que ser una bajada de tensión, últimamente me pasa mucho, pero ni mis compañeros ni el juez, quisieron que me moviera hasta que no viniera una ambulancia. He sido yo la que les he dicho que me trajeran aquí, a este hospital, porque si no, sabía que te enfadarías.

—No es que me fuera a enfadar, pero sí que, después de que te vieran allí, te hubiera traído aquí a que te revisaran de nuevo. Así que, mejor no perder el tiempo.

—¿Ya se ha marchado la bruja?

—Ahora mismo. Si llegas a venir diez minutos antes, te la cruzas por el camino, pero eso no es lo importante ahora, ya hablaremos de ello luego.

Vamos a que te vea un médico y que te diga lo que tienes.

La senté en una silla de ruedas, porque no tenía nada tan grave para que tuviera que estar en una camilla, y la llevé hasta donde estaba uno de los profesionales de medicina general más prestigioso de la ciudad, para que la revisara. No sin antes avisar a mi compañero pediatra para que subiera a cubrirme en la consulta, explicándole el tema. Muchas madres no querían que fuera otro médico el que revisara a sus hijos, pero ese día no me tocó ninguna de esas, así que pude estar tranquilo con Claudia.

Después de más de dos horas en las que le realizaron todo tipo de pruebas, el resultado fue lo que menos esperábamos.

—Enhorabuena, estáis embarazados.

Epílogo



Claudia

—No salgo más con este hombre, porque no es normal, mamá, te lo prometo —me dijo mi hija, entrando en casa medio enfadada.

—Yo no tengo culpa de conservarme tan bien, princesa —le respondió su padre.

—¿Otra vez os han vuelto a confundir con una pareja? —pregunté riendo, porque, en ellos, era el pan nuestro de cada día.

Mejor os pongo en situación, cuando nos dijeron que estábamos embarazados, y a pesar de la sorpresa, ambos nos alegramos muchísimo, y más cuando supimos que venía una niña, esa que ahora tenía veinticinco años, y era abogada como yo. ¿Su nombre? Nerea; no podíamos ponerle otro nombre que no fuera el de su madrina.

Mi marido tenía actualmente cincuenta y ocho años, pero no aparentaba más de cuarenta y pocos. Si veíais a Adrián y a su padre juntos, parecía que eran hermanos.

Nuestro hijo siguió los pasos de su padre, y se marchó a Londres para estudiar en la misma universidad en la que lo hizo su padre. Actualmente, estaba casado con Loren, una muchacha preciosa que había conocido en la universidad, pero que no dudó en dejar todo allí para seguirlo. Serían padres en unos meses, convirtiéndonos en unos orgullosos abuelos.

Mi hija aparentaba más edad de la que tenía, y eso, sumado a lo bien que se conservaba su padre, provocaba que, cuando iban juntos a algún sitio, los confundieran como si fueran una pareja.

Mi marido, cuando iba con ella, tenía la costumbre de dejarle el brazo por los hombros, lo que incitaba más al error. En esa ocasión había sido en una tienda de bebé, donde entraron a buscarle un regalo a su pequeño sobrino, que recibiría el nombre de Axel. Una vez allí, la dependienta les preguntó para cuándo esperaban el niño, y mi marido, con su habitual sentido del humor, le siguió el juego, cosa que a mi hija la ponía de los nervios.

En cuanto a Nerea, se casó con Fernando un poco después que nosotros. ¡Ay, que se me había olvidado! Nosotros tuvimos la boda de nuestros sueños, rodeados de amigos y de familiares, en una ceremonia religiosa de lo más bonita.

A lo que iba, ellos se casaron unos meses después, con el beneplácito de Cayetano, que cambió su manera de ver a Fernando, y empezó a tratarlo como a un yerno.

Kevin vivía con Carolina, la ginecóloga compañera que fue la que se ocupó de mi embarazo y mi parto, al igual que estaba llevando el de mi nuera.

La llegada de nuestra hija Nerea fue lo que nos faltaba para formar esa familia tan bonita que siempre habíamos soñado tener. Tanto para Borja como para Adrián fue su princesita, y todavía lo seguía siendo. Su hermano era tan protector con ella como si fuera su hija, y eso exasperaba a mi niña. Ningún hombre le parecía bueno, sin saber que Nerea llevaba saliendo con un chico desde hacía más de un año y que lo presentaría esta noche en casa, donde nos reuniríamos todos para hacer una barbacoa y celebrar el cumpleaños de su padre.

Mi «queridísima» suegra cumplió lo que prometió antes de morir: dejárselo todo a mi hijo. En España no podría haberlo hecho, pero como tenía su residencia habitual en otro país, no tuvo necesidad de dejarle la legítima a mi marido. Hasta después de muerta seguía molestando, pues le dejó a su hijo una carta en la que explicaba el motivo de su decisión. Según ella, no se lo

había legado porque no había sido el hijo ejemplar que esperaba, teniendo relaciones fuera del matrimonio que dieron como resultado el nacimiento de un niño que no pidió venir, y por eso se lo legó todo.

Nos costó muchísimo trabajo convencer a Adrián de que aceptara la herencia, pero al final lo hizo, su abuelo se encargó de que entendiera que era lo mejor. No quiso conservar ninguna de las propiedades, por eso lo vendió todo, y con el dinero, se compró una casa en nuestra misma urbanización, que se mantuvo cerrada hasta que volvió de Londres, y donde vivía en esos momentos.

La mitad de todo lo que obtuvo por la venta se lo puso en una cuenta a su hermana. ¿El motivo? Que era tan nieta de su abuela como él, y no quería que hubiera distinciones entre los dos. También le dejó todas las joyas, esas que estaban en una caja fuerte en el banco; mi marido decía que le daba miedo tenerlas en casa y, cuando tuvo la edad suficiente, mi hija decidió que tenían que seguir donde estaban.

Con respecto a Sofía, también estudió Medicina, pero ella se especializó en tocología, y lo hizo en la misma universidad que su tío. Eran un tándem inseparable, hasta que ella conoció a un inglés y se casó con él. Viven en una preciosa casita en Nottingham, ese lugar que conocí cuando fuimos a ver a Adrián por primera vez. Era madre de mellizos, que se llamaban Borja, como su hermano, y Adrián, como su tío. Según ella, sus dos salvadores no se merecían menos que sus hijos llevaran sus nombres.

—Hola, mamá, ¿dónde están todos? —preguntó mi hijo, que acababa de llegar con Loren, quien se había adaptado al país y a la familia a la perfección.

—Están en el jardín, el novio de tu hermana está preparando la barbacoa con tu padre —le dije. Cuando viera quién era el novio, se caería de espaldas, lo tenía claro, porque resultó ser el hijo de Valentina.

—¿Cómo que novio? ¿Quién es el que ha osado a ponerle a mi hermana una mano encima?

—Relájate, quieres. Tu hermana ya tiene edad de estar casada y hasta darme un nieto, no te pongas en modo cromañón como hacía tu padre. Gracias a Dios que lo que viene es un niño, porque de ser una niña… pobre de ella —le dije, estallando en risas.

Al salir al jardín, vi cómo todos estaban disfrutando del buen tiempo, unos en la piscina, porque hoy era una de esas noches en las que el calor apretaba con ganas, no corría ni una pizca de viento, así que, un buen remojón no le venía mal a nadie.

Adrián se relajó al ver quién era el que yo había nombrado novio de su hermana, porque lo conocía de sobra: era su enfermero.

—No lo hemos hecho tan mal, chica de los tacones rojos —me dijo, abrazándome por detrás y dejando un beso en mi cuello.

—Lo hemos hecho genial. Ojalá ellos tengan tanta suerte en la vida como hemos tenido nosotros, a pesar de que los inicios no fueron fáciles.

—La tendrán; han tenido el ejemplo de su madre. Te amo más que a mi vida, y por día que pasa, todavía te quiero más.

—No menos que yo a ti, te lo aseguro.

Y así fue nuestra historia, que espero os haya gustado y que os hayáis puesto en nuestro lugar. Tan solo una última cosa: no dejéis nunca de luchar por vuestros sueños ni permitáis que nada ni nadie os robe ese poder.

FIN

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora